

EL CIELO
AÑO III - Nº 5 - OTOÑO/ 1993

EL CIELO
POR ASALTO

DOSSIER "CRISIS, REESTRUCTURACION
CAPITALISTA Y AJUSTE": E. MANDEL,
BRESSER PEREIRA-MARAVALL-PRZEWORSKI
/ JORGE SCHVARZER SOBRE ESTADO Y
CAPITALISMO EN LA ARGENTINA / W.
SMITH SOBRE LA ECONOMIA DE MENEM /
PIERRE BOURDIEU-T. EAGLETON SOBRE
LENGUAJE, IDEOLOGIA Y PODER / HORA-
CIO TARCUS: EL MARXISMO OLVIDADO
EN LA ARGENTINA / MAURICE GODELIER:
INCESTO, PARENTESCO, PODER / A.
CIRIZA: FEMINISMO Y MODERNIDAD

EDICIONES
EL CIELO
POR ASALTO

Imago Mundi

EL CIELO POR ASALTO

AÑO III - Nº 5 - OTOÑO/1993

Comité Editor

Mabel Belucci
Atilio Borón
Blas de Santos
Eduardo Grüner
María Alicia Gutiérrez
Martha Rosenberg
Horacio Tarcus

Comité Asesor

Perry Anderson
Agustín Cueva †
José C. Escudero
Adolfo Gilly
Michael Löwy
Ernest Mandel
Juan Carlos Marín
Eduardo Menéndez
Adolfo Sánchez Vázquez
José Szabón
Hugo Zemelman

Ediciones El Cielo por Asalto

Corrientes 2548 -3ºG (1046)
Buenos Aires, Argentina
Tel. 952-5065
Composición y Armado:
Andrea Di Cione
Queda hecho el depósito
que marca la ley.
Suscripción anual (cuatro
números): U\$S 50.-
Cheques y Giros a
nombre de Blas de Santos

SUMARIO

EDITORIAL 1

DOSSIER "CRISIS, REESTRUCTURACION CAPITALISTA Y AJUSTE NEOLIBERAL"

- Ernest Mandel, **Globalización, interdependencia y bloques económicos regionales** 5
- L. C. Bresser Pereira, J. M. Maravall, A. Przeworski, **Reformas económicas en las nuevas democracias. Un enfoque socialdemócrata** 11

ESTADO Y CAPITALISMO EN LA ARGENTINA

- Jorge Schvarzer, **Estado y clase dominante en la Argentina moderna (1880-1990)** 37
- William C. Smith, **Estado, mercado y neoliberalismo de la postransición: el experimento de Menem** 61

TEMAS

- Pierre Bourdieu/Terry Eagleton, **Doxa y vida corriente** 87
- Maurice Godelier, **Incesto, parentesco, poder** 99
- Horacio Tarcus, **La visión trágica en el pensamiento marxista argentino: Silvio Frondizi y Milcíades Peña** 117
- Alejandra Ciriza, **Feminismo, política y crisis de la modernidad** 141

Editorial

Con esta entrega **El Cielo por Asalto** se pone una vez más en contacto con sus lectores, luego de superados una serie de inconvenientes que motivaron la lamentable interrupción de un diálogo iniciado con grandes expectativas hace algo más de dos años y que confiamos no habrán de repetirse. El tiempo transcurrido no ha hecho sino agudizar la necesidad de re-examinar, desde la perspectiva del marxismo crítico, los efectos de las grandes transformaciones que están modificando, en el plano nacional e internacional, la sociedad, la economía, la política y la cultura del capitalismo contemporáneo. Ante la extensión y la profundidad de tales cambios, que cierran el ciclo histórico abierto en 1917, se plantea la necesidad de reconstruir un pensamiento crítico e instalar un debate racional que en nuestros días sólo una izquierda despojada de arcaicos dogmatismos está en condiciones de producir. Esa renovación —que se aparta de las "adaptaciones" acomodaticias de quienes han renunciado a todo horizonte utópico en aras de la fábula de un "capitalismo serio"—, debería distinguirse también de un falso "principismo" doctrinario que sueña con transformar el pensamiento en permanente ebullición de los clásicos en un totem al que, como a una esfinge, no se quiere volver a interrogar por temor a sus respuestas enigmáticas.

En este número ofrecemos a la discusión un *dossier* centrado en la problemática de la "crisis, la recomposición capitalista y el ajuste neoliberal". Se abre con un artículo de Ernest Mandel, en el cual se examinan los alcances y las implicaciones del proceso de creciente globalización de los capitalismos nacionales y las perspectivas abiertas por la conformación de grandes espacios económicos internacionales, sobre la agenda de las fuerzas socialistas y del movimiento obrero. El enfoque del autor enfatiza algunas de las contradicciones más significativas desencadenadas por estos procesos, y aporta antecedentes que permiten apreciar las dificultades que conspiran contra la estabilización de la recomposición capitalista en curso. Con este aporte de Mandel, que visitó recientemente nuestro país, se completa el cuadro histórico del capitalismo en el siglo XX que inició en el ensayo que publicáramos en **ECPA/1**.

Frente a la perspectiva clasista de Mandel, el trabajo colectivo de Bresser Pereira, Maravall y Przeworski parte de una óptica política que los autores mismos autodefinen como "socialdemócrata". Más allá del debate que debería suscitarse en torno a los límites de una propuesta de este tipo, nos ha parecido que tanto el argumento desarrollado por los autores como la abrumadora evidencia empírica y documental que presentan, merecían que nuestra revista sirviera de vehículo para la discusión de esas ideas. En el clima ideológico actual, aplastantemente dominado por la ortodoxia neoliberal, la minuciosa labor de refutación de sus principales premisas constituye por sí misma una contribución valiosa para desmontar las falacias de quienes sostienen que no hay alternativas al ajuste salvaje. Nos hacemos cargo del carácter altamente polémico de las tesis defendidas en este artículo, pero insistimos en la pertinencia de su decisión de abrir un debate sobre un tema a la vez urgente e importante, y sobre el cual no podemos ser indiferentes.

La sección que lleva el título de "Estado y capitalismo en la Argentina", contiene dos trabajos: en el primero, Jorge Schvarzer ofrece una visión panorámica de las complejas y cambiantes articulaciones entre Estado y acumulación capitalista desde 1880 en adelante y en donde se demuestra, entre otras cosas, que en su secular desarrollo la clase dominante argentina nunca dejó de apoyarse en diversas modalidades de intervención estatal. Se trata de la versión corregida de una conferencia que el autor dictó en la Universidad de Buenos Aires y en que adelantó tramos de una investigación en curso. Entendimos justificada su publicación aquí, pues la perspectiva histórica que adopta, enfatizando los cambiantes ciclos de "nacionalismo" y "privatismo", arrojan especial interés sobre el actual proceso privatizador. El artículo de William C. Smith, investigador de la Universidad de Miami, por su parte, presenta una minuciosa reconstrucción de las distintas fases del ajuste neoliberal puesto en práctica por el actual gobierno. El autor explora las consecuencias de las políticas adoptadas y plantea inquietantes cuestiones acerca de la futura evolución democrática de la Argentina una vez consumada la restructuración en curso.

Los dos trabajos siguientes, centrados en la problemática de la reproducción social —uno desde el lenguaje, otro desde la sexualidad— permiten aproximarnos al curso actual de las investigaciones de dos autores provenientes de la escuela estructuralista francesa. El diálogo entre Pierre Bourdieu y Terry Eagleton tuvo lugar en el Instituto de Arte Contemporáneo de Londres en 1991. Con motivo de la aparición de una compilación de ensayos de Bourdieu en lengua inglesa —**Language and Symbolic Power**—, visitó esa ciudad y

mantuvo con Eagleton —que simultáneamente publicaba su libro **Ideology**—, así como con el público presente, un interesante intercambio a partir de la provocativa reconceptualización que el sociólogo de la cultura francés lleva a cabo de ciertos mecanismos de poder y representación —las más de las veces inconscientes— tradicionalmente subsumidos por el concepto de ideología. Por su parte, el antropólogo francés Maurice Godelier vuelve sobre la problemática de la relación entre relaciones de parentesco y relaciones sociales, para comprender el control social de la sexualidad que ejercen las primeras como condición para la producción y reproducción de la sociedad. Pues, para decirlo con palabras de Godelier, el tabú del incesto no consiste solamente en que la sexualidad deba someterse a la reproducción de la sociedad, sino, antes que nada, que deba ponerse al servicio de la producción de la sociedad.

Finalmente, el trabajo de Horacio Tarcus somete a un reexamen las tradiciones de la cultura de izquierdas en la Argentina para situar la significación de una corriente de marxistas olvidados en el país, cuyas figuras medulares estarían representadas por Silvio Frondizi y Milcíades Peña, y la investigadora mendocina Alejandra Ciriza ensaya una reflexión sobre el feminismo a partir de la encrucijada entre la modernidad y la posmodernidad.

LAS NOVEDADES 1993:

M. Berman / P. Anderson / J. Habermas / J. Lyotard y otros
El debate
modernidad/posmodernidad
 Comp. Nicolás Casullo

Carlos Reynoso
De Edipo a la Máquina Cognitiva
 Introducción crítica a la antropología
 psicológica

D. Lecourt / M. Cacciari / P. Dews
 V. Cotesta / B. Fine / A. Hussain
 M. Foucault
Disparen sobre Foucault

Próxima aparición:

Oswald de Andrade
Escritos Antropófagos

Dardo Scavino
Barcos sobre la Pampa
 Las fomas de la guerra en Sarmiento

EDICIONES **EL CIELO POR ASALTO**

TALON DE SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a **El Cielo por Asalto** a partir del número.....

Precio por 4 números: U\$S 50 (tarifa nacional e internacional, incluye gastos de envío).

Nombre:.....

Dirección:.....

Localidad/PaísCP.....

TE.....Ocupación.....

Indique el nombre de dos personas que puedan interesarse en **El Cielo por Asalto**:

Nombre.....

Dirección.....

Dirección.....

Forma de pago (marque lo que corresponda):

Cheque n°.....

Giro postal n°.....

(A la orden de Blas De Santos)

Correspondencia:

El Cielo por Asalto/ Ediciones El Cielo por

Asalto/ Corrientes 2548 3° G (1046)

Buenos Aires - Argentina - Tel: 952-5065

EL CIELO POR ASALTO

• Nº 1 - VERANO 1990/91: E. Mandel, S. Aronowitz, F. Halliday: **Crisis y futuro del socialismo** / A. Borón sobre "estadolatría" / B. de Santos: salud mental y crisis / E. Grüner: poder, cultura, sujetos / Veggetti-Firzi: feminismo y aborto / H. Tarcus: Trotsky, figura trágica

• Nº 2 - OTOÑO 1991: Anderson-Bobbio: liberalismo y socialismo / Thompson-Halliday: el fin de la Guerra Fría / Toni Negri, M. Matellanes: Estado y crisis / **Dossier "Feminismo latinoamericano"**: G. Vargos, M. Rosenberg / J. O'Connor: marxismo y ecología / Sobre Badiou y Offe.

• Nº 3 - VERANO 1991/92: Anderson: sobre el golpe en la URSS / R. Williams: El socialismo del futuro / **Dossier "Socialismo y (Pos) Modernidad"**: A. Sánchez Vázquez, J. Bidet, A. Calinicos, D. Bensold, K. Soper / F. Jameson / A. Borón: transición democrática / E. Mari: Balance de Althusser / F. Roustang: Animalidad humana y cultura

• Nº 4 - OTOÑO-INV. 1992: M. Löwy sobre W. Benjamin / M. Berman: Reinventar el modernismo / I. Young: Marxismo y Feminismo / A. Lipietz: Europa en el siglo XXI / J. O'Connor: sobre el Materialismo histórico / J. Mc.Camey: ¿Ha muerto la filosofía marxista? / Crisis de la política: J. R. Capella / B. de Santos sobre Instituciones / E. Grüner: Lenguaje y Política / H. Prieto: Tripalium, Trabajo y Tortura

Ernest Mandel

Globalización, interdependencia y bloques económicos regionales

La internacionalización de las fuerzas productivas es la tendencia fundamental del "capitalismo tardío". Esas fuerzas productivas se rebelan cada vez más contra el Estado-nación. El desarrollo de sociedades multinacionales (transnacionales) como fuerza de organización predominante de la empresa capitalista contemporánea es la expresión más nítida de esa tendencia.

Sin embargo, en el marco del modo de producción capitalista que se vive, la internacionalización de las fuerzas productivas se traduce de manera particular; se acompaña de contradicciones insuperables en el contexto de ese régimen. Esas contradicciones se combinan con otras más viejas, inherentes al sistema, agudizando a las segundas.

1. El modo de producción capitalista se mantiene como un sistema que periódicamente produce crisis tanto económicas como político-sociales. En su período de declinación histórica, que comenzó con el siglo XX, tiende además a provocar graves crisis de legitimidad ideológica y moral. Todas esas crisis no se resuelven ni se reabsorben automáticamente. Tienen necesidad de instrumentos más o menos apropiados de regulación conciente, de *shock absorbers*. Tales instrumentos están esencialmente constituidos por el Estado y por diferentes instituciones paraestatales.

Con la creciente internacionalización de las fuerzas productivas, el Estado-nación se muestra cada vez menos capaz de jugar ese papel de manera eficaz. El único Estado que podría jugarlo adecuadamente sería un Estado mundial.

Pero ese Estado no existe; y vista la naturaleza del capitalismo fundado sobre la propiedad privada y la competencia, parece imposible que pueda existir jamás. La contradicción entre el Estado-nación y el capitalismo organizado internacionalmente tenderá entonces a aumentar. Simultáneamente, la capacidad del sistema para amortiguar las crisis se reducirá.

2. La internacionalización de las fuerzas productivas tiende hacia la globalización de viejos y nuevos problemas, es decir, hacia la imposibilidad de resolverlos en la escala nacional o incluso continental. Entre los problemas viejos, están ante todo los del subdesarrollo: el hambre, las epidemias, la guerra. Entre los nuevos, se ubi-

can las catástrofes que amenazan con la destrucción física de la especie humana: las armas nucleares y la destrucción de la biósfera.

A pesar de una creciente toma de conciencia de esta globalización en los ámbitos burgueses y en las burocracias de Estado, el sistema es estructuralmente incapaz de dominar sus implicaciones. De ahí el agravamiento tendencial de esos problemas.

3. Las precondiciones políticas, morales e ideológicas para una solución de los problemas mencionados requieren de motivaciones para la acción que llamen a la construcción de una "nueva ciudadanía universal": la cooperación y la solidaridad en una escala mundial. El compromiso personal o el de limitados grupos de vanguardia de todo tipo es sin duda importante en este sentido. Pero quedarse ahí es insuficiente. Lo que es indispensable es la toma de conciencia y el compromiso masivo de las fuerzas sociales que dispongan del potencial para tomar en sus manos el mando de la economía y del Estado. Y en el mundo de hoy no hay otra fuerza con capacidad para esa tarea que la clase de los asalariados, definida ésta en un sentido amplio, es decir, todos y todas aquellos y aquellas que son económicamente obligados para vender su fuerza de trabajo (que en los países del Tercer Mundo incluye a los jornaleros agrícolas).

Ahora bien, ninguna clase social en la historia puede actuar con una motivación determinada si ésta no es acorde con sus intereses, tal como ella los entiende.

En la sociedad burguesa, que tiende a atomizar a los individuos, lo anterior presupone un mínimo de organización, conciencia y solidaridad colectivas. Por una serie de razones que se derivan de la historia real del movimiento obrero, del fracaso histórico de sus dos principales ramas: el estalinismo y la socialdemocracia, este movimiento atraviesa hoy una crisis extremadamente profunda que se puede resumir en la siguiente fórmula: crisis de credibilidad del proyecto socialista. Esto provoca un vacío ideológico y moral en el que penetran tendencias ideológicas reaccionarias, neoconservadoras, irracionales, mitificadoras, racistas, xenófobas e incluso profascistas. Los valores y motivaciones que transmiten van totalmente en contra de la necesidad de la "nueva ciudadanía universal". Ellas tienden a hacer resurgir el nacionalismo más obtuso, el regionalismo, el localismo, la fragmentación extrema de los objetivos y de las preocupaciones. Todo esto agrava los peligros y el carácter explosivo de las contradicciones y de las crisis que el sistema produce y reproduce.

II. Pero si es imposible resolver los problemas de la globalización de los recursos y las crisis en el marco del capitalismo, esto no implica que ese sistema permanezca pasivo e inmutable con respecto a dicha problemática. Reacciona con un sentimiento de autodefensa. Se esfuerza por avanzar en la vía que se podría llamar de semisoluciones, de transformaciones parciales.

Así, frente a la creciente impotencia del Estado-nación como regulador de la vida económica, el gran capital se orienta hacia la creación de instrumentos supranacionales de regulación: instrumentos continentales, como la Comunidad Económica Europea; o de coordinación internacional para la intervención económica, como los encuentros anuales del Grupo de los 7; o el reforzamiento del papel de ciertos organismos mundiales, como la ONU, el FMI, el Banco Mundial, etc.

Pero esas tentativas se realizan en el marco del sistema capitalista, con el predominio de los intereses del gran capital y de la dinámica infernal de la competencia (de la tendencia hacia el enriquecimiento privado) que prevalecen. Estos no pueden trascender sus características estructurales. Toman entonces formas específicas que tienden, de nuevo, a agregar a las contradicciones clásicas del sistema nuevas contradicciones.

De esta manera, los reagrupamientos continentales que emergen están dominados por la lógica de la competencia interimperialista. Europa, América del Norte, Asia del Este y del Sudeste, no son entidades geográficas que guarden armonía en su seno y entre ellas. Son zonas dominadas por el imperialismo alemán (o en el mejor de los casos por una alianza entre los imperialismos alemán y francés), por el imperialismo estadounidense y por el imperialismo japonés. Todos ellos sostienen entre sí una lucha de competencia, tanto más dura cuanto la depresión económica (la onda larga depresiva) se prolonga y se producen sucesivas recesiones (1973-74, 1980-82, 1991-92).

Dentro de esos agrupamientos regionales prosigue una áspera lucha de clases entre el capital y el trabajo, que se traduce, desde mediados de los años setenta, en una ofensiva mundial de la burguesía, apoyada en el aumento del desempleo y el temor que éste engendra, y también sostenida en la ofensiva ideológica neoliberal (realmente neoconservadora).

En la escala mundial, el papel creciente de organismos como el FMI y el Banco Mundial, que toman como pretexto para su ingerencia el problema de la deuda, tiende a imponer a los países del Tercer Mundo medidas financieras, económicas y sociales que agravan la miseria y, por ende, el subdesarrollo, y que incrementan las distancias entre el Norte y el Sur; asimismo, tienden a legitimar la dominación imperialista sobre esos países.

Y decimos que toman como pretexto el problema de la deuda, porque el fenómeno del endeudamiento, de la "inflación del crédito", es en sí mismo el tipo de problema global que emerge del "capitalismo tardío". El monto total de la deuda en dólares, sin tomar en cuenta la que se ha contratado en otras divisas, rebasa hoy la suma colosal de 10 trillones de dólares (10 billones de dólares).

Los países del Tercer Mundo, que representan a la gran mayoría de habitantes del planeta, no son "responsables" más que del 15% de esa deuda. Y la palabra "responsables" no es, evidentemente, la más conveniente. La iniciativa de los préstamos proviene la mayoría de las veces de los bancos imperialistas. Y también hablar de "países" del Tercer Mundo en relación con esto es más que inapropiado. Son los gobiernos y las clases poseedoras de esos países quienes se han embolsado o han derrochado esos capitales. Son las masas trabajadoras quienes ahora están invitadas a rembolsarlo. ¿El resultado? Un proceso de pauperización terrible.

III. El diagnóstico sobrio y sombrío de las principales tendencias del desarrollo en la escala mundial se refuerza aún más con lo que pasa en el Este, donde la caída de las dictaduras estalinistas y postestalinistas no ha desembocado hasta el momento en el socialismo democrático y sí en una acentuada pauperización bajo el signo de la "economía de mercado" y de un inicio de privatización. Los efectos globales de este

hundimiento tienden a agravar la crisis de credibilidad del socialismo; el sentimiento de que no hay más que la alternativa del "modelo capitalista" —el único que presenta un mínimo de eficacia, a pesar de sus daños— tiende a limitar en la práctica las posibilidades de que los gobiernos (o los candidatos o gobernantes) elijan una orientación económico-social en el Tercer Mundo.

Pero no debe concluirse que la situación es desesperante, que no hay salida a la crisis de la humanidad, que no hay posibilidades de una reacción eficaz en el camino de la "nueva ciudadanía universal" (que nosotros identificamos con el socialismo, sin que esto signifique un ultimátum. Todo mundo es libre de llamarlo como quiera. Y si las fuerzas sinceramente cristianas lo identifican con el mensaje del Sermón de la Montaña son libres de hacerlo).

Tal reacción, para ser eficaz, debe apoyarse sobre los intereses reales de las grandes masas y ser comprendida por ellas; si no, no será suficientemente masiva, continua, unitaria y eficaz. Cualquiera que sea la importancia de la educación, de la propaganda y de la contraofensiva ideológica-moral frente a la arrogancia pseudotriunfalista del neoconservadurismo elitista, con dinámica inhumana, apoyarse en los intereses materiales se mantiene más que nunca como indispensable.

El problema para una reacción eficaz contra las operaciones de las multinacionales resume en mucho las opciones y las posibilidades a las que la izquierda internacional se enfrenta.

Fundamentalmente, no hay más que dos posibilidades: una es que la izquierda acepte la lógica de la competencia nacional sobre el mercado mundial. En este caso, la izquierda sustituye la solidaridad con su propio patrón. Si elige esa vía, deberá aceptar las políticas de austeridad y de reducción de los gastos sociales. Entonces, quedará enganchada a una espiral descendiente sin fin.

Esto es así porque las multinacionales encuentran siempre un país en donde los salarios sean más bajos y los asalariados más dóciles y ejercerán siempre el chantaje de la reubicación de la industria, para arrancar por todos lados reducciones del nivel de vida de los asalariados y las asalariadas. Y las justificaciones ideológicas de esta solidaridad "nacional" son extremadamente peligrosas: es culpa de los "japoneses"; es culpa de los "árabes", etc., mientras que, en realidad, es culpa del capital y de la lógica de la ganancia.

La segunda vía es que la izquierda opte por una solidaridad internacional de los asalariados y las asalariadas y de todos los explotados y explotadas. En ese caso, ella opone a las maniobras de las multinacionales la acción concertada para elevar los salarios más bajos, para combatir en todos lados el desempleo. Así, se compromete en una espiral ascendente de los salarios y de las condiciones de trabajo, en lugar de aceptar la espiral contraria.

Tal acción concertada no implica para nada que la actual división internacional del trabajo heredada del colonialismo y consolidada por el imperialismo se mantenga. Implica que esa injusta división del trabajo sea superada gracias a otro modelo de desarrollo fundado no sobre la exportación de las "ventajas" de los bajos salarios y la miseria, sino en el desarrollo del mercado interno (y regional) de los países del Tercer Mundo.

No es fácil construir un movimiento masivo en esta vía, no sólo por la presencia del conservadurismo en la mayoría de las direcciones sindicales y en partidos de izquierda de todo el mundo, sino también por los numerosos prejuicios y mitos de origen burgués que tienen gran peso dentro de las masas trabajadoras de muchos países. Sin embargo, es posible empezar a dar pasos en ese sentido, ante todo contra determinadas multinacionales (por ejemplo, en las automotrices, en la industria eléctrica, en la industria química) que tienen sus centros de producción en numerosos países. Una reacción militante contra todo ataque a los salarios, al empleo, a las libertades sindicales en cualquiera de sus sucursales es de interés común para todos los asalariados que trabajen en esos trusts. Delegaciones sindicales militantes ya han comenzado a actuar bajo esta óptica. Esas iniciativas deben extenderse y convertirse en verdaderos reflejos condicionados.

En el clima económico y social que prevalece actualmente, la reconquista de los valores de la solidaridad como base material/materialista de la "nueva ciudadanía universal" no puede dirigirse solamente y de manera prioritaria a los asalariados y las asalariadas empleados y empleadas por las multinacionales. Debe dirigirse a todas las víctimas de la sobreexplotación: las mujeres, los desempleados, los marginados, los campesinos pobres, los inmigrantes. Ante la tentativa que apunta la ofensiva del gran capital de fragmentar la respuesta de sus víctimas, la izquierda debe oponer un esfuerzo por unificar los combates: combates contra la austeridad y la miseria, pero también por el respeto universal de los derechos del hombre y la mujer; combate contra el militarismo, combate ecológico, combate por las libertades democráticas, combate por la democratización de las decisiones económicas, combate contra las estructuras jerárquicas y autoritarias en la economía y en el Estado.

La izquierda, el socialismo revitalizado, será pluralista, democrático, autogestionario, feminista, ecologista, radicalmente pacifista, antimilitarista, internacionalista y tercermundista o no será.

IV. Una de las lecciones principales que se desprende del fracaso del estalinismo y que explica también la crisis creciente de la socialdemocracia es la quiebra histórica de toda tentativa de querer resolver la cuestión social con el sustitucionismo, la tentativa de querer restituir la felicidad a los pueblos y a las masas a pesar de ellas mismas. Esta tentación puede ser resultado del dogmatismo y de la *seudo-realpolitik*. Pero a la larga siempre se demuestra ineficaz. Es forzosamente contraria a los principios básicos del socialismo, según los cuales la emancipación de los trabajadores y las trabajadoras no puede ser obra más que de ellos y ellas mismas. Los Estados, los gobiernos, los partidos, los sindicatos pueden ser instrumentos indispensables de esta autoemancipación. Pero no pueden jamás sustituir a los trabajadores y a las trabajadoras.

La emancipación humana es una obra de largo plazo y de una inmensa complejidad. No existe ningún manual que pueda prever todas sus etapas. A pesar de la fuerza científica del marxismo, no basta remitirse a él y poder pensar que es infalible. Todos los partidos, gobiernos y dirigentes de izquierda han cometido graves errores. El problema no es evitarlos —lo que es imposible— sino reducir su amplitud y corregirlos lo más rápidamente posible.

Las masas pueden equivocarse y se equivocan frecuentemente. La vanguardia tiene el derecho y el deber de mostrar esos errores. Pero no tiene el derecho de buscar impedirlos a través de medidas administrativas ni represivas. La dialéctica del desarrollo de la conciencia de clase incluye el derecho a esa autonomía de las masas.

Insistir sobre la indispensable dimensión democrática y pluralista de la acción de la izquierda socialista y sobre el hecho de que ella asuma la defensa de la actuación autónoma y de la autorganización de las masas permite comprender el porqué del fracaso del estalinismo y de la socialdemocracia para poder desembocar en una contraofensiva de izquierda frente a la ofensiva del neoconservadurismo seudoliberal.

En el mundo actual, caracterizado por divisiones y contradicciones sociales y económicas cada vez más explosivas, la burguesía es incapaz de priorizar el respeto universal de los derechos del hombre y la mujer. Es incapaz de tolerar el derecho de las masas a rechazar los "imperativos del mercado" (en realidad de la ganancia) como ella rechaza la "economía de mando".

Sólo el socialismo democrático puede asegurar el derecho de las masas a decidir, libre y democráticamente, el modelo de sociedad y economía.

Podemos combatir porque en América Latina se viva como en las metrópolis, lo que significa: asegurar prioritariamente la satisfacción de algunas necesidades básicas, que nadie pase hambre, que no haya más niños que mueren de enfermedades curables, que no haya más gente sin vivienda, que el analfabetismo desaparezca, que el desempleo sea abatido de tajo. Este es un formidable boomerang contra el capital internacional. Es una batalla que podemos ganar. Contra el despotismo de Estado y el despotismo del mercado, por la soberanía democrática de las masas.

¿Esta batalla se contrapone a las exigencias de eficacia económica? No lo creemos.

Uno de los problemas globales con los que la humanidad se enfrenta es el de la aplicación racional (principalmente, respetando los imperativos ecológicos) de la tecnología de punta. La burguesía se vanagloria de su capacidad de desarrollo del espíritu de empresa. Pero tal desarrollo no es más que el de una pequeña minoría de individuos privilegiados, bajo el impulso exclusivo de la sed de enriquecimiento privado. La burguesía ahoga a la inmensa mayoría de la humanidad.

El mantenimiento de estructuras de mando y de control jerarquizados en las empresas y en la economía en su conjunto permite cada vez menos desarrollo de la potencialidad de la tecnología de punta. Los productores y productoras libremente asociados podrían transformarse en verdaderos empresarios creadores, a condición de probar en la práctica que ellos y ellas gozan realmente de los frutos de sus esfuerzos. La dignidad y la libertad humana deben prevalecer antes que la eficiencia económica.

[Aparecido en **Inprecor A.L.**, Nº 23, Julio de 1992]

Luiz Carlos Bresser Pereira, José María Maravall
y Adam Przeworski.*

Reformas económicas en las nuevas democracias Un enfoque socialdemócrata

Introducción

Las recetas para el desastre parecen bastante claras. En los años recientes, cada vez que los gobiernos implementaron programas económicos de izquierda el resultado fue la inflación, y una crisis fiscal tanto como del balance de pagos. Cada vez que los gobiernos pusieron en práctica doctrinas neoliberales el efecto fue el estancamiento, el aumento de la pobreza, el descontento político y el debilitamiento de la democracia. Perú con Alan García, Portugal en el primer periodo, Grecia con el Pasok, así como Francia durante los dos primeros años del gobierno socialista constituyen ejemplos de que la combinación de estímulo económico con indisciplina fiscal genera crisis económicas en un mundo fuertemente internacionalizado como el actual. Argentina y Brasil, donde fracasaron varios intentos de estabilización, así como Polonia y Bolivia, y en menor grado México, donde se logró la estabilización, son pruebas de que la aplicación del esquivo criterio de "eficiencia" puede ser contraproducente política y aún económicamente cuando las reformas no son guiadas por un interés explícito en el crecimiento, en la protección de los ingresos y en la consolidación de la democracia.

La posición tradicional que rechaza todos los intentos de estabilización, de desregulación y de apertura —por los costos sociales que esos programas conllevan— es insostenible una vez que una economía sobreprotegida excesivamente regulada y oligopólica ingresa en la espiral de la crisis fiscal. La dilación, socialmente más tolerable y políticamente más segura, sólo puede agravar la crisis y prolongar la privación. A su vez, los programas basados en promesas de mejoras inmediatas terminan desastrosamente.

* Este trabajo es una versión levemente resumida del *paper* presentado ante la **Conferencia sobre Democracia, Mercados y Reformas Estructurales en América Latina**, organizada por el North/South Center de la Universidad de Miami y la colaboración del CEDES y la Fundación Simón Rodríguez, Buenos Aires, 25 al 27 de marzo de 1992. Agradecemos al North/South Center y a sus autores el permiso para publicar este trabajo.

No obstante, existe amplia evidencia de que la implementación de planes de acción neoliberales no obtiene mejores resultados. Cuando la estabilidad y la eficiencia se convierten en objetivos en sí mismos los programas gubernamentales resultan económicamente ineficaces o contraproducentes y políticamente explosivos en condiciones democráticas. Los intentos de estabilización fracasan o producen recesiones tan profundas que desalientan las inversiones, socavan las perspectivas de crecimiento futuro y generan costos sociales que hacen políticamente difícil proseguir con las reformas en condiciones democráticas. Asimismo, el estilo tecnocrático generalmente utilizado para la formulación y aplicación de esas políticas tiende a debilitar la consolidación de las instituciones democráticas.

Por lo tanto, y quizás un tanto paradójicamente, nuestras conclusiones rematan en una suerte de alegato para que los gobiernos de izquierda adopten un programa orientado hacia el mercado: es decir, un enfoque pragmático, "social demócrata". Este enfoque requiere que las reformas sean orientadas hacia el crecimiento, que el bienestar material sea protegido de los efectos transicionales producidos por la aplicación de éstas y que las instituciones democráticas sean utilizadas en su totalidad, para formular e implementar los programas de reformas. Sin embargo, la fórmula del éxito es, desafortunadamente, menos clara, porque ha habido pocas experiencias exitosas.

Nuestro artículo se ha organizado del siguiente modo. En la primera parte sostenemos que el éxito de las reformas solamente puede ser considerado en términos de reactivación del crecimiento económico y de consolidación de la democracia, y no en términos de objetivos intermedios. También identificamos la dificultad genérica que deben encarar las democracias incipientes que ensayan esas reformas. En la segunda parte, revisamos los argumentos lógicos y empíricos relativos a nuestras tres hipótesis centrales: (1) las reformas que constituyen las recomendaciones corrientes -estabilización y liberalización- son necesarias pero no suficientes para restablecer la capacidad de crecimiento, salvo que sean secundadas por una activa coordinación estatal del proceso de asignación de recursos. (2) Dado que cualquier paquete de reformas está constituido por medidas puntuales que son adoptadas en un período prolongado, las condiciones políticas para su continuación se debilitarán si es que no están acompañadas por una política social que proteja por lo menos a aquellos individuos cuya subsistencia pueda verse amenazada. (3) La consolidación de la democracia puede ser socavada excepto que las instituciones representativas desempeñen un papel efectivo en la conformación e implementación de políticas de reformas. Finalmente, en la última parte resumimos y desarrollamos nuestros puntos de vista normativos.

Nuestra intención no es proporcionar evidencias inductivas comparativas para cada uno de los puntos: en la actualidad este propósito no es viable debido a la escasez de experiencias históricas. Tampoco procuramos desarrollar un plan detallado para una política que pueda ser aplicada en cualquier lugar: las estrategias de reformas deben reconciliar objetivos conflictivos para responder a las restricciones específicas de cada situación. Lo que buscamos es revelar cuáles son las premisas tácitas que subyacen al modelo neoliberal de las reformas económicas, y demostrar

que el éxito de las mismas sólo podrá lograrse con una estrategia que combine el énfasis en el crecimiento, la seguridad de los ingresos y el vigor de las instituciones democráticas.

Crecimiento y Democracia como objetivos de las reformas

Las recientes oleadas de transición hacia la democracia comenzaron en el sur de Europa a mediados de la década del '70, irrumpieron en América Latina a mediados de los 80's y se extendieron por Europa del Este, incluyendo a Rusia, en 1989-1990. Estos cambios a menudo ocurrieron cuando las respectivas economías atravesaban serias dificultades o profundas crisis.

En varios países el colapso de los regímenes autoritarios fue acompañado por crisis económicas, típicamente causadas por el agotamiento de las estrategias de desarrollo dirigidas por el estado y orientadas hacia el mercado interno. El estado creció demasiado, reguló en forma excesiva y protegió más allá de lo razonable: en América Latina el estado era oneroso, en Europa del este era opresivo. Los intereses especiales de burócratas, directivos de grandes compañías y empresarios reemplazaron al interés público. Prácticas populistas combinadas con estrategias desarrollistas orientadas hacia el mercado interno condujeron a la indisciplina fiscal y al déficit público. La consecuencia, además de la creciente ineficiencia del sistema económico, fue la crisis fiscal: en muchos países, el estado estaba financieramente en bancarrota. Por lo tanto, aun cuando los regímenes presentaran diferentes matices de autoritarismo el estado era económicamente impotente.

Dado que las crisis económicas por lo general coinciden con la transición a la democracia, muchas democracias incipientes encaran un doble desafío: ¿cómo hacer para recuperar el crecimiento económico y consolidar las nuevas instituciones políticas al mismo tiempo? Además, dado que las reformas necesarias para restablecer la capacidad de crecimiento inevitablemente engendran un deterioro transitorio de las condiciones materiales de muchos grupos, esta situación puede amenazar la consolidación de la democracia. Surge así el interrogante de si existe alguna estrategia de reformas que conduzca a la reactivación económica y al afianzamiento de la democracia.

Plantear el problema de este modo no significa que las nuevas democracias sean menos competentes para manejar las crisis económicas que las democracias ya establecidas o que los regímenes autoritarios. Existen opiniones que consideran que la capacidad de las nuevas democracias para acometer programas de estabilización e implementar reformas estructurales se ve obstaculizada por las enormes expectativas de mejoras económicas que generan y por su vulnerabilidad ante las presiones populares y la influencia de los grupos de interés, y al mismo tiempo, porque los ciclos electorales y la competencia pluralista reducen su capacidad para el planeamiento a largo plazo (Ames, 1987, Stallings and Kaufman 1989, Marer 1991). Sin embargo, las nuevas democracias no parecen haber tenido menos competencia para imponer disciplina económica en tiempos difíciles. Estudios comparativos de las reformas económicas en los países de menor desarrollo no han mostrado diferencias sistemá-

ticas entre los regímenes políticos en la elección de las mismas (Nelson, 1990) y en la *performance* económica (Remmer 1986, 1989; Haggard et al. 1990). Y aún si fuera cierto que los regímenes autoritarios muestran mayor capacidad para imponer y persistir con las reformas económicas, no deseamos tratar a la democracia como un valor instrumental, a ser juzgado por sus consecuencias en el desempeño de la economía. La cuestión que planteamos no es si los distintos regímenes políticos afectan las posibilidades de éxito de las reformas económicas sino si existen formas de reactivar el crecimiento en condiciones democráticas.

El criterio económico fundamental para evaluar el éxito de las reformas puede tan sólo ser si es que el país logra recuperar el crecimiento económico con niveles de inflación estables o moderados.

Las reformas económicas abarcan diferentes combinaciones de medidas para estabilizar la economía, cambiar su estructura y, a veces, vender los bienes públicos. El propósito central de la estabilización es disminuir la inflación y mejorar la situación financiera del estado. El objetivo principal de las reformas estructurales es incrementar la eficiencia en la asignación de recursos. El de las privatizaciones no es tan claro, ya que las razones expuestas para la venta de las empresas públicas no siempre son verdaderas.¹ Aun cuando estas medidas tengan éxito, su efecto sobre el crecimiento no es inmediato o manifiesto. La estabilización provoca la reducción de la demanda, las reformas estructurales originan cierres de empresas ineficientes, mientras que las privatizaciones desorganizan temporariamente la economía. En tanto que los programas individuales de reformas difieren en sus propósitos y en su ritmo, la estabilización y, especialmente, las reformas estructurales, producen necesariamente una disminución temporal de la demanda. Para sustentarse, la estabilización debe provocar una reducción transitoria de la demanda, como resultado de la combinación de la reducción del gasto público, el aumento de los impuestos y tasas altas de interés. La liberalización del comercio, las medidas antimonopólicas y las reducciones de los subsidios a las industrias y a los precios inevitablemente originan desempleo temporal de capital y de trabajo. Las privatizaciones implican reorganización: nuevamente una transición costosa. Además, las reformas orientadas al mercado por lo general son aplicadas cuando los efectos del shock original aún están presentes y mientras algunos mercados importantes todavía no han aparecido. Por último, los arquitectos de las reformas cometen errores, y los errores son caros. De ahí que el efecto de las reformas económicas en el crecimiento sea negativo en el corto plazo.² Por eso es que para los defensores de las reformas el desempleo y los cierres constituyen las pruebas de que aquéllas alcanzan sus objetivos: si el bajo desempleo actual no se eleva al 8 o 10 % este año, expresó el ministro de economía checoslovaco, Vladimir Dlouhy, "se rá una señal de que las reformas no lograron su propósito" (*Financial Times*, 6 de fe-

¹ Por lo general el propósito manifiesto de la privatización es aumentar la eficiencia o incrementar la disciplina fiscal (Lipton y Sachs 1990), pero la razón más probable es frecuentemente la desesperada necesidad de llenar las arcas del estado o atraer nuevas inversiones.

² Para un desarrollo detallado acerca de la hipótesis de que las reformas orientadas al mercado necesariamente causan una reducción temporal del consumo, ver Przeworski (1991, Capítulo 4) y Blanchard et al. (1991: 10-11).

brero de 1991). De este modo, los programas de reformas se encuentran atrapados entre la fe de aquellos que preveen sus principales efectos y el escepticismo de los que sólo experimentan sus consecuencias inmediatas.

Esta es la razón por la cual las evaluaciones provisorias de los programas de reformas tienden a ser muy variables y polémicas. Debido a que esas reformas orientadas al mercado ocasionan inevitablemente una disminución transitoria del consumo, el criterio de éxito no es inmediatamente aparente. Se puede pensar el "éxito" de tres modos diferentes. El primero, apoyado por Nelson (1990) y la mayoría de sus colaboradores, consiste en definirlo simplemente en términos de la implementación continuada de cualquier tipo de reformas: no utilizan criterios económicos para evaluar el éxito de las mismas y explican en cambio, "el grado de aplicación de las políticas antes que los resultados económicos de las medidas adoptadas". El segundo, implícito en casi toda la literatura económica y en Haggard y Kaufman (1992), es conceptualizar al "éxito" en términos de estabilización y liberalización. El tercero, que adherimos, es permanecer escépticos hasta que la economía dé pruebas del crecimiento operado en condiciones democráticas.

La primera concepción es insostenible, ya que está basada en la suposición de que cualesquiera que hayan sido las medidas implementadas éstas deben haber sido correctas. Esta postura no admite posibilidad alguna de errores en las políticas y -el punto permite repetición- estos errores son frecuentes y quizás inevitables. No es fácil la elección del anclaje (la cantidad nominal sobre la que se apoya el programa de estabilización), el ordenamiento y la secuencia de las medidas desreguladoras (¿cuentas de capital o movimiento comercial?), el método y el momento en que se producirán las devaluaciones y la distribución de los recortes del gasto público. No existe "el" programa de acción económico seguro, sólo hipótesis alternativas, a ser comprobadas en la práctica y con un costo. Efectivamente, la secuencia de la estrategia de reformas genera grandes desacuerdos y, de la misma manera que la debacle chilena de 1982, las decisiones equivocadas conducen a errores costosos.

La segunda concepción es más segura, pero todavía se basa en el supuesto de que la estabilidad y la eficiencia son suficientes para generar crecimiento, conjetura que consideramos falsa. Esta posición sostiene que las medidas parciales finalmente conducirían al crecimiento y a la prosperidad. Los defensores de las reformas debaten como si tuvieran un arquetipo del mundo semejante al del Juicio Final: un modelo general de dinámica económica que permite evaluar las consecuencias principales de todas las medidas parciales. Sin embargo, este modelo no es más que una conjetura. La inflación podría ser detenida por una dosis suficiente de recesión, pero la evidencia de que la estabilización conduce al crecimiento es débil. Abrir la economía y aumentar las exportaciones podría incrementar el crédito de un país, pero los únicos que se beneficiarían serían los acreedores extranjeros. La venta de las empresas públicas podría llenar las arcas del estado, pero los ingresos por esas ventas pueden ser robados o dilapidados. Por lo tanto, los vínculos causales entre las reformas parciales y sus objetivos fundamentales aún son débiles. Como indicó Remmer (1986) con respecto a los Programas Standby del FMI, "sólo hay una correlación moderada entre la aplicación de los preceptos del FMI y el logro de los resultados económicos deseados."

Si el propósito manifiesto de las reformas orientadas hacia el mercado es aumentar el bienestar material, entonces esas reformas deben ser evaluadas por su éxito en generar el crecimiento económico. Cualquier cosa que excluya este criterio es tan sólo una reformulación de la hipótesis neoliberal, más no su verificación. Dado que los procesos de reforma implican concesiones intertemporales, no se pueden evitar hipótesis sobre las consecuencias remotas. Sin embargo, salvo que insistamos en pensar en términos de crecimiento, nos arriesgamos a padecer un largo período de tensiones y privaciones sólo para llegar a descubrir que la estrategia aplicada era errónea. El argumento de "tanto peor, tanto mejor" no puede ser mantenido indefinidamente; en algún momento las cosas tienen que mejorar. La reactivación económica es el único criterio confiable de éxito económico.

Mientras que algunos regímenes autoritarios y algunas democracias establecidas han puesto en práctica reformas económicas, las democracias nuevas deben enfrentar simultáneamente la necesidad urgente de superar la crisis económica y la de consolidar las nuevas instituciones. En consecuencia, el segundo criterio para evaluar si las reformas han logrado sus objetivos debe ser la consolidación de la democracia. Y si se ha de proseguir con las reformas en condiciones democráticas, los conflictos distribucionales deben ser institucionalizados: todos los grupos deben canalizar sus demandas a través de las instituciones democráticas y abjurar de otras tácticas. A pesar de la urgencia de sus necesidades, las fuerzas políticas deben someter sus intereses al veredicto de las instituciones democráticas. Deben estar preparadas para aceptar derrotas y esperar, seguras de que estas instituciones continuarán ofreciendo nuevas oportunidades en el futuro. Deben adoptar el calendario institucional como el horizonte temporal de sus acciones, pensando en términos de las próximas elecciones, negociaciones de contratos, o al menos años fiscales. Deben asumir la posición adoptada en el año 1919 por John McGurk, jefe del Partido Laborista inglés: "O somos constitucionalistas o no somos constitucionalistas. Si somos constitucionalistas, si creemos en la eficacia del arma política (y si creemos, porque si no ¿por qué tenemos un Partido Laborista?), entonces es necio y antidemocrático que porque no obtuvimos la mayoría en las elecciones darnos vuelta y reclamar que ahora debemos ensayar el camino del conflicto industrial". (Citado por Miliband 1975: 69)

Por lo tanto, las instituciones democráticas sólo pueden consolidarse si ofrecen a los grupos políticamente relevantes incentivos para procesar sus demandas dentro del marco institucional. Pero las reformas económicas inevitablemente producen por lo menos una disminución transitoria del consumo. Esta es entonces la fuente del dilema que afrontan las democracias incipientes: ¿cómo crear incentivos para que las fuerzas políticas procesen sus intereses dentro de las instituciones democráticas si las condiciones materiales habrán de empeorar en el futuro previsible?

Enfoque neoliberal versus el enfoque social democrático: teoría y comprobación

Nuestro propósito es investigar si hay un espacio entre estas dos restricciones: una estrategia que reactive la economía y fortalezca la democracia. Como cualquiera que se sumerja en estas opacas aguas nos apoyaremos en la experiencia histórica,

en razonamientos a partir de primeros principios y en suposiciones.

Si el éxito significa revitalizar el crecimiento bajo condiciones democráticas, las evidencias confirmatorias de modelos exitosos resultan ser más escasas que las de los desastres. El caso que instituyó la posibilidad de éxito como nosotros la definimos es España, país que soportó un doloroso período de reconversión industrial y que consolidó las instituciones democráticas en forma irreversible. Esta experiencia es similar a la de Portugal después del año 83 y quizás a la de Uruguay. Chile está creciendo dentro de condiciones democráticas, pero el proceso de reforma, emprendido por un régimen militar excepcionalmente represivo, fue prolongado y sus costos económicos y sociales fueron enormes. Corea del Sur experimentó una estabilización exitosa en 1981, con alguna disminución en su ritmo de crecimiento, pero se expandió a un ritmo relativamente rápido previamente y con posterioridad a esa fecha. México, con su peculiar régimen político, ha prestado mayor atención a los costos sociales y podría estar próximo a reiniciar su crecimiento económico, aunque no todavía dentro de instituciones democráticas. Por último, entre los países del este de Europa, Hungría que decidió proceder con prudencia, creando instituciones de mercado y un sistema de bienestar social antes de emprender la etapa de liberalización, podría considerarse que alcanzó resultados positivos. Sin embargo, estos casos son tan disímiles que no es fácil determinar hasta qué punto el éxito se debió a la implementación de políticas o a las circunstancias. España no experimentó la necesidad de estabilización, mientras que los índices de inflación en Portugal, Corea del Sur, México y Hungría han sido bastante moderados de acuerdo con los patrones de Argentina, Bolivia, Brasil, Polonia o Yugoslavia. La deuda externa fue un tema dominante en Argentina, Bolivia, Brasil, México, Polonia y Yugoslavia, pero no en Europa meridional. Y el alcance de las reformas difirió de un país a otro, al combinar en forma diferente medidas que apuntaban a la estabilización, a la liberalización y a la reconversión industrial.

En consecuencia, no pretendemos haber establecido las condiciones para el éxito: la experiencia histórica es insuficiente como para permitir una evaluación empírica sólida del enfoque que proponemos.³ Resumamos y evaluemos la evidencia con

³ Varias investigaciones ya terminadas o en curso, tratan de explicar inductivamente el "éxito" de las reformas económicas. Evidentemente, la viabilidad de ese intento depende de la definición de la variable dependiente. Remmer (1986) estudió el cumplimiento de los objetivos establecidos por los acuerdos stand-by del FMI con una muestra suficientemente grande que permitiera extraer algunas inferencias. Pero si la definición implícita de la variable dependiente es el éxito considerado como reactivación del crecimiento económico, entonces inferencias cuasi experimentales no rigurosas son posibles. La estrategia de Nelson et al. (1990) de redefinir el éxito en términos de la continuación de cualquier programa de reforma está basada en la hipótesis, falsa, de que esas medidas están inexorablemente relacionadas con el objetivo principal. A su vez, si el éxito es definido en términos de reactivación, no se cuenta con experiencia histórica suficiente que permita extraer firmes inferencias inductivas. De este modo, por ejemplo, los debates acerca de si los regímenes autoritarios o los democráticos tienen mayores probabilidades de emprender y persistir en la aplicación de reformas que engendran crecimiento se basan en cuatro casos de éxito -los casos autoritarios de Chile y Corea del Sur, los democráticos de España y Portugal- y en innumerables fracasos. Es por eso que no tratamos de establecer un diseño de investigación cuasi experimental: las comparaciones controladas de casos no son todavía factibles si se toma el crecimiento en condiciones democráticas como el *explanandum*.

respecto a nuestras tres hipótesis principales: (1) que la estabilización y la liberalización no son suficientes para generar crecimiento, salvo que estas reformas tengan como objetivo corregir la crisis fiscal y generar reservas públicas, (2) que se desgastan las condiciones políticas para la prosecución de las reformas si no existe una política social que proteja por lo menos a aquellas personas cuya subsistencia esté amenazada por la aplicación de las mismas, y (3) que el estilo tecnocrático para elaborar las políticas debilita a las incipientes instituciones democráticas.

Para examinar el efecto de las reformas orientadas hacia el mercado, es necesario distinguir tres interrogantes: (1) ¿Por qué la estabilización y la liberalización (del comercio exterior y la competencia interna) provocan recesiones? (2) ¿Por qué algunos de los programas de estabilización socavan el crecimiento futuro? (3) ¿Son suficientes la estabilidad y la eficiencia para la prosecución del crecimiento? Los programas de estabilización por lo general provocan profundas recesiones, aun cuando no estén acompañados de liberalización. Por lo menos dos son las razones: (1) la estabilización se logra usualmente reduciendo la demanda, y (2) las tasas de interés tienden a aumentar por encima del nivel calculado durante el proceso de estabilización. El mecanismo que conduce a altas tasas de interés depende del "ancla monetaria" utilizada (Blanchard et al. 1991), pero un efecto común es que la estabilización torna atractiva la retención del dinero, y la creciente demanda de éste no puede ser satisfecha aumentando la emisión monetaria porque se reavivaría la inflación. A su vez, las reducciones de subsidios a las industrias y a los precios, de los aranceles de importación y las medidas internas antimonopólicas, hacen disminuir abruptamente las tasas de retorno y producen el desempleo del capital y del trabajo (Przeworski, 1991, Capítulo 4). Entre los casos de estabilización exitosa,⁴ el desempleo aumentó agudamente en Bolivia después de 1985;⁵ en Chile el desempleo subió del 9.7 en 1974 al 16.8 en 1976; en Israel del 5.1 al 7.1 entre 1984 y 1986; en Polonia de 0 en 1989 a más del 10 por ciento en 1991; mientras que en Corea del Sur el porcentaje de utilización de la capacidad instalada disminuyó del 77.5 por ciento en 1980 al 69.4 por ciento en 1983.

La segunda razón por la que los programas de estabilización socavan con frecuencia las perspectivas del crecimiento futuro ha sido destacada por Tanzi (1990): en los recortes del gasto, propios de toda tentativa de manejar la crisis fiscal, por lo general no se discrimina entre el gasto del gobierno y la inversión pública. Y después de citar varios ejemplos en los cuales las políticas de estabilización debilitaron la capacidad para el crecimiento, Tanzi (1990: 30) llega a la siguiente conclusión: "En todos estos ejemplos, la oferta se redujo, con lo que se crearon desequilibrios que a su vez se manifestaron como demanda excesiva. En estos casos, las políticas de control de la demanda hubieran reducido los síntomas de estos desequilibrios pero no hubieran eliminado las causas. Por lo tanto, los programas de estabilización podrían sucederse indefinidamente sin producir un ajuste duradero...". Efectivamente, es políticamente

⁴ Con excepción de Europa del Este y Corea del Sur, todos los datos citados aquí han sido tomados de trabajos de Bruno et al. 1991. Para Corea, ver Rhee, 1987. Para Europa del Este, ver Przeworski, infra.

⁵ Las cifras exactas son motivo de disputa; ver Morales (1991).

más fácil efectuar reducciones en los proyectos de inversión que en los gastos de servicios del gobierno o en los sueldos de la administración pública. Se disminuyen tanto las inversiones en infraestructura pública como las medidas para inducir la inversión privada, lo cual produce una caída de la oferta. Las pruebas de las experiencias exitosas de estabilización son uniformes: en Bolivia la inversión pública declinó del 8.4 en 1984 a aproximadamente 3.0 por ciento después de 1985; en Chile, la inversión pública se redujo del 12.5 por ciento en 1974 al 4.8 por ciento en 1983 y ascendió nuevamente al 7.1 por ciento en 1985;⁶ en México, la inversión pública declinó en un 13.4 por ciento ya en 1987 y continuó disminuyendo posteriormente; en Europa del este, excepto Hungría, la inversión pública directamente se derrumbó.

Ni la observación de que la estabilización provoca recesión, ni aún la de que los programas de estabilización por lo general debilitan las condiciones para el crecimiento futura son ahora discutibles: efectivamente, las voces que hemos citado proceden del Banco Mundial y del FMI. Donde nos separamos del consenso neoliberal es con respecto al punto central del análisis de Bresser Pereira (1992): cuando sostenemos que las reformas orientadas al mercado no son suficientes para generar las condiciones para el crecimiento. Cabe admitir que la evidencia empírica no es concluyente. En Bolivia, el PBI declinó durante el año que siguió a la estabilización y luego creció débilmente, mientras que el producto *per capita* continuó disminuyendo en 1990. En Chile, el PBI cayó un 12.9 por ciento en 1975 y el crecimiento se recuperó hasta que se produjo el gran derrumbe de 1982, cuando el producto bruto interno disminuyó un 14.1 por ciento, y se creció nuevamente después de 1985. En Israel, el PBI (solamente el sector privado) creció efectivamente durante la estabilización, pero se paralizó tres años después. En México son evidentes los signos de recuperación, aunque el crecimiento *per capita* continúa siendo anémico. En Corea del Sur el crecimiento disminuyó, pero continuó siendo alto en niveles comparativos. Y en toda Europa del este el producto bruto interno continúa declinando.

Debido a la pobreza de las evidencias confirmatorias es útil revisar los argumentos teóricos. La hipótesis neoliberal -"el consenso de Washington" (Williamson, 1990)- que subyace en el programa de las reformas orientadas al mercado es que una vez logrados la estabilidad y la eficiencia el crecimiento económico brotará como resultado. Sin embargo, quizás sorprendentemente, esta postura neoliberal tiene cimientos inciertos aún en la teoría económica neoclásica.

Los mercados podrían orientar satisfactoriamente a los agentes individuales para realizar una correcta asignación de los recursos, pero no son suficientes para coordinar las acciones individuales hacia la eficiencia intertemporal y otras metas normativamente deseables y políticamente deseadas.⁷ La "orientación del mercado" no es suficiente para generar la "coordinación del mercado" dirigida hacia la prosperidad colectiva.

No necesitamos complicarnos en la discusión de la economía neoclásica para deducir que la condición actual de esta teoría no avala la conclusión de que la esta-

⁶ Cabe indicar que Edwards (1991: 215) atribuye la reactivación del crecimiento en Chile después de 1985 a la creciente inversión pública.

⁷ Sobre el sesgo estático de la teoría neoclásica, ver Fanelli, Frenkel y Rozenwurcel 1990.

bilidad y la competencia son suficientes para generar el crecimiento. Ya sea que uno tome la teoría de los mercados incompletos, con sus asimetrías informativas; o la teoría del crecimiento endógeno, con retornos constantes a un sólo factor y externalidades dinámicas; o, por último, la teoría del comercio no Walrasiano, se descubrirán en todos estos casos argumentos todavía neoclásicos que sostienen que la intervención del estado es necesaria para el crecimiento. Es cierto: estas teorías no justifican una defensa general de la intervención del estado. Son más medidas en su determinación del rol apropiado del estado y son específicas en sus recomendaciones (Grossman, 1990). Además, plantean un interrogante institucional fundamental: ¿cómo organizar las instituciones del estado de manera que intervengan cuando corresponda y no lo hagan cuando no corresponda? Sin embargo, todas estas teorías consideran que el rol del estado es fundamental para generar el crecimiento económico. La postura neoliberal no tiene bases teóricas sólidas: citamos a Stiglitz (1991: 12), "la mano invisible de Adam Smith puede ser como las ropas nuevas del emperador: es invisible porque no está".

En consecuencia, a pesar de la escasez de pruebas recientes, consideramos que nuestro primer punto tiene fundamento: la estabilidad y la eficiencia no son suficientes para el crecimiento.

Las reformas económicas constituyen un proceso inevitablemente lento y que necesariamente conduce a una reducción temporaria del consumo de una importante parte de la población. Aun cuando la estabilización-liberalización sea proyectada para lograr la reactivación económica y el estado adopte estrategias de desarrollo apropiadas, el periodo que se extiende entre la estabilización y la reactivación es largo. Edwards (1991: 219) estima la duración de ese intervalo entre 8 y 10 años. Mientras tanto, el consumo *per capita* declinará o se detendrá y algunos ingresos serán empujados hasta debajo del umbral de la pobreza absoluta. Si tales reformas deben implementarse bajo condiciones democráticas tendrán que contar con apoyo político continuado en el marco del proceso democrático.

El argumento típico de los economistas -de que el plan de acción económico es "sólido" y sólo los "populistas" irresponsables lo socavan- es mala economía. Una estrategia económica sólida es una estrategia que se dirige explícitamente al problema de si las reformas serán apoyadas a pesar de sus costos. Por lo menos, las reformas deben ser creíbles (Calvo, 1989): para obtener apoyo para esas medidas, los políticos deberán llevar a cabo lo que anunciaron con anterioridad.⁸ Pero la dificultad es más profunda: ¿cómo persuadir a la gente de tener confianza en el programa de reformas cuando éste temporariamente genera crecientes privaciones materiales?

Si la gente tiene que hacer concesiones intertemporales, si tiene que aceptar una reducción temporaria del consumo y desoir las demandas "populistas", tiene que tener confianza en que los sacrificios transitorios conducirán finalmente a un mejoramiento de sus condiciones materiales. El estilo político de los gobernantes, tema que

⁸ Supongamos que en el momento $t=0$, un gobierno hace una promesa a A en el momento $t=2$ si ganan las elecciones en el momento $t=1$. La estrategia es creíble si A es la estrategia maximizadora del gobierno en $t=1$. Pero si un gobierno dice "re-elijámonos y reduciremos el desempleo" y se sabe que cualquier candidato electo disminuirá el gasto público la estrategia no es creíble.

se analiza con mayor detalle más adelante, es un factor importante en la configuración de esta confianza. Pero aún más importante es que el peligro inminente que la gente deberá afrontar no amenace su sobrevivencia: las personas cuyas supervivencias corren peligro no pueden pensar en el futuro, y no pueden hacer concesiones intertemporales.

Los ciudadanos de las nuevas democracias esperan que se les concedan derechos sociales y políticos. Para satisfacer las demandas de "ciudadanía social" -según T.H. Marshall (1965: 76), "un tipo de igualdad humana básica asociada con el concepto de membresía a una comunidad"- es necesario que la seguridad y las oportunidades sean compartidas por todos. Las políticas sociales responden a estas demandas por medio de la provisión de salud y educación, y del mantenimiento de los ingresos. Esta provisión se ve limitada generalmente cuando las nuevas democracias se aventuran en el camino de las reformas económicas: es por esto que los efectos a corto plazo de la estabilización y de la liberalización amenazan la subsistencia de los individuos más adversamente afectados por las medidas que se dirigen hacia la economía de mercado. La cuestión es si estas medidas serán continuadas como un veredicto del proceso democrático.

Nuestras pruebas son bastante limitadas: tenemos un caso, España, donde los gastos sociales fueron considerablemente expandidos mientras se efectuaba la reconversión industrial; otro, Polonia, donde fueron drásticamente cortados al emprender el país en forma simultánea la estabilización y la liberalización; y algunos intermedios, entre los que es notable el caso de Bolivia, que desarrolló con ayuda extranjera, un programa con objetivos muy específicos de empleo para los mineros que perdían sus trabajos como consecuencia del cierre de minas, y México que implementó un programa para absorber los gastos de comida de los grupos más afectados por la estabilización. El rasgo distintivo de España es que su política social tuvo un amplio alcance -abarcó salud, educación y el mantenimiento del ingreso y produjo cambios cualitativos en el sistema de autogobierno y distribución- y que esta política fue acompañada por una activa intervención en el mercado laboral. Polonia proporciona el contraste más claro: el sistema preexistente de servicios sociales se desintegró, los gastos sociales se vieron reducidos drásticamente, la supervivencia se dejó principalmente librada a la caridad, y la política laboral se vio limitada a una compensación. El efecto político fue que en España el partido socialista, que conducía el proceso de las reformas, continuó ganando las elecciones, sin existir protestas sociales serias; en Bolivia, los partidos que apoyaban la prosecución de las reformas ganaron en 1989 las elecciones; mientras que en Polonia, los partidos que defendían la continuación de las reformas obtuvieron el 20% de los votos en las elecciones parlamentarias de octubre de 1991. Sin embargo, dado que las condiciones iniciales y los desafíos a encarar por cada país eran diferentes, se torna difícil tratar aun estos casos comparativamente.

La política social española fue lo suficientemente extensiva como para que fuese conceptualizada por el gobierno, y percibida por la sociedad, como una marcha hacia la "ciudadanía social": es decir, como una garantía de bienestar social concedida de forma razonablemente adecuada e igual a todos los miembros de la comunidad

política. Esta política fue financiada por un significativo aumento de los ingresos fiscales, emanados de una tributación progresiva y distribuidos mediante un sistema descentralizado de gobiernos locales o regionales. Tal como lo demuestra Maravall (1992), esta experiencia de "ciudadanía social" estuvo claramente ligada en España a la consolidación de la democracia política: a pesar del desempleo masivo la gente aprendió que la democracia política trae consigo derechos sociales. Un resultado llamativo de los datos de opinión pública es que se produjo en España una gradual disociación entre las evaluaciones que la gente hacía sobre la situación económica y sobre las instituciones políticas.

Una política amplia de este tipo puede ser impracticable en países en los cuales la crisis fiscal es aguda. A pesar de la insuficiencia de los servicios de bienestar que prestan estos países tales gastos podrían tener que ser selectivamente reducidos. Sin embargo, desde un punto de vista puramente económico dichas reducciones socavan una vez más la capacidad de crecimiento. La lección principal de las teorías del desarrollo endógeno y, sobre todo, uno de los pocos hallazgos estadísticos sólidos relativos a los determinantes del crecimiento económico señala el papel crucial de la educación, sea medida en término de tasas de matriculación o diversos índices de alfabetización (Meyer et al. 1979; Marsh 1988; Barro 1989; Levine y Renelt 1991; Persson y Tabellini 1991). La educación primaria para mujeres tiene altas tasas de retorno en términos de crecimiento *per capita* (Banco Mundial 1991). Y si bien no hay estudios estadísticos similares en relación a los gastos de salud, el Informe del Desarrollo del Banco Mundial, 1991 (1991: 53-55) ofrece amplia evidencia sobre los impactos positivos que los programas de salud ejercen sobre la productividad de la economía. Por consiguiente, es muy probable que las estabilizaciones que ocurren a costa de la reducción de los gastos en salud y educación sean contraproductivas en relación al crecimiento.⁹

Al menos que se garantice la "ciudadanía social" a todos, independientemente de la posición ocupada en el mercado laboral, hay tres modos de asegurar los ingresos básicos: uno es mantener el pleno empleo, el otro es asegurar un ingreso mínimo a todos y el último es crear un seguro contra el desempleo. Las economías "de comando" se apoyan en el primer método; las economías de mercado en diferentes combinaciones de los tres, a menudo con una cobertura incompleta. La red de *welfare services* ha sido siempre rudimentaria y fragmentaria en las economías de mercado menos desarrolladas, mientras que se desintegraron junto con la planificación central en las economías "de comando".

Las reformas económicas producen desempleo: se trata de un fenómeno nuevo entre las economías "de comando", y de uno que se extiende en forma creciente entre los países en donde los mercados asignaban los empleos. Cuando aumenta el desempleo, la protección del ingreso básico se convierte en la principal preocupación de grandes segmentos de la población, varias veces mayor que aquellos realmente desempleados en cualquier momento particular. Por lo tanto, políticas activas en re-

⁹ A menudo, para sorpresa general, las estadísticas recientes demuestran que el crecimiento se da con mayor rapidez en países que tienen una distribución del ingreso más equitativa. El World Development Report (1991: 137) de 1991 presenta datos sorprendentes en relación a este tema, mientras que Persson y Tabellini (1991) ofrecen análisis de regresión para dos periodos diferentes.

lación al mercado laboral y a la protección del ingreso hasta cierto punto se sustituyen recíprocamente. Sin un sistema de protección social y sin un seguro de trabajo, la pérdida del empleo significa la pérdida de la subsistencia. Este es un costo que nadie puede soportar, aun en el más corto plazo.

Para encarar el aumento del desempleo, es fundamental contar con una política del mercado laboral que reduzca no sólo los costos económicos sino también los costos sociales de las reformas. La postura neoliberal se basa en la suposición de que una vez que la economía sea desregulada y privatizada y, de ese modo, se creen las condiciones para la competencia, surgirán los mercados y la operación de éstos hará que los recursos sean reasignados entre los sectores y actividades. Sin embargo, primero, los mercados no "surgen" a partir de la competencia: deben ser creados por una política. Aun cuando el desempleo sea un asunto puramente friccional o estacional, se requiere un elaborado y costoso sistema de instituciones para orientar a los eventuales desempleados hacia nuevas oportunidades¹⁰. Sin un mercado laboral que funcione bien, los recursos no serán reasignados entre los distintos sectores de la economía. Aun cuando los mercados básicos se hallen presentes, la redistribución de recursos requerida para que una economía sea eficiente puede ser demasiado masiva como para que pueda ocurrir sin la extensa intervención del estado. Tomemos un ejemplo, si bien puede ser extremo: si la agricultura polaca quiere ser tan eficiente como la del resto de Europa el número de personas que dependan de la agricultura tendrá que ser reducido por lo menos en siete millones, aproximadamente el 20 por ciento de la población. Una transformación de esta magnitud no puede ocurrir de la noche a la mañana, y todos los países del OECD apoyan en forma masiva la agricultura para evitar los efectos sociales y políticos de la dislocación que ocurriría al exponer este sector a la competencia internacional.

Durante el largo período que perdura el desempleo, algunas personas se encuentran sin medios de subsistencia y muchos viven bajo un constante temor. Y aquellos que experimentan o sienten miedo ante la posibilidad de desempleo van a ser los que probablemente se opongan a las reformas. Si su subsistencia no es protegida, por lo menos por políticas específicas de seguros de ingresos, esta resistencia puede adoptar formas explosivas.

Cabe admitir que nuestra evidencia de que la ausencia de protección social, ya sea bajo la forma de una política social amplia o de planes específicos y focalizados de seguros de ingresos, se transforme en una oposición política efectiva contra las reformas es nuevamente bastante débil: se apoya en la yuxtaposición de España y Polonia.¹¹ Sin

¹⁰ Edwards (1990) parece ser la única persona que pone énfasis en la importancia de la política del mercado laboral activo como elemento intrínseco de un paquete de reformas, e indica que deben crearse instituciones laborales antes de la estabilización-liberalización.

¹¹ Cabe destacar que la caída de los salarios reales de los trabajadores aún en actividad no sucede a los aumentos del desempleo que invariablemente surgen con las reformas orientadas hacia el mercado. Los índices de salarios del sector privado crecieron en forma pronunciada después de la estabilización con Thatcher en Gran Bretaña, en España, como así también en Bolivia después de 1985 y en Chile después de 1975, mientras en todos estos países el índice de desempleo trepaba a los dos dígitos. Sólo en Europa del Este los índices de los salarios disminuyeron abruptamente a medida que se estabilizaban las economías. Lo que acabamos de mencionar se constituye en un auténtico rompecabezas: ver la

embargo, el caso polaco —el único país donde pudimos estudiar la dinámica política a escala pequeña— parece más sugestivo (Przeworski, 1992). En Polonia el desempleo provocó el rechazo de la gente a las reformas y aplastó todos los efectos beneficiosos de los cuales los polacos están convencidos.¹² Si las reformas orientadas al mercado fracasasen en Polonia por razones políticas —y esta posibilidad es real— sería porque el desempleo se introdujo sin una red de protección social. Pero somos conscientes de que la cadena de causas que conduce desde el descontento individual a reacciones organizadas y desde estas reacciones al abandono de las reformas es contingente y complejo: las reformas pueden continuar a pesar de la resistencia popular, aun en instituciones democráticas.

Este punto nos lleva a nuestra tercera y última hipótesis: que el estilo de la política tecnocrática debilita a las incipientes instituciones democráticas. El dilema genérico que encaran los gobiernos que emprenden reformas es que las amplias consultas con las diversas fuerzas políticas podrían conducir a la inercia, mientras que las reformas impuestas desde arriba pueden convertirse en inviables ante la resistencia política y la incredulidad económica. Ante este dilema, los gobiernos pueden adoptar alguno de estos cuatro diferentes estilos de política:

(1) Convencido de la necesidad de reformas inmediatas, persuadido de la solidez técnica de los planes de acción económicos, equipado con la facultad para decretar, el poder ejecutivo puede imponer reformas a la sociedad. Este "decretismo" está tan extendido que parece ser inherente al enfoque neoliberal: una proporción muy elevada de medidas legales relativas a la economía en Argentina, Brasil y Perú consiste en decretos presidenciales. Los decretos no necesariamente (y así ocurre por lo general) se corresponden con los programas defendidos por los candidatos que han triunfado en las urnas: desde Paz Estenssoro en Bolivia a Fujimori en Perú, en los últimos años se sucedieron varios casos en los que los candidatos vencedores adoptaron el contenido y estilo de reformas que habían atacado enérgicamente en sus campañas proselitistas.

(2) Cuando el poder ejecutivo no tiene la facultad para decretar, pero posee la mayoría en el congreso, el mismo estilo tecnocrático aparece bajo la forma de "mandatismo". Como observara a menudo Margaret Thatcher, ella había informado a la gente lo que iba a hacer si la elegían; la gente la votó, por lo tanto tenía el mandato para hacer lo que creía apropiado. En las elecciones siguientes la gente tenía la posibilidad de decidir si éso era lo que querían. Este estilo también es tecnocrático, ya que fuera de la instancia electoral no existen consultas con las fuerzas políticas opositoras en el parlamento ni tampoco concertación con fuerzas que se encuentran fuera del mismo, ya sea a nivel de la formulación de políticas o de su aplicación.

discusión sobre Bolivia en Bruno et al. (1991). Una explicación es que la estabilización siguió a una caída drástica de los salarios, otra es que la tasa de cambio estaba sobrevaluada, y la tercera es que el desempleo tenía un carácter altamente estructural.

¹² En un estudio interesante, Grassi (1991) descubrió en 18 democracias nuevas que la militancia de las luchas salariales está relacionada en forma negativa con el gasto del gobierno, mientras que no tiene relación ni con el desempleo o la inversión. Por lo tanto, parece que los trabajadores están dispuestos a cambiar el gasto social por los salarios particulares.

(3) El "parlamentarismo" es un estilo de política que puede resultar bien sea de una decisión deliberada de la mayoría de consultar y negociar con algunas fuerzas opositoras en la legislatura o, con frecuencia, del fracaso de los sistemas de representación proporcionales en conformar una mayoría, lo que origina inevitablemente coaliciones y compromisos. Mientras el gobierno tiene cierta autonomía, realiza consultas y negociaciones en diferentes etapas de su gestión, y hace públicas las opciones políticas y los puntos conflictivos. El apoyo político es de este modo organizado a medida que se formulan y se implementan las políticas; en realidad, cuando ningún partido tiene la mayoría, sólo se pueden seguir las políticas si se obtiene la aprobación de alguna coalición.

(4) Por último, el "corporativismo", o quizás mejor la "concertación", es un estilo de política que extiende la consulta y negociación más allá de los actores parlamentarios, a los sindicatos, a las asociaciones de empleados o a otros grupos de interés.

Nuestra hipótesis es que los estilos de políticas tienen importancia. Se deben distinguir, sin embargo, tres consideraciones.

En primer lugar, la consulta y la concertación pueden servir para mejorar la calidad técnica de los programas de reformas. Comprendemos que éste es un punto no ortodoxo, ya que el argumento corriente es que la necesidad de negociar el programa económico socava su coherencia lógica. Sin embargo, este razonamiento por empezar, considera que el programa es coherente y que no tiene errores, y ya hemos visto que ésta es una suposición cuestionable. Ni la consistencia lógica de cualquier estrategia particular de reforma ni la planificación de medidas específicas son obvias aun para los economistas profesionales y, en realidad, muchas decisiones importantes son adoptadas en forma irreflexiva cuando están ocultas al escrutinio público.¹³

En segundo lugar, la discusión y la negociación pueden servir para construir bases políticas de apoyo para la estrategia particular de reforma. Si el programa es forjado en negociaciones con fuerzas políticas diversas, surgirá de una manera que le será fácil a estas fuerzas apoyarlo. Este programa puede retardar el ritmo de las reformas y puede eliminar el elemento de sorpresa necesario para algunas medidas estabilizadoras, como los congelamientos, las desregulaciones de precios o impuestos al capital. No obstante, y nuevamente en contra de las opiniones predominantes, este programa puede ser más, no menos, creíble, porque crea las condiciones políticas para la prosecución de las reformas. En oposición a los frecuentes anuncios de los tecnócratas de que procederán independientemente de las presiones políticas a las que están sometidos, los decretos son generalmente ineficaces, precisamente porque los agentes económicos anticipan que ciertos cursos de acción son políticamente insostenibles.

Finalmente, si a uno le importa la democracia el criterio político debe considerarse autónomamente. Pero, ¿por qué el estilo político es importante para las nuevas de-

¹³ De acuerdo con Morales (1991: 29), el desempleo fue también la cuestión principal que preocupaba a los votantes en la campaña electoral boliviana de mayo 1989. Cabe destacar que no sostenemos que la sola presencia del desempleo haría que la gente reaccionase en contra de las reformas y de los gobiernos que las apoyan, sino que esto ocurrirá si el desempleado tiene pocas perspectivas de encontrar otro trabajo y no tiene seguridad de su ingreso. En España, por ejemplo, el 58% de los trabajadores votó por el PSOE en las elecciones de 1986 y también lo hizo el 57% de los desempleados.

mocracias, a diferencia de las democracias establecidas?¹⁴ Independientemente de su longevidad, las democracias persisten cuando las principales fuerzas políticas encuentran que pueden mejorar su situación si canalizan sus demandas y sus conflictos dentro de las instituciones democráticas. La razón por la cual las democracias nuevas son más vulnerables es que los problemas institucionales con frecuencia permanecen irresueltos durante un largo periodo después de instalado un sistema democrático (Przeworski 1991). Debido a que la elección de instituciones es a menudo problemática y conflictiva una vez caído el dictador, a menudo el conflicto sobre el marco institucional queda abierto (Polonia), o se adoptan algunas instituciones como solución interina. Para instaurar un marco institucional algunas veces se restablece una constitución democrática previa, aun cuando no haya resultado en el pasado (Argentina), otras se copia una constitución extranjera y en otros casos se prepara una nueva sabiendo por anticipado que no será acatada (Brasil). Estos marcos institucionales generalmente son inapropiados para las condiciones específicas económicas y políticas prevalecientes. Además, como sostuvo Hardin (1987), la habituación desempeña un rol importante para inducir a los actores políticos a permanecer dentro del marco institucional existente: las constituciones son a menudo "contratos por convención".

Hemos argumentado en favor de estructuras institucionales que obliguen a los gobiernos a discutir y negociar para formular e implementar políticas. Consideramos a la facultad de decretar ineficaz económicamente y peligrosa políticamente, y vemos a las restricciones políticas e institucionales como moderadoras de propensiones tecnocráticas. Aunque, como demuestra Maravall, los estilos de políticas no están sólo determinados por los marcos institucionales o por el carácter mayoritario de los gobiernos y dado nuevamente el limitado número de casos que han logrado su objetivo, la evidencia empírica no es concluyente. Asimismo, no cuestionamos el hecho de que los gobiernos no pueden utilizar todo su tiempo en consultas y negociaciones: deben tener la facultad de gobernar.¹⁵ Tampoco menospreciamos el peligro de una oposición a las reformas, apoyada en mezquinas consideraciones y encaminada al propio beneficio de los oponentes. Diferentes sectores de la sociedad, particularmente empresas que disfrutaban de rentas oligopólicas, la burguesía que se resiste a la presión fiscal, los empleados del sector público, la mano de obra no capacitada en el sector privado, diversos grupos que tradicionalmente tienen privilegios arraigados, y en Europa del este, los campesinos, pueden ver perjudicados sus intereses como consecuencia de las reformas. Estos sectores pueden resistir las reformas separadamente o, a menudo, en extrañas alianzas. Sin embargo, la idea de que esta resistencia puede ser reducida de un toque, que las reformas pueden ser llevadas a cabo tan velozmente que estos grupos no van a tener tiempo de organizarse y hacer sentir sus voces, de que el programa va a concluir antes de que la "fatiga política" se instale, esta postura tecnocrática, es impracticable, contraproducente para la continuidad de las reformas y peligrosa para la democracia.

¹⁴Zelia Cardoso (1991), la ex ministro de Hacienda del Brasil, narró que para decidir la cantidad de los fondos que deberían ser objeto de un único impuesto al capital escribió tres números redondos y los sacó de un sombrero durante una reunión social.

¹⁵Ellen Comisso nos urgió a explicar este punto.

Aunque la estrategia neoliberal produzca costos sociales significativos, las reformas generalmente son iniciadas desde arriba y lanzadas por sorpresa, independientemente de la opinión pública y sin la participación de las fuerzas políticas organizadas, como podría ser. Tienden a ser adoptadas por decreto o introducidas por la fuerza a través de legislaturas, sin modificaciones que puedan reflejar la divergencia de los intereses y las opiniones. El estilo político de la implementación tiende a ser autocrático; los gobiernos buscan desmovilizar a sus partidarios más que a someter sus programas a la consulta pública. Finalmente, se enseña a la sociedad que puede votar pero no elegir; se entrena al poder legislativo para pensar que no tiene que cumplir rol alguno en la elaboración de las políticas; se enseña a los partidos políticos nacientes, a los sindicatos y a otras organizaciones que sus opiniones no cuentan. De ahí que, el estilo de política autocrático característico de las reformas al "estilo de Washington" tiende a debilitar a las instituciones representativas, a personalizar la política y a generar un clima en el cual ésta se reduce a "arreglos", cohechos, y la búsqueda de redenciones. Aun cuando los paquetes de reformas neoliberales sean capaces de traducirse en buena economía muy probablemente generarán una política vudú.

Estas consecuencias no son inevitables. En realidad, la razón por la que se instala un patrón de reformas discontinuadas (*stop and go*) es porque, para empezar, la democracia es incompleta. En un país con disposiciones constitucionales que obligan al poder ejecutivo a buscar aprobación del poder legislativo para las políticas antes de que sean lanzadas, con instituciones representativas eficientes y con amplia participación política, los gobiernos no podrían hacer reformas en forma independiente del apoyo que pudieran reunir. Las reformas deberían surgir de consultas canalizadas a través de las instituciones representativas. El gobierno socialista español procedió de esta forma y obtuvo amplio apoyo para conducir al país a lo largo de un doloroso programa de reconversión industrial.¹⁶ Es precisamente la fuerza de las instituciones democráticas, no las exhortaciones de los tecnócratas, la que reduce el espacio político para la defensa de muy inmediatos intereses particulares y para el "populismo". El "populismo" es un producto endógeno de los estilos tecnocráticos de dirección.

¹⁶Además, las restricciones institucionales operan efectivamente sólo si están apoyadas por condiciones políticas: las instituciones no funcionan en el vacío. Influenciados por la cultura política de los Estados Unidos, algunos economistas neoliberales requieren restricciones constitucionales como solución al problema de la credibilidad. Bernholz (1991: 450), por ejemplo, sostiene que en lugar de desarrollar "prematadamente" un *Welfare State* Bolivia debería restringir constitucionalmente el poder de los gobiernos. En su opinión, "el poder discrecional de la administración y del parlamento deben ser limitados...Un banco central independiente que pueda negar la extensión de crédito al gobierno, límites constitucionales a los déficits del presupuesto y a las tasas impositivas marginales máximas, medidas contra la sobreexpropiación oculta son algunos de los recaudos necesarios, lo mismo que un poder judicial independiente. Todo incumplimiento a estas normas debe ser procesado, y los cambios en las reglamentaciones constitucionales respectivas deben requerir, digamos, una mayoría de dos tercios en el parlamento". Este tipo de programa parece estar motivado por la idea de que lo que no podemos conseguir en los Estados Unidos, por lo menos lo podemos introducir en Bolivia. No obstante, esta idea no puede funcionar en ningún país.

Un enfoque social demócrata a las reformas orientadas al mercado

Con las consabidas advertencias relativas a la escasez de evidencia, estamos preparados para resumir nuestro análisis de un modo más normativo, como una estrategia. Apoyamos las reformas que apuntan a la estabilización, principalmente la reducción de la crisis fiscal con todas sus consecuencias, porque consideramos que esas reformas son inevitables una vez que la economía entra en una espiral inflacionaria. Además creemos que se necesita una confianza creciente en los mercados, nacionales e internacionales, para asignar recursos que aumenten la eficiencia de economías monopólicas, sobrerreguladas y sobreprotegidas.¹⁷ No creemos que se puedan implementar estas reformas sin una reducción temporaria del consumo, un aumento del desempleo u otros costos sociales. Sin embargo, hemos criticado los modelos neoliberales ya que creemos que tienen tres defectos fundamentales: inducen al estancamiento económico, incurren en grandes e innecesarios costos sociales y debilitan las instituciones democráticas nacientes. Es por ello que tratamos de ofrecer una alternativa "social demócrata" de reformas orientadas al mercado.

Este enfoque comprende tres recomendaciones. En primer lugar, la política social debe ser elaborada e implementada a medida que se ponga en marcha la estabilización o la liberalización. En segundo lugar, el paquete de reformas debe ser eficiente en el sentido de minimizar los costos sociales y debe ser proyectado teniendo en cuenta la reactivación económica. Por último, los programas de reformas deben ser formulados y aplicados como resultado de un interjuego político de organizaciones representativas dentro del marco de instituciones representativas.

Si bien la crisis económica en muchos países es demasiado aguda como para imitar el ejemplo de España y desarrollar un sistema universalizado de bienestar, no es menos cierto que de todos modos se deben instaurar esquemas institucionales de protección de los ingresos básicos y de intervención en el mercado de trabajo tan pronto como las reformas que causan desempleo y reducción del consumo sean iniciadas.

Una política social que ofrezca una protección universal contra los efectos más agobiantes de la reforma debe formar parte de cualquier estrategia reformista que busque apoyo político continuado en condiciones democráticas. España pasó una década con un índice de desempleo de alrededor del 16 por ciento, y cercano al 22 por ciento en 1985, mientras el gobierno no dejaba de ganar elecciones gracias al amplio apoyo obtenido. Este se originaba, hasta cierto punto, en la ausencia de alternativas políticas creíbles pero también en la considerable ampliación de las políticas sociales: el gasto social aumentó del 9.9 por ciento del PBI en 1975 al 17.8 por ciento en 1989. Este crecimiento de los gastos sociales redujo el riesgo corrido por los grupos más perjudicados por la marcha de las reformas, y convenció a la gente de que el ensanchamiento de la ciudadanía social es una promesa creíble de la democracia.

Las instituciones del mercado laboral deben ser apropiadas para la distribución y

la duración del desempleo. En países con un gran sector informal, se debe facilitar el ingreso al mercado laboral formal o a al pequeño empresariado. Las medidas deben incluir un sistema de información, quizás un sistema de crédito subsidiado para promover el empleo por cuenta propia y, donde el mercado de vivienda sea deficiente, un sistema de reubicación. La protección de los ingresos debe cubrir las necesidades básicas y facilitar tanto la búsqueda de empleo como el entrenamiento, sin crear un incentivo a la inactividad.

Hay una evidencia abrumadora (Nelson 1990) que señala que generalmente se toman medidas para lograr la estabilización como consecuencia de una crisis fiscal del estado. Por "crisis fiscal" entendemos no sólo que el déficit público sea crónico o la deuda pública excesiva, sino que el estado ha perdido su capacidad de financiar su deuda sin generar inflación. La erosión del ahorro público priva al estado de su capacidad para llevar a cabo cualquier tipo de estrategia de desarrollo. El ahorro público es esencial para alentar las inversiones y lograr una mejor asignación de las mismas, para promover el desarrollo tecnológico, para proteger el medio ambiente e implementar políticas sociales.

Las políticas de estabilización deben ser eficientes en el sentido de minimizar los costos transicionales y prestar una gran atención a sus efectos sobre el crecimiento. En los recortes del gasto se debe hacer la distinción entre el consumo y la inversión. Según Tanzi (1990), no se deben efectuar recortes más allá de ciertos objetivos mínimos de la inversión pública y, de acuerdo con Blejer y Cheasty (1990), deberían preservarse los instrumentos selectivos que aumenten la tasa de ganancia de las inversiones privadas. Asimismo, dada la abrumadora evidencia del papel productivo de la educación, los gastos en educación, y por lo menos los de los programas de prevención de la salud, deberían ser considerados como aspectos intrínsecos de la inversión pública.

Para expresarlo sin rodeos, mientras las burocracias deben ser redimensionadas cuando sean excesivas y los programas públicos deben ser eliminados o reorganizados cuando sean eficientes para producir los servicios más urgentes, la estabilización debe apoyarse en la reducción del consumo corriente pero no en la disminución de la inversión, y esta reducción debe dirigirse, por medio del sistema impositivo o de un impuesto al capital aplicado una sola vez, a aquellos sectores que pueden afrontarla. Esto incluye a los acreedores extranjeros: en la mayoría de los países la reactivación económica es imposible sin una reducción significativa de la deuda tanto externa como interna.

El paquete de reformas debe necesariamente incluir una reforma tributaria que elimine la evasión impositiva, amplíe la base tributaria y aumente significativamente la recaudación. Una razón es que la reforma fiscal constituirá una prueba de que la distribución de las cargas es equitativa, pero el propósito económico inmediato es aumentar los ingresos del estado en lugar de recortar los gastos requeridos para el crecimiento futuro. No nos impresionan los argumentos sobre el pesado costo marginal de los impuestos: la evidencia empírica es en el mejor de los casos combinada¹⁸, y la presión

¹⁷Se debe observar que cuando el partido comunista italiano decidió en 1976 apoyar la política de austeridad del gobierno, envió a un millón de trabajadores a escuelas nocturnas de economía que explicaron la necesidad de la austeridad.

¹⁸Nos hemos referido poco a la privatización porque pensamos que está motivada primordialmente por la necesidad de mejorar la posición financiera del estado en el corto plazo y no por consideraciones de eficiencia a largo plazo.

tributaria actual de muchas jóvenes democracias es abominablemente baja, mucho más baja que en los países de la OECD (Cheibub 1991). Gran parte de esta resistencia a la tributación refleja un problema de acción colectiva de la burguesía: a pesar de que hay pruebas que revelan que un estado financieramente saludable, capaz de seguir políticas consistentes, produciría tasas de beneficio más altas a las inversiones privadas, las empresas y sus accionistas tratan de eludir sus obligaciones.¹⁹ Un estudio reciente del Banco Mundial (1991: 82) muestra que la tasa de retorno de la inversión privada proyecta un aumento del 10.7 por ciento cuando el déficit fiscal es mayor que el 8 por ciento del PBI al 14.3 por ciento, cuando el déficit es menor que el 4 por ciento. En consecuencia, hay lugar para un aumento parietariamente optimizador de los ingresos del estado toda vez que la tasa de ganancias del sector privado, luego de pagados los impuestos, podría ascender tanto como lo hiciera la tasa efectiva de tributación. De acuerdo con Blejer y Cheasty (1990: 46), "con un sistema impositivo uniforme y predecible, y acompañado por un manejo macroeconómico prudente, se puede lograr una mayor aceptación de tasas de impuestos más altas que lo que se lograría con un sistema tributario que tuviera muchas exenciones pero que fuese percibido como asociado a una posición fiscal insostenible en el largo plazo."²⁰

Para el logro de la reactivación, el objetivo de las reformas debe ser no sólo reducir la inflación y aumentar la competencia sino también restablecer la capacidad del estado para movilizar los ahorros y formular políticas orientadas al desarrollo. La intervención estatal en la asignación de recursos en sectores y actividades, realizada con sensatez y con prudencia, es un elemento necesario para la reactivación. Al examinar las características de los mercados financieros en la mayoría de los países en desarrollo, Blejer y Cheasty (1990) llegaron a la conclusión de que éstos no efectúan una distribución eficiente de las inversiones.²¹ El estado debe adquirir la capacidad de movilizar el ahorro. De acuerdo con Blejer y Cheasty (1990: 45-47), el gobierno debería "tratar de fijar sus ingresos tributarios y sus gastos (tanto los corrientes como los de capital) en niveles que produzcan un superavit general, el que debería estar disponible sobre una base competitiva y no-prebendaria tanto para las empresas del sector privado como para las del sector público. Esto proporcionaría al gobierno una herramienta poderosa y flexible que facilitaría ... la asignación eficiente de las inversiones". Asimismo, sostienen estos autores, "el gobierno puede aumentar el ahorro interno llevando a cabo acciones que aumenten la tasa de retorno percibida sobre las inversiones del sector privado. Un modo de hacer esto podría ser invertir directamente en proyectos que produzcan externalidades positivas para el sector privado."

No tenemos nada original para decir sobre el contenido de la intervención estatal:

¹⁹En contraposición a afirmaciones frecuentes, las pruebas estadísticas de que los impuestos reducen la inversión privada son en el mejor de los casos ambiguas. Saunders y Klau (1985) no descubrieron ningún efecto para los países de la OECD, pero sí lo hizo Swank (1991). Blejer y Cheasty no lo descubrieron para los países menos desarrollados.

²⁰Circa 1986, impuestos a los ingresos, ganancia y beneficios de capital equivalían al 4.9 por ciento de los ingresos del gobierno en Argentina y al 67.4 por ciento en Japón. El promedio de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México, Perú y Uruguay fue del 13.7 por ciento y para las diez economías industrializadas de mercado fue del 40.0 por ciento. Teitel (1991: 138).

²¹Para pruebas a nivel micro, basadas en entrevistas a empresarios argentinos, ver López (1991).

es generalmente aceptado que el estado debe comprometerse en inversiones de infraestructura que no sean realizadas en forma eficiente por los agentes privados, y que debería formular medidas que aumenten la tasa de ganancia de los proyectos privados. Este papel incluye una política industrial selectiva, que comprendería tasas de crédito preferenciales para industrias de alta tecnología, en las que la tasa de retorno del mercado es mucho más baja que la tasa social; para proyectos que sufren de altos costos de entrada, importantes economías de escala o empinadas curvas de aprendizaje; proyectos que tienen positivos rebalses potenciales en muchas empresas debido a externalidades y asimetrías de información entre los proveedores y los compradores (Crossman 1990). El peligro de que la misma capacidad del estado para comprometerse en actividades productivas y para apoyar proyectos privados en forma diferencial origine una búsqueda de rentas prebendarias o no-competitivas es real. La cuestión de cómo organizar las instituciones estatales para que puedan comprometerse en actividades beneficiosas socialmente absteniéndose de favorecer a los intereses privados permanece como un asunto de central importancia. Sin embargo, salvo que el estado emprenda directamente algunas inversiones y haga que el sector privado realice otras la estabilización o la liberalización no conducirán a la reactivación.

El ritmo y la naturaleza de las medidas que se proyecten para intensificar la competencia nacional e internacional es un problema sobre el que no nos pronunciamos, en parte porque esta decisión debe resultar del proceso político. Sin embargo, está claro que el ritmo más rápido no es el óptimo económicamente y el más popular políticamente.²²

Para finalizar, los programas de reformas deben ser procesados por las instituciones representativas. Hemos sostenido que el proceso democrático puede mejorar la calidad técnica de las políticas de reformas y puede proporcionar a su aplicación los fundamentos para un apoyo continuado. No obstante, la democracia es un valor autónomo, por el cual mucha gente soportó sacrificios en la lucha contra los regímenes autoritarios. La calidad del proceso democrático, quizás menos tangible que el bienestar material, afecta la vida diaria de los individuos: les confiere poder como miembros de una comunidad política, o priva a los ciudadanos de esas facultades. Y si la democracia debe consolidarse, es decir, si todas las fuerzas políticas deben aprender a canalizar sus demandas y organizar sus conflictos dentro del marco de las instituciones democráticas, estas instituciones deben desempeñar un papel efectivo en la configuración y en la implementación de políticas que influyan en sus condiciones de existencia.

Por lo tanto, nuestro enfoque "social demócrata" de las reformas orientadas hacia el mercado exige que éstas se propongan como meta el crecimiento económico, que se proteja el bienestar material amenazado por los costos transicionales y que la formulación e implementación de las reformas se efectúe haciendo total uso de las instituciones democráticas. Comprendemos que cada una de estas recomendaciones incluye costos. Las políticas industriales, sociales y los mismos compromisos políti-

²²Citan tres razones: (1) El mercado de capitales no está diversificado y es fragmentado, (2) Las tasas de retornos financieros de los ahorros y/o inversiones son insuficientes, (3) Los bienes financieros presentan riesgos no compensados.

cos implican un costo monetario²³ y los *trade-offs* son inevitables. No ofrecemos planes de acción: el diseño de estrategias específicas de reformas debe reflejar las restricciones locales, y las concesiones y compromisos deben ser determinados por el proceso democrático. Todo lo que sostenemos es que, para lograr sus objetivos, las reformas deben dirigirse en forma explícita hacia el crecimiento económico, la seguridad del ingreso y la democracia.

[Traducción del inglés de Atilio Borón]

BIBLIOGRAFIA

Arrow, Kenneth J. 1964. "The role of securities in the optimal allocation of risk-bearing", *Review of Economic Studies*: 91-96.

Becker, Gary S., Kevin M. Murphy and Robert Tamura 1990. Human capital, fertility, and economic growth", *Journal of Political Economy* 98: 12-38.. Bernholz Peter 1991. "Comments." In Bruno, Fischer, Helpman, Livitan and Meridor, eds. *Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.

Blejer, Mario I. and Adrienne Cheasty 1989. "Fiscal Policy and Mobilization of Savings for Growth." In Mario I. Blejer and Ke-young Chu, eds., *Fiscal Policy, Stabilization, and Growth in Developing Countries*. Washington: IMF.

Bresser Pereira, Luiz Carlos 1992. "Economic Reforms and Economic Growth: Efficiency and Politics in Latin America." In Luiz Carlos Bresser Pereira, Jose Maria Maravall and Adam Przeworski, *Economic Reforms in New Democracies*. New York: Cambridge University Press, Forthcoming 1992.

Bruno, Michael 1991. "Introduction and Overview". In Bruno, Fischer, Helpman, Livitan and Meridor, eds. *Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.

Bruno, M., Fischer, S., Helpman, E., Livitan, N. and Meridor, L., eds 1991. *Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.

Calvo, Guillermo A. 1989. "Incredible Reforms." In *Debt, Stabilization and Development. Essays in Memory of Carlos Diaz-Alejandro*. Guillermo Calvo, Ronald Findley, Pentti Kouri and Jorge Braga de Macedo, Editors. London: Basil Blackwell.

Cheibub, José Antonio 1991. "Taxation in Latin America: a preliminary report ". University of Chicago, Department of Political Science, July 1991.

²³Supongamos que el valor corriente del flujo de consumo del votante medio sin ninguna reforma sea S . Supongamos que el valor corriente del consumo futuro del votante medio en un programa de liberalización en el que no pierde nadie el trabajo salvo que consiga otro, (o trabaje por su cuenta) sea instantáneamente G . Por último, supongamos que el valor de un programa que genera ingresos de mercado más altos que G , pero también una probabilidad segura de desempleo, $\#$, sea $R(\#)$. Entonces será normalmente verdadero que $G > S$ pero G es el límite inferior que R debe sobrepasar para ganar las elecciones en condiciones corrientes. Dadas premisas mínimas sobre la aversión al riesgo, esta desigualdad impone una restricción en el ritmo de la liberalización, medida por el sendero temporal del desempleo.

Di Tella, Guido 1991. Comment in the Panel Discussion. In Bruno, Fischer, Helpman, Livitan and Meridor, eds. *Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.

Edwards, Sebastian. 1990. "The sequencing of economic reform: Analytical issues and lessons from Latin American experiences." *The World Economy* 13: 1-14 .

Edwards, S. and Edwards, A.C. 1991. *Monetarism and Liberalization: the Chilean Experiment*. Cambridge: Ballinger Publishing Co. .

Ehrlich, Isaac 1990. "The Problem of Development: Introduction." *Journal of Political Economy* 98: S1 - S11.

Fanelli, J. , Frenkel, R. and Rozenwurcel, G. 1990. "Growth and structural reform in Latin America. Where we stand". Report prepared for UNCTAD. Buenos Aires: CEDES, October 1990.

Findlay, Ronald 1990. "The new political economy: Its explanatory power for the LDCs." *Economics and Politics* 2: 193-221 .

Fischer, Stanley 1991. Comment in the Panel Discussion. In Bruno, Fischer, Helpman, Livitan and Meridor, eds. *Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath*. Cambridge, Mass. : The MIT Press.

Frenkel, Jacob 1991. Comment in the Panel Discussion. In Bruno, Fischer, Helpman, Livitan and Meridor, eds. *Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.

Grassi, Davide 1991. "Economic and Organizational Determinants of Wage Restrain in New Democracies." Manuscript. University of Chicago.

Greenwald, Bruce and Joseph E. Stiglitz 1986. "Externalities in Economies with Imperfect Information and Incomplete Markets." *Quarterly Journal of Economics* 90: 229-264.

Grossman, Gene M. 1990. "Promoting new industrial activities: a survey of recent arguments and evidence". *OECD Economic Studies*, no.14, Spring 1990.

Haggard, Stephan and Robert Kaufman 1989.. "The Politics of Stabilization and Structural Adjustment." In *Developing Country Debt and the World Economy*. Jeffrey D. Sachs, Editor Chicago: University of Chicago Press.

Haggard, Stephan and Robert Kaufman. 1992. "Economic adjustment and the prospects for democracy". Paper presented at the workshop "States, Markets and Democracy", University of Sao Paulo, July 1991.

Haggard Stephan, Robert Kaufman, Karim Shariff, and Steven B. Webb. 1990. "Politics, Inflation and Stabilization in Middle-Income Countries." Manuscript, The World Bank.

Hardin, Russell 1987. "Why a Constitution?". Manuscript, University of Chicago.

Levine, Ross and David Renel 1991. "A sensitivity analysis of cross-country growth regressions." *World Bank Working Paper WPS 609*.

Lipton, David and Jeffrey Sachs 1990 "Creating a Market Economy in Eastern Europe: The Case of Poland." *Brookings Papers on Economic Activity*: 75-145.

Lopez, Juan 1991. "Political determinants of private investment in Argentina: field work impressions." Manuscript, University of Chicago.

Lucas, Robert E. Jr. 1988. "On the Mechanics Development." *Journal of Monetary Economics* 22: 3-42.

- Maravall, Jose Maria 1992. "Politics and Policy : The Experience of Economic Reforms in Southern Europe." In Bresser Pereira, Maravall and Przeworski, **Economic Reforms in New Democracies**. New York: Cambridge University Press, Forthcoming 1992.
- Marer, Paul 1991. "The Transition to a Market Economy in Central and Eastern Europe." **The OECD Observer**. No. 169, April/ May.
- Marsh, Robert M. 1988. "Sociological explanations of economic growth." **Studies in Comparative International Research** 13: 41-76.
- Marshall, T.H. 1964. **Class, Citizenship and Social Development**. New York: Doubleday.
- Meyer, John W., Michael T. Hannan, Richard Rubinson, and George M. Thomas 1979. "National Economic Development, 1950-70 : Social and Political Factors." In **National Development and the World System**, John W. Myer and Michel Hanna, eds. Chicago: University of Chicago Press.
- Miliband, Ralph. 1975. **Parliamentary Socialism: A Study in the Politics of Labour**. London: Merlin Press, 2nd edition.
- Morales, Juan Antonio 1991. "The Transition from Stabilization to Sustained Growth in Bolivia." In Bruno, Fischer, Helpman, **Livitan and Meridor**, eds. Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Murell, Peter 1991. "Can Neoclassical Economics Underpin the reform of Centrally Planned Economies?" **Journal of Economic Perspectives** 5: 59-76.
- Nelson, Joan, ed. 1990. **Economic Crisis and Policy Choice**. Princeton: Princeton University Press.
- Newberry, David M. 1989. "Missing Markets: Consequences and Remedies." In Frank Hahn, ed., **The Economics of Missing Markets, Information and Games**. Oxford: Clarendon Press.
- Newbery, David and Joseph Stiglitz 1981. **The Theory of Commodity Price Stabilization**. Oxford: Oxford University Press.
- Persson, Torsten and Guido Tabellini 1991. "Is Inequality Harmful for Growth? Theory and Evidence." **Working paper** No 91-155. Department of Economics, University of California, Berkeley.
- Przeworski, Adam 1991. **Democracy and Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America**. New York: Cambridge University Press.
- Przeworski, Adam 1992. "Economic reforms, Public opinion and Political Institutions: Poland in the Eastern European Perspective." In Bresser Pereira, Maravall and Przeworski, **Economic Reforms in New Democracies**. New York: Cambridge University Press, forthcoming 1992.
- Remmer, Karen L. 1986. "The Politics of economic stabilization: IMF standby programs in Latin America, 1954-1984". **Comparative Politics** 19, no.1, October 1986.
- Remmer, Karen 1990. "Democracy and economic crisis: the Latin American experience". **World Politics** 42, no.3, April 1990.
- Rhee, Sungsup 1987. "Policy Reforms of the Eighties and Industrial Adjustments in Korean Economy." **KDI Working Paper** No. 8708. Seoul: Korea Development Institute.
- Romer, Paul M. 1990. "Endogenous Technical Change." **Journal of Political Economy** 98:S71-S103.

- Saunders, Peter and Friedrich Klau 1985.. **The Role of the Public Sector: Causes and Consequences**. **OECD Economic Studies** 4. Paris: OECD.
- Stallings, Barbara and Robert Kaufman. 1989. "Debt and Democracy in the 1980s : The Latin American Experience." In **Debt and Democracy in latin America**. Barbara Stallings and Robert Kaufman, eds. Boulder: Westview Press.
- Stiglitz, Joseph A. 1991. "Wither Socialism? Perspectives from the Economics" Manuscript.
- Tanzi, Vito 1989. "Fiscal policy, stabilization and growth" . In Mario I. Blejer and Ke-young Chu, eds., **Fiscal Policy, Stabilization, and Growth in Developing Countries**. Washington: IMF.
- Teitel, Simon 1991. "Comments." In Bruno, Fischer, Helpman, Livitan and Meridor, eds. **Lessons of Economic Stabilization and its Aftermath**. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Weede, Erich. 1983. . "The Impact of Democracy on Economic Growth: Some Evidence from Cross-National Analysis." **Kyklos** 36: 21-39.
- Williamson, John 1990. "What Washington means by the policy reform" and "The progress of policy reform in Latin America". In Williamson, John, ed. **Latin American Adjustment**. Washington: Institute of International Economics.
- World Bank 1991. **World Development Report 1991**. Washington, DC: World Bank.

SyC nº 4

LOS OBJETOS CULTURALES

Raymundo Mier
Derroteros del análisis

Marcelo Abadi
Cartas sobre las cartas/La última carta

Jean-Jacques Coustine
Los deslizamientos del espectáculo político

Noé Jitrik
No decir nada: la conversación en la cúspide de la comunicación

Eduardo Grüner
El nombre de mármol: apuntes para un "dossier" Don Juan

Alfredo Rubione
El discurso "nacional" como utopía lingüística

Graciela Scheines
El juego

Jean Galard
El museo y la cuestión de la comunicación

Luis Fernando Lara
El diccionario

Sophie Fischer
¿Es el resumen de un texto?

Distribución y ventas en el país y el extranjero:
Ediciones EL CIELO POR ASALTO
Tel.: 952-5065

LIBROS SEÑALADOS (por divertidos)

Todo Mafalda. Quino. Por fin Mafalda "de biblioteca". No sólo todas las tiras publicadas en los libros (incluida la inédita) sino todas las que el autor dibujó privadas y públicas, las omitidas y las de libros nunca reeditados. Con un prólogo de Daniel Samper y las visitas ilustradas de Fontanarrosa, Sendra, Caloi, Daniel Paz & Rudy y Rep.

Todo es cultura. Caloi. Una selección temática del más reciente humor del genial dibujante, ironizando alrededor de las artes, las letras y el espectáculo.

Inodoro Pereyra Nº 18. Fontanarrosa. Un año más sabios, el Inodoro y el Mendieta vuelven para vivir nuevas aventuras en la pampa mítica que alberga la viril amistad entre ellos y con la Eulogia.

El triple salto mortal. Leo Masliah. Otra recopilación de cuentos del desconcertante cantautor uruguayo, más desopilante que nunca, batiéndose a duelo —que gana— contra el idioma y la lógica.

Uno nunca sabe. Fontanarrosa. En realidad, uno siempre sabe que un nuevo libro de cuentos del humorista rosarino trae variedad de temas y tratamientos signados por la buena literatura y la gracia permanente.

Y OTROS POR SERIOS

El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos. Françoise Balibar, Alain Badiou, Michel Tort y otros. Prólogo: Martha Rosenberg. Un enfoque plural sobre el género femenino y el saber científico, producto de un coloquio en el Colegio Internacional de Filosofía de París.

Los Villaflor de Avellaneda. Enrique Arrosagaray. La historia de una familia mítica de militantes gremiales como un corte para comprender la historia política del país.

MAS ESPERADAS REEDICIONES

Para vivir un gran amor. Vinicius de Moraes. 20ª edición.

Nada del otro mundo. Fontanarrosa. 5ª edición.

Teatro 1. (Real envidia, La malasangre, Del sol naciente).

Griselda Gambaro. 2ª edición.

¿Qué porquería es el glóbulo! José María Firpo. 20ª edición.

Muchas lunas. James Thurber. Ilustrado por Juan Marchesi (col. Libros de la Florcita). 2ª edición.

Chistes de argentinos. Daniel Paz. 2ª edición.

Los animales no se visten. Judi y Ron Barret (Col. El Libro en Flor). 4ª edición.



EDICIONES DE LA FLOR
Anchorís 27 (1280) Buenos Aires

Jorge Schvarzer

Estado y clase dominante en la Argentina moderna (1880-1990)*

M Me parece importante comenzar planteando algunas cuestiones sobre el Estado que no hay que confundir. Me parece que hay un antiguo mito proveniente de la izquierda que supone que a medida que aumenta el Estado la sociedad avanza hacia el socialismo. Se llega así a establecer una relación automática entre grado de participación del Estado en la economía y grado de socialismo en la sociedad. Algunos filósofos marxistas todavía sostienen la idea de que el socialismo es la estatización de los medios de producción. Esta misma idea ha sido tomada por la derecha, que aprovecha para decir exactamente lo mismo: si hay participación del Estado, hay un grado creciente de socialismo. Lo cual, permítanme insistir, es un absurdo total; no hay país en el mundo donde no haya participación del Estado y donde se pueda por eso decir que no hay capitalismo. En realidad, las relaciones capitalistas tienen que ver con relaciones de mercado y con relaciones de apropiación de la renta, que pueden ocurrir a través del Estado, con el Estado o sin el Estado, y que no pueden ser referidas sólo en función del tamaño del Estado o su participación.

En segundo lugar, existe un fuerte mito en la Argentina que supone al Estado como un mal administrador, que tomamos como un dato absoluto. Lo cual en la Argentina, desgraciadamente, es cierto: el Estado argentino de los últimos años es un pésimo administrador, fenómeno que no ocurrió antes. La Argentina tuvo un Estado muy bien administrado y tuvo empresas estatales muy bien administradas durante décadas. Y experimentó un deterioro creciente en los últimos años, que contrasta con Estados que son eficientes administradores en otras partes del mundo. Esta idea de que el Estado, porque es Estado, es un mal administrador, es una imagen de la Ar-

* El presente texto es la desgrabación de la clase dictada por Jorge Schvarzer, en agosto de 1990, como profesor invitado de la cátedra "Teorías sociológicas del Estado", a cargo de Horacio Tarcus. La desgrabación, realizada por Alma Ildiart, respeta el tono coloquial de la clase y del debate que le siguió. Al lector interesado en las fuentes y la bibliografía utilizada remitimos a las numerosas obras de J. Schvarzer sobre el tema, especialmente a "Empresas públicas y desarrollo industrial en Argentina", *Economía de América Latina* nº3, México, CIDE, set. 1979. Se publica con la autorización del autor.

gentina moderna que no tiene nada que ver con la realidad. Cuando se miran distintos casos en el mundo, se encuentran Estados que son buenos administradores y otros que son malos administradores; así como también se encuentran empresas privadas que funcionan bien y otras que funcionan mal, sin ninguna razón absoluta para que las cosas sean así.

En tercer lugar -y permítanme que siga pensando en lo que es el debate en la Argentina— hay una cierta mitomanía que insiste que el Estado es el culpable del subdesarrollo de la Argentina. Dado que este país anda mal —lo cual es un dato— hay que encontrar un culpable, y no hay mejor culpable que el Estado. El Estado es el culpable del subdesarrollo en la Argentina, aunque esa relación tampoco puede ser demostrada. En realidad, se puede plantear la alternativa exactamente inversa y decir que, precisamente, el Estado anda mal porque este país está subdesarrollado. Normalmente, los países subdesarrollados poseen Estados con menor capacidad administrativa, menor capacidad de gestión y mayor grado de corrupción; por eso, también, son subdesarrollados.

Es decir que uno podría invertir la causa y decir exactamente lo contrario. Yo voy a ensayar ese criterio y tratar de demostrar algunos de estos datos a lo largo de la charla, donde mi idea no es conectar al Estado con el capitalismo, sino ver la relación entre el Estado y la sociedad (sociedad que también incluye a la burguesía y a los capitalistas). La relación del Estado con la sociedad depende de cómo está organizada la sociedad; depende de cada grupo social, de sus estructuras dominantes; del tipo y forma de demandas que hacen esos grupos sociales y de las funciones que adquiere el Estado. Es una relación de dos: el Estado y la sociedad. El Estado puede tener una concepción clara de lo que quiere hacer, o no tenerla; puede disponer o no de fondos para hacer lo que quiere hacer. Ese sujeto que es el Estado no es solamente el gobierno -es decir, sólo el aparato político-, sino todo el aparato de funcionarios de una administración que dependen de una carrera, de una forma de selección, de una estructura, de una lógica administrativa y de una capacidad de conseguir fondos (para a su vez mantener a todo ese aparato). La relación entre un sujeto -el Estado- y la sociedad puede ser conflictiva, de apoyo, de cooperación mutua o de conflicto, y se va dando a lo largo de una historia. Uno no puede afirmar por anticipado cómo se van dando las relaciones en el contexto concreto de una sociedad y un Estado a lo largo de un proceso histórico.

Y termino esta casi demasiado larga introducción. En realidad cuando uno mira algunos modelos sociales exitosos encuentra algunos casos en que la sociedad -digamos distintos grupos sociales- tienen el dinamismo o la capacidad para generar procesos de cambio; procesos de cambio que se generan más o menos espontáneamente en el seno de la sociedad, y que después demandan al Estado cierto tipo de apoyos o no. De hecho uno puede encontrar que el desarrollo industrial norteamericano es producto de grupos, de lo que se llamó la burguesía industrial o empresarios industriales, generando por sí mismos una dinámica de crecimiento y reclamando después al Estado el apoyo a una política, a un crecimiento social que ocurría de manera espontánea en un medio determinado. O pueden encontrar, como en Europa, grupos sociales que se organizan para resolver ciertos problemas sociales: el

abastecimiento de mercaderías, la producción a través de cooperativas, o incluso, los criterios de jubilación y protección a los enfermos, que se generaron a fines del siglo XIX en Europa mediante cooperativas espontáneas generadas dentro de una sociedad que detectaba problemas y que se organizaba para resolverlos (desde la sociedad y no desde el Estado).

En otros casos y en la Argentina, como en buena parte de los países subdesarrollados que pasó lo mismo, uno encuentra que la sociedad no generó este tipo de políticas. Uno no encuentra este tipo de empresarios dinámicos en América Latina. Uno no encuentra sociedades con la misma capacidad de resolver sus problemas de acuerdo a maneras más o menos espontáneas en la sociedad. Y encuentra muchas veces a un Estado que empieza a generar, desde el Estado, la forma de encontrar soluciones a problemas que la sociedad no está planteándose como tales. Uno puede encontrar muchos modelos en que la sociedad demanda al Estado, o distintos modelos en que el Estado se adelanta a ofrecer soluciones a la sociedad.

1. El Estado como palanca del desarrollo: los ferrocarriles

Y yo diría que esto es un poco lo que uno puede encontrar cuando mira rápidamente el papel que cumplió el Estado a lo largo de la historia argentina en el último siglo y cómo el Estado fue continuamente replantándose los distintos tipos de funciones y de actividades en el campo económico (porque sentía demandas latentes) y cómo fue replantándose sus relaciones y actividades en cada momento (en función de su relación con la sociedad y con el contexto en el que se movía). Este fenómeno empieza hace ya más de un siglo cuando comienza el modelo agroexportador argentino. Ese Estado liberal del siglo pasado, ese Estado que enfatizaba el modelo agroexportador, sentía que tenía que cumplir determinadas tareas concretas; por ejemplo fomentar el desarrollo ferroviario, que era la única manera de poner en producción a las zonas de la Pampa Húmeda, porque sin transporte la producción de la Pampa no se podía exportar, y por lo tanto, no había ninguna forma de generar riqueza.

Y el Estado comenzó desde el principio alentando la formación de compañías ferroviarias para que atravesaran la pampa. Se formaron al principio algunas -muy pocas-: no había dinamismo en el sector privado, ni aún con protección estatal, para encarar las construcciones ferroviarias. Por eso, el Estado comenzó a construir ferrocarriles por sí mismo.

En la década de 1870 el Estado comienza a construir lo que se llamó el Ferrocarril Oeste que ocupa las zonas hacia el oeste de la Provincia de Bs. As., desarrollando toda una estructura ferroviaria; esa empresa del Estado merece ser recordada por toda la historia trágica que vivió después. Era una empresa que funcionaba muy bien, que crecía continuamente en términos de líneas y de servicios, y que ganaba dinero.

Ya para la década del '80 se había demostrado que los ferrocarriles eran un buen negocio, sobre todo en la Pampa Húmeda. Y comenzaron a aparecer grandes empresas -especialmente inglesas- que construían el ferrocarril; el Estado era un competidor para esos grandes grupos empresarios que también estaban poniendo ferrocarriles.

Y comenzó una presión brutal para que el Estado vendiera el Ferrocarril Oeste. Uds. saben que la década del '80 está caracterizada por la presencia de Juárez Celman, un presidente particularmente corrupto... Una característica de la historia argentina, que tiene trazos de continuidad notables a lo largo del tiempo: un presidente bastante corrupto que defendía la importancia de privatizar el Ferrocarril Oeste. Y terminaron privatizándolo contra las presiones de los ganaderos de la provincia de Bs. As. que por aquel entonces eran estatistas y decían que había que defenderlo porque era un símbolo de protección nacional, porque les aseguraba las tarifas más bajas para ellos y que, por lo tanto, era bueno mantener.

Entonces se privatizó esta primera línea de ferrocarril y el gobierno comenzó a redefinir las relaciones empresarias entre el Estado y el capitalismo privado —en términos del sector ferroviario— de una manera bastante clara. Todas las grandes líneas que pasaban por la zona pampeana y que unían las grandes cabeceras con Córdoba, con Mendoza, con Bahía Blanca, pasaron a ser propiedad del capitalismo privado, porque eran el gran negocio; en cambio todas las líneas de fomento que iban a cubrir las zonas de poca producción —que estaban hechas con un criterio de fomento y con un criterio de unidad nacional y política— iban a ser construidas por el Estado.

El Estado vende la línea del Ferrocarril Oeste pero pocos años después, está construyendo otras líneas. Y construye durante décadas una enorme red ferroviaria a lo largo de la Argentina que en alguna manera compite, y en alguna manera complementa, la red ferroviaria hecha por el capital privado. Esta imagen que se mantiene de una Argentina liberal en la época agroexportadora, basada en empresas privadas, es tan falsa como la contraria.

Digamos, en la década de 1920 algo así como casi la mitad de la red ferroviaria argentina era estatal; ella se corresponde con lo que hoy es el Ferrocarril General Belgrano, un ferrocarril de trocha angosta que cubría todas las zonas marginales de la Argentina: NO, Chaco, Formosa, NE, toda la zona de la cordillera, etc., algunos ramales en la zona de Santiago del Estero y en otras zonas pobres de la Argentina.

El Estado hacía esos ferrocarriles por razones estratégicas, y porque se interesaba en convertirlos en órganos de fomento, los hacía funcionar. Cuando uno mira la historia de esas décadas descubre que el ferrocarril del Estado era tan eficiente como los ferrocarriles privados. En todos los términos en que se podían comparar la eficiencia y la capacidad económica del ferrocarril —en términos de capacidad de cargas, en términos de puntualidad de los servicios, en términos de tarifas, de atención al público, etc.— el Ferrocarril Belgrano era tan bueno como los privados. Hay informes estadísticos abundantes de esa época en Argentina que lo demuestran, y además, ganaba dinero.

El Estado comienza entrando en un sector, se retira, reestructura sus relaciones y arma una empresa estatal eficiente ya desde principios de siglo en Argentina. Y esto tenía que ver con el hecho de que algunos miembros de la vieja clase dominante —de la vieja oligarquía argentina— estaban convencidos de que el Estado debía cumplir ciertas funciones para el desarrollo económico, y que el Estado podía y debía ser un buen administrador.

En este sentido yo siempre insisto con una frase del General Roca. Ustedes saben que el General Roca había sido Presidente de la Nación y le dejó el lugar a su cuñá-

do, que era Juárez Celman (con el cual no tenía demasiado acuerdo, pese a sus estrechas relaciones familiares). Pero cuando se comienza a hablar de la privatización del ferrocarril, Roca manda una carta donde se opone a estas privatizaciones y donde dice —Roca, prototipo de la oligarquía Argentina, que además de General era propietario de grandes estancias— dice lo siguiente: “. . . Si aceptamos la teoría de que los gobiernos no saben administrarnos llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil. Y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al Telégrafo, a los puertos, a las oficinas de rentas, al Ejército, y a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del poder.”

Roca estaba convencido de que el Estado era un buen administrador, que podía serlo y que, de lo contrario, había que acabar con el Estado. Y este tipo de lógica se mantuvo durante muchos años en buena parte de la élite oligárquica argentina.

2. EL Estado como moderador frente al reparto del mercado: YPF

Y yo diría que así como la élite tuvo muy claro utilizar al Estado como palanca del desarrollo —haciendo instalaciones ferroviarias desde el principio— también pocos años después descubrió que el Estado tenía que cumplir algunas otras funciones, por ejemplo, la de intervenir en algunos sectores donde había luchas oligopólicas muy fuertes, donde había el peligro de que algunos monopolios muy grandes ocupasen el espacio productivo en la Argentina. Creo que esto es bastante claro en el caso del petróleo.

La Argentina era a principios de siglo de hecho una colonia inglesa, donde estaba penetrando con mucha fuerza la Compañía Petrolera Standard Oil que era norteamericana, y venía a buscar un mercado en la Argentina. Las empresas norteamericanas, y los políticos en general, venían avanzando sobre Latinoamérica, desplazando los intereses ingleses. Los primeros intereses fuertes que llegaron a la Argentina eran los de la Standard Oil buscando petróleo. Una actividad que era ya estratégica en esos años y que, probablemente, en manos de los americanos hubiera podido modificar las relaciones de poder entre la Argentina y Gran Bretaña.

Esa historia tiene bastante que ver con lo que pasó con el descubrimiento de petróleo en Comodoro Rivadavia. Uds. saben que se dijo en principio que se iba a buscar agua. Se hizo una operación en supersecreto; se llevaron equipos de perforación porque había sospechas de que había petróleo. Fue un equipo estatal de técnicos que llegó a Comodoro Rivadavia, hizo perforaciones buscando agua, se fue bastante más profundo de lo que uno esperaba que fueran buscando agua; encontraron petróleo, avisaron al Gobierno Nacional. Al día siguiente, el gobierno sacó un decreto diciendo que esa zona quedaba como reserva de la Nación porque había petróleo. Y creó inmediatamente un organismo para explotar el petróleo en ese lugar, que fue posteriormente YPF.

Desde entonces, el Estado argentino protegió al sector petrolero de la penetración —en principio americana— con una empresa estatal que fue YPF que, de todas maneras, comenzó a producir petróleo en el sur, no demasiado todavía, pero competía y participaba en el mercado con la Standard Oil —que tenía parte de la distribución

de combustible—, y con la Shell —que tenía la otra parte de la distribución de combustible.

Esta situación se mantuvo casi 15 años, hasta que en la década del '20 ocurrió un conflicto entre el Ejército y la Standard Oil. El Ejército precisaba combustible para algunos aviones de prueba —los primeros aviones que tenía en aquella época la Argentina. El Ejército pidió combustible a la Standard Oil, que tenía el control de los productos refinados de petróleo en aquella época. Y la Standard Oil les dijo que no les entregaría el combustible hasta que no pagasen una factura anterior (en esa época también el Ejército se atrasaba en los pagos varios meses, no habría la inflación actual pero había atrasos de pagos).

Casualmente la persona que estaba comprando combustible era el Gral. Mosconi, que planteó ahí el argumento de que no podíamos depender de una compañía privada que se niega a darnos combustible, cuando mañana podemos estar en un conflicto bélico y no le vamos a estar pidiendo permiso para que nos dé combustible. Y plantea con apoyo del gobierno la importancia de hacer crecer el tamaño y la participación de YPF en el mercado petrolero argentino. Mosconi pasa a presidir YPF y la convierte en una empresa de las más grandes de la Argentina —y también de América Latina.

Conviene rescatar algunos datos. YPF instala la destilería en La Plata que en esa época se convirtió probablemente, en la más grande de América Latina y de la Argentina para procesar el petróleo; sale a vender combustible, creando una red de estaciones de servicio YPF, vendiendo a precios más baratos que los precios de la Standard Oil. En esa época en el mercado, que era libre, los proveedores privados fijaban los precios. YPF salió a vender barato, bajando un 30% los precios respecto a la Standard Oil; rompe el monopolio de la Standard Oil y empieza a generar un sistema competitivo en el mercado que duró muchos años, con una empresa como YPF en continuo crecimiento.

No casualmente, cuando se produce el golpe del '30 a Mosconi lo echan de YPF y empieza una puja en torno a quién va a manejar una empresa que estaba ya comenzando a generar complicaciones con poderosos intereses privados. Y desde entonces hasta hoy YPF se convierte en una fuente de conflicto, porque va a estar siempre en competencia con otros grupos petroleros, con otras refinerías, y con otros intereses. Era parte de un combate continuo entre unos y otros.

Yo diría que todavía en esa misma década del '20 —quiero insistir, estábamos hablando de antes de 1930, en pleno auge del modelo agroexportador y de la ideología liberal— el Estado comienza a asumir algunas funciones y a tener algunos efectos casi inesperados, en términos de desarrollo económico e industrial en Argentina. Uno es el caso de YPF. YPF comienza a construir la refinería de La Plata. Para ello comienza a demandar materiales y equipos en el sector industrial, lo cual permite el desarrollo de algunas empresas metalúrgicas en Argentina. Y larga un plan importante de estaciones de servicio, lo que hace que un industrial —todavía relativamente pequeño, que era Torcuato Di Tella— se ponga a fabricar equipos de bombeo para repartir combustible en las estaciones de servicio —los viejos equipos que funcionaban a manija para sacar el combustible del tanque y entregarlo en el auto-

móvil. Di Tella firma un contrato con Mosconi —casualmente eran amigos, pero esta es la forma en que se establecen los lazos de negocios en cualquier sistema—; firman un contrato por el cual YPF le compra una enorme cantidad de equipos. Y Di Tella empieza a construir una fábrica metalúrgica que se convierte en una de las fábricas más importantes de la Argentina y de Latinoamérica hacia 1929, dedicada a producir equipos de petróleo.

La sola presencia de YPF en el mercado argentino comienza a modificar una vieja lógica de empresas extranjeras que traían todos los equipos del exterior y comienza a generar un impulso para el desarrollo industrial argentino.

Casualmente Di Tella termina de instalar la fábrica en el '30, año en que expulsan a Mosconi de YPF. Di Tella pierde los contratos para proveerle equipos petroleros a YPF, y se encuentra con una fábrica enorme, con la que no sabe muy bien qué hacer, y empieza a inventar otro tipo de producción. Por eso, se lanza a fabricar (en la década del '30) lavarropas; después comienza a fabricar heladeras y una gran cantidad de equipos y bienes durables buscando cómo usar una planta industrial instalada muy grande que ya estaba ocupando un espacio propio en la producción industrial argentina.

3. El Estado industrial para atender requerimientos estratégicos

Más o menos en los mismos años, el Ejército comienza a plantearse además, que necesita comenzar a pensar en la producción de ciertos equipamientos bélicos en la Argentina, a modo de seguro para el caso de alguna guerra —el Ejército suponía siempre la posibilidad de alguna guerra con Chile, con quien ya había habido algunos conflictos a fines del siglo pasado, y también con una guerra con Brasil—; y entonces comienza a pensar la posibilidad de instalar fábricas militares en Argentina para desarrollar la producción de materiales bélicos. En 1927 instala en Córdoba, por razones estratégicas —porque era un lugar alejado de posibles ataques por mar o por invasiones militares extranjeras—, lo que fue la Fábrica Militar de aviones en Córdoba. Una fábrica que por ese entonces era pequeña; y siguió siendo pequeña durante muchos años pero que tuvo capacidad tecnológica bastante importante, generando una masa considerable de técnicos, agregando equipamientos continuamente a lo largo de toda la década del '40 y generando una especie de “masa crítica” —en términos de conocimiento industrial— que fue la base de todo el desarrollo industrial cordobés. Las fábricas de automotores en Córdoba, y todo su equipo industrial, han nacido a partir del desarrollo de una fábrica que instalaron los militares con motivos bélicos en el año 1927.

Por supuesto, en la década del '30, ya con la economía cerrada y con los peligros de la guerra mundial, los militares comienzan a plantearse con mayor preocupación el tema de los materiales de guerra, comenzando a instalarse una enorme cantidad de fábricas militares. De hecho, en 1940 nace Fabricaciones Militares, que comienza a comprar algunas fábricas en Argentina que estaban en muy mala situación económica —hay varios empresarios argentinos que se salvan de la crisis porque son comprados por Fabricaciones Militares, tratando de armar un complejo químico y mecánico—,

comenzando a armar una red bastante importante de industrias, además fuertemente ligadas al sector privado, y que el sector privado también apoya fuertemente.

La Argentina poseía en la década del '30 un sector metalúrgico bastante importante. Un caso era el de Di Tella, que era el principal fabricante de equipos mecánicos y, por lo tanto, demandante de acero para trabajar su fábrica; otro caso era TAMET, una empresa que se había construido desde principios de siglo, con fábricas metalmeccánicas muy grandes que importaban insumos del exterior, porque la Argentina no fabricaba acero. Los dueños de estas dos empresas, que eran Tornquist y Di Tella —que son el equivalente en ese entonces de lo que son los actuales capitanes de la industria, el Sr. Pérez Companc, o el Sr. Rocca de Techint— comienzan a buscar algún General de los que estaban en el sector más productivo del Ejército para convencerlo de que el Estado pusiera una fábrica siderúrgica para que les proveyera el acero a ellos, para que ellos pudieran trabajar en el caso de que viniera la guerra y se interrumpiera el comercio internacional...

Así encuentran al Gral. Savio, que venía pensando cosas parecidas, y lo convencen ya en 1939: le piden que el Estado ponga una fábrica siderúrgica para que ellos puedan tener el abastecimiento del material, que para ellos era muy caro producir y que no veían conveniente. Eran los propios empresarios argentinos los que iban al Estado a decirle que se convirtiese en un empresario industrial. Esto da origen a SOMISA, que nace como proyecto en 1941 y se suspende por la guerra. Esta empresa se pensó primero como una sociedad mixta —es decir, una sociedad en que el Estado va a poner el capital y los empresarios privados se van a llevar la ganancia, como son todas las sociedades mixtas en el mundo—, y que termina finalmente con los empresarios que no quieren entrar en SOMISA, seguramente porque no veían posibilidad de ganancia. Esta queda como una Sociedad Anónima con todas las acciones en poder del Estado porque los empresarios que iban a ser socios se niegan a integrar ningún capital y quedan con una minoría insignificante de acciones. Pero ya estaba pensada en la década del '40 como una estructura en que el Estado se ponía a operar como empresario, en relación con los capitales privados, para instalar empresas estatales a pedido del sector privado.

4. El Estado como coordinador de la economía ante la crisis

Por supuesto en esta década del '30 el Estado descubre que tiene que hacer una cantidad mucho más grande de tareas. Pero esto lo descubre el Estado en todo el mundo, porque la crisis del '30 pone en evidencia que el mercado librado a sí mismo no es capaz de funcionar —idea que no se discutía en la década del '20, cuando todo el mundo estaba convencido que el mercado era un método perfecto para manejar la economía, y que nada había mejor que el mercado. La crisis del '30 dura 15 años —no dura poco— y convence a todo el mundo que el mercado es incapaz de resolver los problemas que se plantean y que el Estado debe intervenir de manera más activa y más directa en la gestión de la economía para superar la crisis e impulsar la producción. Ese es el meollo de las famosas tesis keynesianas que se hacen en esa época, pero es la misma lógica que impulsa al Estado alemán, al norteamericano

y al argentino: intervenir directamente en la producción, regular la producción y poner empresas. Y el Estado argentino hace exactamente lo mismo; y empieza a constituir una enorme cantidad de organismos, instituciones, entidades y corporaciones que se van a encargar de participar en y regular la producción de la Argentina. Se crea la Junta Nacional de Granos para participar en el comercio de granos —primero como una comisión, luego va a ser la Junta—; se crea lo que ahora es la CAP (Corporación Argentina de la Producción de Carnes) encargada de exportar carne y que termina operando frigoríficos; se crea una junta reguladora de la yerba mate; una junta reguladora del algodón; se desarrollan una serie de obras de infraestructura y, en esa misma época, el Estado comienza a comprar —anticipándose muchos años al peronismo, en la década del '30— algunas líneas ferroviarias. Compra una línea del ferrocarril francés, para ir avanzando en el control estatal sobre el sector del transporte, y compra algunos puertos, que eran privados en Argentina.

El Estado asume un papel creciente de control sobre toda la vida empresarial y productiva en la Argentina. Esto se acrecienta durante el período de la guerra, simplemente porque todas las empresas que estaban en la Argentina crecen rápidamente. Crecen muchas de las empresas de Fabricaciones Militares; crece YPF buscando petróleo, aunque con poco éxito durante la guerra; crecen una serie de compañías de otro tipo y termina de consolidarse al fin de la guerra, cuando el gobierno argentino declara la guerra a Alemania. Uds. saben que el gobierno argentino "heroicamente" declara la guerra cuando ésta termina; en consecuencia, el Estado confisca todos los bienes de propiedad alemana como propiedad enemiga. En la Argentina había una red importante de empresas alemanas (empresas constructoras, empresas químicas, fábricas de lamparitas, fábricas eléctricas de todo tipo, que pasan a ser operadas por el Estado, que crea una oficina especial que duró muchos años y que se hizo famosa que se llamó DINIE (Dirección Nacional de Industrias Estatales) que agrupaba un conglomerado enorme de empresas de todo tipo que quedaron bajo este organismo simplemente porque antes eran alemanas. Este organismo se convirtió durante 20 años en un importante aparato industrial en la estructura económica Argentina.

5. El Estado asume el relevo del capital extranjero en los servicios básicos

Terminada la guerra, el Estado comienza con un proceso de estatizaciones. Después de la guerra el Estado estatiza los ferrocarriles, los teléfonos y una serie de compañías, siguiendo dos fenómenos convergentes. Por un lado, toda Europa estaba estatizando; en realidad la Argentina no hizo nada que no se estuviera haciendo en otros países del mundo (los franceses estatizaron una serie de empresas después de la guerra, se estatizaron en Alemania, ya estaban estatizadas en Italia y se estatizaron en toda América Latina). También se siguió una lógica que demandaban las propias empresas privadas que estaban tratando de retirarse de la Argentina después de la guerra por diversas razones. Básicamente se puede contar muy rápido el caso del ferrocarril. Los británicos habían armado una extensa red en Argentina que funcionó muy bien hasta la década del '30, pero que después de 1930 se empezó a encontrar con graves problemas. A las empresas británicas ya no les interesaba invertir en la

Argentina y sí les interesaba retirar fondos del país para mandar a Inglaterra, porque allí estaban con grandes problemas económicos. Entonces, en lugar de que llegaran acá repuestos, máquinas, equipos y rieles, salía de acá dinero hacia Inglaterra; mientras tanto los ferrocarriles envejecían. En 1945 los ferrocarriles eran 15 años más viejos que en 1930, porque no había habido ninguna inversión, a pesar de que realmente en ese período se tendría que haber renovado seguramente la mitad del capital invertido en el ferrocarril, como se exige técnicamente. Además, se habían encontrado con la competencia creciente de los autos y camiones que estaba ocurriendo en la Argentina; el Estado construía rutas paralelas a los ferrocarriles para que el autotransporte pudiera competir con los ferrocarriles, quebrando su monopolio del transporte. El Estado construía las rutas paralelas a las vías; donde había una vía se construía un camino para generar un sistema competitivo, con lo cual los ferrocarriles perdían la capacidad monopólica de fijar sus tarifas; por lo tanto, los ferrocarriles se querían ir de la Argentina porque la alternativa consistía en realizar inversiones enormes para entrar a competir con el sistema automotor, y con bastantes dudas respecto a la rentabilidad que podía dar el sistema ferroviario.

Ya en medio de la guerra —1943, 1944— los ferrocarriles pretenden ser estatizados. Y le pagan al Sr. Federico Pinedo, pro-hombre de la oligarquía argentina, un millón de libras para que hiciera un proyecto de estatización de los ferrocarriles, que al Sr. Pinedo le parece muy razonable —sobre todo porque cobra un millón de libras—, y de ninguna manera conflictivo con sus posiciones ideológicas. Y comienza a proponerle al Estado que compre los ferrocarriles. Estas proposiciones por una serie de motivos que no vamos a poder tratar terminaron convirtiéndose en una presión brutal sobre el Estado argentino. De hecho, en el año '47 la Argentina no tiene opción: o compra los ferrocarriles o compra los ferrocarriles. Porque tiene una presión enorme de Inglaterra a raíz de la situación internacional que no vamos a poder contar acá (está detallado en una gran cantidad de trabajos). Y el gobierno argentino compra los ferrocarriles. No porque el Estado quiera asumir el transporte, sino porque los empresarios ferroviarios quieren salir del negocio. Por supuesto, como en toda buena gestión de todo gobierno, se dice que eso es lo mejor para el futuro nacional; en términos de hoy, se diría que "estamos haciendo la revolución productiva, sentando las bases para el desarrollo nacional y que, a partir de ahora, sí el país va a ser lo que no fue hasta ahora, porque rompemos el cordón umbilical de la dependencia de los sectores privados que nos explotaron siempre".

Algo similar pasó con los teléfonos. La Argentina tenía una compañía de teléfonos privada; bastante mala; monopólica, por supuesto, como son todas las compañías privadas de servicios telefónicos que eran propiedad —después de cambios de manos en diferentes años— de la ITT (compañía norteamericana), que se quería retirar de la Argentina porque no le veía demasiado interés y que negocia venderse al Estado.

Realmente, cuando uno lee esta historia parece que estuviera leyendo lo mismo que ahora, pero al revés. El Estado descubre que tiene que comprar la compañía telefónica muy rápido; no sea cosa de que los empresarios se arrepientan. Entonces se firma un convenio con la compañía para comprarla a buen precio. Cuando algunos miembros del Congreso comienzan a discutir la compra se descubre que el contrato

tiene errores "incomprensibles" —que el gobierno hoy llamaría "desprolijidades"—. Entonces se comienza a corregir el contrato de apuro, porque hay que terminar de firmarlo. Y se le paga a la compañía telefónica, y el Estado grita: "Hemos logrado la independencia nacional; la revolución productiva" y todas esas cosas, porque el Estado ha comprado los teléfonos. Bueno, es exactamente igual que ahora. El Estado no sabía lo que compraba, como ahora no sabe lo que vende. Tampoco sabía muy bien a qué se comprometía; cuando el Congreso discute el contrato descubre que dice cosas como éstas: le compramos a la Standard Electric la compañía telefónica y el Estado argentino se compromete a comprar todos los equipos telefónicos y de comunicaciones durante 10 años a la Standard Electric al precio que ésta fije (por supuesto, no les vamos a estar discutiendo el precio a una compañía tan seria, ¿no?). En el Congreso alguien dice: "Caramba, si el Ejército compra equipos telefónicos o de telecomunicaciones, ¿también hay que comprárselos a la Standard Electric?" Entonces el Ministro lo mira y le dice: "¡Uy, caramba, esto es una desprolijidad!! Discúlpeme". Entonces, como ya está el contrato firmado, la Standard Electric manda una carta diciendo que está bien, que en realidad el Estado se obliga a comprar nada más que los equipos de comunicaciones para la compañía telefónica y los demás pueden comprarse a quien quieran. "Con este negocio nos conformamos".

Además, el Estado le dice a la Standard Electric que para operar necesita algún tipo de asesoramiento técnico; "por lo tanto les vamos a pagar a Uds. para que nos den asesoramiento técnico". Y se firma: "la Standard Electric va a prestar asesoramiento técnico a los teléfonos en Argentina por un plazo de 10 años, y va a cobrar el 4% de toda la facturación de la empresa telefónica". Para que tengan una idea, cuando la Standard Electric era la dueña de todos los teléfonos en la década anterior había ganado el 2% sobre ventas. Ahora, sin ser dueña, proveía servicios técnicos y cobraba el 4%.

Por supuesto, también en el conjunto de desprolijidades el Estado se olvidó de exigirle a la Standard Electric criterios sobre ese asesoramiento técnico, el contrato no establecía ninguna condición sobre cómo haría la Standard Electric para proveer asesoramiento técnico a la Argentina; y agrega que, si el gobierno argentino pide profesionales de la Standard Electric, tiene que pagar el viaje de esos profesionales, sus estadías en Buenos Aires, los sueldos, las comunicaciones telefónicas y todo lo que les cueste —aparte del 4%, que no generaba ninguna obligación aparente del receptor de los fondos.

Esto es anecdótico, pero sirve para mostrar cómo pueden ser las relaciones entre el Estado y una empresa monopólica y cómo el Estado puede comprar cuando no quiere, aunque después diga que era muy bueno comprar porque estaba obligado con una empresa. También es un ejemplo para ver cómo las estatizaciones pueden ser un camino para el socialismo, o un camino para que los capitales se llenen de dinero vendiéndole al Estado hierro fundido; ambas relaciones son posibles.

Cuando uno mira la década del '40, período de las estatizaciones —se estatizan los ferrocarriles, los teléfonos—, es bueno ver que algunas empresas no se estatizan en Argentina, permitiendo mapear las relaciones de poder entre el sector privado y el Estado.

Así como el Estado nacionaliza los ferrocarriles, porque los ferrocarriles quieren vender; así como nacionaliza los teléfonos, porque la compañía telefónica quiere vender, el Estado no nacionaliza el servicio eléctrico de Capital Federal. Este servicio eléctrico estaba provisto por dos empresas privadas: la famosa CADE o CHADE y la Compañía Italo, que estaban desde principios de siglo prestando servicio de forma monopólica y habían provocado críticas enormes, por su peso de monopolio y por sus conductas. Esas dos empresas habían provocado un escándalo enorme en 1936 cuando lograron que el Concejo Deliberante les aprobara la concesión por 50 años más de los servicios eléctricos de Buenos Aires, después de haber comprado a todos los concejales de la Ciudad. Esta historia está documentada y bien registrada, y provocó un escándalo político que fue estudiado a partir del año '43 con el gobierno militar, que nombró a una comisión presidida por un funcionario estatal muy probo —Rodríguez Conde— que investigó el asunto de las concesiones y demostró que, efectivamente, las empresas ya eran de hecho de propiedad del Estado, porque le debían más al Estado que todo lo que era su patrimonio. También demostraba que las concesiones habían sido arrancadas de manera ilegal comprando a los concejales y a todo la gente que había decidido; que eran jurídicamente nulas y que, por lo tanto, correspondía estatizar a las dos compañías eléctricas de la Ciudad de Buenos Aires.

El informe Rodríguez Conde se terminó en el año 1945, cuando el Coronel Perón tenía ya ocupada la vicepresidencia de la nación. El Cnel. Perón se ocupó de guardar el informe y prohibir su publicación, de manera tal que no pudo ser conocida hasta 10 años después. El informe Rodríguez Conde se publicó finalmente en el año '58 por una decisión del Congreso Argentino. Dicen que la CADE puso un millón de dólares para la campaña electoral del peronismo en el año '45, lo cual en todo caso muestra que las relaciones entre el sector privado y el Estado son relaciones no siempre exentas de transacciones en dinero entre aquellas y los funcionarios públicos.

El peronismo no se preocupó de estatizar las empresas eléctricas, que eran monopólicas, que cobraban tarifas muy altas y que tenían toda una historia de corrupción y negociados; como sí se preocupó por estatizar otras que le pedían. Esta era la forma en que el Estado reaccionaba a las demandas de un sector privado que tenía capacidad de decisión y de acción.

Lo mismo podría decirse con el caso de SOMISA. Esta era la primera planta siderúrgica de la Argentina; se venía discutiendo —como dijimos— desde el año '40; seguía discutiéndose en 1945 después de la guerra. Se convirtió en una empresa como tal en 1946, para constituirse como la primera empresa siderúrgica de la Argentina. Compró un terreno en San Nicolás para instalar la planta; y se pasó 10 años arreglando ese terreno y preparando el proyecto de la planta industrial, que no se instalaba porque en el juego de intensas presiones e intereses con el sector privado —y de dependencias mutuas— los empresarios privados había decidido que era mejor importar acero que comprarlo en la Argentina, frenando entonces el desarrollo de una planta que, pese a los resultados ampulosos, no se terminó de hacer hasta 30 años después porque estaba frenada por otro tipo de intereses.

¿Pero, porqué es importante todo esto?

Es importante porque a partir de entonces el Estado empieza a tener un tamaño

empresario muy importante; y no sólo en Argentina, este mismo fenómeno ocurre también en otras partes como en México, en Brasil. Hay una gran cantidad de empresas que están en manos del Estado, lo cual requiere para operar normalmente que el Estado tenga claro qué objetivos quiere de cada empresa, qué es lo que quiere conseguir y ofrecer a la sociedad a partir de cada una de ellas. Yo diría que, cuando uno mira esto a largo plazo, en algunos casos el Estado fijó algunos objetivos más o menos claros para algunas empresas estatales, y los logró cumplir. En estos casos, como no sabía muy bien qué hacer con esas empresas estatales y no tenía objetivos, las empresas quedaron de alguna manera limitadas a sobrevivir en función de las demandas de la coyuntura.

Probablemente el caso más típico es el caso ferroviario. El ferrocarril en el año '47 necesitaba realmente una reestructuración total de sus instalaciones productivas. Necesitaba una reflexión de cómo se acomodaba el ferrocarril a un nuevo país. En el medio de esos 15 años —desde 1930 hasta 1945— había cambiado la estructura de la producción, habían surgido las economías regionales, se había producido un desarrollo industrial, se había concentrado el consumo de la ciudad de Buenos Aires, etc. Había un estancamiento de la producción agraria, que era uno de los elementos de carga fundamentales para el ferrocarril en la década anterior; pero habían crecido producciones en otras zonas del país —como las frutas en el sur, el algodón en el norte—. Entonces había que replantear la estructura ferroviaria pensada en función de un nuevo servicio.

Bueno, lo que es evidente es que el Estado no hizo nada. Tomó el ferrocarril como estaba; bajó las tarifas, las cosas típicas de lo que se llama en Latinoamérica el "populismo", de manera tal que la gente pudiera viajar mucho más barato en ferrocarril, lo cual inmediatamente generó un déficit muy fuerte. Tomó personal —porque había presiones para aumentar el empleo— y, por lo tanto, aumentó la dotación. Y no hizo inversiones, porque bajando las tarifas y subiendo el personal no le quedó capacidad para invertir y para desarrollar el ferrocarril.

Prácticamente en los mismos años en que el Estado estatiza los ferrocarriles, el gobierno crea Gas del Estado, como una empresa independiente de YPF, para operar la distribución de gas. En realidad el gas lo produce YPF porque sale de los mismos pozos petrolíferos, pero a partir de que lo saca YPF, ésta se lo vende a Gas del Estado que se empezó a encargar de la distribución.

El gas estaba en el sur, en Comodoro Rivadavia, y el consumo en Bs. As.. Y el Estado se larga a construir una red de gasoductos para traer el gas a Bs. As. desde Comodoro Rivadavia y poder abastecer la demanda urbana de gas. Construye lo que en ese momento fue el gasoducto más largo del mundo, y construyéndolo en relación con intereses privados, que descubrieron que construir gasoductos era un gran negocio (que era una obra de ingeniería, una obra técnica, pero además permitía el desarrollo). Y es así que se constituye Techint, una compañía constructora que empieza a construir el gasoducto Comodoro Rivadavia-Bs. As., y que pasa a convertirse en una empresa constructora de obras pesadas e ingeniería para Gas del Estado, para YPF y para otros. Esta compañía descubre que no solamente hay que construir un gasoducto, sino también caños y entonces constituye Dálmine, la empresa que ahora se llama

SIDERCA, que es una de las más grandes plantas de fabricación de caños en el mundo y que provee al Estado de caños para petróleo y para gas a lo largo de 20 años.

Es así como se constituyen una gran cantidad de empresas para proveer a Gas del Estado de compresores, de bridas, de instalaciones, de equipos y de elementos para que Gas del Estado se constituya como empresa. Y así como el ferrocarril se convierte en un factor estático de desarrollo (en un factor de atraso porque no consigue estructurar una forma de modificación de su lógica de funcionamiento), Gas del Estado se asocia con un grupo de empresas que, de alguna manera, comienzan a crecer con su crecimiento y empiezan a sentar nuevas bases para el desarrollo industrial argentino. Esto hace que la Argentina se convierta en uno de los países con una de sus principales redes de gas de la década del '60; Gas del Estado se va expandiendo muy rápidamente durante muchos años, junto a todo un grupo de proveedores que crece y se consolida a partir del crecimiento de Gas del Estado.

6. La crisis del Estado industrial. La clase dominante

De alguna manera acá hay un proceso de influencias mutuas y crecientes entre un Estado que quiere hacer determinadas obras con un sector privado que se asocia y que empuja esas obras y que, por lo tanto, neutraliza ciertos intereses en contra, permitiendo generar un proceso de desarrollo continuado en dichos sectores. Uno podría decir, lo cual tiene poco sentido, que si el modelo de Gas del Estado se hubiera repetido en otras empresas estatales hubiéramos tenido el desarrollo francés, o hubiéramos tenido un desarrollo similar al japonés. Porque en última instancia, en la posguerra, Francia y Japón crecen impulsados por sus empresas estatales. Japón, después de la guerra, desarrolló una enorme inversión en los ferrocarriles, inversión que le hace comprar una enorme cantidad de locomotoras, vagones, obligando a su industria a fabricar todos esos equipos y, por lo tanto, obligando a producir acero e instalar fábricas siderúrgicas. Esa estrategia genera todo un círculo virtuoso de demandas que van produciendo nuevas demandas, impulsando el proceso de desarrollo.

Y lo mismo pasa en Francia. Los ferrocarriles franceses, la empresa de electricidad en Francia y, posiblemente, la empresa de aviación francesa, son los núcleos motores de buena parte del desarrollo industrial y tecnológica en Francia, como seguramente fue buena parte del desarrollo tecnológico e industrial japonés.

Acá tuvimos algunos casos, pero no tuvimos una red. Tuvimos casos aislados que muestran que eso se podía haber logrado. Pero, por algunas razones que tienen que ver con demandas sociales, y con demandas empresarias y con la capacidad del Estado, para actuar ese desarrollo, fracasó.

Yo diría que comienza a aparecer una lógica política que de manera muy sucinta, muy esquemática y casi caricaturesca podríamos describir así: la vieja oligarquía Argentina, desde 1880 hasta 1940, promovió el desarrollo estatal sin ninguna culpa. Y lo promovió sin ninguna culpa porque sentía que el Estado hacía falta en determinadas cosas; en algunas cosas ellos querían al Estado y sabían que en otras no. Promovió la creación de empresas estatales, como ya mencioné, desde 1880

hasta 1940, y en algunos casos insistiendo activamente, como lo hacían algunos de los líderes intelectuales de la oligarquía Argentina.

Claro, en el '46 tuvieron un problema. Alguien que no era de la oligarquía llegó a la presidencia en Argentina y comenzó a armar un sistema de gobierno que no era el poder político de la oligarquía. La oligarquía empezó a descubrir que el Estado podía ser usado contra ellos. Y podía ser también usado para restringir su grado de libertad y restringir sus márgenes de ganancia. Algunos grupos de la vieja oligarquía argentina llegaron a la conclusión de que en esas condiciones lo que había que hacer era eliminar al Estado del sector productivo para que ellos pudiesen hacer lo que quisieran.

Y esto se ve muy claro a partir del año '55. La idea del Estado privatizador comienza a discutirse en Argentina a partir del '55 con la "revolución libertadora". Y es en los años 1956-57 que un señor de la oligarquía, próspero representante de la UIA y socio de la SRA, es nombrado interventor en la empresa telefónica —que para ese entonces no era ninguna maravilla, pero que funcionaba razonablemente bien.

Este señor llega a la empresa telefónica y dice "bueno, como todos sabemos el Estado es un mal administrador, así que las empresas estatales son irremediables". Fijense que solamente en un país esquizofrénico como Argentina se puede decir esto sin ser expulsado. Porque uno no puede ir a manejar una empresa del Estado y decir que el Estado es un mal administrador, porque lo que está diciendo es "yo soy un mal administrador" o "yo voy a fracasar", convirtiendo de hecho a la empresa en inmanejable. Si cree eso, lo más probable es que actúe de modo de cumplir su profesión; es decir, arruinando la empresa.

Yo siempre decía que esto es más o menos lo mismo que si la General Motors nombrase un dirigente comunista convencido como presidente de la empresa. En ese caso, lo más probable es que la GM en un par de años quiebre cuando este dirigente empiece a hacer colonias de vacaciones, a duplicar los salarios, a despreocuparse por la productividad y a decir "el capitalismo es inhumano, hagamos lo contrario de lo que hacían los administradores anteriores". Es una perversión en sí misma.

Sin embargo, así comienza una batalla que lleva más de treinta años, donde uno puede asistir a períodos en que llegan gobiernos que dicen que el Estado es un mal administrador y ponen administradores en las empresas del Estado que, para demostrar que el Estado es un mal administrador, se dedican a arruinarlas (ya que la única forma de confirmar sus hipótesis es en la práctica, haciendo eso). Y períodos en que el Estado dice que sí, que el Estado es bueno; pero que en general tienen una idea muy poco clara de qué hacer con el Estado. Entonces uno encuentra señores muy buenos que llegan a las empresas del Estado que dicen "claro, el Estado debe cumplir una función en el desarrollo nacional, pero lo que hay que hacer ahora es tomar 5000 personas más, porque ahora en Argentina hay demanda de empleo que no se puede satisfacer, hay que contratar a mis amigos", etc.; esa lógica que no es una lógica de desarrollo, sino una lógica de tipo populista, en el sentido sociológico de la palabra (y no en el sentido de crítica política), y que termina llevando al callejón sin salida en el que estamos en este momento.

De hecho, uno podría decir que las empresas del Estado se caracterizan porque no las controla nadie. En cada empresa del Estado se ha generado un vacío político,

en la medida en que los sucesivos cambios de gobierno en Argentina, de ministros de Economía, han hecho que en las empresas del Estado cada nuevo funcionario que entra esté preparando desde ese mismo momento su salida. En promedio, desde el '55 hasta ahora, en treinta y cinco años, los ferrocarriles tuvieron un presidente cada 8 meses. La empresa más grande de la Argentina, con 200.000 personas, tuvo cada 8 meses un presidente distinto; es decir que cada uno llega, y quiere aprender de qué se trata, y es echado antes de darse cuenta. Algunos sólo llegan a decir el discurso inaugural de siempre: "venimos a levantar esta empresa de las cenizas, convertirla de vuelta en una gran empresa del desarrollo nacional que los obreros del riel..." y todo eso. Al día siguiente presentará la renuncia y viene otro con discurso similar que, por supuesto, ya nadie cree.

En la medida en que el Estado es incapaz de manejar las empresas del Estado y comienza a perder el control de la presidencia y de los cargos ejecutivos de estas, porque no puede generar una política estable ni una dirección estable, las empresas comienzan a ser dirigidas por sus proveedores, por sus clientes; comienzan a ser dirigidas por sus sindicatos o por los gerentes que empiezan a decidir que lo mejor que puede pasar con la empresa es que ellos ganen mucha plata, como está pasando ahora, por otra parte.

Esto pasa también en las empresas privadas. Es una vieja discusión. No toda empresa privada maximiza el beneficio, porque los gerentes de la empresa piensan cómo maximizar su beneficio personal. Si ellos van a ganar más cuando la empresa gana más ellos van a hacer el esfuerzo para que la empresa gane más. Pero si ellos pueden ganar más robándole a la empresa, le van a robar. Por eso toda empresa tiene algún sistema de control para evitar que le roben (que a veces falla, por supuesto). Los gerentes de las empresas públicas advierten que éstas no crecen. Los presidentes cambian casi todos los días; no hay lógica política. "Debo maximizar mi beneficio, no el de la empresa", piensan entonces. La corrupción es el producto lógico de un sistema donde desaparecen los mecanismos de control y donde sólo queda el vacío político. Entonces, las empresas del Estado quedan a la deriva, en función de las presiones de sus intereses internos.

Cuando uno mira, por ejemplo, la empresa telefónica en Francia —que por supuesto, cambia de administración cada diez años— el administrador se elige con una lógica política, pero hace falta ser ingeniero o economista graduado en una universidad importante de Francia, tener experiencia en el ramo telefónico, algunos artículos escritos sobre el tema y haber demostrado saber manejar una empresa. El candidato llega porque tiene un antecedente político, pero además tiene que tener un antecedente profesional, y además se queda diez años manejando la empresa.

Y en esas empresas, por ejemplo, el teléfono cumple un rol de vanguardia. La empresa se dirige a los proveedores y les dice "queremos que Uds. bajen los precios, queremos que Uds. desarrollen tecnología, queremos que desarrollen nuevos tipos de productos; les vamos a comprar, pero Uds., tienen que perfeccionarse y actuar como acicate del desarrollo tecnológico de todos los proveedores".

Por supuesto, la empresa telefónica argentina es incapaz de hacer eso. Hace rato que ya no queda un ingeniero en ENTEL; hace rato que no queda nadie que sepa cómo

son los cables en ENTEL. Y entonces nadie se puede preocupar para pedirle algo en el sector privado, porque no hay nadie que sepa qué pasa ni qué quiere la empresa.

Perdónenme un segundo, si no es muy aburrido, pero esta historia forma parte de la lógica de poder en la Argentina. Hay una vieja historia con un Coronel que fue nombrado interventor en la empresa telefónica: llegó al edificio de Maipú, donde está la central y donde abajo hay una central telefónica. Asumió, juró, y al día siguiente lo llevaron a ver la instalación telefónica que está en el sótano. El Coronel bajó y empezó a mirar; y en esa instalación deshecha, por supuesto, se cruzan cables por todos lados, cientos de cables en el aire, hay que saltar por arriba de los cables en un auténtico laberinto de instalaciones; de ahí salen cables falsos, cables que van al SIDE, cables que van a la Casa de Gobierno, etc. El Coronel miró, dijo "¡caramba!". Tomó el ascensor y le dijo a su ayudante "yo no bajo ahí nunca más", con la idea de que es mejor no enfrentarse a los problemas difíciles. Naturalmente, ese área sigue manejada por el capataz del sótano. Por supuesto, es lo natural que ocurran este tipo de cosas en Argentina.

La empresa de teléfonos de la Argentina esta en buena medida manejada por sus proveedores. Por ejemplo, la Standard Electric, que había construido una planta de teléfonos modelo en 1950 para venderle teléfonos a la empresa argentina, de acuerdo al convenio de provisión monopólica que había firmado con el peronismo, siguió produciendo los mismos teléfonos ya viejos durante 30 años. Y las mismas centrales viejas durante 30 años porque eso no se podía exportar, ya que la Argentina no era un país donde se sentara una base para exportaciones industriales y porque la administración telefónica cambiaba todos los días y nunca se sabía cuándo iban a cortar el contrato. Con lo cual, ninguna empresa sería iba a invertir un centavo en hacer una fábrica más moderna para una empresa que no se sabía hasta cuándo seguía.

ENTEL se pasó 30 años comprando aparatos obsoletos a la empresa telefónica Standard Electric, porque si no ésta última cerraba. En consecuencia, en un momento dado, la lógica de la instalación telefónica de la Argentina no era la lógica de brindar el mejor servicio al usuario, sino la lógica de optimizar la operación de la Standard Electric, comprándole la cantidad de teléfonos que hiciera falta, aún cuando no hubiera cables para instalar los teléfonos. Por eso todo el mundo tiene teléfonos y nadie puede comunicarse, no es casual. Hay un grado bastante importante de estupidez en estas cosas. Pero también hay un grado de relaciones de poder: si hay que comprar teléfonos y no cables, se va el dinero en teléfonos, y no queda plata para cables. Así pasan las cosas que pasan en Argentina.

Uno puede demostrar cómo en cada una de las empresas del Estado se formó una especie de "anillo de poder", como dice Fernando Henrique Cardoso, el sociólogo brasileño, en el cual están metidos los sindicatos, algunos grupos gerenciales, los abogados que hacen juicios contra la empresa, los proveedores y los compradores, que terminaron apoderándose de cada una de las empresas, y definiendo su lógica frente a un poder presidencial que termina sin saber lo que pasa en la empresa, sin tener muy claro qué quiere hacer con la empresa y sin saber cómo llegar; porque la forma de llegar sería —suponiendo que exista— llegar con un batallón de profesionales organizados al estilo militar que desembarcase en la empresa y dijese "veni-

mos aquí para tomar el poder, vamos a estudiar en serio qué pasa, cortar cabezas y cambiar cosas". Como eso ya no se puede hacer —sobre todo porque nuestros batallones no son lo mejor que hay para ocupar empresas y ganar batallas— entonces no queda más remedio que llegar a la conclusión de que hay que privatizarlas.

Así como en el año '47 comprábamos los ferrocarriles porque era lo mejor que podía hacer el país, ahora tratamos de venderlos porque es lo mejor que puede hacer el país. En parte, porque el Estado fracasó en su capacidad para organizarse como una estructura autónoma —o relativamente autónoma— capaz de generar un sistema que, acorde con la relación con el sector privado, permitiese lograr el desarrollo nacional, en lo cual el sector privado ayudó mucho, por supuesto. Cada uno trató de buscar sus mejores conveniencias en esta lógica de estancamiento, que el Estado no fue capaz de romper.

Hoy llegamos al fin de un ciclo en el que proponemos al mercado como la "solución mágica", hasta que descubramos, seguramente tras golpes muy duros, que el mercado no funciona espontáneamente; que no hay mercado que resuelva los problemas de la sociedad y que el Estado va a tener que aceptar como en cualquier país del mundo que tiene que tener un papel en la regulación del mercado, en la regulación de actividades productivas, que ese papel no es un papel anticapitalista, ni pro-capitalista, sino que es un papel indispensable en las sociedades modernas y que deberá tener que hacerlo aunque no pueda.

— Ud. explicó cómo es la dinámica de retorno del mercado en las naciones subdesarrolladas. El Estado no puede manejar la economía y ya no puede moverse con esas empresas, entrando en una lógica perversa que va a fijar un retorno al mercado (esto en los países subdesarrollados). Hablemos, por ejemplo, del caso de Gran Bretaña y Francia, en donde después de un período de nacionalizaciones vino un período de privatizaciones de algunas empresas.

— Bueno, esto es cíclico, ¿verdad? En primer lugar, Francia tiene muchísimas más empresas infinitamente más grandes que la Argentina. Aún con las que privatizó —2 ó 3— el aparato estatal francés es espectacularmente grande. En Francia, el Estado maneja todos los sectores estratégicos de la producción industrial y los sectores estratégicos en términos de tecnología hasta el día de hoy. Esto no quiere decir que no haya un régimen de mercado. Y yo quiero insistir nuevamente con algo: las empresas estatales francesas se compran y se venden entre sí y operan en regímenes de mercado y, a veces, en competencia contra otras empresas privadas, pero funcionan *qua* empresas estatales, con una lógica de control, de eficiencia y rentabilidad donde también intervienen las presiones del mercado.

Ayer me contaba un francés, que dirige una Universidad en el sur de Francia que han logrado lo que algunos argentinos quieren: el 50% de los fondos de la Universidad se consiguen en el mercado; la Universidad vende servicios y consigue el 50% de sus ingresos. ¿Y a quién se los vende? Se los vende a la Municipalidad de Toulouse (al Estado), al concejo del municipio del Sur de Francia, a la usina eléctrica (también estatal) y donde van y colaboran en dar cursos de formación, de discusión de

programas, con un instituto de salud del Estado francés. Es decir, que tienen 15 "clientes" que son todas empresas estatales de la región que le compran servicios a la Universidad. Le podrían comprar a otro. Finalmente toda esa plata viene del Estado en un régimen competitivo y de mercado, pero con empresas estatales.

Esta idea de retorno al mercado es una idea compleja. El mercado es una relación entre sujetos, que pueden ser privados o estatales. Y en Francia —lo mismo que en Italia, Gran Bretaña y España— uno tiene una enorme cantidad de empresas estatales operando con lógicas de mercado. En cambio, en la Argentina estamos hablando de volver al mercado y lo único que hacemos es privatizar monopolios. La lógica de mercado en el monopolio es que el monopolio decide. Entonces, lo que no hay es ninguna presión de la demanda sobre el monopolista. Por eso el Estado asumió, originalmente, una cantidad de empresas privadas en servicios públicos, porque ahí hay lógicas monopólicas. No puede haber competencia en el servicio telefónico; hemos privatizado Aerolíneas en condiciones absolutas de monopolio. Ahí hay una lógica de mercado monopólico, que sabemos cómo termina. No hay una lógica de mercado competitivo, o de mercados capaces de condicionar la acción de los sujetos estatales o privados, sino una privatización que detrás de un discurso de mercado genera una lógica monopólica. Es interesante: el FMI —a quien nadie puede sospechar de izquierdista— dice que privatizar una empresa monopólica no es bueno. Porque si se mantiene la situación monopólica como privada, tanto da que sea privada o estatal. Es curioso, esto lo dicen los técnicos del FMI. La política que se aplica a la Argentina está a la derecha ideológica de lo que dice el FMI.

— Pero, ¿por qué el fracaso de este Estado?

— Yo creo que cuando uno da respuestas de esto hace simplificaciones o da respuesta políticas. Como dije anteriormente: uno tiene una relación entre el Estado y el sistema social. Entonces, o hay demanda del sistema social por el desarrollo sobre el Estado y esa demanda puede ser de eso que se llamó alguna vez la "burguesía industrial" o sectores medios modernizantes, o quienquiera que sea capaz de entender qué pasa, generando una lógica sobre el Estado; o por alguna vía política, en el Estado se genera un sistema administrativo y político capaz de influir sobre el sistema social y de generar una lógica que lleve al desarrollo.

Uno podría decir que en la Argentina no aparecieron los sectores sociales que podían pedir esto y que el Estado no fue capaz de organizarse para lograr una situación diferente. Por razones que pueden ser políticas y sociales, pero también por trabas del sistema social; en todo caso, en la sociedad no se generó una fuerza capaz de demandarlo. Pero esta es una definición abstracta; cuando uno pasa de esa definición abstracta a otras empieza a hacer dogmas.

Yo digo que acá lo que hay que hacer es estudiar cómo funcionaron en términos concretos y esto es bastante largo. Pero, en todo caso, yo creo que se resume en este tipo de relaciones: el Estado en determinados momentos adquiere cierta autonomía y cuando esa autonomía está ligada a una lógica de desarrollo puede tener un impulso, si no es frenado por un sistema social perverso.

Un caso típico de la autonomía del Estado es el aparato militar, que en todos los países se comienza a pensar en términos de producción para la defensa y termina generando un sector industrial y productivo ligado al sector privado. Puede ser que los militares terminen en condiciones tan corruptas y tan indiferentes al desarrollo que esa política fracase. O puede ser lo contrario. La historia no está escrita de antemano.

Fabricaciones Militares empezó con el sector metalmecánico en Argentina y la experiencia muestra que iban desarrollando tecnología y capacidad de producción y después se lo transferían al sector privado. Fabricaciones Militares empezó a producir —hoy parece ridículo decirlo— rejas para arado, para reemplazar las rejas de los arados en la Argentina. A los 5 años ese producto se estaba vendiendo en cantidades fenomenales, aparecieron otras fábricas de rejas y Fabricaciones Militares dijo "de acá nos retiramos, ya hay quien lo hace".

La vieja fábrica militar de aviones de Córdoba en los años '50 empezó a fabricar autos. Se quisieron hacer antes con diseños nacionales; claro, se fabricaban a martillazos, de a uno, pero se fabricaron un par de cientos de autos en la fábrica de aviones de Córdoba. Entonces el Estado dijo que si había un mercado para autos y también cierto conocimiento para fabricarlos había que buscar un socio con quien hacerlos. El gobierno argentino fue a Estados Unidos a buscar un socio y se encontró con una empresa que estaba en quiebra —Kaiser—, que estaba en EEUU en los '50 muy preocupada porque el avance de GM y Ford los estaba expulsando del mercado. Kaiser hizo una sociedad con la fábrica militar de aviones y vino a Córdoba porque allí estaba (se puso al lado). La fábrica militar de aviones proveyó una enorme cantidad de máquinas que tenía, Kaiser trajo las otras. La fábrica militar también proveyó una enorme cantidad de sus técnicos mecánicos y se puso la fábrica de autos Kaiser; después la compró Renault, que sigue en Córdoba, en la planta originada en la fábrica militar de aviones.

Así hicieron con la fábrica de tractores. Ellos la iniciaron. Después llegaron a un acuerdo con FIAT y se formó una fábrica de tractores de FIAT con la misma lógica. Y con la misma lógica se construyó después una fábrica de locomotoras FIAT.

De manera que, a partir de la fábrica militar de aviones en Córdoba de 1927, se llegó a tener en la década del '60 un conjunto industrial que era el más importante del interior del país, de lejos, y de los centros latinoamericanos de la industria, con la fábrica Renault, con la fábrica de tractores FIAT, con la fábrica MATER FER, con la fábrica militar de aviones que seguía ahí y con toda una cantidad de fábricas chiquitas que proveían partes a esas fábricas.

Claro, una consecuencia de esto fue el "Cordobazo". Desde que se produjo el "Cordobazo" algunos dijeron "el desarrollo industrial es malo porque crea obreros y los obreros se portan mal". Y en Córdoba se empezaron a cerrar estas fábricas; la mitad de estas fábricas no existen ahora en la Argentina. La población obrera en Córdoba es hoy, en términos absolutos, menor que la de hace 20 años. Pero, en todo caso, este era un fenómeno de desarrollo que se estaba dando a partir de un núcleo dinamizador que se estaba produciendo en un polo importante y que se frenó en algún momento, en coincidencia con un problema político y con la crisis económica en la Argentina.

Este fenómeno del estado transfiriendo empresas al sector privado, transfiriendo negocios una vez que desarrolló tecnología, conocimientos y mercado, se produjo también en Argentina, no es nuevo. Lo que falló es el elemento dinamizador a largo plazo. Las demás cosas pasaron también.

—Los argumentos más conocidos para las privatizaciones son: primero, disminución del déficit; segundo, el aumento de la eficiencia. Me gustaría saber cómo se implementaron en otros países políticas similares, como en el caso británico y EEUU.

— Bueno. En EEUU hay pocas empresas del Estado, el déficit es del gasto público y no de las empresas del Estado. En Europa hay pocas empresas del Estado con déficit. Casi la única empresa estatal con déficit en Europa es el ferrocarril, cosa que también ocurre en EEUU y en Japón por razones de la competencia con el sistema de transporte camionero y por razones de la estructura de precios relativos. Pero están todos convencidos de que hay que mantenerlo, porque ese déficit es un subsidio al desarrollo nacional. No está visto como déficit, sino como un subsidio a otras lógicas.

Ahora, el déficit en la Argentina. Digamos, si uno duplica las tarifas las empresas se quedan sin déficit, esto es un dato. A cierto valor tarifario el ingreso va a ser mayor que el gasto, cualquiera sea el gasto. Antes de ser privatizada, la empresa telefónica triplica en términos reales su tarifa —que hoy debe ser más del doble en términos reales de lo que cobró ENTEL en el mejor momento histórico—. Bueno, a esa tarifa no hay déficits. Pero lo podríamos haber hecho antes de privatizarlos.

— ¿Ud. dijo anteriormente que ENTEL daba superávit?

— ENTEL daba superávit siempre. En realidad en Argentina tiene déficit estructural sólo el ferrocarril. Hay problemas contables y problemas de ajuste; pero déficit real tiene el ferrocarril, tiene el correo, y OSN por un problema tarifario. El día que privaticen OSN vamos a pagar más o menos 7 veces más que ahora en términos reales. No es que vamos a privatizar para no tener déficit, sino que vamos a tener que multiplicar la tarifa por 7.

La teoría del déficit en servicios monopólicos es discutible porque es un problema de cuál es la tarifa, sobre todo si es monopólica.

El problema de la eficiencia es un problema de quién controla, quién obliga a la empresa a generar mayor eficiencia. Acá aparece de vuelta, y es importante, el problema de los sujetos sociales. Gran Bretaña privatizó el servicio telefónico (es uno de los pocos casos de servicio telefónico privado en el mundo: sólo en USA tradicionalmente, y ahora en Gran Bretaña). El servicio telefónico es del Estado porque es monopólico por definición. La Thatcher decidió privatizarlo, pero como quería obtener eficiencia dijo "bueno, vamos a vender la compañía por acciones, que se van a vender al público". Pero nadie puede tener más del 2% del capital de la compañía, nadie puede tener un capital mayoritario en el control de la compañía, por lo tanto se va a repartir entre 500.000 accionistas, o 1 millón, que van a reclamarle a la compañía telefónica que dé ganancias.

Todos los años los directivos de la compañía telefónica británica van a tener que explicar a sus accionistas qué hicieron para que ganaran plata, y si no van a ser echados. Por lo tanto estos señores van a estar obligados a ganar dinero por la presión de un conjunto de accionistas y no por un proveedor o un capitalista monopolístico. Pero, al mismo tiempo que se privatiza la compañía, se dice que la tarifa va a ser la de la compañía estatal —no pueden aumentarla y tienen que bajar 2% por año en términos reales la tarifa telefónica en los próximos diez años. De manera que los dirigentes saben que en los próximos diez años, cada año van a tener que bajar las tarifas y además tienen que mantener las ganancias para conformar a los accionistas. Y, por las dudas, el gobierno crea un organismo regulador que dice que si prestan un servicio malo, o hay quejas del público, le ponen multas. Entonces, estos señores que manejan la empresa van a tener que preocuparse por discutir los salarios con el personal, el precio de los equipos con los proveedores, pensar cuál es la mejor tecnología y cómo cambiar para evitar las multas que le pone el Estado para evitar las quejas de los usuarios, para absorber la caída del precio y el control de los accionistas. Este sistema de control de la producción, crea sujetos sociales que obligan a la eficiencia.

Ahora, si se privatiza un monopolio en cualquier forma, diciendo "agarrala vos", no hay por qué esperar un resultado positivo.

— Sería el equivalente a que los usuarios eligieran a los directivos de la empresa...

— Bueno, hay una teoría que dice que si los usuarios eligieran a los directivos buscarían pagar la menor tarifa posible, defendiendo sus propios intereses a corto plazo. De allí, que se supone que los usuarios tienen que reclamar servicios y no participar como dueños. Lo mismo ocurre con los operarios: si uno pone operarios en el control de la empresa van a querer maximizar sus salarios. Si uno pone a los clientes van a querer bajar las tarifas al máximo. Bueno, como la sociedad tiene intereses diversos en distintos grupos sociales hagamos un sistema tal que, con intereses distintos, generen una resultante positiva. Uno puede desear que la sociedad tenga intereses convergentes, pero como esto es un deseo y no una realidad, uno tiene que aceptar que existan intereses conflictivos y generar una consecuencia positiva.

Perdón, una nota al pie, la sorprendente noticia del diario de ayer. Entre anteayer y ayer se modificó la proporción de capital accionario que tenía Aerolíneas Argentinas. Y apareció un nuevo propietario. Es decir que se licitó la venta de AA y ganó no se sabe quién... Porque el que ganó cambió tres veces, y ayer en 24 hs. cambió de nuevo.

Se privatizó AA. ¿Quién la compró? No sé, porque al momento en que se firmó el contrato era otro el que la compraba. Digamos claramente: nadie pensó cómo generar un sistema de propiedad que genere algún dinamismo empresario; eso es otra historia.

— Con la recesión actual que hay en la economía ¿no se prevé ninguna acción del Estado para resolverlos, sobre todo con ciertos sectores sindicales?

— Hay una cosa que es lo que hay que hacer y otra que es lo que dice el gobierno que hay que hacer. Yo creo que no hay forma de salir de esta crisis si no es con la intervención del Estado. Bueno, el gobierno dice que hay que dejar al mercado espontáneo que resuelva lo que quiera; ésta es la teoría oficial. Pero yo creo que con esta teoría seguiremos en estado de recesión permanente. Porque incluso, nuevamente en todos los países del mundo la empresa telefónica genera un desarrollo industrial a partir de la demanda de equipo. Resulta que se ha privatizado ENTEL y, que yo sepa, no hay ninguna exigencia de que se compren equipos nacionales. Puede ser que ENTEL invierta, pero que se importen en el exterior. No hay ninguna razón para que ENTEL invierta. Va a invertir o no porque quiere y no porque están obligados a invertir, pero si invierten pueden hacerlo en el extranjero.

O sea que podría haber una inversión telefónica pero sin generar un desarrollo industrial, sino que sólo genere alguna mejora relativa al servicio telefónico sin ningún beneficio adicional. Nada de lo que se está haciendo en este campo señala que vamos a tener desarrollo en Argentina en los próximos años.

— En el caso de los ferrocarriles, Ud. habló de que a partir de que son tomados por el Estado hubo una política de bajar tarifas, tomar personal, etc., como parte de una lógica perversa. Pero también, ¿en la crisis de los ferrocarriles no se ve la lógica perversa del modelo de acumulación...?

— No fue así. En realidad bajaron enormemente las tarifas del transporte de pasajeros y las tarifas de cargas, pero no exactamente las de granos, que ya habían bajado. Pero el ferrocarril tenía un régimen complicadísimo porque era un régimen monopolístico y tenía tarifas diferentes para granos, para azúcar, para combustible o para colchones. Entonces con la misma distancia y el mismo peso si una familia se mudaba con colchones pagaba distinto que si una compañía mandaba azúcar o trigo. Con la idea de que pagaba más caro el producto de valor más caro (el trigo entonces ya tenía tarifas bajas).

En realidad se subsidió el turismo al interior, ahí comenzó el turismo social en Argentina. Se subsidiaron algunos productos como el azúcar, que se fabricaba en condiciones muy costosas en Tucumán, y se subsidió sobre todo el transporte urbano.

De todas maneras, estos son los problemas. Si uno hubiera tenido una buena política ferroviaria —suponiendo que hay algo que se defina como bueno— ya la política macroeconómica va en contra, esa política fracasa. Si uno tiene una buena política económica ferroviaria, pero no tiene política en ningún otro sector, va a haber crecimiento del sector ferroviario, pero nada más. Las políticas tienen efectos acumulativos cuando hay diversas empresas del Estado en distintos ámbitos haciendo políticas similares.

Por ejemplo, en contra de todo esto, la experiencia de la CNEA es el contraejemplo. La CNEA, que es un organismo muy raro porque es de investigación nuclear y de actividad industrial, manejaba las plantas industriales nucleares y de análisis y tiene una enorme cantidad de aparato industrial. La CNEA fue un organismo estatal

que logró, por razones misteriosas, salvarse de las crisis políticas en la Argentina; tuvo prácticamente dos presidentes en 35 años y sólo ahora empezó a entrar en crisis —ya tuvo cuatro presidentes en los últimos cinco años—. Pero en 35 años sólo tuvo dos presidentes y un equipo de técnicos e ingenieros convencidos de que había que hacer el desarrollo nuclear y ligarlo a la estructura industrial en Argentina. Y la Comisión generó una serie de demandas para desarrollar la industria argentina. Pescarmona, que es la fábrica metalmeccánica pesada más importante de América Latina se construyó por demandas de la CNEA. Hubo enorme cantidad de desarrollos tecnológicos en Acindar y demás empresas por las demandas de la CNEA. Y cuando comenzaron a construirse centrales nucleares —que ahora están paradas por otras razones— estaban pensadas con una creciente participación de la industria argentina, de manera tal que ese programa era una propuesta para el desarrollo industrial y tecnológico. Y funcionó. Lo que pasa es que funcionó en un país que no andaba, formando un polo desarrollado en condiciones que no funcionaban. Y a la larga, fracasó. Pero si las demás cosas no pasan eso queda solo.

Pero hubo ejemplos de sectores dinámicos puntuales. Tenemos ejemplos para todo en Argentina.

— *En el caso de los teléfonos, ¿de dónde viene la presión si no viene de lo social o del Estado? ¿De dónde viene la presión hacia las privatizaciones si no es para disminuir el déficit ni para aumentar la eficiencia o traer inversores?*

— Ahora la presión principal es de los acreedores externos. Hay una lógica y presiones de otros grupos, pero la presión central que hace privatizar ENTEL es la de los acreedores para cobrar. La lógica es muy simple. Uds. saben que hace un siglo la Argentina tuvo una crisis de deuda; no es la primera crisis de deuda que tiene la Argentina. Entonces los acreedores querían la Aduana de Bs. As. porque era el único lugar donde se cobraban impuestos garantizados para cobrarse su deuda. Eso no fue sólo en Argentina. En varios países los acreedores tomaron la Aduana para garantizarse el cobro. Ahora los acreedores también quieren garantizarse el cobro.

ENTEL es una empresa monopólica que garantiza ganancias; por lo tanto, si alguien tiene ENTEL va a cobrar ganancias aseguradas en los próximos años. Por eso, los acreedores quieren tomar ENTEL para tener flujo de ganancias que compensen los intereses de la deuda que la Argentina no paga.

William C. Smith

Estado, mercado y neoliberalismo en la Argentina de la pos transición: el experimento de Menem

Introducción

Los argentinos esperaban fervientemente que la transición del autoritarismo a la democracia revirtiese décadas de decadencia económica y encaminara nuevamente a su país por la senda de la modernización. Raúl Alfonsín y su partido Radical asumieron el gobierno en diciembre de 1983 confiados en que podrían reconciliar la democratización con el desarrollo acelerado y la justicia social. Este optimismo muy pronto se frustró, como consecuencia del fracaso de varios planes de estabilización. Por último, un catastrófico colapso económico condujo a una convincente victoria de Menem en las elecciones presidenciales de mayo de 1989.¹

Carlos Menem se hizo cargo de la presidencia el 8 de julio de 1989, en medio de una feroz hiperinflación: de agosto de 1988 a julio de 1989, los precios minoristas habían aumentado el 3.610% y los precios mayoristas el 5.062%. El gobierno respondió con reformas neoliberales, de "libre mercado", concebidas para reestructurar radicalmente a la acosada economía argentina de conformidad con los preceptos del denominado "Consenso de Washington".²

Esta reorientación significó un repudio manifiesto de los postulados populistas y estatistas defendidos por el peronismo desde los años cuarenta. Los dos primeros años y medio de la "revolución productiva" de Menem exhibieron una confusa y vertiginosa sucesión de cambios políticos, guiados por no otra cosa que el ensayo y el error, y que incluyeron más de una docena de "planes" económicos. A un fugaz intervalo de estabilidad le sucedió una segunda vuelta de hiperinflación y una costosa "hiper-recesión", preludios de un compromiso creciente con las reformas estruc-

¹ Para un análisis del periodo de Alfonsín, ver Smith (1989b, 1990).

² Para una excelente discusión de neoliberalismo "purista" y debates corrientes sobre la correcta relación entre las "cosas económicas" y las "cosas políticas", ver Nysten (1990). Sobre el "Consenso de Washington" en favor de las reformas de libre mercado, ver Williamson (1990); Fanelli, Frenkel y Rozenwurcel (1990); y Malan (1991).

turales orientadas al mercado. La relativa estabilidad de precios y las declaraciones eufóricas sobre un inminente "milagro económico" contribuyeron a la imprevista y arrolladora victoria de los candidatos peronistas en las elecciones de gobernadores y de legisladores de 1991, reavivando las esperanzas de recuperación económica.

¿Habrán finalmente encontrado los votantes y políticos argentinos el camino entre el "populismo macroeconómico" de Scylla y el "monetarismo militarizado" de Carybdis?³ ¿Qué tipo de modelo económico surgirá en los próximos años? ¿Cuáles serán los costos sociales de este modelo? ¿Cómo influirá sobre la consolidación de la democracia?

Deuda, inflación y conflictos distribucionales

La política macroeconómica de la Argentina pos transición ha estado muy condicionada por el desastroso legado de los experimentos monetaristas puestos en práctica por el régimen autoritario implantado en 1976 (Smith, 1985, 1989a). La erupción de graves crisis económicas y financieras junto con el colapso del régimen prepararon el terreno para una década de inestabilidad macroeconómica. El estancamiento afectó a todos los sectores, pero el industrial, cuya producción disminuyó en aproximadamente el 20% en la década del 80, fue particularmente perjudicado. Una dramática reducción de la tasa de inversión acompañó a la desindustrialización: del 23% del producto bruto interno (PBI) en 1979 a menos del 10% en 1990. Esta reducción sin precedentes en la formación de capital público y privado reflejó el proceso de ajuste externo -la transferencia neta de capital al extranjero para el pago de la deuda externa (Frenkel y Rozenwurcel, 1988; Dornbusch y de Pablo, 1988). El cuadro 1 muestra algunos de los principales indicadores del ajuste externo.

La transferencia de recursos al extranjero tuvo lugar a través de pagos de la deuda y de una fuga masiva de capitales. En 1985, los bienes de los argentinos en el exterior fueron calculados en 43.200 millones de dólares, mientras que las estimaciones actuales sitúan esta cifra en los 50-60 mil millones de dólares. Entre 1980 y 1990 se pagaron aproximadamente 12.000 millones de dólares sólo de intereses de la deuda, la que no obstante aumentó en 22.000 millones, para llegar a 60.000 millones. Esta transferencia de capital al extranjero fue cubierta sólo parcialmente por grandes superavit comerciales. Después de 1982 las importaciones se redujeron al nivel que tenían en 1979 de aproximadamente 4.000 millones de dólares anuales, mientras que las exportaciones permanecieron en su nivel de 1979 de alrededor de 8.000 millones de dólares. Sin embargo, los superavits comerciales no fueron sufi-

³ Sobre el fenómeno de cambios pendulares en la política macroeconómica argentina, ver O'Donnell (1976), Diamand (1986), Smith (1989a) y Lewis (1990). Dornbusch y Edwards definen al populismo económico "como un enfoque económico que resalta el crecimiento y la distribución del ingreso y subestima los riesgos de la inflación y el financiamiento del déficit, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos frente a las políticas agresivas no orientadas hacia el mercado". Sostienen que el fracaso de las políticas populistas tiene "un costo alarmante para los mismos grupos a quienes se supone que van a favorecer" (Dornbusch y Edwards, 1990: 247). Sobre el monetarismo del Cono Sur bajo el escudo militar, ver Foxley (1983) y Ramos (1986).

cientes para cubrir los déficits del saldo de la cuenta corriente (Frenkel, Fanelli y Sommer, 1988).

El Estado financió la mayor parte de esta transferencia de capitales al exterior. La "estatización" de la deuda externa del sector privado realizada por el régimen militar, en 1982, cargó sobre el Banco Central la obligación de servir aproximadamente el 90% de la deuda externa total (Basualdo, 1987). Esta enorme transferencia de recursos al sector privado, incrementada por la pesada carga financiera de los pagos de los intereses de la deuda interna del sector público, provocó un serio desequilibrio fiscal (Carciofi, 1990). Además, el ajuste estructural externo y las exigencias para asegurar que las exportaciones argentinas pudieran competir internacionalmente obligaron a realizar frecuentes devaluaciones monetarias. Esto, a su vez, produjo no sólo el aumento de la inflación sino también fluctuaciones rápidas en los ingresos reales de las diferentes clases y sectores de la población.

En lugar de sancionar la monetización directa de la deuda del sector público, los gobiernos de la década del 80 produjeron instrumentos de la deuda a corto plazo con porcentajes reales de interés muy altos. Esto limitó muy seriamente la obtención de créditos para el sector privado, que vio caer precipitosamente su participación en el crédito interno total: del 80% a fines del '70 a menos del 50% en 1989. La escasez de crédito y los altos porcentajes de interés concomitantes sofocaron la inversión privada e impidieron la renovación del stock de capital existente a través de la modernización tecnológica, asegurando de esta forma el estancamiento económico a largo plazo.⁴

La aceleración de la inflación después de 1983-1984, (y la constante amenaza de hiperinflación) no fue consecuencia de factores puramente económicos actuando en forma aislada.⁵ Durante la época de Alfonsín, la mayoría de los políticos -inclusive los que estaban a cargo del gobierno nacional, de las administraciones provinciales, y de los principales partidos- intentaron sistemáticamente evitar por completo, o por lo menos postergar, los costos políticos asociados con los sacrificios sociales requeridos para detener la espiral inflacionaria. En forma similar, la resistencia de los empresarios urbanos, de los intereses agrarios, de la clase media y del movimiento obrero a los recortes de sus ingresos reales constituyó un factor primordial para perpetuar la inflación y una causa importante de su aceleración.

Esta puja originó una "cultura de inflación" profundamente arraigada, que impulsó a la mayoría de los argentinos, independientemente de su clase social o de las circunstancias económicas, a actuar defensivamente ante la expectativa de que la inflación continuara o creciera aún más en el futuro. La búsqueda feroz de beneficios (con altos descuentos en relación al futuro) conformó el comportamiento microeconómico de las empresas privadas y públicas, de los sindicatos y de los inversores individuales, lo que generó extraordinarios conflictos distribucionales. Con el Estado en virtual situación de colapso financiero, el mercado se convirtió progresivamente en el principal mecanismo para asignar ingresos y regular el conflicto social básico.

⁴ Para una esclarecedora exposición, ver Fanelli y Frenkel (1989).

⁵ Para una investigación reciente sobre las teorías alternativas de la inflación, ver Kandir (1991).

Los conflictos sobre la distribución en la Argentina contemporánea ejemplifican una lógica general que se halla presente en todas las sociedades de mercado, y muy especialmente en las sociedades agobiadas por grandes deudas externas. Cualquier gobierno que intente implementar un programa de estabilización en un contexto de estancamiento económico inevitablemente deberá encarar una situación de suma cero, lo que implica una reducción de los ingresos de los trabajadores organizados, de sectores de la clase media, y de las fracciones más débiles de la industria y el comercio. Además, en una situación de grandes flujos netos de capital hacia el exterior los gobiernos no sólo deben manejar los conflictos distribucionales normales asociados con las transferencias de ingresos intersectoriales que produce la inflación, sino que también deben —simultáneamente— hacer frente a los conflictos y frustraciones originados por una tasa de crecimiento económico inferior al potencial de acumulación de la economía. Estas circunstancias pueden conducir a una reducción de la riqueza colectiva de la sociedad. Cuando esta lógica general se combina con las circunstancias específicas de la Argentina, los costos sociales y políticos de la estabilización a corto plazo y el ajuste estructural a largo plazo aumentan exponencialmente.

El nivel alto y sostenido del conflicto distributivo refuerza un modelo de interacción estratégica que se asemeja bastante al del "dilema del prisionero". En este juego de acción colectiva, la gran incertidumbre con respecto a la política macroeconómica combinada con las dudas sobre la estabilidad del nuevo régimen democrático estructuran las expectativas de los principales protagonistas —élites del estado, dirigentes de partidos políticos, intereses empresariales y el trabajo organizado— de suerte tal que se maximizan los incentivos orientados hacia las estrategias de no cooperación. No obstante, si todos se empeñan deliberadamente en una conducta de enfrentamiento, aun los "ganadores" del corto plazo corren el riesgo de transformarse en "perdedores". Desde el punto de vista de la sociedad como un todo, el resultado probable será muy negativo: mayor inflación e ineficiencia de las inversiones, crecimiento estancado, mayor desigualdad y —casi con seguridad— una creciente espiral de conflicto político.⁶

La consolidación de la democracia, acosada por estos conflictos, dependerá en gran medida de la habilidad de los gobernantes y *decision-makers* para neutralizar estas pugnas distributivas creando por consenso una serie de normas que sean respaldadas por fuertes y autónomas instituciones sociales y políticas. Los acuerdos institucionales neocorporativos basados en "pactos sociales" y que complementen los medios tradicionales de representación (como los sistemas parlamentarios y los partidos) podrían estimular una mayor cooperación y una acrecentada equidad en la distribución de la carga. Estos atributos constituyen los requisitos básicos para la estabilidad de un régimen democrático. No obstante, si esas normas no se crean, o si

⁶ Es significativo que la teoría de juegos califique como *suckers* a los participantes que persiguen estrategias cooperativas a pesar del comportamiento no cooperativo de otros. Teóricamente, en dilemas de los prisioneros reiterativos y múltiples la mejor estrategia para cada uno es la del "tit por tat", estrategia que puede favorecer el aprendizaje social a medida que los participantes descubren que la cooperación, antes que el conflicto, produce resultados superiores (ver Lipnowski y Maital, 1985).

carecen de legitimidad y de capacidad administrativa para imponer sanciones a los transgresores, y si también fracasan los mecanismos parlamentarios para resolver las demandas en conflicto de los diferentes sectores sociales —entonces el resultado más probable será la exacerbación de las luchas por obtener el "viaje gratis", es decir, el *free-riding* que cosecha los beneficios sin hacerse cargo de sus costos. Esto es, en esencia, lo que ocurrió durante el gobierno de Alfonsín cuando los empresarios urbanos, los productores rurales, los trabajadores y la clase media intentaron trasladar los costos de la estabilización y el ajuste estructural de unos a otros, o sobre los grupos no organizados o sobre el estado mismo (Smith, 1990).

Esta breve digresión sobre el aspecto macroeconómico de la crisis de la deuda y los problemas de la acción colectiva en un contexto inflacionario pone de relieve una verdad primordial para la Argentina, así como para muchas otras democracias en transición que han emprendido reformas orientadas hacia el mercado, a saber: el acrecentamiento del poder del capital privado y el correspondiente debilitamiento del poder del Estado para regular la economía y/o para mediar en el conflicto social. En una situación de grave crisis financiera (interna y externa) todos los "ahorristas" —locales y extranjeros, y los poseedores de activos líquidos, en particular— adquieren un tremendo poder de veto sobre las políticas macroeconómicas. Algunas de las razones de esto son claras. Para poder cumplir con los compromisos originados por la deuda externa el Estado debe "comprar" las divisas extranjeras generadas por el superavit de las exportaciones, que "están en poder" de los grandes exportadores o que son capturadas (a través del sector financiero o de mecanismos de precios relativos) por otros poderosos representantes del sector privado. Del mismo modo, los que poseen activos deben ser atraídos, mediante elevadas tasas de interés que el Estado fija para sus propios bonos, a financiar el déficit del sector público. Las amenazas constantes planteadas por la especulación financiera, las huelgas de inversión y la "dolarización" del ahorro interno y los bienes fungibles constituyen poderosas restricciones a las políticas del estado.⁷

Menem y los sufrimientos del neoliberalismo

La disposición de Menem para arrojar por la borda el dogma peronista y las promesas populistas del salarizado, realizadas durante la campaña proselitista, se hicieron manifiestas cuando anunció los nombres de los miembros de su primer gabinete. Al designar a Miguel Roig en el cargo clave de Ministro de Economía Menem demostró su compromiso con las políticas que agradarían a la comunidad empresarial. Roig había sido vicepresidente de Bunge & Born, la compañía multinacional más grande de la Argentina y uno de los gigantes mundiales de la agroindustria y también un símbolo inigualable del capitalismo *vendepatria* para todos los peronistas, tanto de las élites como de las masas.⁸

⁷ Para una explicación general de estas restricciones, ver Block (1980) y Frieden (1988).

⁸ Ver Schwarzer (1989) para un análisis de Bunge y Born. Existen muchas evaluaciones de la alianza de Menem con Bunge & Born; entre éstas, ver, por ejemplo, Cerruti y Ciancaglini (1991).

Otra designación significativa fue la de Jorge Triaca, que estaba al frente del sindicato de los plásticos, como Ministro de Trabajo, con lo que se ponía de manifiesto un fuerte vuelco a la derecha en favor de los sectores conservadores y antireformistas del movimiento obrero peronista. Triaca fue el autor de una versión "maximalista" particularmente provocativa del proyecto menemista. De acuerdo con Triaca: nada de lo que está ocurriendo en Argentina puede ser entendido a menos que nos demos cuenta de que *ha nacido un nuevo bloque de poder social, político y quizás militar*, y que (el nuevo gobierno de Menem) está preparado para tomar todas las medidas necesarias para cortar de un solo golpe todos los males de la crisis y comenzar *la reconstrucción del capitalismo argentino...* Aquí no se trata de distribuir miseria para que se multiplique. Aquí se trata de crear las condiciones para la generación de una nueva riqueza que eleve el nivel general de vida del país. (**El Cronista Comercial**, 1989; el subrayado es nuestro)

1. El "Plan BB" y el Asalto al Estado (Julio-Noviembre 1989)

Consecuente con este proyecto, Menem expresó su intención de "liquidar la crisis". Advirtió a sus conciudadanos que debían prepararse para "un ajuste duro, costoso y severo", que requería "cirugía mayor sin anestesia". La repentina muerte de Miguel Roig, a menos de una semana de la asunción de Menem, ofreció al presidente la oportunidad para reafirmar esta necesidad de austeridad (así como para consolidar sus vínculos con la élite empresaria) al nombrar a Néstor Rapanelli como sucesor de Roig (**Somos**, 1989). Rapanelli, como Roig, había sido también vicepresidente de Bunge & Born y gozaba de considerable notoriedad y prestigio como destacado "capitán de la industria".⁹

El "Plan BB" anunciado por Roig y posteriormente implementado por Rapanelli comprendía varias políticas de shock proyectadas para estabilizar la situación: los precios controlados por el gobierno (productos del petróleo, electricidad, transporte, etc.) fueron aumentados entre el 200 y el 640%; el déficit del Estado fue recortado mediante una suspensión de 180 días a los beneficios impositivos y los incentivos promocionales para las empresas; y la moneda fue devaluada en un 170%, a la paridad de 665 australes por dólar que predominaba en el mercado paralelo (Argentina, 1989a, 1989b). Para detener la hiperinflación, Rapanelli elaboró un acuerdo por el que 350 compañías "formadoras de precios" aceptaron moderar los futuros incrementos de los precios a cambio de la promesa del equipo económico de que serían reducidas las tasas de interés y de que no se realizarían modificaciones en el tipo de cambio y las tarifas del sector público hasta marzo de 1990 (Argentina, 1989c).

⁹ Un alto ejecutivo de la industria automotriz observó que la presencia, sin precedentes, del empresario en un gobierno "popular" constituía: ... una gran oportunidad que no podemos darnos el lujo de desaprovechar; si la segunda mitad de la década del '70 fue la oportunidad de los militares, y casi toda la década del '80 fue la era de los políticos, en la actualidad es la hora de los empresarios y nosotros no podemos fallar (citado en **Página/12**, 1989c). El sentimiento de triunfo fue reforzado por la designación de figuras prominentes del tradicional partido anti-peronista y pro-emprendimiento, la Unión del Centro Democrático (UCeDé), incluyendo a Alvaro Alsogaray (asesor de Menem para las negociaciones de la deuda externa) y su hija María Julia (interventora del monopolio de telecomunicaciones ENTel) (sobre la UCeDé, ver Gibson, 1990).

La inflación disminuyó abruptamente —de más del 200% en julio a sólo el 5.6% en noviembre— y las tasas de interés bajaron a menos del 10% mensual. La devaluación de la moneda y el cambio de las expectativas de los empresarios producidas por el Plan provocaron un saludable aumento de 1.300 millones de dólares en las reservas del Banco Central en el tercer trimestre de 1989. Aunque la situación financiera del gobierno también mejoró dramáticamente (los ingresos aumentaron el 70%, en términos reales, entre septiembre y noviembre) el superavit fiscal todavía era insuficiente para cubrir la cuenta de intereses que aumentaba rápidamente, y el ciclo de endeudamiento del sector público y de la acumulación de la deuda interna continuó sin interrupción (Damill y Frenkel, 1991; IDB, 1990: 44).

Estas medidas de emergencia, espectacularmente exitosas en el corto plazo, fueron sólo un preludeo. El verdadero objetivo del Plan BB era nada menos que un nuevo modelo de acumulación de capital, ideado para modificar substancialmente el que había sido iniciado por el régimen militar de 1976 (y mantenido en gran medida intacto por el gobierno de Alfonsín). En ese modelo, la economía giraba básicamente en torno a la especulación financiera, con el estado subsidiando a los grupos económicos poderosos y manteniendo tasas de interés internas muy por encima del valor que predominaba en los mercados financieros mundiales. Esta estrategia hizo que la especulación arrojara beneficios más altos que los producidos por las inversiones productivas. Condujo además a un enorme déficit público y a una fuga masiva de capital hacia el extranjero. Pero en 1989 el estado se encontraba en bancarrota y no podía seguir subsidiando esta economía de especulación y despojo. El plan BB, en respuesta a estos apremios, proponía eliminar el déficit fiscal, desregular los mercados, y privatizar las empresas estatales a través de la capitalización de la deuda externa y el creciente énfasis puesto sobre la competitividad externa. Para realizar este programa, Menem y el ministro de Obras y Servicios Públicos, José Roberto Dromi, anunciaron un "proyecto revolucionario" que consistía en dos importantes propuestas legislativas destinadas a reestructurar el aparato del Estado lo más rápidamente posible y a reducir la intervención del sector público en la economía y en su regulación. La primera propuesta, para la "reforma del Estado", fue sancionada por el Parlamento en agosto y autorizó al poder ejecutivo a privatizar, parcial o totalmente, casi todas las empresas estatales inclusive las de telecomunicaciones, la compañía aérea, los canales de televisión y radios, las empresas petroquímicas y las del acero, y también el sistema federal de carreteras (Menem y Dromi, 1990; **Clarín**, 1989a).

La segunda propuesta, englobada en una "ley de emergencia económica", fue aprobada por el Congreso en septiembre. Esta ley omnibus aprobaba la cancelación de los subsidios del programa de promoción industrial así como otros beneficios y exenciones para el sector privado. La ley consideraba la eventual eliminación por etapas de los impuestos a la exportación y la reducción de los aranceles de importación y otras restricciones cuantitativas para promocionar el libre comercio. También autorizaba despidos y cambios en las remuneraciones de algunos empleados del sector público (**Clarín**, 1989).

La audacia de estas reformas estructurales, junto con las mejoras en los desequilibrios macroeconómicos en el corto plazo, tuvo por efecto granjear la simpatía del

Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Administración Bush hacia el programa de Menem, quienes enviaron sus "primeros equipos" a Buenos Aires para realizar consultas con el grupo de Rapanelli sobre la implementación del Plan BB.¹⁰ A pesar de la deuda por intereses vencidos de 5.300 millones de dólares, acumulada desde la moratoria de facto de 1988, el FMI aprobó un acuerdo stand-by a principios de noviembre, decisión que Rapanelli aclamó como el "retorno de la Argentina al mundo de las finanzas internacionales". Aun cuando se había restablecido un simulacro de normalidad, la Menemstroika todavía enfrentaba un obstáculo político importante: el desmantelamiento de la coalición de los intereses del empresariado y de la clase obrera ligados al modelo de posguerra de la industrialización dirigida por el Estado en una economía semicerrada.

Irónicamente, dentro del mismo empresariado no tardaron en emerger dudas significativas acerca de las transformaciones propuestas por el Plan BB. Por ejemplo, mientras aplaudían el papel principal que se otorgaba a la agricultura en el nuevo modelo económico los productores rurales intentaron obligar a Rapanelli a reducir los impuestos a la exportación, al rechazar cambiar sus ingresos en divisas por australes. Los industriales también tenían fuertes recelos sobre la manifiesta intención de Rapanelli de modificar las estrategias empresariales. Estaban muy preocupados por la prioridad dada a los sectores agrícola y petrolero, estrategia que formaba parte del plan tendiente a lograr la reinserción de la Argentina en la economía mundial como importante exportador de productos básicos. Las reuniones del Grupo María, la Unión Industrial Argentina (UIA), y el Consejo Empresario Argentino (CEA), hicieron públicos los temores de los principales "capitanes" de que los intereses industriales (inclusive las firmas capaces de exportar a los mercados mundiales) fueran sacrificados en el altar de la austeridad fiscal en caso de que los subsidios al sector privado fuesen eliminados por completo (*Ambito Financiero*, 1989a; *Página/12*, 1989a, 1989b; *Clarín*, 1989a, 1989c, 1989d).¹¹

El movimiento obrero, bajo el gobierno del peronismo, también constituyó un componente clave en la coalición que bloqueó la realización de la "revolución productiva". Es que, en última instancia, la viabilidad de este nuevo modelo giraba en torno a la capacidad del gobierno para realizar ciertas acciones: contener la combatividad obrera, implementar una política salarial restrictiva y promover la así llamada "flexibilización" del mercado laboral. Muchos dirigentes gremiales, y miembros rascos de los sindicatos, respondieron con una abierta crítica a las decisiones del gabinete de Menem; muchos más rechazaron airadamente la propuesta del gobierno, de una tregua de huelgas de por lo menos dos años, para asegurar el éxito de sus reformas económicas.

¹⁰ Los visitantes extranjeros habitualmente se hicieron eco del entusiasmo expresado por Ricardo Handley, presidente de la sede argentina del Citibank, quien declaró que el Plan BB "es tremendo. Este es un plan revolucionario... En Argentina no se ha visto, hasta ahora, nada similar" (citado en *Página/12*, 1980d).

¹¹ Sobre los "capitanes de la industria" y los grupos económicos que representan, ver Ostiguy (1990); Acevedo, Basualdo y Khavisse (1990); Azpiazu, Basualdo, y Khavisse (1986); y Basualdo y Azpiazu (1990).

La reacción de los trabajadores al Plan BB tuvo como consecuencia la división de la Confederación General de los Trabajadores (CGT), lo que llevó al surgimiento de dos confederaciones antagónicas. La primera, reconocida oficialmente, la CGT San Martín, declaró con renuencia su apoyo a las políticas del equipo económico. La segunda, opositora al gobierno, la CGT Azopardo (liderada por Saúl Ubaldini), abarcaba a los sindicalistas más combativos de la administración pública, que se oponían a los planes de liberalización y privatización. Estos recibieron el apoyo estratégico de Lorenzo Miguel, el astuto caudillo de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y líder de las tradicionalmente ortodoxas 62 Organizaciones peronistas.

La frágil estabilidad macroeconómica del Plan BB fue asimismo amenazada por el abierto desacuerdo dentro del propio equipo económico, no sólo sobre la política fiscal y monetaria sino también sobre sus estrategias para negociar la deuda externa. La confianza en la promesa del gobierno de estabilizar el mercado cambiario se erosionó rápidamente. A mediados de noviembre de 1989 la especulación cambiaria invadió una vez más el mercado libre de cambio, y el resultado fue una brecha cambiaria del 50% entre el cambio oficial y el libre. Debía tomarse alguna medida de inmediato.

2. Fin del Plan BB (diciembre 1989)

El Ministro de Economía Rapanelli se vio obligado a aventurar importantes cambios en el Plan BB. El "Plan BB II" devaluó el austral en un 57%, aumentó las tarifas de los servicios públicos entre un 50 y un 70% e incrementó substancialmente los aranceles de importación. Se dejaron de lado las promesas de reducir los impuestos a las exportaciones. Rapanelli también declaró en forma unilateral, una moratoria sobre la deuda pública interna, con la amortización de bonos del gobierno reprogramados a dos años. La conmoción pública y la vociferante protesta de los empresarios, los productores agrarios, el movimiento obrero y los partidos políticos —inclusive el peronista— provocó la renuncia de Rapanelli (15 de diciembre de 1989). Fue reemplazado por Antonio Erman González, un oscuro contador que formaba parte del círculo más cercano a Menem y que se había desempeñado como Ministro de Economía de la provincia de La Rioja, a principios de 1970, cuando aquél era gobernador de esa provincia.

Pocos días después, el ministro Erman González anunció (el 18 de diciembre) nuevas medidas que, en efecto, pusieron fin al Plan BB. Sin embargo, el nuevo ministro, lejos de abandonar las políticas orientadas hacia el mercado, estaba comprometido con una versión aún más radical de la liberalización económica.¹² La piedra angular del "Erman I" (como fue apodado este paquete) se apoyaba en un mercado cambiario completamente libre —una "revolución" largamente soñada y recibida de inmediato con satisfacción, por los partidarios argentinos del libre mercado. No obstante, las declinantes reservas monetarias y los rumores de la total "dolarización"

¹² Menem inmediatamente intentó distanciarse públicamente de Bunge & Born, diciendo: Yo estaba equivocado. B & B era liberal sólo retóricamente (de la boca para afuera). El sector empresario (Roig y Rapanelli) que representaba estaba en contra de los mercados libres (ver entrevista a Menem en Suplemento de la *Revista Noticias*, 1990).

de la economía (que se repetirían en los meses siguientes) obligaron a realizar una devaluación del austral y provocaron una abrupta subida de la inflación del 40%.

3. El "Plan Bonex" y una nueva vuelta de hiperinflación (enero-febrero de 1990)

Apremiado ante la posibilidad de una corrida bancaria y apoyado por las agencias de préstamos del Tesoro de los Estados Unidos, el 1º de enero de 1990 Erman González anunció el llamado "Plan Bonex" (también conocido como "Erman II"). Este plan dispuso la conversión obligatoria de los depósitos de plazo fijo de los bancos comerciales, superiores a un millón de australes (ligeramente por encima de los 500 dólares) a bonos en dólares (Bonos Externos, de la serie 1989) que pagarían el 6% de interés anual. Esta acción unilateral canceló la mayor parte de la deuda interna a corto plazo del sector público y la reemplazó por una deuda externa a mediano plazo (IDB, 1990: 45; Damill y Frenkel, 1991: 38-43).

Al forzar una fuerte reducción de la liquidez, el Plan Bonex exacerbó la ya alta recesión, que había provocado que el Producto Bruto Interno disminuyera en un 4.4% en 1989. La contracción económica se hizo manifiesta en el primer trimestre de 1990 cuando el PBI disminuyó un 2.7% y la producción industrial declinó el 15% por debajo del ya deprimido valor del año anterior. Pero desafortunadamente, esta medida no fue suficiente para estabilizar la moneda, de modo que después de una breve pausa, el dólar continuó su alza. Además, hacia fines de enero las expectativas del grupo económico y de las empresas argentinas recibieron otro golpe cuando el FMI suspendió la liberación de fondos que había prometido tres meses antes. Se presentó una nueva carta de intención al FMI, en la que el gobierno exponía una serie de objetivos revisados, y más pesimistas, para el resto de 1990 (LARR-SC, 1990). Mientras tanto, Washington enviaba señales de que no percibía que la Argentina estuviera preparada para ser incluida en el "Plan Brady" (Mercado, 1990).

En esta debilitada situación política el gobierno se dio cuenta de que sus problemas estaban constituidos por: 1) una oposición en aumento de Alfonsín y el partido radical, combinada con 2) lo que el mismo Menem denominó la lucha "canibalística" por el poder dentro del heterogéneo movimiento peronista. Significativamente, Menem tuvo que declarar —públicamente y por primera vez— su intención de cumplir en forma completa su mandato de 6 años (Somos; Clarín, 1990a; Clarín 1990b). El apoyo más firme al presidente y a su grupo económico provino de la emergente alianza de centro derecha entre los fervorosos sectores menemistas del peronismo y la conservadora Unión de Centro Democrático (UCeDé) de Alvaro Alsogaray, el asesor especial de Menem para la deuda externa. Sin embargo, esto fue más que exclusivamente una realineación de alianzas parlamentarias. Como señalaron varios observadores, estaba también en juego la "identidad histórica" del peronismo como movimiento popular comprometido con la justicia social (Alsogaray, 1990; Verbitsky, 1990; Capalbo, 1990).

A pesar de la amenaza de Menem de eliminar a los especuladores y a la patria financiera, esta difícil coyuntura irrumpió, de acuerdo con la acertada denominación de los observadores, como "un golpe de mercado" contra las políticas del gobierno que conducían a un retorno de la hiperinflación (Clarín, 1990a; **Ambito Financiero**,

1989b). Durante el verano de 1990, los ricos de Argentina depositaron aproximadamente 3.000 millones de dólares en bancos de Montevideo (Uruguay), lo que provocó una precipitada devaluación del austral. Mientras tanto, los precios minoristas subían desmesuradamente: el 79.2% en enero, el 61.6% en febrero y el 95.5% en marzo. También aumentaron los precios mayoristas: el 87% en febrero y el 71.3% en marzo. En el período de marzo de 1989 al mismo mes de 1990, ¡el índice de precios al consumidor había aumentado a un fantástico 20.594%!

4. Hiper-recesión, Shock fiscal y Privatización (marzo 1990-abril 1991)

Con el retorno de la hiperinflación, Erman González instituyó una serie de correcciones al plan ("Erman III-VI"). A principios de marzo, se anunció otro paquete de emergencia —Erman III—. En este punto, la única opción compatible con el enfoque sobre la liberalización del equipo de Erman parecía ser un fuerte shock fiscal: los impuestos a las exportaciones aumentaron un 5%; el impuesto al valor agregado no sólo se incrementó un 13%, sino que fue aplicado a casi todos los bienes y servicios; los pagos a contratistas de obras públicas fueron suspendidos; y se decidió la desaparición o masiva reorganización de muchas entidades estatales (Clarín, 1990c; FIEL, 1990).

Este shock fiscal efectivamente quebró la columna de la hiperinflación —el índice de precios al consumidor de abril sólo creció un 11.4% y luego fue disminuyendo gradualmente hasta un promedio del 6.2% durante el cuarto trimestre de 1990. La terapia de shock y el fin de la hiperinflación también generaron pequeños superávits operativos del sector público en el resto del año. No obstante, en contraste con el aumento de los ingresos que había tenido lugar con el Plan BB, la mejora de las finanzas públicas llegó en 1990 a través de drásticos recortes en los gastos. Esto afectó especialmente a los servicios públicos, como la educación y el sistema judicial, cuyos empleados reaccionaron con un aumento de la propensión a las huelgas (La Nación, 1990a).

El plan de emergencia de marzo fue acompañado de renovados llamados para una "tregua social". La CGT "rebelde" liderada por Ubaldo respondió a estos llamados del gobierno con manifestaciones masivas y amenazas de huelga general (La Nación, 1990b; **Página/12**, 1990a). Alfonsín advirtió al gobierno que el rechazo de un pacto político, las tentativas de mantener el control de la Corte Suprema, y las propuestas (de los asesores de Menem) de cerrar el Congreso eran signos ineludibles de un creciente autoritarismo. Menem replicó diciendo que los argentinos debían elegir de qué lado estaban, y que el menemismo estaba reemplazando un dogma peronista pasado de moda: "el menemismo es la etapa superadora del peronismo" (**Página/12**, 1990d).

La respuesta de la comunidad empresaria, no obstante, a la nueva situación, fue muy positiva. Los empresarios, particularmente los "capitanes" del Grupo María y del Consejo Empresario Argentino, así como organizaciones importantes, la Unión Industrial y la Sociedad Rural Argentina, ratificaron su confianza en el gobierno y ofrecieron una mayor cooperación del empresariado a la reforma del sector público. Pero también manifestaron su creciente impaciencia ante las demoras interminables

y los complicados procedimientos requeridos para transformar las propuestas del grupo de Erman (por ejemplo, la "flexibilización" de los mercados de trabajo) en leyes aprobadas por el Parlamento. Algunos sectores del empresariado llegaron inclusive a sugerir a Menem "pasase por encima" del Congreso e implementara las reformas orientadas hacia el mercado por medio de la facultad del Poder Ejecutivo de emitir decretos (Página/12, 1990e, 1990f; La Nación, 1990c; Ambito Financiero, 1990). De igual modo, el sector privado aplaudió calurosamente las propuestas de restringir el derecho de huelga (Página/12, 1990g) y el objetivo libre mercadista de Menem, de un "capitalismo humanizado, decente y eficiente".¹³

Durante la segunda mitad de 1990, el asalto al Estado intervencionista se aceleró. El 1º de julio la promulgación del "Erman IV" introdujo nuevos ajustes por ensayo y error, que comprendían el redoblamiento de los esfuerzos por recaudar impuestos y medidas proyectadas para liberar aún más el mercado: desregulación de las importaciones y eliminación de las medidas proteccionistas que beneficiaban a la industria local. Hacia fines de agosto el "Erman V" concedía al Ministro de Economía amplios poderes para acelerar el proceso de privatización y/o la liquidación de las empresas estatales más importantes (Clarín, 1990d). El programa de privatizaciones de Menem, como los de cualquier otro en Latinoamérica, perseguía varios objetivos clave: 1) reducir el déficit fiscal y generar una mayor liquidez para estabilizar la economía; 2) reducir la deuda externa y mitigar las presiones a la balanza de pagos al convertir a la deuda en acciones patrimoniales de las empresas privatizadas; y 3) limitar el poder del movimiento obrero y del empresariado clientelísticamente ligado a las rentas generadas por las prebendas oficiales (la patria contratista) que dependían del gasto del estado.

Entre las empresas estatales candidatas para las primeras privatizaciones se encontraban las más grandes, inclusive las compañías de gas y la de electricidad (Gas del Estado y Segba); las empresas de Agua y Energía y Obras Sanitarias; virtualmente todas las empresas petroquímicas y siderúrgicas; el mantenimiento de los caminos; el correo; la administración portuaria; y dos canales estatales de televisión. Se otorgaron contratos a compañías privadas para la exploración de derivados del petróleo y del gas, como primer paso hacia la privatización final del gigante petrolero Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Ni siquiera Fabricaciones Militares y el complejo industrial militar se librarían de este delirio privatizador (LAEB, 1990).

El programa de privatizaciones estuvo plagado de problemas desde el comienzo. Hubo muchas críticas acerca de que las privatizaciones efectuadas en forma acelerada favorecían a los grupos económicos poderosos (Pérez Companc, Bunge & Born, Techint, Acindar, Celulosa Argentina, Bidas, etc.) con fabulosas ganancias. El problema principal fue que se fracasó en la tarea de elaborar un adecuado marco regulatorio antes de proceder a la subasta de las empresas. A esto se agregó la falta de un voluminoso mercado local de capitales grande, lo que hizo que las empresas recién

¹³ En su discurso de apertura de las sesiones del Congreso, Menem declaró también su "certeza de que estamos en el camino correcto". Advirtió que no hay retrocesos hacia el sistema que "nos condujo a las profundidades de la hiperinflación y, peor aún, a las profundidades de la hiperfrustración nacional, a la hiperpobreza ... y al hiperretroceso cultural (ver LARR/SC, 1990b)

privatizadas quedarán muy estrechamente controladas por unas pocas manos, y por lo general con mayoría de propietarios extranjeros (Zlotogwiazda, 1990).

Estos problemas fueron evidentes en la privatización de Aerolíneas Argentinas y ENTEL, el monopolio de las telecomunicaciones. Después de amargas controversias, se superaron finalmente las complicaciones legales, y se presentó una propuesta (de 200 millones de dólares en efectivo y 2.000 millones de dólares en bonos de la deuda externa) que fue aceptada, para la compra de Aerolíneas Argentinas por la compañía española Iberia en sociedad con un grupo argentino, Cielos del Sur (con financiamiento del Chase Manhattan y el First National Bank of Boston). Después de varios meses de disputas, se anunció que, a cambio de 200 millones en efectivo y 5.000 millones en bonos de la deuda externa, dos grupos —uno liderado por Telefónica de España y respaldado por el Citibank, y el otro por un consorcio italiano-francés-argentino-japonés liderado por Stet-France Cable et Radio y Pérez Companc-NEC, respaldado por Morgan Guaranty Trust— se dividirían el control de las operaciones de ENTEL (LAEB, 1990). Una de las grandes ironías fue que ambas compañías fueron "privatizadas" y adquiridas por monopolios del Estado español.

Mientras tanto, aunque las políticas restrictivas utilizadas para combatir la hiperinflación no habían podido contener el aumento de los precios, esas mismas políticas habían —casi inexorablemente— hundido a la economía en la hiper-recesión. El producto bruto interno para 1990 disminuyó un —0,5% (totalizando una disminución acumulada desde 1981 de aproximadamente el 13%), mientras que el PBI per capita declinó el 3,2%. La desindustrialización continuó, con la producción fabril un 7,2% menor que en 1989, que a su vez era el 14,4% menor que en 1988 (CEPAL, 1990; IDB, 1991: 29). Los salarios reales en el sector público declinaron en forma aguda más del 40%, y el poder adquisitivo de los salarios de los obreros industriales se redujo entre un 15 y un 20%, lo que alcanzaba para comprar sólo el 40% de los bienes y servicios básicos de la canasta familiar. El desempleo y el subempleo sobrepasaron la marca sin precedentes del 15% de la población económicamente activa (Clarín Económico, 1990a).

El gobierno encaró estas decepcionantes novedades económicas con ecuanimidad, y hasta llegó a sugerir que los desequilibrios sociales masivos eran signos positivos de que las políticas orientadas hacia el mercado eran exitosas.¹⁴ El único punto luminoso en 1990 fue que el superavit comercial de Argentina creció a 8.200 millones de dólares (en 1991, sin embargo, este superavit disminuyó a aproximadamente 4.000 millones de dólares). La razón de este superavit comercial fue el colapso de la demanda interna y del nivel de inversiones (la inversión bruta interna para 1990 estaba calculada a sólo el 8,5% del producto bruto interno), lo que puso un freno a las importaciones. Asimismo, la severa sobrevaluación del austral, causada principalmente por la estricta política monetaria y la acumulación de dólares de muchas firmas para poder hacer frente a los pagos de sueldos y de impuestos, entorpecía las exportaciones.

¹⁴ Ver, por ejemplo, el anuncio de Erman González de una "nueva fase" de medidas de austeridad aún más rigurosas, o propuestas del gobierno para una "flexibilización" de la legislación laboral existente, medida proyectada para erosionar el poder de negociación de los trabajadores organizados y reducir aún más los salarios reales (Clarín Económico, 1990b).

Hacia fin de año, el proyecto de la reforma de libre mercado se encontró en un peligroso *impasse*: a pesar del estancamiento del crecimiento, la inflación en 1990 superó el 2.300%. No obstante, Menem y sus asesores económicos decidieron mantener el plan neoliberal. El 28 de diciembre de 1990, el "Erman VI" liberó aún más el comercio exterior, aprobó un plan de "condonación impositiva" (blanqueo de capitales) que permitía que los dólares fueran repatriados sin obligaciones legales o impositivas, e implementó un desesperado "shock deflacionario" para mantener bajos los costos de la producción industrial y estimular la demanda de los consumidores. No obstante, a mediados de 1991, otra corrección en el plan de emergencia ("Erman VII") provocó un delirio especulativo durante el cual el austral perdió el 50% de su valor.

Los escándalos en aumento sobre corrupción en las altas esferas (como el "Swiftgate", en el que el embajador de Estados Unidos Terence Todman acusó a altos funcionarios del Poder Ejecutivo de pedir retribuciones a las multinacionales norteamericanas) y la amenaza de otra arremetida de la hiperinflación provocó un nuevo trágico recambio del gabinete a fines de enero. En la recomposición encarada, Domingo Cavallo dejó el Ministerio de Relaciones Exteriores para hacerse cargo del atribulado Ministerio de Economía; Guido Di Tella, anteriormente embajador de la Argentina en Washington, fue trasladado al Ministerio de Relaciones Exteriores; y Antonio Erman González, quien permanecía cerca de Menem, fue transferido al Ministerio de Defensa.

5. El Plan Cavallo y el "Milagro Argentino" (abril 1991-?)

A mediados de marzo de 1991, el nuevo ministro de Economía Cavallo anunció el último shock antinflacionario: a partir del 1o. de abril de 1991, el austral sería libremente convertible a dólares. Además, el Congreso aprobó una ley prohibiendo al Banco Central la impresión de dinero para cubrir el déficit del presupuesto, a menos que las nuevas emisiones fueran respaldadas por oro o divisa extranjera. El dólar continuaba siendo barato, lo que facilitaba el pago de los intereses de la deuda externa. Aunque esto perjudicaba a las exportaciones, abarataba las importaciones. He aquí una diferencia clave con las políticas anteriores. Para evitar favorecer a la patria financiera Cavallo estaba decidido a frenar la especulación manteniendo bajas las tasas de interés. Teóricamente esto fue proyectado, por un lado, para estimular la producción, mientras por el otro se atacaba al déficit fiscal por medio del incremento de la recaudación fiscal —otra exigencia de los acreedores extranjeros (Clarín, 1991a, 1991b). Argentina también se unía a Brasil, Uruguay y Paraguay para formar un mercado común (MERCOSUR) con el fin de reforzar su poder de negociación con los Estados Unidos con vistas a un posible megamercado hemisférico (Bouzas, 1991).

El "Plan Cavallo" fue una apuesta dramática. Como esos proverbiales jugadores de póker que apuestan la estancia, Cavallo y Menem arriesgaron aproximadamente 6.000 millones de dólares que la Argentina tenía en reservas extranjeras en un esfuerzo desesperado para detener la inflación. Las apuestas eran altas: en el momento que las empresas o los individuos de mayor poder económico temieran que el go-

bierno carecía de reservas para mantener el austral a 10.000 con respecto al dólar, podrían convertir libremente todas sus reservas a dólares, dejando vacías las arcas del Banco Central.

La "convertibilidad" fue crucial para revertir las expectativas inflacionarias, y la tasa mensual de inflación cayó vertiginosamente del 27.7% en marzo a menos del 1% a fin de año. El índice de precios al consumidor para 1991 registró de esta manera un incremento del 84%, y las proyecciones para 1992 eran de sólo el 7%. La tasa de interés sobre los préstamos en australes disminuyó al 3% mensual, reducción fenomenal para una tasa que era del 3 % diario. Cavallo aseguró que el gobierno garantizaría el equilibrio económico estableciendo recortes presupuestarios por valor de 6.000 millones. La mayor parte de esta austeridad sería llevada a cabo por medio de reducciones masivas del plantel de empleados públicos: durante los seis primeros meses de la gestión de Cavallo fueron eliminados 70.000 empleos y se pensaba eliminar otros 130.000 hasta mediados de 1992.¹⁶

La administración Bush apoyó pública y entusiastamente las medidas de Cavallo.¹⁷ El mismo Cavallo prometió a los argentinos un "período de estabilidad de unas seis décadas". El mercado de valores de Buenos Aires, moribundo desde hacía tiempo, se preparó para una verdadera explosión (Rose, 1991b). El índice bursátil Merval de agosto de 1991 se elevó el 115%, mientras que el volumen creció más de diez veces el promedio diario anterior. Los operadores del distrito financiero porteño saludaron con alegría el comienzo del "milagro argentino".¹⁸

Cavallo fue considerado como un libertador, un "nuevo San Martín", que salvaría a Argentina de los estragos del estancamiento y de la inflación. El Ministro de Economía paladeó su popularidad y su nuevo papel, ahora más manifiestamente político.¹⁹ Poco antes de las elecciones cruciales de legisladores y gobernadores (8 de septiembre de 1991), Cavallo predijo osadamente que si su política continuaba el ingreso *per capita* en Argentina podría más que duplicarse hacia 1994, alcanzando los

¹⁵ La amplia "dolarización" de la economía (de acuerdo con algunos cálculos, el valor de los dólares en circulación es mayor que el de los australes en manos del público y de los depositados en los sistemas bancarios) era esencial para la viabilidad del plan de Cavallo. Para un análisis profundo de la estrecha gama de opciones de que disponía Cavallo, ver la entrevista con Adolfo Canitrot en *La Ciudad Futura* (1991).

¹⁶ La prensa especializada dio una cálida recepción al Plan de Cavallo. *Latin Finance*, por ejemplo, cerró un artículo alabando el "capitalismo de Cavallo" al citar la predicción confiada de Roque Fernández, presidente del Banco Central, de que Argentina ingresaría al siglo XXI casi tan rica, en términos relativos, como ingresó al siglo XX (Rose, 1991a).

¹⁷ En junio de 1991, el Subsecretario del Tesoro, David Mulford, elogió el plan de Cavallo, diciendo que los inversores extranjeros "deberían sentir que son bien tratados". También recomendó que los argentinos se engalanan, "se corten el pelo, y se maquillen bien. Deben estar atractivos. Como una joven que busca novio" (citado en Cerruti y Ciancaglini, 1991: 283).

¹⁸ Una inserción especial de 8 hojas en el *New York Times*, y en otros diarios destacados del mundo, sobre "Argentina: un mercado de capital naciente" era indicativo de los esfuerzos para atraer inversores extranjeros (*New York Times*, 1991a). Para una idea del impacto del desarrollo del mercado de valores y la consecuente euforia en el país vecino, Brasil, ver Istoé/Senhor (1991).

¹⁹ En febrero de 1991, sólo el 23% de los residentes del Gran Buenos Aires tenía una imagen "positiva" de Cavallo. En octubre del mismo año, sin embargo, la popularidad del Ministro de Economía había crecido al 53% (de la investigación realizada por la empresa de estudios de mercado SOCMERC).

\$ 6.000.-, mientras que las exportaciones podrían saltar de aproximadamente 12.000 millones de dólares a alrededor de 20.000 millones. Las victorias peronistas en las urnas prolongaban la vida del gobierno de Menem.

Menem y Cavallo sacaron inmediata ventaja del nuevo clima político para dar una clara señal a los inversionistas locales y extranjeros de la determinación del gobierno de profundizar, y hacer irreversible, su compromiso con la eficiencia y los criterios de mercado.²⁰ Además de la promesa de completar hacia 1993 la privatización de la mayoría de los servicios financieros, y virtualmente todas las actividades productivas, Menem utilizó su facultad para emitir decretos para anunciar el desmantelamiento del aparato legal de la regulación estatal de la economía. Esta abolición generalizada de los controles públicos sobre el mercado fue ideada para consolidar el plan de convertibilidad de Cavallo al estimular la actividad económica, incrementar los ingresos públicos, reducir aún más las presiones inflacionarias y hacer más competitivas a las exportaciones en los mercados mundiales.²¹

¿El auge del mercado de valores, la victoria peronista en las urnas y la aceleración de la reforma económica querían decir que el milagro económico estaba a la vuelta de la esquina? La euforia de la Casa Rosada y la de los círculos empresariales halló un eco confirmatorio en los graffitis de la calle que resucitaron el alarde de Perón del '40: Argentina se levanta y anda. Quizás el 5% de crecimiento en el producto bruto interno para 1991 proporcionó motivos para el optimismo. Pero la estabilidad era todavía muy frágil. Mucho dependería del ritmo de las reformas y del grado de apoyo de las poderosas fuerzas externas e internas. ¿Con qué rapidez, y en qué términos, podría obtener Cavallo un acuerdo con el FMI y los bancos acreedores para el financiamiento de la deuda externa argentina de 60.000 millones, incluyendo 8.000 millones por intereses no pagados? ¿Aceptaría Washington finalmente incluir a la Argentina en las condiciones del "Plan Brady" para aliviar el peso de la deuda? ¿Repatriarían los argentinos acaudalados algunos de los miles de millones de dólares que habían invertido en el extranjero? Si se considera la escasez mundial de capital, ¿estarían dispuestas las empresas transnacionales y la comunidad bancaria internacional a comprometer grandes volúmenes de inversiones a largo plazo requeridas en forma inmediata para modernizar su decrepita infraestructura decrepita y financiar la reconversión de su base industrial obsoleta y no competitiva? ¿Qué ocurriría si se redujera precipitosamente el superavit comercial y provocara serias dificultades en la balanza de pagos? Por último ¿cuál sería el impacto sobre la paz laboral con los sindicatos, y sobre las expectativas de las empresas, si se produjera un retorno a niveles moderados de inflación? ¿Podría la rea-

²⁰ Acerca de la estrategia del gobierno de Menem para obtener el apoyo de la administración de Bush y del sector privado norteamericano, ver *Clarín* (1991e). Esta estrategia incluyó la profundización de la ya clara aceptación del liderazgo evidente de los Estados Unidos en el conflicto del Golfo Pérsico (*Somos*, 1990b) y la salida de Argentina del Movimiento de los No alineados (*Clarín*, 1991c).

²¹ Menem defendió los decretos del Poder Ejecutivo aduciendo que "el 80% de las normas que fueron modificadas o eliminadas, habían sido sancionadas *de facto* por gobiernos que, por supuesto, son considerados ilegítimos". No obstante, algunos legisladores de la oposición impugnaron los decretos de Menem como una violación a los procedimientos democráticos normales; para detalles sobre los decretos de Menem y la reacción a ellos, ver *Clarín* (1991d), *Clarín Económico* (1991), y *New York Times* (1991b).

parición de la inflación y el conflicto distributivo una vez más envenenar las relaciones con el movimiento obrero y los empresarios, sofocando la recuperación económica?

El mero planteamiento de estos interrogantes destaca los formidables obstáculos que enfrenta la reestructuración neoliberal. Al mismo tiempo es preciso señalar que ningún gobierno argentino, militar o civil, había podido llevar a cabo cambios tan arrolladores como los que hemos referido en estas páginas. La velocidad y la audacia absoluta con las que se ejecutaron las reformas de apertura del mercado favorecen la continuidad, y quizás hasta la irreversibilidad, del proyecto menemista.

Consolidación democrática y los costos de la reestructuración neoliberal

Durante los dos primeros años el gobierno de Menem enfrentó severas limitaciones para implementar políticas macroeconómicas coherentes en conformidad con el modelo neoliberal. Asimismo, la adopción de las reformas de libre mercado por parte de Menem hizo peligrar la fidelidad de la tradicional base social del peronismo entre los argentinos.²² Al recordar la advertencia de Menem a los argentinos de prepararse para "una cirugía mayor sin anestesia", este compromiso con la reestructuración neoliberal plantea una serie de problemas en relación al modelo económico, especialmente sus costos sociales y sus consecuencias para la consolidación democrática.

Siguiendo con décadas de semi-estancamiento, el pobre desempeño de la economía desde el retorno a la democracia en 1983 contribuyó a continuar con el achicamiento del mercado interno y el aceleramiento del proceso de desindustrialización. Por ejemplo, la producción total industrial disminuyó un 11.9% entre 1974 y 1983; y desde 1983 a 1990, declinó otro 11.2%, con sólo una modesta alza en la producción manufacturera en 1991. Al mismo tiempo se redujo el número de obreros industriales: un 40% de 1974 a 1983, y luego un 12% más, después de 1983, en el período posterior de la transición. El promedio de salarios del sector industrial en 1991 fue sólo un tercio del de 1974. El resultado del aumento de la productividad laboral junto con una reducción de la tasa de inversión y de los costos laborales se produjo una significativa transferencia de ingresos desde los bolsillos de los asalariados y jornaleros hacia los de los capitalistas.²³ Las agresivas políticas libremercadis-

²² La popularidad de Menem ha sido bastante volátil. En septiembre de 1989, aproximadamente el 80% de los encuestados tenía una imagen "positiva" del presidente; un año más tarde, la misma encuesta que había realizado el sondeo previo indicó que sólo el 35% todavía veía a Menem con esa imagen. En marzo de 1991, los que tenían una imagen positiva de Menem habían disminuido a sólo el 24%; en abril (1991) el Plan de Cavallo (que recibió el 55% de las respuestas favorables) fue lanzado lo que hizo subir el porcentaje de aprobación de Menem al 36%. En agosto de 1991, la consecuente estabilidad y las conversaciones sobre el "milagro económico" habían elevado la popularidad del presidente por encima del 50% (ver *Noticias de la Semana*, 1991; *Ambito Financiero*, 1991; y los datos no publicados de las encuestas de SOCMERC).

²³ Calculados a partir de información compilada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) y publicada en el *Boletín Estadístico Trimestral*. La experiencia del sector metalúrgico ejemplifica estas tendencias. De acuerdo con las estadísticas del INDEC, el número de empresas disminuyó de 31.300 en 1978, a 27.800 en 1985, y a sólo 22.000 en 1989. En ese mismo año, el número de obreros metalúrgicos era de sólo 265.000 de los 371.000 de 1985 y los 467.000 de 1975. Para un análisis general, ver Marshall (1989) y Orsatti (1989).

tas y antiestatales de Menem acentuaron aún más estas tendencias. Sin embargo, mientras que los planes previos de estabilización de Alfonsín (el Plan Austral y el Plan Primavera) —y hasta el Plan BB— fueron anticíclicos y condujeron (aunque temporariamente) a la recuperación de las ventas y de la producción, la estrategia que siguió Erman González fue deliberadamente procíclica. Las consecuencias recesivas pueden ser claramente percibidas en las políticas fiscales del Estado. Por ejemplo, no mucho tiempo atrás, en 1987, los salarios del sector público constituían el 12% del PBI; pero a mediados de 1990, con las políticas de austeridad (incluyendo el despido de decenas de miles de empleados públicos) esta cifra disminuyó a menos del 6%. En forma similar, los recortes draconianos a la inversión pública generaron una violenta reducción en la industria de la construcción (el principal empleador de la mano de obra no calificada) y en el sector clave de bienes de capital. La combinación de menores gastos fiscales e impuestos más altos dio como resultado un pequeño superavit del Tesoro que redujo drásticamente la capacidad del Estado de absorber crédito, determinando una presión a la baja de las tasas de interés. Pero, a la luz de la prolongada recesión, hasta el crédito mucho más barato se reveló como insuficiente para estimular la inversión del sector privado.

Aun cuando las políticas de Cavallo tengan éxito en desarrollar la inversión y generar una reactivación económica selectiva, será muy difícil revertir el impacto negativo sobre la justicia distributiva impuesta durante años por la desarticulación del sector industrial y la continua reducción del mercado interno. Durante la década del '80, el PBI *per capita* disminuyó alrededor del 26%, aproximándose bastante a la cifra alcanzada en 1960. El empobrecimiento relativo fue acompañado por una creciente desigualdad de los ingresos. En 1975, los sueldos y salarios representaron el 53.8% del PBI; en 1983 (al terminar el régimen militar), esta cifra había disminuido al 41%. En 1990, después de más de seis años de democracia, los trabajadores y la clase media asalariada vieron cómo su participación en la riqueza nacional se reducía a alrededor del 30% del PBI. La participación de los trabajadores en el ingreso nacional ha continuado reduciéndose durante el gobierno de Menem.²⁴

Estas tendencias han sido calamitosas para los argentinos pobres, estimados actualmente en 10 millones sobre una población de 32.5 millones. En efecto, la pobreza ha empeorado en el período de la transición a la democracia. Por ejemplo, a mediados de 1988 se estimó que en el conurbano bonaerense (los 19 partidos del cinturón industrial que rodea a la Capital Federal), de una población de aproximadamente 7.3 millones de personas un 36.7% de todos los hogares —y el 44.3 % de los individuos— vivían en la pobreza. De todas las familias pobres, el 31.3% fueron clasificadas como “estructuralmente pobres” (por ejemplo los que experimentan serios problemas de vivienda, infraestructura social e ingresos insuficientes para cubrir las necesidades básicas), mientras que el 68.7% fueron considerados “empobrecidos”. Estos nuevos “pobres” están constituidos por obreros y familias anteriormente de clase media que gozaban de un nivel de vida razonable en el pasado pero que, debido

²⁴ Ver la información en Paz (1989). Algunos cálculos colocan la participación en los ingresos nacionales recibidos por los asalariados en sólo el 20% del PBI (Clarín Económico, 1990c y 1990d).

a la prolongada depresión de la economía, fueron empujados a una condición de pobreza que no se distingue frecuentemente de la de los “estructuralmente pobres”. La profundización de la pobreza fue confirmada por un estudio de UNICEF que reveló que la mitad de los niños argentinos son pobres y que la mitad de los pobres son niños, y más de un millón de niños menores de 12 años sufren desnutrición.²⁵

La otra faceta de este proceso de empobrecimiento fue, es obvio, la creciente concentración de riqueza entre los grupos de ingresos altos. En 1960, el estrato superior del 10% de los que reciben ingresos obtuvieron el 39% del PBI, una cifra baja para América Latina. En 1974 este porcentaje había descendido al 35% antes de comenzar a volver a trepar al 44% en 1980, gracias a las políticas del régimen militar. Hacia fines de 1980, sin embargo, la participación de esta capa superior del 10% había aumentado al 46% del ingreso nacional, una cifra mucho más cercana al modelo latinoamericano (Paz, 1989). Las políticas de Menem han llevado a una concentración aún mayor del ingreso.

Las perspectivas futuras de la estabilización económica y —desde un punto de vista más optimista— el crecimiento a largo plazo giran sobre: 1) la reinserción competitiva de la Argentina en los mercados mundiales, y 2) el surgimiento de una nueva, y menos conflictiva, modalidad de acumulación en condiciones de reemplazar al modelo desarrollista de sustitución de importaciones actualmente en quiebra.²⁶ La consolidación del neoliberalismo como la ideología dominante y como paradigma inspirador de políticas presupone también transformaciones importantes dentro de la misma clase empresaria, consagrando la hegemonía política de un número relativamente pequeño de grandes y muy dinámicas firmas industriales y/o agroindustriales y de los intereses financieros a ellas asociados, que cuentan con las ventajas comparativas necesarias para competir eficientemente en los mercados mundiales. Aunque esta situación muestra una cierta lógica innegable y está indudablemente favorecida por cambios actuales de la economía política mundial, su viabilidad social y política queda abierta a interrogantes. Durante el resto del mandato de Menem algunos de los problemas clave girarán en torno a: a) la cambiante correlación de fuerzas entre el estado y el empresariado, y b) la capacidad del resto de la sociedad —consumidores de clase media, el movimiento obrero, los pequeños capitalistas urbanos y rurales, etc.— para resistir, asumir y soportar los enormes costos sociales que conllevan estas políticas del achicamiento permanente del estado y el objetivo de obtener una plena competitividad internacional en los mercados mundiales.

Subyacente a la cuestión del poder del estado y de la sociedad se halla una sorprendente contradicción. Por un lado, los remedios económicos neoclásicos requieren un repliegue del Estado y un debilitamiento de los mecanismos gubernamentales de la regulación macroeconómica. Por otro lado, el gobierno (si bien con personas nuevas en sus equipos económicos y redes estratégicas de *decision-making*) debe asumir otras funciones y responsabilidades (para los cuales hay poca legitimidad social) para sostener un modelo de acumulación manejado por el mercado. De hecho,

²⁵ Ver INDEC (1989 y 1990); para información sobre niños en la pobreza, ver Clarín (1991).

²⁶ Para un provocativo análisis comparativo del colapso de esta ya quebrada “matriz estadocéntrica”, ver Cavarozzi (1991).

la mayor ortodoxia económica podrá requerir no menos sino más autonomía para los intereses del empresariado y no menos, sino más, intervención del Estado (si bien con objetivos diferentes y beneficiarios distintos), así como más poder concentrado en manos de los administradores estatales y las élites burocráticas.²⁷

La compatibilidad entre la reestructuración neoliberal y los procedimientos democráticos requiere que, como mínimo, el Poder Ejecutivo debe de alguna manera lograr reunir y mantener el apoyo de una mayoría parlamentaria para sus proyectos prioritarios. Las victorias electorales de Menem aseguraron este apoyo en 1991. ¿Pero qué implica este proyecto neoliberal en términos de la *democratic accountability* y el sistema de controles y contrapesos institucionales? Los tortuosos recovecos y virajes de la estrategia macroeconómica en la Argentina democrática acentúan varios desarrollos: 1) la subordinación progresiva de las políticas públicas a la lógica del mercado, 2) una "privatización" profunda del poder del Estado a través de la erosión de la autonomía de los gobernantes y de las élites tecnocráticas, y 3) el reforzamiento del poder estructural de sectores líderes del empresariado.

Naturalmente, los actores dominantes del sector privado reciben con beneplácito las estrategias orientadas al mercado y a un Poder Ejecutivo avasallante aislado de la lógica de la competencia electoral. No obstante, esto no necesariamente significa que los empresarios habrán de responder positivamente. De hecho, la experiencia argentina nos advierte de la probabilidad de que aún los capitalistas industriales capaces de competir en los mercados mundiales puedan ser extremadamente reacios a modificar sus expectativas y su comportamiento de acuerdo con los planes oficiales para la reconversión industrial y para una mayor competencia externa.²⁸ En efecto, los sectores industriales, financieros y agroexportadores dominantes de la indócil clase empresarial argentina han permanentemente utilizado su posición privilegiada y su renovado poderío estructural para "subir la apuesta" al exigir que el gobierno haga coincidir su retórica con hechos concretos, particularmente en asuntos tales como 1) reducción del déficit fiscal, 2) eliminación de los controles de precios, 3) introducción de un régimen favorable de tipo de cambio, y 4) una mano más dura con el sindicalismo. Gracias a la "revolución productiva" de Menem los empresarios han logrado muchas de estas demandas, mientras que el resto se encuentra "en trámite" e incorporadas en las medidas políticas que Domingo Cavallo comenzó a implementar a principios de 1991.

Invariablemente, los elementos más dinámicos de la *haute bourgeoisie* describen a la intervención del Estado como un mal a ser extirpado despiadadamente. Sin embargo, es también axiomático que las firmas específicas y los representantes de estos mismos grupos (la patria financiera, cosechando las fortunas de la especulación financiera y la patria contratista, que depende de la liberalidad del gobierno en repartir los contratos) consideren completamente justificadas sus exigencias de apoyo estatal, las cua-

²⁷ Los "tigres" del este asiático proporcionan ejemplos interesantes de los "Estados amigos del mercado". Ver Evans (1989 y siguientes) para un análisis indicativo del desarrollo de los aparatos del estado y sus relaciones con las élites empresariales.

²⁸ Ver Acuña (1991) para una discusión incisiva acerca del impacto de las débiles exportaciones industriales sobre la estabilidad política y la consolidación democrática.

les vendrían a ser no otra cosa que la personificación de la racionalidad económica. Por otro lado, la intervención del Estado a favor de los consumidores, los pobres o hasta los intereses de las empresas "menos eficientes" es deplorada, sino despreciada, como un "subsidio antieconómico" que debe ser eliminado de inmediato.²⁹

La generalización de este comportamiento —y su legitimización por los presidentes electos, los técnicos económicos designados por los gobiernos y las organizaciones internacionales influyentes— fomenta un resultado particularmente perverso: la institucionalización de hábitos especulativos que evaden los riesgos empresariales inherentes a cualquier estrategia de acumulación a largo plazo. A menos que se revierta esta situación la sociedad estará condenada a vivir bajo la constante amenaza de bajas tasas de ahorro e inversión, la reaparición de la inflación y, como consecuencia, un desempeño macroeconómico decididamente mediocre.

El presente análisis sugiere que las reformas estructurales implementadas por los gobiernos civiles de la Argentina de la década del '80 han acelerado la implantación de un modelo excluyente de acumulación. Las ramificaciones de este modelo todavía deben ser exploradas, y no puede predecirse con seguridad ni su éxito ni su fracaso. Sin embargo, las reformas neoliberales orientadas hacia el mercado ya han forjado cambios profundos, tal vez irreversibles, en el estado, la sociedad civil y la economía política. Es posible que estas transformaciones puedan contribuir al nacimiento de una economía más eficiente y dinámica. Podrían hasta llegar a ser compatibles con la consolidación de un orden político democrático.³⁰ No obstante, hay una preocupación legítima de que las políticas y los procesos aquí considerados —fortalecimiento de los mecanismos de mercado, la erosión de la capacidad reguladora del Estado, y la castración de los partidos políticos y de los actores colectivos (especialmente de los que representan a los grupos subalternos)— podría también significar que el orden institucional emergente, si bien democrático, será asimismo fuertemente elitista y socialmente regresivo.

[Trad. de Alicia de Santos. Revisión técnica de Atilio Borón]

Referencias Bibliográficas

Acevedo, M., E. Basualdo, M. Khavisse (1990), *¿Quién es quién? Los dueños del poder económico* (Argentina 1973-1987). Buenos Aires, Argentina: Editor/12 y Pensamiento jurídico.

²⁹ Por ejemplo, no satisfechos con las reformas trascendentales llevadas a cabo por Menem, el presidente de la Unión Industrial, Gilberto Montagna, criticó al gobierno en su discurso del Día de la Industria en 1990, por su "efímera o casi nula implementación de las drásticas reformas estructurales prometidas por el Estado". Menem respondió que "miles de ajustes no servirán de nada si la voluntad para transformar el Estado no es acompañada por el compromiso de los actores económicos privados" (*Clarín*, 1990c).

³⁰ Remmer sostiene que la fragilidad de las democracias latinoamericanas podría sobreestimarse, observando que las condiciones de la crisis socavan al apoyo político de los gobiernos y provocan altos niveles de volatilidad electoral pero sin necesariamente auspiciar el incremento del extremismo político o el agotamiento del consenso entre las élites asociadas con el colapso de las democracias (Remmer, 1991:777). Ver Acuña y Smulovitz (1991) para un análisis del caso argentino, en donde se explican las razones por las cuales tanto los militares como los empresarios podrían tener un interés estratégico en apoyar a los gobiernos democráticos.

- Acuña (1991) "La Argentina: Determinantes políticos y sus consecuencias sobre la estabilidad y tipo de democracias esperables". *Realidad Económica* 100: 9-38.
- Acuña, C. y C. Smulovitz (1991) "¿Ni olvido ni perdón? Derechos humanos y tensiones civilo-militares en la transición argentina". Documentos CEDES/69.
- Alsogaray, A. (1990) "Divortium aguarum y realineamiento político". *La Nación* (1 jun.): 8.
- Ambito Financiero** (1991) "Mejóro la popularidad de Menem". (18 Abril): 3.
- (1990) "Los empresarios prefieren los decretos de Menem a las leyes". (20 abril): 6.
- (1989a) "Se reaviva la interna empresaria por la convocatoria de Francisco Macri". (11 septiembre): 3.
- (1989b) "Entendamos: el país entró en la era de los golpes de mercado en lugar de los antiguos golpes de Estado que hacían militares". (15 diciembre): 1, 2.
- Argentina. Ministerio de Economía (1989a) "Discurso del Ministerio de Economía (9/07/89)" (mimeo).
- (1989c) "Principales medidas económicas del 9/07/89" (mimeo).
- (1989d) "Discurso pronunciado por el Ministro de Economía", Ing. Mario Néstor Rapanelli, en ocasión de la firma del Acta de Acuerdo de Estabilización de Precios" (17 julio).
- Azpiazu D., Basualdo E. y Khavisse (1986) **El nuevo poder económico en la Argentina**: Editorial Legasa.
- Basualdo E. y Azpiazu D. (1990) **Cara y contracara de los grupos económicos: Estado y promoción industrial en la Argentina**. Buenos Aires, Argentina: Cántaro Editores.
- Block, F. (1980) "Beyond Relative Autonomy: State Managers as Historical Subjects". *Socialist Register* 1980: 227-240.
- Bouzas, Roberto (1991) "A US-Mercosur Free Trade Area: A Preliminary Assesment". Paper presented at an Overseas Development Council Workshop on "US-Latin American Trade Relations in the 1990s", Washington (DC), 14-15 November.
- Carciofi, R. (1990) "La desarticulación del pacto fiscal: Una interpretación sobre la evolución del sector público argentino en la década de los ochenta" (Documento de la CEPAL 36). Buenos Aires, Argentina: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Cavarozzi M. (1991) "Beyond Transitions to Democracy in Latin America". Paper presented at the XV Congress of the International Political Science Association, Buenos Aires (Argentina), 21-24 julio.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1990) Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe. New York, NY: United Nations.
- La Ciudad Futura** (1991) Entrevista con Adolfo Canitrot. N° 28 (abril-mayo):15.
- Cerruti G. y Ciancaglini S. (1991) **El octavo círculo: Crónica y entretelones de la Argentina menemista**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Planeta Argentina.
- Clarín** (1991a) "Dolarizan la economía" (21 marzo): 1 y ss.
- (1991b) "Rigen desde hoy profundos cambios en la economía". (1 abril): 1 y ss.
- (1991c) "La Argentina rompió con los No Alineados". (20 sept.).
- (1991d) "Desregulan comercio, trabajo y profesiones" (31 octub.): 1 y ss.
- (1991e) "Respaldo político de Bush a Menem". (15 noviembre): 1 y ss.
- (1991f) "700.000 chicos no alcanzan los niveles de supervivencia". [international edition] 3-9 setiembre: 10.
- (1990a) "Voy a terminar con la patria financiera, dijo Menem" (16 enero): 1.
- (1990b) "Angeloz comunicó sus condiciones" (23 febrero): 1.
- (1990c) "Está vigente el severo plan de ajuste económico" (5 marzo): 1.
- (1990d) "El ministerio de economía controlará todos los gastos del sector estatal". (1 septiembre): 1.
- (1990e) Discurso de Menem en el Día de la Industria (3 septiembre): 1.

- (1989a) Varios artículos sobre la "Ley de Reforma del Estado" (18 agosto).
- (1989b) Varios artículos sobre la "Ley de Emergencia Económica" (2 septiembre).
- (1989c) "El plan y sus actores" (3 de septiembre):6.
- (1989d) "Un encuentro cauteloso" (8 de septiembre): 10-11.
- Clarín económico** (1991) "El decretazo". (3 de noviembre): 1 y ss.
- (1990a) "El ajuste del Fondo". (15 de julio): 6-7.
- (1990b) "Ley de empleo: contenido del proyecto". (16 de septiembre): 5.
- (1990c) "Salarios medios: el retroceso se acerca al 20 por ciento". (23 de septiembre): 9.
- (1990d) "El ingreso por habitante cayó 26% en diez años". (30 de septiembre): 9.
- El Cronista Comercial** (1989) Entrevista con Jorge Triaca. (9 de junio).
- Damill, M. y Frenkel, R. (1991) "Hiperinflación y estabilización: la experiencia argentina reciente", pp. 1-83 en Guillermo Rozenwurcel (ed.) **Elecciones y política económica en América Latina**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Tesis S.A.
- Diamond, M. (1986) "Overcoming Argentina's Stop-and-Go Cycles", pp. 129-164 en Jonathan Hartlyn y Samuel A. Morely (eds.) **Latin American Political Economy: Financial Crisis and Political Change**, Boulder, CO: Westview Press.
- Dornbusch, R. y S. Edwards (1990) "Macroeconomic Populism". *Journal of Development Economics* 33: 247-277.
- Evans, Peter (forthcoming) "The State as Problem and Solution: Predation, Embedded Autonomy and Structural Change", in Stephan Haggard y Robert Kaufman (eds.) **The Politics of Adjustment: International Constraints, Distributive Justice and the State**. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- (1989) "Predatory, Developmental, and Other Apparatuses: A Comparative Political Economy Perspective on the Third World State". *Sociological Forum* 4, 4: 561-588.
- Fanelli, J.M. y R. Frenkel (1989) "Growth Exercise for Argentina" (Documentos CEDES/25). Buenos Aires, Argentina: Centros de Estudios para Democracia Social (CEDES).
- Fanelli, J., R. Frenkel y G. Rozenwurcel (1990) "Growth and Structural Reform in Latin America: Where We Stand" (Documento CEDES/57). Buenos Aires, Argentina: Centros de Estudios para Democracia Social (CEDES).
- Fundación para Investigación Económica Latino America (FIEL) (1990) "Erman III: Insuficiente ratificación del rumbo". **Indicadores de Coyuntura** 290 (Marzo): 3-4.
- Foxley, A. (1983) **Latin American Experiments in Neoconservative Economics**, Berkeley, CA: University of California Press.
- Frenkel, R., J. Fanelli y J. Sommer (1988) "Proceso de endeudamiento externo argentino" (Documento CEDES/2). Buenos Aires, Argentina: Centros de Estudios para Democracia Social (CEDES).
- Frenkel R. y G. Rozenwurcel (1988) "Restricción externa e incentivos al crecimiento en América Latina", pp. 1-42 en Mario Damill *et al.* **Deficit fiscal, deuda externa y desequilibrio financiero**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Tesis.
- Frieden, J. (1988) "Debt, Development and Democracy in Latin America: Classes, Sectors, and International Financial Relations of Mexico, Brazil, Argentina, and Chile". *Comparative Politics* 21, 1: 1-20.
- Gibson, E. (1990) "Democracy and the New Electoral Right in Argentina", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 32, 3 (Fall): 177-228.
- Inter-American Development Bank (IDB) (1991) Economic and Social Progress in Latin America: 1990 Report. Washington, DC: IDB.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) (1990) "La pobreza urbana en la Argentina". Estudios INDEC 19.
- (1989) "La pobreza en el conurbano bonaerense". Estudios INDEC 13.

- Istoé, Senhor (1991) "Cavallo Domador". (11 Sept.): 16-23.
- Kandir, A. (1991) **Dynamics of Inflation**. Notre Dame, en: University of Notre Dame Press.
- Latin American Economy and Business (LAEB) (1990a) "Argentina's Military Companies Being Spruced Up for Sale". (Oct.): 16-17.
- (1990b) "How Menem Messed Up Privatization". (Oct.): 1.
- Latin American Regional Reports/Southern Cone (LARR/SC) (1990a) "Argentina Seeks to Unblock IMF Standby". RS-90-03 (19 April): 5.
- (1990b) "Menem Says Argentina on the Right Path". RS/90/04 (31 May): 2.
- Lewis, P. (1990) **The Crisis of Argentina Capitalism**. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press.
- Lipnowski, I. y Maital, (1985) "Hanging Together or Separately: A Game-Theoretic Approach to Macroeconomic Conflict", pp. 39-96 in Shlomo Maital y Irwin Lipnowski (eds.) **Macroeconomic Conflict and Social Institutions**. Cambridge, MA: Ballinger.
- Malan, P. (1991) "Uma Crítica ao Consenso de Washington". **Revista de Economía Política** 11, 3: 5-12.
- Marshall, A. (1989) "The Fall in Labor's Share in Income and Consumption: A new 'Growth Model' for Argentina", pp. 47-65 in William Canak (ed.) **Lost Promises: Debt, Austerity and Development in Latin America**. Boulder, CO: Westview Press.
- Menem, C. y R. Dromi (1990) **Reforma del Estado y transformación nacional**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Ciencias de la Administración SRL.
- Mercado** (1990) "Mala Performance". 28 Febrero: 39-47.
- (La) Nación** (1990a) "Severa racionalización en empresas públicas". (30 Marzo): 1.
- (1990b) "Expectativas y dudas sobre una tregua social" (4 Marzo): 4.
- (1990c) "Apoyo empresarial al programa económico". (17 Abril): 1.
- (The) New York Times** (1991a) "Argentina: An Emerging Capital Market" (special paid insert). (24 Septiembre).
- (1991b) "Argentina Deregulates Its Economy". (2 Noviembre): 21.
- Noticias de la Semana** (1991) "Una imagen mucho más pobre". (16 de Septiembre): 36-37.
- Nylen, W. (1990) "Liberalismo para Todo Mundo, Menos Eu": Brazil and the Neoliberal 'Solution' " (Conference Paper 25). New York, NY: Columbia University-New York University Consortium.
- O'Donnell G. (1976) "State and Alliances in Argentina, 1956-1976". **Journal of Development Studies** 15, 1: 3-33.
- Orsatti, A. (1989) "El ciclo de los salarios y el empleo en el quinquenio radial (1984-1988)". **Nuevo Proyecto** 5-6: 113-126.
- Ostiguy, P. (1990) **Los capitanes de la Industria: Grandes empresarios, política y economía en la Argentina de los años 80**. Buenos Aires, Argentina: Legassa.
- Página 12** (1990a) "CGT muestra las uñas". (8 Marzo): 3.
- (1990b) "Advierte Alfonsín que si no hay acuerdo vendrá el autoritarismo". (8 Marzo): 1.
- (1990c) "Rechazó Angeloz el ingreso de sus hombres a Economía". (17 Marzo): 3.
- (1990e) "Seis para triunfar: *Chicago boys* en el gobierno". (1 Abril): 4.
- (1990f) "Donde hubo fuego, cenizas quedan: Born apoya a Menem". (17 Abril): 4.
- (1990g) "El estilo Maggie: regulación del derecho de huelga". (22 Abril): 4.
- (1989a) "La triple alianza: Born, CEA y las Marías". (23 Julio): 3-4.
- (1989b) "Los capitanes de la industria quieren formar un nuevo equipo". (6 Septiembre): 3.
- (1989c) "Llegó la hora de los empresarios". (3 Septiembre): 4.
- (1989d) "Nunca se había visto algo así". (14 Septiembre): 6.
- Paz, P. (1989) "La gestión económica del radicalismo (1983/88)". **Nuevo Proyecto** 5-6: 79-112.

- Ramos, J. (1986) **Neoconservative Economics in the Southern Cone of Latin America (1973-1983)**. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press.
- Remmer, K. (1991) "The Political Impact of Economic Crisis in Latin America in the 1980s". **American Political Science Review** 85, 3 (Sept.): 777-800.
- Rose, M. (1991a) "Cavallo's Converts". **Latin Finance** (28 junio): 19-52.
- (1991b) "Serious Action: The Argentine Capital Markets". **Latin Finance** (28 junio): 54-60.
- Schvarzer, J. (1989) **Bunge y Born: crecimiento y diversificación de un grupo económico**. Buenos Aires, Argentina: CISEA/Grupo Editor Latinoamericano.
- Smith, W. (1990) "Democracy, Distributive Conflicts and Macroeconomic Policymaking in Argentina (1983-1989)". **Journal of Interamerican Studies and World Affairs** 32, 2 (verano): 1-42.
- (1989a) **Authoritarianism and the Crisis of the Argentine Political Economy**. Stanford, CA: Stanford University Press.
- (1989b) "Heterodox Shocks and the Political Economy of Democratic Transitions in Argentina and Brazil", pp. 138-168 in William Canak (ed.) **Lost Promises: Debt Austerity and Development in Latin America**. Boulder, CO: Westview Press.
- (1985) "Reflections on the Political Economy and Authoritarian Rule and Capitalist Reorganization. Contemporary Argentina" pp.37-88 in Philip O'Brien and Paul Cammack (eds.) **Generals in Retreat: The Crisis of Military Rule in Latin America**. Manchester, England: Manchester University Press.
- Somos** (1990a) "Este país va hacia la soledad". (21 Febrero): 16-18.
- (1990b) "Debemos admitir la hegemonía de EE.UU.". (6 Septiembre): 18-19.
- (1989) "Por qué Rapanelli". 19 Julio: 4-8.
- Suplemento de la Revista **Noticias** (1990) "Entrevista con Carlos Menem". (3 Marzo).
- Verbitsky H. (1990) "Aspen)as son de nosotros, las vaquitas son ajenas". **Página/12** (13 Mayo): 10-11.
- Williamson, J. (ed.) (1990) **Latin American Adjustment: How Much Has Happened?** Washington, DC: Institute for International Economics (IIE).
- Zlotogwiazda, M. (1990) "Quiénes son los grupos económicos que se quedan con las empresas y negocios del Estado". **Página/12** [Suplemento Económico] (1 Julio): 1-3.

Pierre Bourdieu - Terry Eagleton

Doxa y vida corriente

TERRY EAGLETON: Hola y bienvenidos*. Pierre Bourdieu y yo discutiremos sobre algunos de los temas de nuestros nuevos libros —principalmente el suyo, *Language and Symbolic Power*, pero también el mío, *Ideology*¹. Después invitaremos a hacer preguntas y comentarios.

Me gustaría darte la bienvenida, Pierre, en una de tus demasiado poco frecuentes visitas a este país. Estamos encantados de verte y de contar con la traducción de estos ensayos. Uno de los temas de tu trabajo es que el lenguaje es tanto —o quizás más— un instrumento de poder y de acción como de comunicación. Es un tema que informa todo lo que escribes en este libro, y que te lleva a ser propiamente hostil, según yo lo veo, a cualquier mera semiótica. Tú quieres examinar, en cambio, lo que en un lugar llamas "las condiciones sociales de la producción de lenguaje", y también, supongo, sus condiciones de recepción. En otros términos, sostienes que lo que importa en el habla, en el discurso, no es algún poder inherente al lenguaje mismo, sino el tipo de autoridad o legitimidad con el que está respaldado. Y esto te lleva a movilizar conceptos con los que, creo, muchos de nosotros estamos familiarizados a partir de tus otras obras —como "poder simbólico", "violencia simbólica", "capital lingüístico", etcétera. Desearía preguntarte si he comprendido esto correctamente, y que expliques cómo podrían relacionarse estos procesos con el concepto de ideología —¿son sinónimos, o la ideología es para tí algo completamente diferente? El concepto de ideología aflora a veces en tu obra, pero no es una cuestión central en este libro en particular.

* Lo que sigue es la transcripción de un debate —perteneciente al ciclo "Talking Ideas"— entre Pierre Bourdieu y Terry Eagleton, que tuvo lugar en el Institute of Contemporary Arts, de Londres, el 15 de mayo de 1991.

¹ Bourdieu, *Language and Symbolic Power* (Cambridge, Polity Press, 1991); T. Eagleton, *Ideology* (Londres, Verso, 1991).

Cuadro 1

Principales indicadores económicos

	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990
Producción Real (porcentajes de crecimiento)								
PBI total	3,0	2,6	-4,3	5,6	2,2	-2,7	-4,4	-0,5
Sector Agrícola	2,4	3,1	-1,7	-3,3	2,9	-0,4	-2,4	10,1
Sector Industrial	10,0	4,0	-10,3	12,9	-0,5	-6,8	-7,0	-7,2
Sector de la Construcción	-13,1	-20,0	-6,7	9,7	14,7	-14,5	-31,6	-11,6
Sector Público (porcentajes del PBI)								
Ingresos corrientes	23,3	22,7	27,7	26,9	25,0	18,4	18,6	18,6
Gastos corrientes	29,0	27,0	26,9	25,0	24,6	22,1	22,4	21,2
Ahorro corriente	-5,7	-4,3	0,8	2,0	0,4	-3,7	-3,8	-2,6
Gastos de capital	9,4	7,6	6,8	7,3	7,5	5,6	3,5	2,3
Déficit o superavit	-15,1	-11,9	-6,0	-5,3	-7,1	-9,3	-7,2	-4,9
Financiamiento interno	14,6	12,8	5,1	3,7	3,0	6,4	10,0	2,3
Precios y salarios (Porcentajes de crecimiento)								
Precios al consumidor (promedio anual)	343,8	626,7	672,2	90,1	131,3	343,0	3079,2	2314,0
Salarios reales en sectores industriales	17,3	27,3	-9,2	-3,8	-8,3	-0,9	-8,8	-5,1
Condiciones del comercio								
Índice 1980=100	86,4	99,0	81,0	73,0	72,0	76,0	80,0	76,0
Balanza de pagos (Millones de dólares)								
Saldo de la cuenta corriente	-2436,0	-2495,0	-952,0	-2859,0	-4239,0	-1615,0	-1292,0	1641,0
Saldo comercial	3716,0	3982,0	4878,0	2446,0	968,0	4234,0	5709,0	8223,4
Exportaciones (FOB)	7835,0	8100,0	8396,0	6852,0	6360,0	9134,0	9573,0	11910,6
Importaciones (FOB)	4119,0	4118,0	3518,0	4406,0	5392,0	4900,0	3864,0	3696,9
Servicios netos	-6168,0	-6479,0	-5830,0	-5307,0	-5199,0	-5849,0	-7009,0	-6606,7
Transferencias	16,0	2,0	0,0	2,0	-8,0	0,0	8,0	24,0
Cuenta de capital (neta)	426,0	2716,0	2513,0	1666,0	2539,0	3613,0	257,0	-905,0
Cambio de las reservas (= aumento)	2457,0	-166,0	-1029,0	891,0	1917,0	-1858,0	1348,0	-736,0
Errores y omisiones	-447,0	-55,0	-532,0	302,0	-217,0	-140,0	-313,0	...
Total de la deuda externa (Millones de dólares)								
Deuda cancelada	45919,5	48856,7	50947,2	52373,7	58422,6	58706,0	64745,0	59019,0
Servicio de la deuda realmente pagado (a largo plazo)	6804,6	5196,9	6088,5	6740,9	6244,0	5057,0	4356,0	5237,0
Pagos de intereses vencidos (Intereses)								
/exportación de productos y NFS	58,4	57,6	51,1	50,9	51,0	42,3	51,2	56,1

Fuente: Banco Interamericano de Desarrollo y Progreso Social en América Latina: Informe 1991 (Washington, DC: John Hopkins University Press, 1991).

PIERRE BOURDIEU: Gracias por lo que dijiste sobre mi libro; en sólo unas pocas frases resumiste su propósito principal, de manera que ahora me resulta más fácil responder a tu pregunta. En realidad, tiendo a evitar el término "ideología" porque, como tu propio libro lo muestra, ha sido muy a menudo mal empleado, o utilizado de manera muy imprecisa. Parece conllevar una suerte de descrédito. Describir una afirmación como ideológica frecuentemente es un insulto, de manera que esta atribución misma se torna un instrumento de dominación simbólica. He procurado sustituir con conceptos como "dominación simbólica", "poder simbólico" o "violencia simbólica" el concepto de ideología, para tratar de controlar algunos de los usos, o abusos, a los que está sujeto. A través del concepto de violencia simbólica trato de hacer visible una forma inadvertida de violencia cotidiana. Por ejemplo, aquí en este auditorio yo me siento muy inhibido en este momento; estoy ansioso y tengo dificultad para formular mis pensamientos. Estoy bajo una fuerte forma de violencia simbólica, ligada al hecho de que el idioma no es el mío y no me siento cómodo frente a esta audiencia. Pienso que el concepto de ideología no puede expresar eso, o lo haría de un modo más general. A veces debemos renovar conceptos —primero, para ser más precisos; y segundo, para hacerlos más vivos. Estoy seguro de que ustedes concuerdan en que se ha hecho tanto uso y abuso del concepto de ideología, que ya no funciona más. Ya no creemos en él; y es importante, por ejemplo en usos políticos, contar con conceptos eficaces y efectivos.

TE: Esto me mueve a explicar por qué todavía escribo sobre ideología, aun cuando esté de acuerdo con lo que dices sobre la frecuente vaguedad del concepto y sobre que hay muchas nociones diferentes de ideología en circulación. Mi libro fue, en parte, un intento por aclarar el concepto. Creo también que hoy en día hay razones por las que el concepto de ideología parece ser superfluo o redundante, y trato de examinarlas también en mi trabajo. Una de ellas es que la teoría de la ideología parecería depender de un concepto de representación; ciertos modelos de representación han sido cuestionados y por eso también, así se cree, la noción de ideología. Otra razón —quizás más interesante— es que actualmente a menudo se piensa que para identificar una forma de pensamiento como ideológica se necesitaría algún tipo de acceso a la verdad absoluta. Si la idea de verdad absoluta es cuestionada, el concepto de ideología parecería venirse abajo con ella.

Hay dos razones adicionales por que las parece que "ideología" ya no es un concepto de moda. Una es lo que se ha llamado "falsa conciencia ilustrada", a saber, que en una época posmoderna la idea de que simplemente obramos según una falsa conciencia es demasiado ingenua —que la gente es en realidad mucho más cínica o astutamente consciente de sus valores de lo que esa idea sugiere. Esto nuevamente pone en cuestión el concepto de ideología. Finalmente, está el argumento de que lo que mantiene en funcionamiento al sistema es menos la retórica o el discurso que, por así decirlo, su propia lógica sistémica: la idea de que el capitalismo avanzado funciona por sí mismo, que ya no necesita pasar por la conciencia para ser validado, que de algún modo asegura su propia reproducción.

En realidad, tengo dudas sobre si cosas como éstas son suficientes para deshacerse del concepto de ideología. Reconozco que hay cierta fuerza en estos diversos

puntos, pero supongo que una razón por que la quiero retener diversos puntos, pero supongo que una razón por la que quiere retener el concepto de ideología es que creo que hay algo que corresponde a la noción de falsa conciencia, y me interesa tu propio trabajo en referencia a esta cuestión. Si puedo expresarlo de este modo: cuando empleas conceptos como doxa, creencia espontánea u opinión, es que en un sentido ellos operan como nociones de ideología para tí, por cuanto la doxa parecería indiscutible y natural. Por otra parte, ¿te permite eso hablar de falsa conciencia en el sentido de nociones o proposiciones falsas que en realidad sostienen sistemas de poder injustos? ¿Quieres hablar de falsa conciencia sólo en términos de naturalización o universalización, o querrías hablar en términos más epistemológicos de la relación de las ideas falsas o verdaderas con la realidad social?

PB: Estoy de acuerdo con la primera parte de tu razonamiento —las dudas que expresaste sobre el concepto de ideología. Estoy de acuerdo y puedo desarrollar tus objeciones. En particular, creo que uno de los usos principales del concepto de ideología fue el de producir una fuerte ruptura entre el científico y los demás. Por ejemplo, Althusser y aquellos influidos por él hicieron un uso simbólico muy violento del concepto. Lo emplearon como una especie de noción religiosa por la cual se debe ascender gradualmente hacia la verdad, sin estar nunca seguro de haber alcanzado la verdadera teoría marxista. El teórico estaba en condiciones de decir "Tú eres un ideólogo". Por ejemplo, Althusser aludiría despectivamente a las "así llamadas ciencias sociales". Era un modo de hacer visible una especie de separación invisible entre el verdadero conocimiento —el poseedor de la ciencia— y la falsa conciencia. Eso, según creo, es muy aristocrático —realmente, una de las razones por las que no me gusta el término "ideología" es debido al pensamiento aristocrático de Althusser.

Ahora bien, para seguir en un terreno más familiar: ¿por qué pienso que la noción de doxa es más útil? Muchas cosas que son denominadas ideología en la tradición marxista en realidad funcionan de una manera muy oscura. Por ejemplo, podría decir que todos los sistemas académicos, todos los sistemas educativos, son un tipo de mecanismo ideológico; son un mecanismo que produce una distribución desigual de capital personal, y legitiman esta producción. Tales mecanismos son inconscientes. Son aceptados y eso es algo muy poderoso, que no es aprehendido, desde mi punto de vista, en la definición tradicional de ideología como representación, como falsa conciencia. Pienso que el marxismo, en realidad, continúa una especie de filosofía cartesiana, en la cual uno tiene un agente consciente que es el docto, el sabio, y los otros, que no tienen acceso a la conciencia. Hemos hablado demasiado de la conciencia, demasiado en términos de representación. El mundo social no opera en términos de conciencia; lo hace en términos de prácticas, mecanismos, etcétera. Al emplear la doxa aceptamos muchas cosas sin conocerlas, y eso es lo que se denomina ideología. A mi criterio, debemos trabajar con una filosofía de cambio. Debemos apartarnos de la filosofía cartesiana de la tradición marxista e ir hacia una filosofía diferente, en la cual los agentes no aspiran a las cosas conscientemente, o erróneamente guiados por una falsa representación. Pienso que todo eso está equivocado, y no creo en ello.

TE: Si te he comprendido, el concepto de doxa es lo que podría llamarse una teoría de la ideología mucho más adecuada. Pero tengo dos inquietudes acerca de esa reformulación que me gustaría explicar. Una es que el concepto de doxa enfatiza la naturalización de las ideas. Aunque esto te permite enfocar los mecanismos inconcientes, ¿no es demasiado simple afirmar que toda violencia simbólica o ideología está efectivamente naturalizada? Es decir, ¿no puede la gente ser de alguna manera más crítica, incluso más escéptica, respecto de esos valores y creencias, y no obstante continuar conformándose a ellos? En otras palabras, ¿no recalcas demasiado la función naturalizadora de la ideología o la doxa? Y en segundo lugar, ¿no corres el riesgo de aceptar demasiado rápidamente la idea de que la gente legitima las formas imperantes de poder? Existen probablemente diferentes tipos de legitimación, desde una internalización absoluta de las ideas dominantes hasta una aceptación más pragmática o escéptica. ¿Qué espacio deja tu teoría para ese tipo de disenso, crítica y oposición?

PB: Esa es una muy buena pregunta. Aun en la tradición más economicista que conocemos, a saber el marxismo, creo que la capacidad para la resistencia, como capacidad de conciencia, fue sobreestimada. Me temo que lo que tengo para decir es horrible para la autoconfianza de los intelectuales, especialmente para los más generosos, los intelectuales de izquierda. Se me ve como pesimista, como desalentando a la gente y así sucesivamente. Pero creo que es mejor conocer la verdad; y el hecho es que cuando vemos con nuestros propios ojos a gente que vive en condiciones de pobreza —como las existentes entre el proletariado local, los trabajadores de las fábricas, cuando yo era un joven estudiante— resulta claro que está dispuesta a aceptar mucho más de lo que habríamos creído. Aquella fue una intensa experiencia para mí: se resignaban a muchísimo, y esto es lo que quiero decir con doxa —que hay muchas cosas que la gente acepta sin saberlo. Les daré un ejemplo tomado de nuestra sociedad. Cuando se pregunta a un universo de individuos cuáles son los principales factores de éxito en la escuela, cuanto más se descende en la escala social más creen en el talento o las dotes naturales —más creen que quienes tienen éxito están dotados por naturaleza con capacidades intelectuales. Y cuanto más aceptan su propia exclusión, más creen que son tontos, más dicen “Sí, yo no servía para el inglés, yo no servía para el francés, yo no servía para las matemáticas”. Ahora bien, ése es un hecho —desde mi perspectiva, un hecho espantoso—, que a los intelectuales no les gusta aceptar, pero que deben aceptar. Ello no significa que los individuos dominados toleran todo; pero consienten mucho más de lo que creemos y mucho más de lo que ellos saben. Es un mecanismo formidable, como el sistema imperial —un estupendo instrumento de ideología, mucho más grande y más poderoso que la televisión o la propaganda. Esta es la principal experiencia que quiero expresar. Lo que dijiste sobre la capacidad para el disenso es muy importante; éste en verdad existe, pero no donde lo buscamos —adopta otra forma.

TE: Sí, tú hablas de lo que llamas “heterodoxia”, que es un tipo oposicional de len-

guaje. Lo que los marxistas llaman pesimismo en tu obra, tu lo verías, probablemente, como realismo. Uno puede coincidir con eso, pero por otra parte sé que no quieres sonar demasiado como Michel Foucault. No quieres, en virtud de enfatizar ese realismo sustancial, introducirte en una teoría del poder que tú mismo has criticado, creo que bastante acertadamente, como demasiado abstracta, demasiado metafísica, demasiado omnipresente; y tú deseas dejar lugar para algún tipo de oposición política. Mi objeción a la idea de doxa es que pareces decir que existe internalización de las creencias dominantes y opresivas, pero que existe también, en un segundo movimiento, algo que puede ser quebrado, y de ese modo permitir que emerja una heterodoxia. Pero ¿no es eso demasiado cronológico? Quizá lo esté caricaturizando, pero ¿no es la doxa misma un asunto más contradictorio? Es decir, ¿puede la gente creer y no creer, o creer a distintos niveles?

PB: No. Esto está relacionado con el programa de la filosofía del hombre que tengamos, de la filosofía de la acción, etcétera. Yo diría que mientras se piense en términos de conciencia, falsa conciencia, inconciencia y así sucesivamente, no se pueden aprehender los principales efectos ideológicos, que la mayor parte del tiempo se transmiten a través del cuerpo. Por ejemplo, acabo de escribir una comunicación sobre los procesos de dominación masculina en una así llamada sociedad primitiva. Son los mismos que en nuestra sociedad, aunque mucho más evidentes. En el primer caso las personas dominadas, las mujeres, aprenden la dominación a través de la educación corporal. Podría entrar en detalles —por ejemplo, las niñas aprenden a caminar de determinada manera, aprenden a mover sus pies en una forma particular, aprenden a esconder sus pechos. Cuando aprenden a hablar, no dicen “yo sé”; dicen “yo no sé”. Por ejemplo, si se pregunta a una mujer por una dirección, dirá “no sé”. Nosotros tenemos un proceso equivalente, pero opera de modo mucho más sutil —a través del lenguaje, del cuerpo, de actitudes hacia las cosas que están debajo del nivel de la conciencia. Tan pronto como pensamos en estos términos, resulta claro que la tarea de la emancipación es muy difícil; es tanto una cuestión de gimnasia mental como de elevación de la conciencia. Y como intelectuales no estamos acostumbrados a ello. Yo lo denomino propensión escolástica —una propensión a la cual todos nosotros estamos expuestos: creemos que los problemas pueden resolverse sólo a través de la conciencia. Y es allí donde discrepo con Foucault, y señalaría un contraste con su importante concepto de disciplina. Disciplina, por lo menos en francés, apunta a algo externo. La disciplina se hace cumplir por una fuerza militar; se debe obedecer. En un sentido, es fácil rebelarse contra la disciplina porque se es consciente de ella. En realidad, yo creo que en términos de dominación simbólica la resistencia es más difícil, puesto que es algo que se absorbe como el aire, algo por lo que uno no se siente presionado; está en todas partes y en ninguna, y escapar de eso es muy difícil. Los trabajadores están sometidos a esta especie de presión invisible, y de esta manera se vuelven mucho más adaptados a su situación de lo que podemos creer. Cambiar esto es muy difícil, especialmente hoy en día. Con el mecanismo de la violencia simbólica, la dominación tiende a adoptar la forma de un medio de opresión más efectivo y, en este sentido, más brutal. Piensen en las sociedades contemporáneas en las que la violencia se ha tornado suave, invisible.

TE: Yo diría que hay allí una especie de ironía, porque por un lado reaccionas contra lo que percibes como un excesivo énfasis en la conciencia. Creo que eso es correcto, pero parte de la tradición marxista también lo ha señalado. Al mismo tiempo que tú desarrollabas estas teorías, la propia tradición marxista, en la obra de Althusser, cualesquiera sean sus límites, trataba de desplazar el concepto de ideología hacia un lugar mucho menos conciente, mucho más práctico, institucional, y que en cierto modo tal vez se acerca a tu propia posición.

Me gustaría considerar la cuestión de la oposición política o el pesimismo desde una perspectiva distinta, que actualmente informa un área vital de tu obra. Tú hablas muy audazmente y, creo, muy imaginativamente, sobre los mercados lingüísticos y el precio o el valor de las palabras —“formación de precios”— y traspones deliberadamente todo un lenguaje económico marxista a las esferas cultural o simbólica; y hablas del campo de lucha en el que la gente trata de acumular una suma de *capital cultural*, sea en educación, arte, o lo que fuere. Creo que eso es muy esclarecedor, al igual que tu énfasis en que al investigar el fenómeno del arte no podemos ir directamente al campo social entero, sino que primero debemos pasar por el campo artístico-cultural particular. Pienso que eso es enormemente útil. Sin embargo, ¿no podría argumentarse que operas con una noción de la totalidad de la práctica humana, la acción y el lenguaje como una guerra, en la cual los jugadores tratan de acrecentar sus apuestas, de invertir más eficazmente en perjuicio de los otros jugadores? ¿esta es una descripción verdadera de muchos campos de nuestra experiencia, pero ¿no existen otras formas de discurso, otras formas de acción que no pueden ser conceptualizadas tan fácilmente en esos términos agónicos?

PB: ¿Tú mismo estás brindando un buen ejemplo del hecho de que tales formas existen, a través de tu benévolo debate con mis ideas! De todos modos, ésa es una pregunta importante, que yo mismo me hago; estoy de acuerdo en que es un problema. No sé por qué tiendo a pensar en esos términos —me siento obligado a hacerlo por la realidad. Mi impresión es que el tipo de intercambio en el que ahora estamos ocupados es poco común. Donde esto ocurre, es la excepción basada en lo que Aristóteles llamó *φιλία* (“filía”) —o amistad, para emplear una expresión más corriente. *Φιλία* es, según Aristóteles, un intercambio económico o simbólico que se puede realizar dentro de la familia, entre padres o con amigos. Me inclino a creer que la estructura de la mayoría de los campos, de la mayoría de los juegos sociales, es tal que la competencia —una lucha por la dominación— es cuasi-inevitable. Es evidente que el campo económico; pero aun en el campo religioso verás que la descripción es justa. En la mayoría de los campos, podemos observar lo que caracterizamos como una competencia por la acumulación de diversas formas de capital (capital religioso, capital económico, etcétera), y siendo las cosas lo que son, la comunicación sin distorsión a que hace referencia Habermas es siempre una excepción. Podemos lograr esta comunicación sin distorsión solamente por un esfuerzo especial y cuando se cumplen condiciones extraordinarias.

Sólo agregaría una palabra sobre la analogía entre intercambio lingüístico e intercambio económico, a la que te referiste hace un momento. Esta analogía, desde mi

punto de vista, es muy fructífera para entender muchos fenómenos que no pueden ser tratados simplemente como comunicación, como producción de lenguaje. Algunos filósofos ingleses, como Austin, le dieron importancia a esto; ellos advirtieron la presencia de cosas muy importantes en el lenguaje —como dar órdenes, por ejemplo, o efectuar proclamas— que no se ajustan al modelo comunicacional. Hay muchas cosas que no pueden ser comprendidas en términos de comunicación pura, y por eso, al proponer mi analogía económica, trato solamente de generalizar y de darle a una percepción de la filosofía analítica, un fundamento sociológico del que carece. No critico a Austin; digo que no da cuenta plenamente de las condiciones sociales de posibilidad del proceso que describe. De modo que, aunque pueda parecer muy alejado de esta filosofía del lenguaje, estoy en realidad muy cerca.

TE: Evidentemente, estás pensando sociológicamente tanto como semiológicamente. Atravesando la totalidad de tu obra hay una suerte de subtexto constante, que es una profunda preocupación por las condiciones de tu propio trabajo —o más en general, por las dificultades de un discurso sociológico que busca, valgan lo que valgan, motivos potencialmente emancipadores para analizar la vida corriente. Es decir, hay en tu obra un muy poderoso compromiso —no siempre explícito, pero presente como una especie de sensibilidad— hacia lo que podríamos llamar, inadecuadamente, “la vida corriente”. Esta es una de las muchas direcciones en que tu obra corre paralela a la de Raymond Williams en nuestro país. Pero desde luego es difícil para un sociólogo comprometido con un discurso altamente especializado tomar esa vida corriente como objeto de análisis o incluso de contemplación. Tú, al igual que yo, no procedes de un medio intelectual; y me parece que tu obra es muy interesante porque está marcada por la tensión entre cierto sentido del valor común que no tiene nada que ver con el intelecto en primer lugar, y la otra dimensión que es analizar la institución académica —la condición social de los intelectuales y sus implicancias. ¿Piensas que esta circunstancia biográfica ayuda a explicar tus preocupaciones?

PB: Lo que dijiste es muy comprensivo y generoso. Has expresado mi sentir personal con exactitud. Intento reunir las dos porciones de mi vida, como lo hacen muchos intelectuales de primera generación. Algunos emplean medios diferentes —por ejemplo, encuentran una solución en la acción política, en algún tipo de racionalización social. Mi problema principal es poner a prueba y entender qué me ocurrió a mí. Supongo que mi trayectoria puede describirse como milagrosa— un ascenso a un lugar al que no pertenezco. Y por eso para ser capaz de vivir en un mundo que no es el mío debo tratar de entender ambas cosas: qué significa tener una mentalidad académica —cómo se crea ésta— y al mismo tiempo qué se perdió al adquirirla. Por esa razón, aun si mi obra —toda mi obra— es una suerte de autobiografía, es una obra para la gente que tiene el mismo tipo de trayectoria, y la misma necesidad de comprender.

TE: Tenemos algo de tiempo para preguntas o comentarios. ¿Desea alguien recoger alguna de las cuestiones que se presentan en la discusión?

—Se ha propuesto como argumento en contra del concepto de ideología que el marxismo atribuyó a la gente demasiada capacidad para reconocer la verdad, y que aquellos que están más abajo en la escala social son quienes menos probablemente la reconozcan. ¿El asunto no es más bien que la gente que está más abajo socialmente no tiene el poder económico que le permite concurrir a grupos de debate y escapar del estrecho círculo de su vida hogareña e identificar otras posibilidades? ¿Creen ustedes que el papel que esto tiene que desempeñar es más significativo que las aptitudes intelectuales —que la gente tiene la capacidad para conocer las más amplias verdades, pero que su situación económica y familiar le impide llegar a ellas?

TE: En mi libro argumento que toda la cuestión de internalizar, legitimar el poder autoritario es en sí misma un asunto complejo que requiere capacidad, inteligencia. Se necesita cierto grado de creatividad incluso para aceptar que uno está siendo definido de modo negativo, como humilde en la escala social o como oprimido. Y pienso que es una paradoja que la legitimación de un poder dominante no sea jamás una cosa meramente pasiva —una cuestión de aceptarlo; de manera que las capacidades a las que usted se refiere deben estar ahí incluso para que la gente acepte a un poder dominante, para que se defina a sí misma en relación con él. Yo pensaría que gran parte del trabajo de Pierre Bourdieu trata sobre las condiciones en que la gente puede o no adquirir capital.

PB: Existe una suerte de división del trabajo *de facto* de la producción social con respecto a las principales variedades de la experiencia. Muy a menudo quienes están en condiciones de hablar sobre el mundo social no saben nada sobre el mundo social, y quienes conocen el mundo social no pueden hablar sobre él. La razón por la que se dicen tan pocas cosas verdaderas sobre el mundo social radica en esta división. Por ejemplo, la doxa supone un conocimiento, un conocimiento práctico. Los trabajadores saben mucho; más que cualquier intelectual, más que cualquier sociólogo. Pero hasta cierto punto no lo saben, carecen del instrumento para aprehenderlo, para hablar sobre ello. Y tenemos esta mitología del intelectual que es capaz de convertir sus experiencia dóxicas, su dominio del mundo social, en una exposición explícita y bien expresada. Por razones sociales, ése es un problema muy difícil. Por ejemplo, si el intelectual trata de reproducir la experiencia de un trabajador, como en Francia después de 1968, se encuentra con la experiencia de un trabajador que carece de los hábitos de un intelectual. Muchas de las cosas que lo horrorizan son en realidad bastante corrientes. Debe ser capaz de incluir en su visión una descripción de la experiencia del trabajador —el hecho de que es una experiencia desde su punto de vista. Y esto es muy difícil. Uno de los motivos por los cuales los intelectuales no prestan atención, en mi opinión, es que tienen muchos intereses relacionados con el capital cultural. Les daré un ejemplo: siempre me asombró lo que dijo Marx de Proudhon; fue muy duro con él. Marx dijo: “Es un estúpido pequeño-burgués francés”; que Proudhon sólo escribía sobre estética desde el punto de vista de los estetas griegos; que Proudhon era muy ingenuo. Marx, por

su parte, aprendió griego; cuando tenía dieciocho años de edad podía escribir en griego. Trató con condescendencia a Proudhon como un pequeño-burgués maleducado, pues Marx había recibido la educación clásica propia del hijo de un alto funcionario de la monarquía prusiana. Tales distinciones son muy importantes. Cuando una busca la miga del marxismo, está allí, Proviene de la arrogancia del intelectual con capital cultural. La conducta y la mayoría de las luchas de los partidos de izquierda están relacionadas con eso: los intelectuales aborrecen y desprecian a los trabajadores, o los admiran en exceso —que es un modo de despreciarlos. Es muy importante saber todo esto; y entonces, por esa razón, el proceso de autocritica, que uno puede ejercitar estudiando la mentalidad intelectual, académica, es esencial —es, por así decirlo, una condición personal necesaria para cualquier tipo de mensaje sobre la ideología.

—¿Puedo dirigir su atención por un instante hacia el arte? Me interesa el modo en que la ideología del capital simbólico se apoya en el arte y la estética, que Ud. encara en ambas distinciones. Al final de su libro usted sostiene que la gente de cualquier lugar de la escala social suscribe el sistema de clasificación universal. Se compra la estética kantiana desde la cima hasta el fondo de la escala social. ¿Qué sucede con la economía de los bienes simbólicos si se toma en cuenta, por ejemplo, la afirmación de Fredric Jameson de que existe una proliferación de nuevos códigos culturales? Si es cierto que hay una proliferación de nuevos códigos, ¿cómo se vincula con su análisis del poder simbólico?

PB: Esa es una pregunta difícil. En mi opinión, existen mercados superiores, lugares en los que el código dominante sigue siendo absolutamente eficaz; y estos sitios son aquellos en los que se disputan los juegos principales —es decir, el sistema académico (en Francia, el sistema de las *Grandes Ecoles*, los lugares donde se selecciona a los ejecutivos). Dado que he trabajado sobre temas culturales, me referiré a ellos en mi respuesta. Tenemos una repetición de la vieja idea de que la cultura de masas, la cultura popular, etcétera, está en expansión; que la gente está ciega a aquello, que está inconscientemente atada a la diferencia de culturas. Es una forma de elegancia dominante entre los intelectuales decir “Miren estas caricaturas”, o algún otro bien cultural, “¿no revelan una gran creatividad cultural?”. Esa persona está diciendo “Ustedes no advierten eso, pero yo sí, y soy el primero en verlo”. La percepción puede ser válida; pero existe una sobrevaloración de la capacidad de estos nuevos objetos para cambiar la estructura de la distribución del capital simbólico. Exagerar el alcance de la transformación es, hasta cierto punto, una forma de populismo. Se confunde a la gente cuando se dice “Mira, el rap es magnífico”. La pregunta es: ¿esta música cambia realmente la estructura de la cultura? Yo creo que está muy bien decir que el rap es magnífico, y hasta cierto punto es mejor que ser etnocéntrico y afirmar que esa música no tiene valor alguno; pero en realidad es una manera de ser etnocéntrico, cuando se olvida lo que continúa siendo la forma dominante, y que todavía no pueden percibirse ganancias simbólicas del rap en los principales juegos sociales. Desde luego creo que debemos prestar atención a estas cosas, pero hay un peligro

político y científico en sobreestimar su eficacia cultural. Según el lugar en el que hable, puedo estar de un lado o del otro.

—Usted afirma que la violencia simbólica es violencia. ¿Qué quiere decir con eso?

PB: Yo creo que la violencia adopta formas más sofisticadas. Un ejemplo son las encuestas de opinión —por lo menos en Francia. (Me dijeron que aquí es diferente, pero en Francia las encuestas de opinión son un modo más sofisticado de controlar la opinión que el simple contacto entre los políticos y su público). Las encuestas de opinión son un ejemplo del tipo de manipulación del que hemos estado hablando —una nueva forma de violencia simbólica, de la cual nadie tiene completa responsabilidad. Necesitaría dos horas para contarles como funciona, dado que la manipulación es muy compleja. Pienso que ni una decena de personas entiende lo que ocurre —ni siquiera la gente que organiza las encuestas. Por ejemplo, los políticos —los que están en el gobierno— no conocen cómo opera el proceso, y por ende éste los domina. Es una estructura compleja con muchos agentes distintos: periodistas, realizadores de encuestas de opinión, intelectuales que comentan las encuestas, intelectuales de televisión (que son muy importantes en términos de efecto político), políticos, etcétera. Todas estas personas están insertas en una red de interconexiones, y cada una mistifica a las otras y se mistifica a sí misma al mistificar a los demás. Nadie es consciente del proceso, y éste funciona de un modo tal que nadie puede decir que Francia simplemente es gobernada por las encuestas de opinión. Para entender eso, se necesita un instrumento mucho más sofisticado que los métodos empleados tradicionalmente. Les digo eso a todos los dirigentes sindicales. Les digo: están atrasados; hemos pasado por tres guerras, ustedes están atrasados tres guerras de clases; combaten con instrumentos aptos para la lucha de clases del siglo XIX, y tienen frente a ustedes formas de poder que son muy sofisticadas.

—Me interesó mucho escuchar la referencia al “intelectual de primera generación” y a su trayectoria. Por razones obvias es todavía una raza bastante poco común; pero puesto que esa raza está ahora en edad de procrear, ¿qué pasa con los hijos de esa gente? ¿Se convierten en intelectuales de segunda generación? ¿Se van confundiendo sin marcas con las clases medias o forman una especie de subcultura? Les pregunto esto a ambos porque mi propia experiencia me hace desesperar de lo que parece suceder —la generación siguiente parece a la vez perder el vigor de la tradición obrera y de algún modo nunca entrar completamente en la tradición de la clase media—, y me interesan los comentarios de intelectuales de primera generación sobre el tema.

TE: Bueno, ¡mis hijos no quieren ver a un intelectual ni de lejos! Creo que consideran a la educación como ideología burguesa, ¡lo cual les resulta muy práctico! Usted tiene razón. Hay gran parte de verdad en lo que dice sobre no ser una cosa ni la otra, pero no veo por qué eso debería ser necesariamente una fuente de desesperanza. Creo que puede ser una posición interesante para estar en ella, ¿no es cierto? Una generación así, desde luego, ya no es más obrera —como tampoco lo es la de

sus padres—, pero además han visto a sus padres en acción y tienen verdadero recelo de los intelectuales. En otras palabras, ellos no creen que la respuesta sea ser un intelectual.

—Me gustaría recoger una observación que hizo Pierre Bourdieu acerca del intelectual joven que habla sobre el *rap*, y trasladar el foco de atención hacia la cultura. ¿No cree usted que con su noción de “habitus” corre el riesgo de oscurecer los determinantes económicos fundamentales de la posibilidad de emancipación de la gente —hablando de capital y cultura e ideología, cuando, finalmente, si no ha tenido los medios para ir y leer un libro entonces no logra la emancipación de ese modo? La otra cosa que me gustaría preguntar se refiere a la noción de *doxa*. Si la gente internaliza su propia dominación, y hasta cierto punto ésta es subconsciente y la gente está satisfecha con ella, ¿no tropieza usted con dificultades al tratar de justificar la idea de emancipación?

PB: ¿Está usted diciendo que sospecha que yo tengo una especie de prejuicio intelectual y que hay sólo una vía de escape? ¿Es ésa su impresión?

—Usted critica a los intelectuales jóvenes por hablar del *rap* como si fuera un medio de emancipación; pero en su noción de “habitus” usted incorpora a la cultura como un determinante, y es posible que enfocar a la cultura de esa manera cambie de lugar el énfasis en los determinantes económicos que, sin embargo, proporcionan acceso a los medios para la emancipación.

TE: Me gustaría formular la cuestión de este modo. Tu concentración en la cultura está quitando el énfasis en los determinantes económicos que impiden a la gente emanciparse. Estás reaccionando contra el economicismo a través del traslado de imágenes económicas a la esfera cultural, antes que a través del registro del peso de los material y lo económico en la cultura.

PB: Tal vez tenga razón. Tiendo a torcer demasiado hacia el otro lado, como decía Mao Tse-Tung, mientras trato de corregir la desviación previa. En este campo la visión crítica dominante corre el peligro de economicismo. Tiendo a insistir en los otros aspectos, pero quizás estoy equivocado. Incluso si tengo en mi cabeza un equilibrio mejor, en la exposición de mis ideas tiendo a insistir en el aspecto menos probable, menos visible —de modo que puede que tenga razón.

TE: El segundo punto es interesante —acerca de la gente que internaliza y por lo tanto se siente satisfecha con su opresión. ¿Uno no debería razonar que no puede ser realmente feliz si está oprimida?

—Pero si se habla del subconsciente —si parte del *habitus* subconsciente determina cómo se es—, entonces resulta muy difícil modificarlo. Claramente, no se puede atribuir felicidad, pero a la vez tampoco se puede atribuir tristeza; mientras que el

marxismo y la ideología exigen conservar la noción del actor luchando contra algo que se cree equivocado. Con la doxa Ud. se pierde eso; no empieza a preguntarse qué es lo importante —no hay anhelo alguno de emancipación.

PB: Creo que esta cuestión de la felicidad es muy importante. La actitud dóxica no significa felicidad; significa sumisión corporal, sumisión inconsciente, lo cual puede significar mucha tensión internalizada, mucho sufrimiento corporal. Actualmente estoy dirigiendo un estudio en el que entrevisto a personas de posición social indefinida —aquellas que ocupan lugares sujetos a poderosas contradicciones. Y trato de ser más socrático que lo habitual en estudios positivistas; procuro ayudarlas a expresar lo que sufren. He descubierto mucho sufrimiento que había sido ocultado por ese suave funcionamiento del habitus. Este ayuda a la gente a adaptarse, pero provoca contradicciones internalizadas. Cuando esto ocurre, algunos pueden, por ejemplo, volverse adictos a las drogas. Yo trato de ayudar a la persona que está sufriendo, de hacer explícita su situación en una especie de socioanálisis dirigido de manera amistosa y sostenedora. A menudo cuando hago esto los individuos experimentan una especie de placer intelectual; dicen "Sí, entiendo lo que me pasa". Pero a la vez es muy triste. Carezco de la auténtica confianza que tienen los psicoanalistas; ellos esperan que la conciencia sea una historia de tristeza, y responden con tristeza cuando el individuo dice "Mire lo que me ocurrió, ¿No es terrible?". Hasta cierto punto el trabajo social es así: cuando lo haces, te castiga. Esta es una situación que se presenta muy a menudo, y no contradice lo que sostengo sobre la doxa. Se puede estar muy bien adaptado a este estado de cosas, y el dolor procede del hecho de que se internaliza un sufrimiento silencioso, que puede encontrar expresión corporal, bajo la forma de auto-aborrecimiento, de auto-castigo.

[Traducido de *New Left Review*, N° 191, enero- febrero de 1992, por Jorge Cernadas. Revisión técnica de Martha Rosenberg]

Maurice Godelier

Incesto, parentesco, poder

1.

Ensayo de definición de los componentes de base del parentesco

Todo sistema de parentesco combina tres conjuntos de relaciones que constituyen los componentes de base del parentesco. Relaciones entre padres e hijos, relaciones entre hermanos y relaciones entre aliados. Estas relaciones sociales nacen por la acción de las formas y normas que cada sociedad impone —con mayor o menor éxito— al proceso de reproducción biológica de los individuos y de la sociedad.

Estas normas tratan de regular la unión de los sexos y de determinar la identidad y el status social de los niños que nacen de estas uniones (y al mismo tiempo de los que nacen fuera de ellas). Dichas normas y las relaciones concretas que las encarnan, constituyen las condiciones y los componentes de un proceso que se encuentra en toda sociedad: la apropiación de cada uno de los individuos que nacen en cada generación por otros individuos pertenecientes a generaciones anteriores, que son reconocidos (y se reconocen) como asociados a su nacimiento y ligados por él.

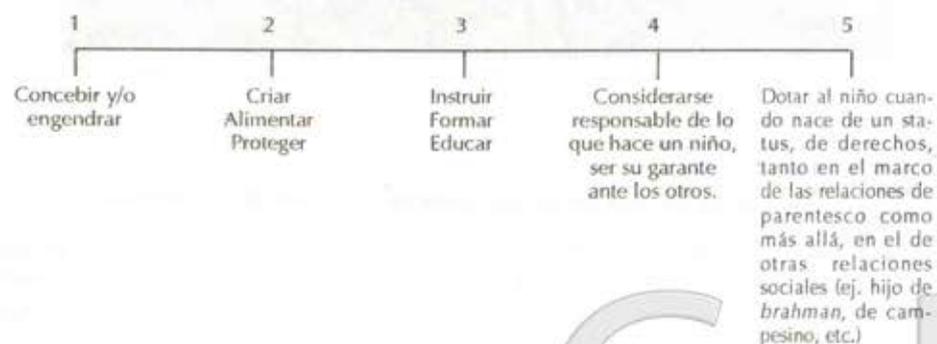
Y, a través de esos individuos de generaciones anteriores, es alguno o el conjunto de los grupos sociales, de parentesco y otros, a los cuales pertenecen ellos mismos, quienes se apropia(n) los individuos de la nueva generación. El funcionamiento de las relaciones de parentesco se presenta, de esta manera, como un proceso de reproducción social directamente ligado al proceso de reemplazo biológico de las generaciones.

Las relaciones de parentesco suponen entonces la existencia de relaciones biológicas a las cuales se articulan directamente y a las que hacen servir para la producción de un orden social, subordinándolas a un cierto número de normas que se expresan, como toda norma, por representaciones y símbolos. Estas relaciones biológicas son:

- a) la existencia de *dos sexos diferentes* cuya unión era, hasta ahora, necesaria para engendrar otros individuos de los dos sexos;
- b) el engendramiento de individuos nuevos implica la aparición y la *sucesión de generaciones distintas*;

c) el orden de nacimiento de individuos de cada generación, da lugar entre ellos a relaciones de primogénito a menor.

El primer grupo de relaciones sociales que componen "el parentesco" está constituido por las relaciones entre Padres e Hijos. Dejaré de lado por el momento, los problemas planteados por la existencia de distinciones entre *genitor* y *pater*, *genitrix* y *mater*, etc., para considerar las diversas funciones que deben asumir los individuos para ser considerados como los padres de otros individuos. Retomo a cuenta mía el resultado de los análisis de Esther Goody que distingue cinco grupos de funciones que conciernen la *Parenthood* (en francés no existe término equivalente a éste inglés. "Parentalidad" es un neologismo que suena demasiado mal para que se lo sugiera).



De estas cinco funciones, en general la primera y la última predominan sobre las otras y hacen que las mismas personas que han asumido las funciones 1 y 5 asuman frecuentemente las funciones 2, 3, 4. Pero hay numerosos ejemplos que no implican este orden, esta secuencia. Por supuesto que estas funciones no pueden ser asumidas de la misma manera por los hombres y por las mujeres y, sobre todo, están distribuidas de distinta manera entre el padre (y el grupo paternal) y la madre (y su grupo de parentesco) según que las relaciones de parentesco, o por lo menos los principios de "descendencia" que las estructuran sean matrilineales, patrilineales, bilineales o cognáticas. Es así que entre los Trobriand matrilineales, el marido es considerado como el padre (social) del hijo pero no como su genitor. Se supone que su esperma nutre (función 2) al feto y le da forma en el vientre de la madre, pero no contribuye en nada a su concepción (función 1). La madre es la única que dota al niño de un status y derechos (función 5).

Además las funciones pueden ser redistribuidas entre varias personas, por ejemplo, entre el padre y la madre, o entre el padre y todos sus hermanos en los sistemas que identifican los hermanos del padre al hermano (FB=F) como en los sistemas de tipo iroqués. Los Mosi (patrilineales de Alto Volta) distinguen entre la madre que da nacimiento al niño, la madre que hace engordar y da al niño su primera educación y la madre que es responsable del niño cuando ha crecido (cf. S. Lallemand). Por otra parte, dado que las relaciones entre Padres e Hijos (P/C), sucediéndose y adicionándose, engendran las relaciones de Padres a Hijos de Hijos (PP/CC) y luego de (PPP/CCC), etc., las

funciones 2,3,4,5, se extienden a través de varias generaciones. (Todos los sistemas de parentesco tienen en cuenta la existencia de al menos cinco generaciones: la de ego (G⁰), dos generaciones ascendentes (G, G) y dos generaciones descendentes (G, G).)

El segundo grupo de relaciones sociales engendradas por el funcionamiento de relaciones de parentesco es el conjunto de relaciones entre Hermanos*. Se llaman Hermanos los individuos de los dos sexos que se encuentran ante otros individuos de los dos sexos en una relación idéntica de hijos a padres C/P. Habida cuenta de la diferencia entre los sexos, las relaciones entre Hermanos recubren dos tipos distintos de relaciones, entre los Hermanos del mismo sexo y los de sexo opuesto.

Las relaciones de "Hermandad" existen en el interior de cada generación. Se aplican entonces a los Padres, a los Padres de los Padres, a los Hijos, a los Hijos de los Hijos, etc., en resumen, caracterizan todas las generaciones reconocidas en un sistema de parentesco (G -G) y dan origen a la distinción entre parentesco en línea directa y parentesco en línea colateral, distinción que no necesariamente es hecha a nivel de la terminología. A su vez, el Parentesco colateral puede dividirse entre Parientes directos y Parientes cruzados según que los colaterales provengan de Hermanos del mismo sexo o del sexo opuesto al de cada uno de los parientes de Ego (sistema iroqués).

La distinción entre paralelos y cruzados puede ser hecha o no. Según que el parentesco en línea directa se distinga o no del parentesco en línea colateral, pueden ser construidos seis tipos de terminología de parentesco, los tipos Hawaiano, Esquimal, Iroqués, Sudanés, Crow y Omaha¹, siendo estos dos últimos transformaciones del tipo Iroqués. Todos los sistemas de parentesco que existen en el mundo utilizan una terminología que procede de uno u otro de estos tipos y, en ciertos casos, combina fórmulas pertenecientes a dos de ellos.

La terminología francesa de parentesco pertenece al tipo Esquimal. Existen en francés términos diferentes para los Hermanos y los primos, pero el término primo designa indiferentemente los hijos de los hermanos y hermanas de mi padre y de mi madre. Ninguna distinción se hace entre primos paralelos (salidos de un hermano o de una hermana de la madre) y primos cruzados (salidos de una hermana del padre o de un hermano de la madre). Esta terminología concuerda con el hecho de que el sistema francés es de tipo cognático con inflexión patrilineal. Pero con estos términos, cognático, patrilineal, abordamos un aspecto fundamental del parentesco: la distinción entre las relaciones de filiación y los principios de *descendencia*, distinción que proyecta viva luz sobre aspectos esenciales del parentesco y ha sido elaborada por la escuela anglo-sajona de Rivers a Meyer-Fortes y Leach, mientras que Lévi-Strauss y Louis Dumont nunca lo tuvieron en cuenta.

* *Germain* en el original, designa la relación entre hijos de los mismos padres sin distinción de sexo. En francés hay vocablos diferentes para hermana [*soeur*] y hermano [*frère*], cosa que no ocurre en castellano [N. de T.].

¹ F. Héritier señala según Murdock, que es posible construir una terminología que plantearía la identidad de los primos cruzados y de los Hermanos (H=X) pero los opondría a los primos paralelos [(G=X)=P]. Subraya que tal sistema no se encuentra en ninguna parte en la realidad y explica esta inexistencia por el hecho de que tal sistema pondría en cuestión el principio de la dominación masculina que le parece un principio interno esencial del parentesco.

Pero previamente concluyamos, a propósito del conjunto de las relaciones engendradas por los vínculos Padres/Hijos (PP/CC, PPP/CCC, etc.) y por las relaciones entre Hermanos, hijos de Hermanos, Hermanos de los padres, etc. Este conjunto constituye lo que se denomina relaciones de consanguinidad. Hay que constatar, por el momento, que las relaciones de consanguinidad *no contienen en sí mismas* ningún principio que privilegie a ciertos parientes relativamente a otros, el lado del padre en relación al de la madre o viceversa. Las dos líneas son distintas y se presentan como equivalentes y complementarias. La *filiación* que vincula a los individuos entre sí en el seno de este universo de relaciones es, efectivamente, de *naturaleza bilateral*. Las relaciones de consanguinidad son pues, en su esencia y en su fondo *relaciones cognáticas*, es decir, relaciones que suman y combinan tanto las que pasan por los hombres (relaciones agnáticas) como las que pasan por las mujeres (relaciones uterinas).

Estas relaciones cognáticas constituyen la materia prima de las relaciones de parentesco, *el material de base* sobre el cual pueden intervenir eventualmente otros principios, que privilegiando algunas relaciones de filiación en detrimento de otras reestructuran el conjunto de las relaciones de consanguinidad dándoles una inflexión y formas nuevas. Estos principios conciernen la manera en que es establecida la descendencia de un individuo cualquiera, hombre o mujer, en el seno de un sistema de parentesco determinado.

2. Filiación y descendencia

Todos los modos de descendencia conocidos son engendrados por la puesta en acción de principios que plantean, ya sea la no equivalencia de los hombres y las mujeres en materia de transmisión de la identidad, del rango, del nombre, del status, de las riquezas, etc., ya sea su equivalencia.

La primera fórmula es la de los sistemas que se construyen a partir de un único principio unilineal o que combinan de manera variada los dos principios unilineales, patri y matrilineales.

En los sistemas unilineales la descendencia pasa por un sexo con exclusión del otro. Pero se puede también combinar de diversas maneras los dos principios unilineales, acumulándolos o haciéndolos actuar de manera paralela o cruzada. Entre los Yakö de Africa, cada individuo, hombre o mujer, pertenece simultáneamente a dos grupos de descendencia, al patrilineaje de su padre, del padre de su padre, etc. y al matrilineaje de su madre, de la madre de su madre, etc. En el seno de estos dos grupos circulan elementos distintos de la realidad social: la tierra es transmitida por los hombres en su patrilineaje, las funciones religiosas, los saberes rituales son transmitidos por las mujeres en su matrilineaje. En otra parte, los dos principios, en lugar de agregarse, actúan separadamente, de forma paralela como en los Apinayé de Amazonia o de forma cruzada como en los Mundugumor de Nueva Guinea. En los dos casos es el sexo del individuo el que determina el principio que le será aplicado. Entre los Apinayé el principio es patrilineal entre padre e hijos y matrilineal entre madre e hijas. Entre los Mundugumor es a la inversa, el principio es matrilineal de madre a hijo y patrilineal de padre a hija. Estos dos últimos sistemas son raros y todavía

mal conocidos. De todos modos, en todos los sistemas uni o bilineales los status del hombre y de la mujer nunca son equivalentes. Ya sea privilegiado el hijo, o lo sea la hija, o que cada sexo sea el punto de pasaje obligatorio para la transmisión de ciertos elementos de la realidad social, pero no para otros.

Por el contrario, en los sistemas no lineales, la transmisión de las identidades, de los status, de la tierra, etc., puede pasar tanto por los hombres como por las mujeres. Hermanos y hermanas, hijos e hijas son en lo que concierne a la transmisión de estas realidades sociales materiales, "equivalentes" y esta equivalencia se prolonga más allá de su matrimonio, en sus hijos que, sin embargo, surgen de una mezcla con otras líneas, con otras "sangres". En realidad, con frecuencia se constata la existencia en estos sistemas cognáticos de "inflexiones" patrilineales o matrilineales cuando algunos elementos de la sociedad pasan exclusivamente por los hombres o por las mujeres. En Francia, por ejemplo, aún muy recientemente, los niños debían llevar el apellido de su padre. Ahora pueden elegir llevar el de su madre cuando llegan a la mayoría.

Distribución mundial de los modos de descendencia

Patrilineales	Matrilineales	Bilineales	No lineales
44%	15%	5%	36%

Fuente: R. Keesing: *Kin groups and social structure*, Holt, Rinehart, New York, 1975.

La distinción entre filiación y descendencia nos muestra cómo las relaciones de parentesco funcionan manipulando las relaciones de sexo y de generación que existen entre los individuos, como uno de los lugares y de los engranajes esenciales de la reproducción, de la continuidad de diversos componentes de la sociedad, la propiedad de la tierra, la sucesión en las funciones religiosas o políticas, la permanencia de una clase superior o inferior. Las relaciones de parentesco están pues, constantemente penetradas e investidas por realidades sociales que en su origen o en su contenido no tienen nada que ver con ellas, ni con la sexualidad, que las relaciones de parentesco son la primera institución en gestionar.

Lo que es fundamental en estos procesos, es que realidades que no tienen nada que ver directamente con el parentesco, y todavía menos con la sexualidad, *estructuran* las relaciones de parentesco y *se metamorfosean* en aspectos, en elementos del mismo. Pero la metamorfosis no se detiene allí, pues todo lo que es parentesco se vuelve a encontrar al fin investido en la sexualidad, ya que todo lo que es parentesco se redistribuye entre los individuos según su sexo y su edad y se metamorfosea en *atributos* de su *persona*, es decir, finalmente, de su sexo.

Toda clase de relaciones sociales que desbordan el parentesco se encuentran — por acción de uno o varios principios de descendencia— canalizadas, conducidas por ciertas relaciones de parentesco y adquieren la figura de aspectos del parentesco antes de (recuperarse) volver a encontrarse finalmente investidos en la sexualidad donde comienzan a significar la diferencia entre los sexos. A través del parentesco,

el cuerpo de cada individuo comienza a funcionar desde su nacimiento, como una máquina ventrílocua de la sociedad.

Veamos un poco más de cerca cómo el juego del parentesco metamorfosea en elementos de su propia sustancia realidades que lo desbordan. Para esto examinemos el efecto de la intervención de un modo de descendencia sobre el juego del parentesco. Sobre el plano de las estructuras de los sistemas de parentesco, esta intervención tiene el doble efecto de privilegiar algunas relaciones de filiación y ponerlas en primer plano de la escena en la medida en que están investidas de funciones sociales importantes. Las otras relaciones, sin dejar de existir, son desplazadas a un segundo plano o, desprovistas de peso social, se borran hasta convertirse en sombras de relaciones que, sin embargo pueden readquirir vida y forma en ciertas circunstancias. Es así que los sistemas lineales reprimen, sin hacerlos desaparecer, las estructuras cognáticas de la consanguinidad. Los sistemas cognáticos, por el contrario, acuerdan una importancia secundaria a las relaciones de filiación lineal que pasan por un solo sexo con exclusión del otro.

Todos los modos de descendencia permiten, pues, *hacer una selección* entre todos los individuos que en una sociedad se encuentran emparentados de una manera u otra, próxima o lejana. Y reagrupar aquéllos que se reconocen ligados entre sí por el tipo de relaciones de parentesco que el sistema privilegia. Pero tales reagrupamientos de individuos pueden realizarse de dos maneras: una centrada sobre un individuo, un Ego cualquiera que reagrupa a su alrededor una parte de sus parientes, su parentela, la otra descentrada en relación a todo individuo vivo y tomando su punto de apoyo, su referencia en uno (o una) o varios individuos muertos pertenecientes a un cierto número de generaciones anteriores y consideradas real o ficticiamente como los ancestros de un cierto número de individuos vivientes. Este descentramiento en relación al presente, a los vivos, abre la posibilidad — sin que eso sea una consecuencia automática — de que se formen grupos de individuos emparentados que se sienten solidarios, porque se saben compartiendo, por sus relaciones — que son las privilegiadas por el modo de descendencia — una misma *identidad* surgida de los mismos ancestros. Estos grupos bautizados por los antropólogos linaje, clan, etc. exceden por principio “la familia” inclusive las familias llamadas “extensas”.

Se componen de todos los individuos *muertos, vivientes o por nacer* que han estado, están o estarán ligados a los ancestros de referencia según los principios del modo de descendencia. Tales selecciones, tales agrupamientos, se hacen casi automáticamente en el caso de los modos de descendencia uni o bilineales. Son más difíciles de efectuar en los sistemas cognáticos que para poder dar a los grupos de parentesco un contorno bastante neto, un principio de cierre, deben recurrir a varios criterios a la vez, de los cuales algunos son tomados fuera del parentesco: la descendencia será calculada por ejemplo, a partir de una o un ancestro o de un par de Hermanos opuestos, pero los derechos asignados a esta descendencia serán perdidos en caso de no residencia prolongada en la tierra de este ancestro o de casamiento con alguien de condición inferior, etc.

Estos grupos, en principio más vastos que la familia, no son, sin embargo, un resultado automático de la acción de un modo de descendencia. Parece necesario que

se agreguen otras condiciones para que estos grupos se constituyan. Sin entrar en mayores precisiones, digamos que se necesita que junto con la consanguinidad compartida (que puede o no corresponder a relaciones biológicas reales) existan otras realidades, heredadas de ancestros comunes y consideradas como vitales en esta sociedad, que sus descendientes quieren y deben conservar preciosamente, administrar en común y transmitir a sus propios descendientes.

Estas realidades heredadas y compartidas pueden ser tanto la tierra, poderes mágicos, títulos, status, en resumen, ser materiales y/o inmateriales. Lo esencial es que los individuos sólo tienen acceso a ellos si pueden demostrar que descienden de los ancestros fundadores y donadores, según el *camino de parentesco* que *da derecho a ellos*. Se percibe inmediatamente a qué trabajo ideológico formidable debe dedicarse el espíritu, para permitir a las referencias a la “sangre”, a la “carne”, a los “huesos” o al “esperma”, compartidos o no, asumir dos funciones complementarias, indispensables para el ejercicio del parentesco, para su articulación con otros dominios de la vida social: por una parte legitimar *la exclusión* de numerosos parientes, cercanos y lejanos, de la utilización y el reparto de las “realidades heredadas”; por otra parte, legitimar la manera en que aquéllos que las heredan *deben* utilizarlas y transmitir las a su vez a los descendientes apropiados, agregando eventualmente a esta herencia lo que hayan podido acumular en su vida. El parentesco está obligado, por lo tanto, a atribuir o denegar a la paternidad, a la maternidad, a la fraternidad, etc. derechos y deberes y a inventar sus razones en lenguaje mismo del parentesco.

Desde luego, sea el sistema patrilineal, matrilineal cognático, todas las razones inventadas para justificar que aquí sea el hombre el único punto de pasaje de la identidad de cada uno y de las realidades heredadas de los ancestros, y que allá lo sea la mujer, son *tan imaginarias* unas como otras, y todas estas razones imaginarias se expresan en formas de vivir estas relaciones sociales y en símbolos. Al final, por el juego del parentesco, todas terminan por penetrar en el cuerpo de cada miembro de la sociedad y modelarlo según su orden.

El parentesco está, pues, estructurado por realidades que no tienen nada que ver con la unión de los sexos y el engendramiento de los niños: sea el uso de las armas, las técnicas de caza, los cultos de fertilidad, la forma colectiva o individual de la propiedad de la tierra o del ganado, etc. Y se comprenderá que no puede — si debe hacerlo — más que proporcionarle en su lenguaje y con sus medios, una legitimidad doblemente imaginaria — imaginaria en términos de relaciones y de principios de parentesco, e imaginaria en términos de relaciones entre los sexos.

Pero *lo que está en juego* en estos mecanismos no es, eso sí, imaginario. Pues a través de las relaciones de parentesco no son sólo la tierra, los poderes mágicos y religiosos, etc. los que pueden seguir siendo apropiados: son todos los nuevos miembros de la sociedad que se suceden generación tras generación; son todos los niños que, según las reglas propias a cada sistema de parentesco, son *apropiados* en cierta forma *por adelantado* por un cierto número de individuos de las generaciones anteriores y por los grupos sociales a los cuales estos individuos pertenecen. El parentesco es, en todas las sociedades el lugar en el que por anticipado se prepara y comienza la apropiación del individuo por la sociedad.

Nuestro análisis ya nos permite avanzar la hipótesis de que la aparición de los diversos modos de descendencia y por lo tanto de apropiación de los niños no es un efecto del desarrollo "autónomo" del parentesco. Es el efecto de desarrollos internos al parentesco, pero en respuesta a presiones, a problemas nacidos más allá del parentesco, fuera de él. Se plantea la cuestión de saber por qué existen estos modos de descendencia, lo que permitiría conocer por qué en tal sociedad, en tal época, apareció y se desarrolló tal modo de descendencia. Infortunadamente nadie puede aún responder a esta clase de pregunta. Nadie ha podido establecer correlación significativa entre la presencia de tal o cual modo de producción y la de tal o cual modo de reproducción, tal modo de descendencia, tal sistema de parentesco. En Europa los sistemas de parentesco son desde hace siglos de tipo cognático y no parecen haber sido trastornados por la desaparición del sistema feudal, el nacimiento y la dominación del capitalismo, la imposición y posterior descomposición del socialismo burocrático militar.

Todos estos cambios sociales tienen sin embargo sus efectos en y sobre el parentesco, pues éste ha debido adaptarse, en la transmisión de los patrimonios entre generaciones, tanto a la generalización como a la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. El parentesco evoluciona, los sistemas de parentesco cambian, pero cambian lentamente y la evolución de un sistema de parentesco da nacimiento siempre a otro sistema de parentesco y no a castas, clases u otros grupos sociales de ese tipo. Será necesario entonces, buscar fuera del parentesco las razones de la aparición de castas, órdenes o clases que, una vez aparecidos hacen servir reiteradamente las relaciones de parentesco a su propia reproducción, evolucionando al mismo tiempo de una manera y a un ritmo muy ampliamente independiente de la reproducción de las relaciones de parentesco.

Digamos únicamente que la gran fuerza del parentesco es la de constituir un conjunto de relaciones personales, íntimas, heredadas o presentes desde el nacimiento, es decir, incluso antes de toda experiencia de la vida y del otro, y que constituyen habitualmente el primer soporte indispensable al descubrimiento del otro y del aprendizaje de la vida. La consanguinidad es una fuente de derechos y de obligaciones que *preceden todo contrato* que un individuo pueda hacer en su vida con otro por tal y cual razón. Pero el parentesco no se reduce a la consanguinidad, pues a raíz de la prohibición del incesto, cada uno, hombre o mujer, debe en principio buscar más allá de sus consanguíneos más cercanos la persona del sexo opuesto con quien puede unirse legítimamente y tener hijos. Por efecto de la prohibición del incesto, todo sistema de relaciones de parentesco comporta un tercer conjunto de relaciones: las relaciones de alianza que se instalan entre dos individuos y entre los grupos a los que pertenecen en oportunidad del casamiento de dos de sus miembros. De alguna manera el parentesco se desdobra. El padre de un hijo se convierte en el suegro de su nuera, etc. Notemos —como lo ha señalado desde hace mucho tiempo Lévi-Strauss— que en muchos sistemas en los que el casamiento está prescrito con tal o cual categoría de parientes consanguíneos (la hija del hermano de la madre por ejemplo), con frecuencia no existe terminología distinta para designar los aliados. El término que designa al hermano de la madre significa al mismo tiempo el padre de la esposa. Pasaremos rápidamente sobre las

relaciones de alianza, ya que volveremos a hablar de ellas más largamente a propósito de la prohibición del incesto.

3. El matrimonio y las relaciones de alianza

Abordamos el tercer componente de las relaciones de parentesco, las relaciones de alianza instituidas por el matrimonio. En realidad a este tercer componente está asociado un conjunto de reglas de residencia de la nueva pareja después del matrimonio, reglas que constituyen un cuarto componente del parentesco, pero sin producir por sí mismas relaciones de parentesco. Después del casamiento, la pareja irá a vivir a la casa del marido (residencia virilocal) o a la de la mujer (r. uxorilocal), a la casa del padre del marido (r. patrilocal), a la de la madre de la mujer (r. matrilocal), a la del tío materno de la mujer (r. avunculocal) o tendrá una residencia propia (r. neolocal). Podrá también alternar los tipos de residencia, etc. Este aspecto del parentesco es importante porque determina con quién crecerán los hijos de la nueva pareja, con quién estará asociada la pareja misma por un tiempo o de manera durable en el curso de su existencia, sobre la tierra de quién vivirá y trabajará, etc.

Pero volvamos al matrimonio y a la alianza, en donde tenemos, de nuevo, una zona de alta turbulencia científica, fuente inextinguible de debates y disputas entre los antropólogos. Estos no alcanzan a ponerse de acuerdo sobre una definición del matrimonio y en consecuencia sobre la familia. En este tumulto la posición de Lévi-Strauss (1945) parece clara y precisa, y sin embargo, es en parte en reacción a los hechos y los problemas que ella deja de lado, que han surgido los debates y se han desarrollado las polémicas. Recordemos esta posición que se presenta bajo la forma de un silogismo: desde que se instituye, la prohibición del incesto 1) obliga a la exogamia, 2) ésta se realiza por el intercambio de mujeres entre los hombres, que precede al matrimonio y le da sentido. La teoría de Lévi-Strauss presupone pues como un hecho ahistórico y por lo tanto propio de todas las épocas de la historia, la dominación de los hombres sobre las mujeres, dominación que tendría sus fundamentos más allá de la cultura, en la naturaleza biológica de nuestra especie.

De Jack Goody (1952) a Leach (1961) y Needham (1970) nuevos análisis han llegado a dismantelar en parte los hechos y las deducciones implicadas en esta hipótesis. Poco a poco la comodidad de las definiciones simples del matrimonio y de la familia ha desaparecido. Jack Goody, por ejemplo, ha subrayado que el matrimonio no era una transferencia de personas entre dos grupos, sino una transferencia de derechos sobre estas personas y sobre los servicios que ellas pueden rendir. Enumera entre los servicios: 1. los servicios sexuales; 2. los servicios domésticos; 3. los servicios económicos cuando hombre y mujer participan en procesos de producción o de intercambio; 4. el derecho de residir en alguna parte; 5. el derecho de apropiarse las capacidades de procreación reconocidas a hombres y mujeres; 6. el establecimiento de relaciones de ayuda y cooperación no solamente entre dos individuos, sino entre los grupos de parentesco a los que pertenecen (las relaciones de alianza creadas por el matrimonio, que desbordan ampliamente a los esposos).

Jack Goody mostró fácilmente que las múltiples formas de matrimonio y de familia conocidas casi nunca combinaban estos seis elementos. En los sistemas matriline-

ales la familia de la mujer no cede jamás las capacidades reproductivas de ésta, ya que los niños a los que ella da nacimiento le pertenecen. En ciertas sociedades matrilineales, los Rhadès, matrilineales y matrilocales de Vietnam, son los hombres los que circulan entre las mujeres y éstas aportan una dote (*groomwealth*) a la familia de su futuro marido. Entre los Ashanti, matrilineales, el casamiento no implica la formación de una familia conyugal. El marido vive en casa de su madre o de su hermana y la esposa lo visita por la noche. Entre los M'Kako, patrilineales, los hombres viven en la casa común de su linaje. Visitan a la noche a una esposa que vive en una residencia separada. Entre los Nayar, matrilineales, las mujeres viven con su hermano. Se casan ritualmente y su marido ritual tiene derechos sexuales sobre ellas por varios días, después desaparece de su vida y ellas toman amantes con la autorización de su hermano. Los niños que nacen, de todas maneras, no pertenecen ni al marido ni a los amantes, sino a su matrilinaje, etc.

Entre los Nuer, dos mujeres pueden casarse si la primera da una dote para casarse con la segunda. Esta toma amantes que le hacen niños que pertenecen a "su marido" que los niños llaman "padre". Lo mismo ocurre entre los Lovedu, cuya reina desposa mujeres, pero practica secretamente el incesto con sus hermanos. Es una niña nacida de estas relaciones incestuosas quien la sucede, etc. En las sociedades poliándricas, una mujer desposa varios hermanos a la vez y los hijos o pertenecen al mayor o son atribuidos sucesivamente a cada uno de los hermanos, etc.

En resumen, estos pocos ejemplos muestran que el modo de descendencia pesa sobre la alianza e imprime su forma al matrimonio y la familia. Muestran también que, en todos los casos, pasan dos cosas con el matrimonio: 1. las relaciones sexuales son oficializadas y, según los casos, el marido tiene derecho o bien a la exclusividad de los servicios sexuales de la mujer, o bien a una cierta prioridad, o bien debe compartirla con otros según un procedimiento institucional que evita los conflictos; 2. el matrimonio es ocasión de recordar los derechos que tienen los grupos de parentesco implicados en la alianza a apropiarse de los hijos que pueden nacer después de que éste es hecho público, e igualmente, fija la identidad de los que *deberán* criar, nutrir, proteger, educar a esos niños. La maduración tardía de los hijos de los hombres impone a la sociedad fijar reglas para su atribución y su crianza. El cuadro se hace complejo, las líneas se enredan y sería necesario decir mucho más. Nos contentaremos con examinar de cerca las tesis de Lévi-Strauss sobre el incesto, el matrimonio y la emergencia de la cultura, la invención de la sociedad.

4. Formas y fundamentos de la prohibición del incesto

En cierta manera, existen dos tabús del incesto, que corresponden a dos tipos, o dos niveles de análisis. El primero está fuera de discusión. La prohibición del incesto aparece como una condición indispensable a la reproducción de las relaciones de parentesco, ya que impidiendo la unión sexual entre madre e hijo, padre e hija, hermano y hermana, mantiene distintas y disyuntas relaciones de parentesco que, si no, se confundirían entre sí. El parentesco se derrumbaría sobre sí mismo. En esta óptica, lejos de explicar la aparición del parentesco, la prohibición del incesto presupone su

existencia. Juega un papel importante, pero no fundador, de ahí las críticas que le dirigen Peter Wilson, Meyer-Fortes a Lévi-Strauss.

Pero la originalidad de Lévi-Strauss no está allí. Está en la afirmación de que el tabú del incesto constituye una ruptura radical con la naturaleza, el corte de donde han surgido no sólo las relaciones de parentesco, sino la sociedad humana "auténtica". En esta perspectiva, el tabú del incesto es a la vez condición de la producción del parentesco e invención de la sociedad. Pero ¿por qué esta ruptura? ¿Es la evolución natural que habría conducido al hombre a actuar sobre su propia naturaleza, a oponerse a los deseos de su propia sexualidad? En 1966, dos decenios después de **Las estructuras elementales del parentesco** (1947), Lévi-Strauss reafirmaba: "Persisto en creer que la prohibición del incesto se explica enteramente por causas sociológicas." ¿Cuáles fueron estas causas? ¿Cuáles son? Pues es necesario que continúen existiendo y actuando sobre el modo de organización de la sociedad humana.

Lévi-Strauss las ha descrito en el artículo que consagró en 1956 a "La Familia": "Como Taylor lo ha demostrado hace casi un siglo, la explicación última es que la humanidad ha comprendido muy temprano que para liberarse de una lucha salvaje por la existencia, estaba arrinconada ante una elección muy simple: *either marrying or being killed out*. Tenía que elegir entre familias aisladas y yuxtapuestas como unidades cerradas, perpetuándose por ellas mismas, sumergidas por su miedo, sus odios y sus ignorancias y, gracias a la prohibición del incesto, la institución sistemática de cadenas de inter-matrimonios, permitiendo edificar una sociedad humana auténtica sobre la base artificial de lazos de alianza a pesar de la influencia aislante de la consanguinidad e incluso contra ella".

Para poner fin a una existencia miserable, engendrada por el aislamiento de las familias animales, la humanidad se habría obligado concientemente a la cooperación intercambiando entre sí una parte de ella misma, las mujeres. En esta teoría lo que amenaza a la sociedad no es la sexualidad, es el aislamiento, el egoísmo social de las familias biológicas que ponían en peligro la supervivencia de la humanidad.

Detengámonos sobre esta descripción de la vida de nuestros ancestros. Constatamos que no viven en sociedad, es decir en comunidades o en bandas, sino en familias biológicamente aisladas que se perpetúan por ellas mismas, es decir por el incesto. En esta visión de las cosas, en el origen existe la familia pero no la sociedad, existe la competencia pero no la cooperación y el incesto es practicado entre consanguíneos.

Es igualmente interesante notar que los lazos de alianza son opuestos por Lévi-Strauss a la consanguinidad como una realidad artificial, marca de la invención humana, cuando hemos visto cuánto los modos de descendencia recortan, también artificialmente, la consanguinidad. Pero, no habiendo nunca Lévi-Strauss prestado atención seriamente a la distinción entre filiación y descendencia, sólo puede oponer una consanguinidad natural, biológica, a lazos de alianza artificiales, culturales. Por otro lado, parece probable que nuestros ancestros no vivieran en familias aisladas, sino en bandas multimachos y multihembras que controlaban un territorio determinado, a la imagen de las sociedades de chimpancés. Es difícil ver finalmente, cómo para superar sus miedos, sus odios originados por su soledad familiar, el hom-

bre habría "inventado" la sociedad. Esta es un modo de existencia aparecido en el curso de la evolución, que caracteriza a ciertas especies de reproducción sexuada. Somos una de esas especies perteneciente al orden de los primates. Lo que el hombre se ha demostrado capaz de hacer, no es de inventar la sociedad sino de transformarla, de producir nuevas relaciones sociales, de producir sociedad.

Si somos una especie de primates, ¿podríamos aprender algo del conocimiento de las otras especies? Leyendo los trabajos de los primatólogos, diversos comportamientos biológicos constituirían otros tantos mecanismos de evitación del incesto entre individuos genéticamente cercanos. En el momento de la pubertad, los jóvenes babuinos machos dejan su banda, mientras que entre los chimpancés son las hembras jóvenes las que lo hacen también en el momento de la pubertad. Por otra parte, se constata que después de un período de apego inicial intenso, las hembras comienzan a forzar a sus cachorros a desprenderse de ellas, y lo hacen más agresivamente con sus hijos que con sus hijas. Por lo demás, los acoplamientos madre-hijo existen, pero parecen producirse nada más que cuando la madre no está en estro, y con el fin de calmar a un joven macho agredido que se ha refugiado cerca de su madre. Se comprende la prudencia de muchos etólogos, pero algunos primatólogos no vacilan en bautizar "exogamia" a la dispersión de los animales púberes e "intercambio" entre dos bandas a la integración en otra banda. Algunos hablan incluso de matrilineajes o patrilineajes en tal o cual especie. Para concluir provisoriamente, digamos que parecen existir en la naturaleza mecanismos que tienen por efecto disminuir la frecuencia de los acoplamientos consanguíneos y que estos mecanismos se suman. Pero lo que no está zanjado, es saber si se trata de componentes del mecanismo de la selección natural.

Lo que parece asegurado es que la sexualidad es fuente de tensiones y competencias en el seno de la sociedad de primates, que los momentos en que las hembras están en estro son momentos que agudizan esta tensión, y que la pubertad es un momento crítico, tanto en el desarrollo de los individuos, como en la vida de las bandas.

Lo que retenemos de Lévi-Strauss es que el tabú del incesto no es sólo una condición de la reproducción del parentesco. Es también condición, ya no de la invención de la sociedad, sino de su transformación. Está ligado a la capacidad que tiene el hombre, no sólo de vivir en sociedad como algunas otras especies, sino de producir sociedad para vivir. No pensamos que el tabú del incesto tenga algo que ver con la voluntad del hombre de superar su egoísmo y hacerse solidario. Pensamos que la humanidad ha estado obligada a intervenir sobre su sexualidad porque desde el comienzo ésta ha tenido que ver con la sociedad y que, a consecuencia de la evolución biológica del hombre, la sexualidad propiamente humana puso en peligro la reproducción del modo de existencia social que éste había recibido de la naturaleza.

Dos aspectos de la evolución humana me parecen haber podido plantear problemas a la reproducción de este modo de existencia social: la pérdida del estro en la hembra humana y la maduración cada vez más tardía de los cachorros de hombre.

Los biólogos no nos han provisto de explicación satisfactoria de la pérdida del estro en la hembra humana, es decir de la desaparición del período de celo y de sus

signos fisiológicos externos, y los paleontólogos no pueden datarla todavía. Algunos autores como Jean-Didier Vincent relacionan dicha pérdida con la encefalización de la especie humana, más avanzada en comparación con otros primates. También está ligada a la encefalización la maduración más tardía de las crías de hombre.

Ahora bien, la pérdida del estro tiene por función crear la posibilidad, permanente para todos los adultos de una banda, machos y hembras, jóvenes y viejos, de entrar en *comercio sexual generalizado*. Por su lado, el alargamiento del período de maduración de los niños entraña la presencia, en el seno de la familia animal-humana, de jóvenes que en el momento de la pubertad pueden entrar también en el juego de la sexualidad generalizada.

Sea como sea, para que la prohibición del incesto haya tenido un sentido, es necesario que haya existido un vínculo relativamente durable entre los individuos de ambos sexos asociados hasta cierto punto en la cría de los niños. Debemos suponer igualmente que nuestros ancestros primates vivían en una sociedad donde existían relaciones jerárquicas, es decir de dominancia y subordinación entre los individuos según su sexo y su generación. Y que estas relaciones se ejercían tanto en la búsqueda de medios de subsistencia como en el dominio sexual.

Por otra parte, gracias a las posibilidades creadas por el desarrollo del cerebro, de percibir o de construir no solamente relaciones sino relaciones entre relaciones, etc., nuestros ancestros tenían la posibilidad de cooperar de manera más compleja que los primates no humanos en la reproducción material y social de su existencia, reproducción asegurada por estrategias de explotación de recursos naturales, frecuentemente aleatorios, en medios en que se encontraban en competencia con otras especies predatoras.

Es en esta perspectiva que avanzamos la hipótesis de que la ampliación de la sexualidad humana, cerebralizada y por eso no encadenada a períodos temporarios y estacionales de celo, al ofrecer la posibilidad de un comercio sexual generalizado, entró en conflicto con la extensión del campo de la cooperación material y social entre los humanos, testimoniada por las últimas etapas de formación del *Homo sapiens*. Pues la ampliación del campo de la sexualidad, intensificando las tensiones y competencia sexuales, debía implicar al mismo tiempo la intensificación de las formas de competencia y de jerarquía sociales. Así habría surgido, cada vez que era alcanzado este estado de desarrollo biológico y social del hombre, una situación que exigía la intervención conciente de los hombres para controlar y regular una sexualidad "des-naturalizada" de tal manera que se subordinara de nuevo a la reproducción de la sociedad. En esta perspectiva, la prohibición del incesto habría estado asociada desde el comienzo a la reproducción, a la continuación de la sociedad humana. Desde el origen desborda el campo del parentesco. En un sentido resume en ella toda la humana condición, somete a los individuos a una ley de orden que ninguna figura —incluso la del padre o el tío materno— podría encarnar: a saber la necesidad de producir individuos no sólo capaces de vivir en sociedad y adaptarse a ella, sino además capaces de producir una sociedad para vivir. Es por esta razón que el análisis de la prohibición del incesto no pertenece solamente a los especialistas del parentesco, sino también a los psicoanalistas, los filósofos, los poetas, etc. Pero

al mismo tiempo se adivina cómo la prohibición del incesto tuvo como consecuencia, probablemente no querida, la emergencia de dos ejes a lo largo de los cuales se construyen todos los sistemas de parentesco: el eje de la filiación conocida, memorizada, que se transformará en modos de descendencia abstractos, artificiales, y el eje del intercambio sobre el cual se desarrollarán diversas reglas y prácticas de la alianza. Vemos igualmente lo difícil que es reducir el parentesco a la invención del padre. El parentesco es una red de relaciones que supone el reconocimiento del padre, de la madre, del padre de la madre, del hijo de la hermana del padre, etc., red a través de la cual se redistribuyen funciones que todas convergen hacia la apropiación de los niños nacidos de relaciones sexuales públicamente reconocidas.

La emergencia de sistemas de parentesco ¿presuponía, y continúa presuponiendo para continuar existiendo, la dominación de los hombres sobre las mujeres? Eso afirma Lévi-Strauss. En realidad, en el plano de las lógicas sociales, la posibilidad del incesto abre simultáneamente tres posibilidades lógicas: o bien los hombres intercambian entre ellos a las mujeres y eso supone que en la sociedad las dominan; o bien las mujeres intercambian a los hombres entre ellas y eso supone que en la sociedad ellas dominan a los hombres; o bien los grupos intercambian entre ellos hombres y mujeres y eso no implica *a priori* ninguna dominación de un sexo sobre el otro.

Por supuesto Lévi-Strauss no ignora que estas tres posibilidades existen lógicamente, pero conserva sólo una: el intercambio de mujeres por los hombres, y torna irrisorios los otros dos considerándolos como ilusiones que la humanidad —las mujeres en particular— quiere hacerse sobre sí misma.

“Que las lectoras, posiblemente molestas de ver a las mujeres asimiladas a bienes de uso corriente, objetos de transacciones entre operadores masculinos, estén seguras, para su *consuelo* que las reglas del juego serían las mismas si se eligiese considerar a los hombres como objetos de intercambio entre grupos femeninos. De hecho, algunas raras sociedades de tipo matrilineal muy acentuado han intentado hasta cierto punto expresar las cosas de esta manera.

“Y los dos sexos pueden *satisfacerse* de otra manera, un poco más complicada, de describir *el mismo juego* que viene a ser decir que grupos consanguíneos que comprenden al mismo tiempo hombres y mujeres, se comprometen a intercambiar entre ellos lazos de parentesco?”

Lévi-Strauss parece finalmente vincular el status social inferior de las mujeres a la emergencia del pensamiento simbólico humano: “La emergencia del pensamiento simbólico debía exigir que las mujeres, como las palabras, fuesen cosas que se intercambian”.

No negamos que la dominación masculina existe, pero ésta reviste formas y contenidos infinitamente variables según las sociedades y según los sistemas de parentesco. No es el mismo “juego” ser hermano o hermana en los sistemas patrilineales, matrilineales o cognáticos. Y a partir de que existe, la dominación masculina penetra el funcionamiento de los sistemas de parentesco y los hace servir a su reproducción. Pero no es, contrariamente a las tesis de Lévi-Strauss y F. Héritier, una pre-condición

² Lévi-Strauss, “The Family” en Dole G., Shapiro H. eds. *Man, Culture and Society*, Oxford, 1956.

de todo sistema de parentesco real o posible y, por lo tanto, principio constitutivo del parentesco. Es por otra parte porque la dominación masculina no pertenece a su esencia, que vemos hoy en la práctica de numerosas capas de las sociedades europeas, hermanas y hermanos, dejar sus familias y encontrar sus parejas sin que los unos o las unas hayan intercambiado a los otros con quien sea para procurárselos. La dominación masculina existe en Europa, pero en muchos casos no interviene ya en la práctica de la alianza.

Henos aquí ante la misma conclusión que al final de nuestro análisis de la filiación y la descendencia. Cuando la dominación masculina —que existe por razones que en su mayoría no tienen que ver con el parentesco— penetra en él y lo trabaja, incluso deviene un aspecto del parentesco y se metamorfosea en una propiedad suya. Y como hemos visto, el movimiento no se detiene allí, pues todo lo que cae en el parentesco se reencuentra en el cuerpo, y actúa de manera a la vez abierta y disimulada, en las representaciones que cada sociedad se hace del cuerpo y de los sexos.

5. El sexo, máquina ventrílocua

Todos nuestros análisis nos remiten a este hecho fundamental. En todas las sociedades la sexualidad es puesta al servicio del funcionamiento de múltiples realidades, económicas, políticas, etc., que no tienen nada que ver con los sexos y la reproducción sexual. Las relaciones de parentesco, por el contrario —y ésta es su importancia— son el lugar mismo en que se ejerce y desde el nacimiento, un control social de la sexualidad de los individuos, tanto de la que los impulsa hacia personas del sexo opuesto, como de la que los atrae hacia personas del mismo sexo. Esta subordinación de la sexualidad individual no es la de un sexo a otro, es la subordinación de un dominio de la vida social a las condiciones de reproducción de otras relaciones sociales. Es el lugar de este dominio en el interior de la *estructura* de la sociedad, *más allá* de toda relación *personal* entre individuos concretos, relaciones en que se reencuentran cara a cara en tanto que padre, madre, hijo, hija, marido, esposa, amigo, enemigo, amo o esclavo.

Pero esta subordinación impersonal de la sexualidad es el punto de partida de un mecanismo que imprime en la subjetividad más íntima de cada uno, en su cuerpo, el orden o los órdenes que reinan en la sociedad y que han de ser respetados si ésta debe reproducirse. Este mecanismo se realiza por el juego de las representaciones del cuerpo y del rol que se presta a cada uno de los sexos en el proceso que da nacimiento a un niño, a la vida. Es a través de estas representaciones que se inscribe el orden social en la intimidad de cada uno, y que se legitiman no sólo la apropiación del niño por los adultos considerados como sus padres, sino el lugar que su sexo le reservará en la sociedad. A través de las representaciones del cuerpo, la sexualidad se pone no solamente a testimoniar del orden que reina en la sociedad, sino a testimoniar que este orden *debe* continuar reinando. No sólo a testimoniar *de*, sino a testimoniar *para* (y a veces *contra*) el orden que reina en la sociedad y en el universo, ya que el universo mismo se divide en mundo masculino y femenino.

Pues es precisamente el sexo lo que hace la identidad de los cuerpos y su seme-

janza o diferencia con los otros. Al lado de la carne, de la sangre y de los huesos que cada uno tiene, hay órganos (pene, clitoris, vagina, senos) y sustancias (esperma, sangre menstrual, leche) que no todos poseen. ¿Pero de dónde vienen los huesos y la carne mismos? ¿Del padre y, por lo tanto, de su esperma? ¿de la sangre y entonces, de la madre? Entre los Trobriand, matrilineales, el esperma no contribuye en nada a la concepción del niño. Lo nutre y le da forma cuando el niño es todavía un feto en el vientre de su madre. Pero no entra en su ser. Visión coherente, ya que en esta sociedad el niño no pertenece al padre, sino a su madre y al hermano de su madre. Entre los Baruya, al contrario, patrilineales preocupados por afirmar la superioridad de los hombres sobre las mujeres, el niño está hecho del esperma de su padre y la leche maternal que lo alimenta es concebida como una transformación del esperma del marido que éste da regularmente a beber a su esposa cuando ella va a ser madre. Y en la casa de los iniciados, es el esperma de jóvenes hombres vírgenes de toda relación con las mujeres lo que se da a beber a los muchachos que se acaban de separar de su madre, antes de encerrarlos por una decena de años en el mundo masculino de los iniciados.

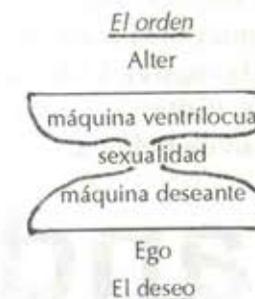
En resumen, los cuerpos, los sexos funcionan siempre y en todas partes como esas muñecas ventrílocuas que es difícil hacer callar y que sostienen con interlocutores que no ven, discursos que no provienen de ellas. La sexualidad —como estas muñecas ventrílocuas— no habla. Se habla de ella. Se habla por ella. ¿Pero quién habla? ¿Y por qué desde allí? Y es en la medida en que la sexualidad está obligada de antemano a servir de lenguaje y a legitimar realidades que son distintas de ella, que se hace fuente de fantasmas y de universos imaginarios. Pero aquí no es la sexualidad quien fantasea sobre la sociedad, sino que la sociedad fantasea en la sexualidad. No es la sexualidad la que aliena, es ella la que está alienada.

Aquí tocamos un punto esencial en las lógicas sociales. Estas representaciones fantasmáticas del cuerpo son *ideas e imágenes* compartidas por los dos sexos, que resumen y codifican el orden social e inscriben sus normas en el cuerpo de cada uno. Este compartir las mismas representaciones y su infusión en el cuerpo es lo que sella en cada individuo, más allá del lenguaje, el pensamiento y la sociedad, y lo que hace del cuerpo una fuente de evidencias sociales y cósmicas. De ser alienada, la sexualidad deviene instrumento de alienación. En el límite, una mujer Baruya mirando correr la sangre entre sus muslos no tiene ya nada que decir contra su suerte, se vive culpable y, por ello, responsable de lo que le ocurre. En realidad se comprende por qué la sexualidad es vivida como algo que puede cuestionar y subvertir en todo momento el orden de la sociedad y del universo. De donde los múltiples tabúes que la rodean.

Pues las representaciones del cuerpo son ideas y las ideas tienen su fuente más allá del lenguaje, en el pensamiento. De allí toman también su sentido, pero este sentido no surge de un pensamiento vacío o reducido a sus estructuras formales. Es la obra de un pensamiento vuelto hacia las realidades sociales y cósmicas, de un pensamiento preocupado menos por expresar estas realidades que por organizarlas, incluso producirlas. Pero también el cuerpo desborda el lenguaje. Al fin, si todo se hunde en el cuerpo y si todo se oculta y se traviste en él, el consentimiento al orden, al otro, de-

semboca en el silencio. Es suficiente vivir su propio cuerpo. El sabe lo que puede o no hacer, a quién puede desear y de quién tiene que huir. Las representaciones del cuerpo determinan así en cada sociedad, una especie de *anillo de obligaciones* sobre el individuo, un anillo que constituye la forma misma, *paradojalmente impersonal y anónima*, de su intimidad. Y es en esta forma anónima de la intimidad consigo mismo que le es impuesta desde el nacimiento y que organiza por adelantado sus encuentros con el otro, que el niño va a comenzar a vivir su deseo del prójimo. Mientras que ya ha sido apropiado por otros, sus padres, su grupo social, etc., espontáneamente va a querer apropiárselos, es así que va a descubrir que no puede apropiarse de todos, que algunos, padre, madre, hermana, hermano, etc., están prohibidos a su deseo. La sexualidad máquina-deseante se opone a ella misma máquina-ventrílocua. De donde todas esas figuras fantasmáticas de la que es necesariamente la fuente. Pues en ella se cumplen dos desplazamientos imaginarios, dos producciones simbólicas opuestas. Lo social se infunde y se disimula en ella, travestido en las representaciones imaginarias del cuerpo. El deseo reprimido pero no por ello desaparecido, reaparece en otra parte, bajo formas y actividades "respetables", traicionándose a veces en un lapsus y alimentando tanto éxitos como fracasos personales en la sociedad. En resumen, la sexualidad se *disimula* al mismo tiempo que *disimula* y esta ambivalencia la estructura.

En definitiva, lo que imprime en el individuo el tabú del incesto no solamente es que la sexualidad debe someterse a la reproducción de la sociedad. Es más profundamente, que debe ser puesta al servicio de la producción de la sociedad. Pero para ello siempre es necesario en cierta forma, amputarla de *una parte* del politropismo y de la polivalencia (hétero y homosexual) espontánea del deseo. Es esta ley de orden insuperable lo que imprime en cada uno las formas múltiples de prohibición del incesto. Pero esta amputación parcial no es aquí destrucción del individuo, es su promoción al ser propio del hombre, a su ser genérico que no sólo es vivir en sociedad, sino producirla para vivir. Es en la sexualidad en donde el hombre ha abrevado en parte esta energía y esta capacidad. A partir de allí se debería poder decir más sobre la naturaleza del Inconciente.



[Tomado de *Psychanalystes, Revue du Collège de Psychanalystes*, N° 36, "Le sexuel aujourd'hui", Paris, octubre 1990. Traducción Martha I. Rosenberg]

Horacio Tarcus

La visión trágica en el pensamiento marxista argentino: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*

I.

El marxismo olvidado en la Argentina

Se ha observado más de una vez que, por encontrarse aislado en una cárcel fascista, Gramsci pudo en los años treinta hacer avanzar la teoría marxista por fuera de los trillados caminos del "marxismo oficial". Esta paradoja sintetiza toda una época del pensamiento marxista, y aún del pensamiento socialista y del movimiento obrero en general, durante el cual tan sólo individuos aislados o pequeños grupos lucharon, bajo la doble presión del stalinismo y la burguesía, por preservar y desarrollar esta herencia teórica¹.

Probablemente en los años treinta esa doble presión haya sido particularmente intensa —Víctor Serge, una de esas solitarias figuras, los recordó luego como *les années sans pardon*—pero la situación de aislamiento de las mentalidades más creativas, libres y rebeldes continuó, al menos, las dos décadas siguientes. Algunos de ellos fueron retratados por Hannah Arendt como "hombres en tiempos de oscuridad".

Los escasos y casi desconocidos desarrollos del pensamiento marxista argentino también han sido, durante esas décadas, el fruto de la labor solitaria, o a lo sumo de personalidades que impulsaban formaciones políticas o culturales —revistas, pequeños cenáculos— de precaria estructura institucional. Se puede recordar en ese senti-

* El presente texto es la introducción a un trabajo del mismo nombre que presenté como tesis de Licenciatura en la Carrera de Historia de la FFyL y que se editará próximamente en este sello editorial. Dado que es imposible en este breve espacio agradecer a todos los entrevistados que aportaron datos, ideas y materiales para la reconstrucción biográfica, quiero al menos reconocer el estímulo que a la distancia significó para mí la obra de Michael Löwy, cuyo método inspiró abundantemente este trabajo, así como el trato, ya más cercano, con Jorge Schwarzer, que me ayudó a recibir y comprender esta herencia. El trabajo se benefició gracias a la generosidad intelectual de José Szabón, que fue padrino de la tesis, y los comentarios de Blas de Santos, Jorge Cernadas y Laura Klein.

¹ Löwy, Michael, *El Marxismo olvidado*, Barcelona, Fontamara, 1978, p.9.

E. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (Crítica) / *La era de la Revolución* (Labor) / *La era del Capitalismo* (Labor) / *La era del Imperio* (Labor) / Norberto Bobbio, *Estudios de Historia de la Filosofía. De Hobbes a Gramsci* (Debate) / *Liberalismo y democracia* (FCE) / *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político* (FCE) / Didier Eribon, *Michel Foucault* (Anagrama) / Deleuze-Guattari, *Qué es la filosofía* (Anagrama) / F. Guattari, *Las tres ecologías* (Pretextos) / A. Wellmer, *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad* (Visor) / J. Amelang - M. Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (Alfons El Magnanim) / S. Benhabib - D. Cornella, *Teoría feminista y teoría crítica* (Alfons El Magnanim) / Victoria Sau, *Diccionario Ideológico Feminista* (Icaria) / *Revista Tribuna Feminista de México* / Colección "La historia y sus problemas", de Nueva Clío (Labor) / *Clásicos bilingües de UNAM* / Ferdinand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (FCE) / Martin Heidegger, *La proposición del fundamento* (Del Serbal) / *De camino al habla* (Del Serbal) / Darío Melossi, *El Estado del control social* (Siglo XXI) / Benjamin Coriat, *El taller y el robot* (Siglo XXI) / *Pensar al revés* (Siglo XXI) / Claude Lévi-Strauss, *Historia de Lince* (Anagrama) / Roland Barthes, *Sobre Racine* (Siglo XXI) / Dalton - Kuechler, *Los nuevos movimiento sociales* (Alfons El Magnanim) / E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 3 vols. (Crítica) / Bobbio - Mateucci - Pasquino, *Diccionario de Política*, 2 vols. (Siglo XXI).

gandhi

Libros - Café - Foro Cultural

Montevideo 453 ☎ 46-1994

Rivadavia 1475 ☎ 383-5450

do el aislamiento, la falta de interlocutores, aún el medio hostil en que trabajaron un Carlos Astrada, un Rodolfo Puiggrós, un Silvio Frondizi, o figuras menos conocidas como un Héctor Raurich, una Angélica Mendoza o un José Boglich.

A diferencia de lo sucedido en otros países, el marxismo argentino no ancló en la universidad ni en los partidos políticos. No puede hablarse pues de un marxismo universitario argentino, a pesar de que algunos intelectuales marxistas —como Silvio Frondizi, o bien intelectuales influidos por el marxismo, como Rodolfo Mondolfo—, dictasen durante años cátedra en la universidad, cuyo ejercicio por otra parte no estuvo exento de presiones, conflictos y exclusiones. La trayectoria universitaria de Astrada fue previa a su filiación marxista. La expulsión de Aníbal Ponce de la Universidad de Buenos Aires, acusado de “propaganda comunista”, es quizás el caso emblemático.

Tampoco los partidos de izquierda promovieron los desarrollos teórico-políticos de los intelectuales que militaban en su seno o de los que funcionaban como “compañeros de ruta”. El fenómeno europeo de los intelectuales marxistas que disimulaban sus diferencias políticas frente a la dirección del partido circunscribiéndose a preocupaciones de índole teórico-filosófica —al estilo de un Lukács, un Lefebvre o un Althusser²— no se repitió en la Argentina. En nuestros partidos de izquierda, sin excepción, desde el viejo Partido Socialista hasta la más pequeña organización trotskista, pasando, desde luego, por el entonces poderoso Partido Comunista, el control de la dirección sobre la totalidad de la producción escrita fue muy estricto y el margen de tolerancia para con las “desviaciones de la línea” en los “intelectuales pequeñoburgueses” que querían tomar vuelo propio, fue sumamente escaso. La relación de los intelectuales marxistas argentinos con las direcciones políticas, pues, fue siempre tensa, y colocaba a los primeros en un dilema costoso: quedarse en las filas del partido para ilustrar teóricamente la línea oficial bajo la tutela de la dirección, o alejarse a producir en libertad al precio de un aislamiento gravoso, cuando no al del hostigamiento de los aparatos políticos. Carlos Astrada y Silvio Frondizi desarrollaron su obra con independencia de los partidos de izquierda³, mientras que la productividad que despliega, por ejemplo, Puiggrós tras su ruptura con el Partido Comunista, Milcíades Peña después de su alejamiento del partido trotskista —entonces denominado Palabra Obrera—, o Ernesto Laclau luego de su distanciamiento del partido que lideraba Jorge Abelardo Ramos —el Frente de Izquierda Popular—, parece indicativa de que los intelectuales marxistas argentinos de esta época liberan sus potencialidades creativas cuando, no sin dificultades ni sin costos graves, logran romper con las estructuras políticas que los constriñen⁴.

² V. al respecto Anderson Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979, cap. 2.

³ Carlos Astrada (1894-1970) fue “compañero de ruta” del PCA en los '50 y hacia el final de su vida, a fines de los 60, se aproximó al maoísmo. No obstante esto, nunca desarrolló una militancia orgánica. La primera publicación que impulsó, *Cuadernos de Filosofía* tenía carácter institucional —la editaba el Instituto de Filosofía de la UBA—, y la segunda, *Kairós* —junto a Alfredo Llanos— así como la editorial del mismo nombre fueron proyectos independientes.

⁴ No es casual, al respecto, que Aníbal Ponce, a quien los comunistas argentinos consideran como el fundador del marxismo teórico en el país, jamás haya sido afiliado a ese partido, con el que mantenía oblicuas relaciones y cuidadosos silencios. La revista que dirigió —*Dialéctica*—, así como la editorial que

Para cualquier militante de izquierdas renunciar al partido era gravoso en varios sentidos: significaba renunciar a la seguridad de recibir una “línea política”, a un lugar reconocido dentro de la estructura, a un espacio de contención entre los camaradas. Pero para el intelectual militante existía un *plus*: el partido era el vehículo idóneo para que la producción teórico-política llegase —vía el libro, el periódico, la revista, el curso de formación política— a un destinatario que entendían como “natural”: las “masas”. A pesar de todas estas relativas ventajas, la presión y control por parte de la dirección era tal, que sólo sobrevivían en sus cargos ciertos “intelectuales de aparato”, caracterizados por una menor autonomía política y personal, generalmente de menor formación teórica y que no vivían con la misma intensidad el drama que desgarraba a los intelectuales más auténticos, cuyo conflicto tematizó muchas veces la literatura de la época, como por ejemplo el teatro de Sartre.

El intelectual marxista tenía que pagar los costos de su independencia creando, si no un partido a su medida —como intentaron a su turno Puiggrós o S.Frondizi—, al menos un cenáculo que contribuyese a construir un aparato de difusión cultural. La ambición que acarició todo intelectual marxista independiente fue la revista propia, cuando no la propia editorial. Así lo hicieron Astrada, Puiggrós, S.Frondizi, Peña, Raurich y otros, quienes buscaron afanosamente rodearse de colaboradores (casi siempre jóvenes, atraídos a sus cursos de historia o de teoría marxista por el halo de prestigio que rodeaba a estas personalidades dentro de ciertos círculos), con los que sostuvieron una intensa actividad editorial independiente.

Pero dentro de estos ya reducidos núcleos de marxistas argentinos, algunos de ellos constituyen un fenómeno aparte: se trata de aquellos que además produjeron y difundieron ideas a contrapelo de las corrientes hegemónicas de pensamiento de la izquierda que se enfrentaron no sólo con la hegemonía del enorme aparato cultural del comunismo argentino, sino que resistieron simultáneamente los embates de la cultura populista, progresivamente hegemónica desde los años cuarenta. Ajenos a los aparatos políticos, contestatarios a las ideologías hegemónicas de la izquierda, eran hombres y mujeres de sólida formación cultural que soportaron la hostilidad o el aislamiento de esos años oscuros entregándose obsesivamente a sus estudios e investigaciones. Héctor Raurich, Angélica Mendoza, Liborio Justo, José Boglich, primero, y Silvio Frondizi y Milcíades Peña después, son algunos de estos olvidados. A propósito del primero de ellos, J.J. Sebreli recreó el clima de muchas de estas personalidades y de los grupos que animaron:

“Es fácil ironizar sobre esa bohemia político-literaria arrastrándose por los cafés de la calle Corrientes o de la Avenida de Mayo. La imposibilidad de realización práctica de sus teorías los llevaba a perderse frecuentemente en pasiones personales y estériles polémicas en una atmósfera obsesiva de secta de maniáticos, similar a la de los exilados románticos del siglo XIX descriptos por E.H. Carr. Pero sus aspectos ridículos no deben impedirnos ver el coraje intelectual que significaba entonces enfrentar a la *intelli-*

preparaba —ambos interrumpidos por su decisión de exilarse en México— eran proyectos formalmente independientes. Su discípulo y biógrafo Héctor P. Agosti lamentaba en Ponce “ese excesivo sentido de la libertad individual, que seguramente había heredado de Ingenieros” (comunicación personal).

gentsia stalinista y sus compañeros de ruta, que se autoproclamaban la única izquierda posible y a la vez denunciaban como agentes del imperialismo y la reacción a todo quien se animara a desmitificar el régimen ruso. En esos años de apogeo de Stalin, sólo esos pequeños grupúsculos o individuos aislados como Raurich, se atrevían a ir contra la corriente como francotiradores, asumiendo la marginación a que los condenaba el resto de la izquierda, a su vez marginada por el resto de la sociedad...

"Las nuevas generaciones de intelectuales de izquierda (...) están más acostumbradas a la discusión abierta acerca de la naturaleza de los sistemas llamados socialistas, y les es difícil imaginar el clima agobiante que se respiraba en el mundo cerrado de la izquierda de los años 30 y 40, y la bocanada de aire fresco que hacían sentir individuos o grupos como los de Raurich..."⁵.

Los intelectuales orgánicos a los partidos o que, al menos acompañaban los grandes procesos políticos, ocuparon el centro del escenario político-cultural de la izquierda. Los otros, sin embargo, desde los márgenes del escenario, desplegaron a contracorriente una actividad febril. Muchas veces lograron influir con sus ideas en el campo cultural —y a menudo anticiparse a sus grandes debates—, aunque de modo menos visible, menos espectacular, desarrollando unos efectos más moleculares, aunque no por ello carentes de significación y relevancia. Lo que ha observado Perry Anderson para la tradición trotskista europea, puede hacerse extensivo a estas figuras y grupos argentinos hoy olvidados:

"Algún día esta otra tradición —perseguida, injuriada, aislada y dividida— tendrá que ser estudiada en toda la diversidad de sus canales y corrientes subterráneas. Puede sorprender a los historiadores futuros con sus riquezas"⁶.

2. Una tradición de marxistas críticos

Este trabajo se ocupa de los avatares del pensamiento marxista argentino, intentando reconstruirlos y repensarlos a partir del itinerario teórico-político de dos intelectuales marxistas: Silvio Frondizi (1907-1974) y Milcíades Peña (1932-1965). No se trata de dos biografías intelectuales inscriptas en el *contexto* del pensamiento marxista argentino, en los términos de una relación extrínseca entre el pensamiento de los autores tratados y un marco general que le sirva de evanescente telón de fondo, sino un intento de volver sobre los grandes debates teórico-políticos de los años 40, 50 y 60 a partir de la peculiar perspectiva de estos autores. Si algo justificó la trabajosa labor de reconstrucción de dichos itinerarios, fue la convicción de que tienen algo novedoso y actual que decir en relación a las otras tradiciones del pensamiento izquierdista en general, y la marxista en particular. La apuesta que animó esta investigación fue, pues, que estos autores hoy olvidados, en su momento marginales constituyen soterradamente una *tradición* de pensamiento en nuestro país. Entre las tantas tradiciones de pensamiento izquierdista, una de las más sólidas, originales y actuales. Este trabajo puede

⁵ Sebrelí, Juan José, "Héctor Raurich: un desconocido", el *Riesgo de pensar. Ensayos 1950-1984*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, pp. 118-9.

⁶ Anderson, op. cit., p. 121.

leerse también como un intento de constituir una tradición de marxistas críticos en nuestra cultura, así como un replanteo del conjunto de las tradiciones del pensamiento izquierdista que atraviesan el campo cultural argentino, a partir de la exhumación de esa tradición olvidada, subterránea, casi diríamos maldita. Porque la dimensión de ese olvido es sólo comparable a la de su actualidad

Las tradiciones, claro está, no son meras sobrevivencias del pasado en el presente, sino construcciones hechas desde el propio presente sobre el pasado. No existen *per se*, perdidas en las brumas del pasado y a la espera de que alguien las reconozca para recuperarlas. Para Raymond Williams la tradición siempre "es algo más que un segmento histórico inerte; es en realidad el medio de incorporación práctica más poderoso". Por eso el autor de *Marxismo y Literatura* prefiere hablar de *tradición selectiva*: "una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social". En un sentido instrumental del término, puede decirse que no constituyen una herencia sino más bien —como ha señalado sugestivamente Hobsbawm— una *invención*, una modalidad singular de invención que intenta establecer determinada continuidad entre el pasado y el presente, que hace aparecer como *necesaria* una continuidad *deseada*.⁷

La pertenencia a una tradición no es algo gratuito o superfluo, sino que constituye un elemento central en la justificación de una ruptura, una refundación, o bien, en términos más generales, en la configuración de una identidad. Su construcción no es, pues, inocente: las tradiciones inventadas, dice Hobsbawm, "utilizan la historia como legitimador de acción y cementador de cohesión de grupo".

Son muchas las tradiciones reconocidas en el campo del pensamiento izquierdista argentino, y todas ellas fueron el fruto de persistentes intentos de constituir las en relación a un presente político. Sumariamente, podrían reconocerse dentro de la llamada izquierda tradicional, u orgánica, las tradiciones anarquista, socialista, comunista, de "izquierda nacional", nacionalista de izquierda, trotskista. Se les podrían agregar otras más efímeras, o vertientes internas que las atraviesan, pero cada una de estas puede ser identificable como una tradición del pensamiento izquierdista en el sentido de contar con su propio itinerario histórico, sus núcleos doctrinarios, sus principales figuras públicas, su identificación con ciertos hitos de la historia del pueblo argentino, sus referentes políticos y teóricos internacionales, su cristalización en organizaciones políticas o en formaciones culturales, su capacidad para proyectarse sobre el pasado para explicar la historia del país —y confundiendo en parte con ella, la suya propia— y para proyectarse sobre el futuro, pasible de convertirse en proyecto convocante y creíble para un sector de la sociedad.⁸

⁷ Williams Raymond, *Cultura*, Barcelona, Paidós, 1982, pp. 174-176 y *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península, 1980, pp. 137-139; Hobsbawm, E.-Ranger, T. (eds.), *The invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, Introduction.

⁸ Prácticamente todas las organizaciones políticas se adscriben a una u otra tradición; también en este plano es imposible pensar o hacer política desde fuera de cualquiera de ellas. Todo campo cultural está atravesado por distintas tradiciones que, aunque a menudo se conciben como excluyentes entre sí,

La más antigua de ellas, la tradición anarquista argentina, no sólo había logrado relevancia política en el movimiento obrero de las primeras décadas del siglo, sino que había alcanzado una significativa penetración social y cultural en la sociedad de la época. Dispersa en un sinnúmero de grupos, periódicos y figuras, a menudo gravemente enfrentados entre sí, puede afirmarse que fue el militante anarquista Diego Abad de Santillán una de las personalidades que, a través de su labor como político, investigador, periodista y editor, más contribuyó a instituir la tradición. Relegada a mero preludio por la historiografía comunista, y eclipsada durante décadas de hegemonía populista, recién a partir de los años 70, una nueva generación de anarquistas intentó recuperar y renovar el acervo libertario a través de la Editorial Proyección. Pero acaso sea la obra de investigación y divulgación que desde entonces viene desplegando Osvaldo Bayer la que volvió a instalarla en el horizonte de las tradiciones del pensamiento y las corrientes de izquierdas.

La tradición socialista, con mayor irradiación política, social y cultural sobre la sociedad argentina en las primeras cuatro décadas del país, contó en cambio desde un principio con el poder instituyente de una vasta organización política, el Partido Socialista Argentino. Los esfuerzos por echar raíces en la historia y la cultura argentina fueron aquí más sistemáticos, y la tradición socialista buscó instituirse como consumación y superación de las mejores tradiciones democráticas del liberalismo argentino; la historia de la tradición socialista entroncaba con la historia argentina de fines del siglo pasado y desde entonces casi se confundía con ella. Esta orientación será reafirmada en el congreso partidario de Santa Fe (1934) en momentos en que se edita la **Historia del socialismo argentino** de Jacinto Oddone y las conferencias de Américo Ghioldi acerca de **El socialismo en la evolución nacional**. También eclipsada a partir de la hegemonía populista y reducida su organización a un archipiélago de pequeños partidos, fue reconsiderada y revalorizada por políticos e investigadores a partir de los años 80, en el contexto de la "transición democrática". Fue entonces cuando Julio Godio reinterpretó desde una perspectiva socialdemócrata la historia del movimiento obrero argentino, y José Aricó rescató la figura y el pensamiento de Juan B. Justo.

Un esfuerzo titánico para instituir una tradición comunista que entroncase con el pensamiento y las luchas del pasado fue la desplegada por el Partido Comunista argentino, que nace como diferenciación y ruptura del socialismo. Después de nume-

rosas vicisitudes políticas a lo largo de los años 20 y 30, a mediados de esta última década comienza un período marcado por un particular interés en instituir una tradición de comunismo local, entroncado —de manera similar al intento socialista— con las tradiciones jacobinas, democráticas y liberales del pasado siglo. Los artículos sobre historia argentina comienzan a aparecer desde entonces en las revistas partidarias, y el interés por la constitución de una historia oficial de su propia trayectoria, aparece reflejado en el ya célebre **Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina** (1947), texto característico por el uso y abuso que hace de un registro discursivo propio de la época, estableciendo justos y réprobos frente a la línea comunista oficial. Además de este tipo de textos redactados por equipos colectivos destinados *ad hoc* por la dirección, los esfuerzos de los comunistas argentinos por instituir una tradición propia están ligados a los nombres de ciertas figuras como Rodolfo Ghioldi, Luis Sommi, el primer Puiggrós, Juan José Real, Héctor Agosti y posteriormente Leonado Paso. No existen estudios de conjunto sobre este notable fenómeno de un aparato político que, sin escapar a la regla referida antes sobre el control y la vigilancia de la producción intelectual, generó una profusa y diversificada labor de promoción cultural, expresada en innumerables periódicos, revistas, folletos y libros de edición partidaria o parapartidaria, sin parangón con otras tradiciones. Es de destacar el hecho de que a pesar de que las políticas culturales del PCA se guiaban por rígidos criterios de selección y exclusión, entre los años 40 y 50 figuraron entre sus ediciones obras de autores como Rosa Luxemburg, los socialistas utópicos, Henri Lefebvre o Antonio Gramsci, que formarán parte obligada del universo de lecturas de la "nueva izquierda intelectual" en los 60.

Otro vigoroso esfuerzo por constituir una tradición por derecho propio fue el desplegado por la llamada "izquierda nacional" a partir de mediados de los años 40. Su punto de partida fue una caracterización del peronismo distinta de la del resto de la izquierda, cuya originalidad consistía en considerarlo como un momento necesario —y por lo tanto, susceptible de ser superado— en el proceso de formación de una conciencia nacional, condición para la realización de un "socialismo nacional" con arraigo de masas. Si la tradición comunista argentina buscó instituirse a expensas del socialismo, disputándole ideas, valores, acontecimientos y figuras del pasado, también aquí la "izquierda nacional" buscó forjar una identidad propia a partir de un ajuste de cuentas con la izquierda pre-existente, especialmente la comunista. Sin embargo, a diferencia de socialistas y comunistas, esta corriente posee un andamiaje institucional sumamente débil —su organización política, particularmente reducida, cambia muchas veces su denominación—, pero no obstante esto desarrolla una influyente acción político-cultural a través de la edición de periódicos, revistas, libros, el dictado de cursos de formación, etc. Cuenta al frente con una figura de enorme audacia política e intelectual y pluma ligera —el inefable Jorge Abelardo Ramos— y con dos laboriosos epígonos —Jorge Enea Spilimbergo y Norberto Galasso—, que se dan a las tareas de buscar las raíces de su "socialismo nacional" en las montoneras y sus caudillos, en las vertientes más estatistas de la élite oligárquica del 80 —como el General Roca—, o en las figuras más destacadas del pensamiento antimperialista —Ingenieros, Ugarte, Scalabrini Ortíz... Mientras constituían esta tradición, simultá-

necesitan sin embargo unas de otras para constituirse. Es así que los espacios de delimitación entre una y otra no siempre son claros, y son frecuentes los préstamos y los puntos de litigio, en un proceso donde cada nueva tradición busca constituir una identidad en contraposición con otras preexistentes.

No consideramos como una tradición aparte a la maoísta, sino como una variante de la comunista que sufre la fuerte influencia de algunas otras (del nacionalismo de izquierda especialmente), aunque no desconocemos los esfuerzos de José Ratzler por constituir un linaje de comunistas revolucionarios ya desde fines del siglo XIX. Tampoco asignamos al "guevarismo" argentino una tradición propia: el PRT estuvo atravesado por diversas tradiciones —su fundación es el resultado de la convergencia entre una vertiente trotskista (Palabra Obrera) y una corriente de orientación populista (el FRIP, que lideraba Santucho); su evolución ulterior, tras la escisión de los trotskistas, profundizó la orientación populista, aunque nunca perdió el sesgo clasista de sus orígenes. Tanto las organizaciones maoístas (VC, PCR) como guevarista (PRT y otras), y sus complejas relaciones con las tradiciones de izquierda, merecerían un tratamiento aparte, que escapa a los márgenes del presente estudio.

neamente diseñaban como contraparte un "socialismo cipayo", cuyas figuras emblemáticas eran el socialista Juan B. Justo y el comunista Victorio Codovilla. Por la difusión y el arraigo que alcanzaron en su tiempo, merecen citarse en ese sentido **El socialismo en Argentina** de Spilimbergo, **El Partido Comunista en la política Argentina**, de Ramos, el volumen colectivo **El revisionismo histórico socialista**, así como las obsesivas investigaciones de N. Galasso que se extienden hasta nuestros días.

Los años que van desde la caída del peronismo en 1955 hasta la irrupción de las organizaciones armadas a fines de la década del 60 son testigos de la constitución de la tradición del llamado "nacionalismo popular revolucionario". Aprovechando ciertas sendas abiertas por la "izquierda nacional", pero dando otra vuelta de tuerca sobre ella —renunciando inclusive en el discurso al internacionalismo proletario y colocando el socialismo en un lejano horizonte futuro—, esta tradición recupera las interpretaciones historiográficas del revisionismo histórico, estableciendo en muchos casos un relato histórico cuyos hitos son Rosas, Yrigoyen y Perón. Si el puente entre estos dos últimos lo representó el grupo FORJA, ampliamente revalorizado en los 60 y 70 después de haber caído en el olvido durante el peronismo, el nacionalismo de izquierda de esos años se pensaba como una transición entre el peronismo y alguna forma de "socialismo nacional". La figura emblemática de esta corriente es John William Cooke, inspirador del "peronismo de la resistencia", aunque los ideólogos más sistemáticos e influyentes en aquellos años serán el último Puiggrós, y Juan José Hernández Arregui, autor de obras claves como **Nacionalismo y Peronismo** o **La formación de la conciencia nacional**.

El trotskismo vernáculo fue, de las corrientes políticas argentinas, el más renuente a concebirse a sí mismo como una tradición político-cultural local, o bien como heredero de alguna tradición del pasado argentino. Su esfuerzo por destacar un internacionalismo militante, lo condujo a instituirse imaginariamente como continuidad pura y simple del bolchevismo internacional, mostrando un franco desinterés por disputar con otras tradiciones el pasado histórico argentino, aun el de sus propias organizaciones. Habrá que esperar recién a los años 80 para que una de las corrientes herederas de Trotsky se ocupe, ha su manera, de ajustar cuentas con su pasado (Osvaldo Coggiola, **Historia del trotskismo argentino**)⁹.

Es cierto que autores marxistas fuertemente influidos por las ideas de Trotsky hicieron considerables aportes a la historia argentina: el caso mismo de Milcíades Peña, o el menos conocido aún de José Boglich, autor de precursoras investigaciones sobre el agro argentino¹⁰, pero sus esfuerzos fueron individuales, nunca encuadrados en el marco de una política cultural partidaria. Una excepción, sin embargo, parece constituir la titánica esfuerzo de un Liborio Justo, quien desde los años 30, dedicó numerosos libros y folletos a la historia argentina, la historia de las ideas y aún a la historia de los remotos orígenes del trotskismo argentino; la otra excepción la representaría el ya mencionado Jorge Abelardo Ramos, a quien no se puede adscribir sin más a la tradición trotskista, aunque su iniciación política con el "nacional-trotskismo" de Justo fue el punto de partida para que recalase años después en la "izquierda nacional". Sin embargo, habría que añadir que a medida que estos autores desarrollan su interés por la historia argentina, van tomando distancia del movimiento trotskista como tal, para terminar rompiendo ostentadamente con él —Justo prime-

ro, Ramos después. Estos itinerarios parecían revelar los paradójicos desencuentros entre el trotskismo argentino y la tradición histórica: los trotskistas argentinos que demostraban un interés por lo "nacional", terminaban deviniendo —como Justo o Ramos—, pura y simplemente, "nacionalistas" de izquierda. (Y con el tiempo, "nacionalistas" a secas, como Ramos). Pero el trotskismo orgánico, partidario, nunca dio muestras de orientar una política intelectual destinada al estudio de la historia argentina, la estructura de clases de su sociedad, o sus tradiciones políticas¹¹.

⁹ El encomiable esfuerzo de documentación se ve oscurecido por la falta de perspectiva historiográfica y el enfoque cerradamente partidario del autor, que lo llevan a todo lo contrario de constituir una tradición de pensamiento trotskista en nuestro país. Tanto esfuerzo puesto en denostar a las corrientes trotskistas anteriores a la que el autor representa, no permiten comprender en qué contexto social y político, bajo qué influencias y con qué filtros críticos apareció esta última en determinadas circunstancias históricas. El autor establece un corte apocalíptico en 1964: antes y después de la aparición de Política Obrera. Este año se presenta pues como el de la epifanía histórica, en que la Verdad se abre camino y se encarna mágicamente en un puñado de hombres casi ajenos a la historia anterior. El período que llega hasta 1964, en cambio, es una sucesión ininterrumpida de errores, malentendidos, claudicaciones y corrupción. No se entiende por qué un legado teórico tan rico como el de Trotsky sólo es recogido durante décadas sólo de modo bastardo por figuras como los Ramos, los Moreno, los Posadas y la historia tiene que esperar hasta 1964 para que un grupo de jóvenes recoja ese legado de modo consecuente. Hasta entonces, la historia del trotskismo argentino según Coggiola —salvo parciales excepciones, como las concesiones que el autor hace a Liborio Justo—, parece la "historia de un loco contada por un idiota". A partir de ahí, en cambio, la idea se realiza hegelianamente en la Historia. Pero el autor no responde algo crucial —y no lo responde porque la propia estructura de su obra no le permite siquiera formular el problema—: ¿por qué una organización con posiciones siempre "justas" sigue reducida, a casi treinta años de su creación, a una mínima expresión y no logró constituirse en una corriente expresiva significativa del pueblo argentino? Es como observó agudamente Aricó en otro contexto: "La secta es incapaz de verse a sí misma". Y por lo tanto, agregamos nosotros, tampoco puede dar cuenta de la historia.

¹⁰ De la presencia de Peña en las investigaciones historiográficas de los últimos años, nos ocupamos en el cap. III. Una evaluación del carácter precursor de los agrarios de Boglich, escapa a los límites de nuestro trabajo y a nuestra competencia, pero baste mencionar que investigaciones recientes reconocen su deuda con el camino abierto por él (V. Alfredo Pucciarelli, **Capitalismo agrario pampeano. 1880-1930**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986).

¹¹ Estaríamos tentados de afirmar que el desencuentro entre la tradición trotskista y la historia es un fenómeno no sólo local sino mundial. El hecho de que las organizaciones trotskistas se formen entre fines de los 20 y principios de los 40 a partir de acontecimientos mundiales (que tenían su epicentro en la Unión Soviética) y no en eventos históricos que involucraban a las luchas de masas de la historia local, parecería abonar esa tesis. Sin embargo, otros trotskismos, incluso en Latinoamérica, sin abandonar su internacionalismo, parecen haber sido más cuidadosos con la historia y las tradiciones locales. La obra de Andreu Nin en España, de Adolfo Gilly en México, de Luis Vitale en Chile o Guillermo Lora en Bolivia son indicativas en ese sentido.

Por otro lado, el legado de Trotsky —especialmente su **Historia de la Revolución Rusa**— ofrecía un modelo particularmente estimulante. No obstante, el trotskismo argentino se ufano durante décadas, de no contar con un programa escrito para el país, al estilo delos que elaboraban el PS, el PC u otros partidos. "Nuestro programa —declaraban los militantes trotskistas locales— es el **Programa de Transición**", refiriéndose al redactado por Trotsky en 1938 como base de la IVa. Internacional. Ya por entonces, sin embargo, su autor advertía el carácter "demasiado general" de este texto, e invitaba a los militantes de las secciones nacionales de su movimiento a estudiar las "condiciones peculiares en cada país y hasta en cada parte del país". V. Trotsky, León, **El programa de transición para la revolución socialista**, Bs. As., Pluma, 1973, p. 58. El trotskismo argentino no siguió los consejos de su fundador. Se concentró en los grandes debates ideológicos internacionales antes que en el estudio de la realidad argentina.

Aricó recordaba en estos términos su formación y sus lecturas en el PCA: "Puede parecer una burrada, pero sabíamos más de los problemas de algunas aldeas de la URSS o sobre teorías bolcheviques no tan renombrados, pero ignorábamos el debate revisionismo-liberalismo sus fuentes. Sabíamos Stalin pero ignorábamos Mitre" ("Reportaje a José Aricó" en **Todo es Historia** n° 250, abril 1988). Cámbiese el nombre de Stalin por el de Trotsky, y lo afirmado por Aricó podrá hacerse extensivo, con mucha mayor razón, al trotskismo argentino.

Durante los últimos años, muchos investigadores, políticos y periodistas han renovado los intentos en reconsiderar las tradiciones señaladas, o han rastreado ciertos itinerarios que distinguen vertientes dentro de cada tradición o que atraviesan a varias de ellas. Dentro de la tradición socialista, no faltaron quienes intentaron recuperar el "socialismo democrático" de Justo o Repetto, quienes buscaron en cambio en figuras como Ugarte o Palacios las raíces de un "socialismo popular", o aún quienes vieron en De Tomasso y los "socialistas independientes" de los 20 y 30 un ensayo trunco de realismo político. Desde principios de los 70 la tradición comunista fue discutida a partir de diversos intentos que buscaron rescatar figuras o proyectos que habían quedado marginados por la hagiografía oficial: desde una perspectiva maoísta lo ensayó José Ratzel (**Marxistas argentinos del 90, El movimiento socialista en Argentina**), mientras que Emilio J. Corbière hizo, a propósito de la formación del PCA, un rescate político de la figura de José Penelón (**Orígenes del Comunismo argentino**). Más recientemente, José Aricó realizó en **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina** un notable esfuerzo por constituir el recorrido de los gramscianos argentinos a través de un corte transversal de muchas de esas tradiciones.

Desde distintos ángulos también se ha intentado recuperar esa peculiar convergencia de tradiciones —trotskista, populista, guevarista— que dio por resultado el PRT-ERP: Julio Santucho (**Los últimos guevaristas**) y Luis Mattini (**Hombres y mujeres del PRT-ERP**) trazaron sendos recorridos de esta historia, y María Seoane realizó una biografía que rescata la figura de su principal líder, Mario R. Santucho (**Todo o Nada**).

Volviendo al tema central de nuestro trabajo, queremos llamar la atención sobre el hecho de que desde ninguna de estas tradiciones constituidas *a posteriori* —"inventadas", Hobsbawm *dixit*— hayan existido intentos de recuperar para sí el pensamiento de Silvio Frondizi y Milcíades Peña. Y esto es tanto más llamativo cuando se tiene en cuenta que su obra ha permeado durante muchas décadas el campo cultural de izquierdas —lo que es visible tanto por las influencias como por las resistencias que generaron—, que sus libros han contribuido a la formación de dos generaciones de militantes políticos y que muchos de sus aportes más significativos han sobrevivido al olvido en numerosas investigaciones de los últimos años. Aparece pues como un hecho sintomático el que no se los haya podido pensar desde ninguna de ellas, que persistan como los heterodoxos, los inclasificables, los malditos. Como los *marxistas olvidados* de la Argentina, para recuperar la afortunada expresión de Michael Löwy.

En parte este olvido es explicable porque ya en su propio tiempo S. Frondizi y Peña ocuparon un lugar de *outsiders*, enfrentados con el conjunto del arco político-cultural. Pusieron en entredicho el optimismo y las certezas de una época, y se movieron a contracorriente de toda la cultura política de la izquierda. Pusieron en discusión que la vieja oligarquía argentina fuese una clase meramente parasitaria y en decadencia, y que frente a ella se alzara como virtual enemiga una dinámica burguesía nacional, de vocación democrática e industrialista, la cual, apoyada por los sectores progresistas del ejército y por la clase obrera, sería portadora de un nuevo tipo de sociedad. Casi todas las vertientes políticas de la época —socialistas, comunistas, izquierda nacional, nacionalismo revolucionario— idealizaba alguna forma

de burguesía local y propugnaba algún tipo de frente que, combinando según distintas fórmulas algebraicas esa misma composición social —burguesía nacional, ejército, clase obrera—, ya se tratase de un "frente democrático" o un "frente nacional", unos como otros terminaban subordinando a la clase trabajadora como fuerza de apoyo, sostén o "columna vertebral" de un frente hegemonizado por otras clases. Tanto Peña como Frondizi sostuvieron con audacia la paradoja de que el único proyecto de nación vertebrado hasta el momento, por módico que haya sido, fue el levantado por la "generación del 80", y que ninguno de los proyectos de masas de este siglo habían logrado constituir una alternativa que alterase en lo sustancial ese diseño. La oligarquía había sido mucho más "nacional" —a su manera, claro está— que lo que las izquierdas querían admitir, mientras que el "nacionalismo antioligárquico y antimperialista" de la burguesía industrial brillaba por su ausencia.

Uno y otro murieron creyendo en la fuerza de las ideas y en el potencial emancipador de los trabajadores y de los oprimidos. Sin embargo, su fe en el socialismo no era dogmática, y en esto se diferenciaron del trotskismo vernáculo. Su amplia formación teórica, así como sus análisis históricos y políticos, mucho más sutiles y sofisticados que los de las corrientes trotskistas locales, les permitieron evitar los vicios más típicos de esta tradición en sus formas más rutinarias: el "triumfalismo en la causa de la clase obrera y el catastrofismo en el análisis del capitalismo" ¹². Peña y Frondizi vislumbraron que el orden capitalista que se quería cuestionar era más complejo de lo que se admitía entonces. Trataron de comprender la dinámica del capitalismo contemporáneo, de periodizar las etapas por las que discurría y de desentrañar el sentido de sus crisis, que siempre aparecían como "finales", pero que hasta el momento el sistema venía resolviendo a su favor. Sostuvieron que la clase obrera no era ontológicamente revolucionaria ni el triunfo del socialismo fatal e ineluctable: entendían que la clase trabajadora podía constituirse en sujeto revolucionario de la sociedad, pero sólo bajo determinadas condiciones. Cuestionaron las concepciones "sustitutistas" de los partidos de izquierda en relación a la clase obrera y denunciaron sus mecanismos de burocratización, los modos en que la dominación de la sociedad se reproducía entre quienes pretendían combatirla.

Este ajuste de cuentas con el trotskismo argentino —Peña recién en sus últimos años—, y el hecho de que no fueran pensadores estrictamente "trotskistas", sino que el influjo que sobre ellos ejerció la obra de Trotsky no era excluyente de la influencia de otros marxistas, debe haber pesado para que tampoco la tradición trotskista los haya reconocido como propios. Es cierto que O. Coggiola, en la obra citada arriba, les hace un lugar, si no en el centro, al menos al margen de la trayectoria del trotskismo argentino. Pero no deja de enjuiciarlos desde la perspectiva de un presunto "trotskismo ortodoxo", y si bien les reconoce algunos méritos teóricos parciales, insiste en sus límites políticos en tanto que intelectuales pequeño-burgueses que escriben "desde fuera del movimiento real de la clase obrera", que no comprenden la dinámica del movimiento de masas y la necesidad de su partido.

¹² Anderson, op. cit., p. 121.

Si el desencuentro de Milcíades Peña y Silvio Frondizi con las tradiciones de la vieja izquierda es manifiesto, su encuadramiento dentro de la llamada "nueva izquierda intelectual" de los años 50 y 60 también presenta problemas. Esta es la perspectiva de dos obras recientes que han contribuido vigorosamente a comprender la emergencia de la intelectualidad de izquierda en el período, sus influencias, sus avatares, sus aporías. Silvia Sigal, en **Intelectuales y poder en la década del sesenta**, circunscribe su campo de investigación al conjunto de la zona declaradamente progresista de los intelectuales argentinos, mientras Oscar Terán, en **Nuestros años sesentas**, estudia —como indica el subtítulo de su obra— la "formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina" entre 1956 y 1966.

Tanto Peña como S. Frondizi, aunque indudablemente convergen con la nueva izquierda de aquellos años en un conjunto de preocupaciones, de lecturas y de valores, y aunque los unifique con ella un mismo espíritu de ajuste de cuentas con la izquierda tradicional y una misma vocación por el conocimiento de la realidad argentina, los separan de ella muchos otros motivos que nos permiten hablar de una tradición distinta. Es que uno y otro buscan ajustarse —infructuosamente, por otra parte— más al modelo del intelectual orgánico, que al modelo sartreano del "intelectual comprometido" que caracterizó a la nueva izquierda. La creciente influencia del nacional-populismo en el seno de la nueva izquierda, cuyo crecimiento fue paralelo al del anti-intelectualismo, no tienen su correlato en Frondizi y Peña. El propio Terán señala que la actitud de este último en relación al peronismo constituía una "excepción" (Terán, 1991: 55) y C. Altamirano, si lo incluye dentro de la nueva cultura de izquierdas que ofrecerá otra comprensión del peronismo, advierte que Peña se mueve "a contracorriente de la tendencia principal" (Altamirano, 1992: 41). Recordemos, por otra parte, que Silvio Frondizi pertenecía a una generación anterior que la del grupo Contorno, y que si bien Milcíades Peña formó parte de esta generación, las vicisitudes de su formación intelectual —extrauniversitaria— y de su precoz militancia política lo ubican a un mundo de distancia de figuras como David Viñas, León Rozitchner o Oscar Massotta. Si fuera posible diseñar una ubicación espacial, afirmaríamos que se instalan en un lugar intermedio y equidistante entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda, desencontrados tanto con una como con la otra.

Ahora bien, sostener que estos autores conforman una tradición de pensamiento izquierdista con derecho propio, y no dos "anomalías" o "excepciones" a la regla, implica develar cuáles son los núcleos teórico-políticos comunes que los colocan en esta incómoda posición en relación al campo intelectual de izquierdas de la época.

Nuestra tesis es que lo común a ambos es una *visión trágica* del mundo contemporáneo, una visión trágica de la política en Silvio Frondizi y una visión trágica de la historia en Milcíades Peña. Y es esa visión trágica la que ocluye cualquier posibilidad de que puedan ser pensados y recuperados como "ejemplos positivos" para cualquiera de las tradiciones izquierdistas existentes.

La invención de tradiciones, dijimos, busca una continuidad determinada entre pasado y presente, es decir, se propone la legitimación de una política presente mostrándola como la prosecución de una gesta del pasado¹³. Si su fin es, en este sentido, *político*, la búsqueda de un linaje implica constituir y recuperar valores, aconte-

cimientos y figuras que contribuyan a cierto proceso político, a la creación de voluntades colectivas, de un "nosotros" que se articule como identidad política. Esto vale también para la invención de tradiciones izquierdistas, cuyos mentores han buscado y buscan recuperar valores, acontecimientos y figuras que funcionen como "ejemplos positivos" para las luchas sociales del presente.

Ahora bien, ni las figuras trágicas ni su pensamiento pueden ser recuperados como tales, en la medida en que no infunden el optimismo necesario para la constitución de identidades sin fisuras y voluntades políticas activas. No son "ejemplos a seguir". Para su pesimismo de la inteligencia —Gramsci *dixit*— las agudas contradicciones que desgarran el tejido social no están en vías de resolverse positivamente en síntesis superiores, llámense el Pueblo, la Nación, la Revolución, el Socialismo, el Proletariado, o tan siquiera el Partido. Para ellos las antítesis no se resuelven dogmáticamente en síntesis, sino que la negatividad histórica brota de su permanente tensión. No es que se hayan convertido en escépticos, para que todo intento de resolver las contradicciones como una simple quimera. Creen simplemente que las burguesías han concluido el período histórico en que revolucionaban en sentido progresista el orden social, mientras que la clase trabajadora no ha logrado aún constituirse en el sujeto que lleve a cabo el relevo histórico. Sabían que vivían tiempos de tragedia. No se solazaban con ella. Muy por el contrario, la vivían con dramatismo en su propia existencia. Pensaban la realidad social desde el centro mismo de la tensión, se instalaban para entenderla en el propio lugar del malestar. Fueron, inclusive, la expresión del malestar de la cultura de izquierdas.

Con su empedernida dialéctica negativa, se empeñaban en mostrar cómo renacían las viejas antinomias —en el "Pueblo", en los "Socialismos Reales", en el "Partido"— allí donde otros se ufanan en mostrar los resultados. Descubrían problemas donde otros sólo percibían logros. Eran los aguafiestas de la política.

Eran y no eran hombres de su tiempo. Lo eran, porque buscaron afanosamente pensar —y encarnaron en sus vidas— las contradicciones de una época. Pero estaban desencontrados con su tiempo: eran los "políticos" entre los "intelectuales" pero eran los "teóricos" entre los "políticos". Eran los exponentes de la "nueva izquierda" ante la "vieja izquierda", pero eran los resabios de la "vieja izquierda" para la "nueva izquierda". Eran los intelectuales que querían hacer política, pero no en las horas libres de su actividad intelectual: querían hacer política *como* intelectuales revolucionarios, sin renunciar a pensar, así como querían pensar sin renunciar a la acción.

Por todo esto, un balance y una evaluación de su obra eran casi impensables en los tiempos inmediatos a su desaparición —Peña muere en 1965, Frondizi en 1974. Si para esta última época se había insinuado la tragedia, todavía se vivían tiempos

¹³ Recordemos las sagaces observaciones Marx al respecto, en un texto abundantemente citado pero poco explotado: "La tradición de todas las generaciones pasadas pesa como una pesadilla sobre el cerebro de los vivientes. En el momento preciso en que parecen ocupados en transformarse a sí mismos, en trastornar todas las cosas, llaman ansiosamente en su ayuda a los espíritus del pasado, recibiendo de sus antecesores, justamente en estos períodos de crisis revolucionaria, su nombre, su grito de guerra, su costumbre, para representar con este antiguo y venerable disfraz y con lenguaje que no es de ellos, la escena nueva de la historia universal...". Marx, C., **El XVIII Brumario de Luis Bonaparte**, Bs. As., Claridad, s/f.

de euforia, un optimismo que comenzaba a ensombrecerse con algunos nubarrones. Los 80 que, como recordamos sumariamente, vieron aparecer tantos trabajos sobre las figuras y las tradiciones de la izquierda, tampoco prohibieron la recuperación de S. Frondizi y M. Peña. Es que tras el repliegue del poder militar, volvieron a vivirse, más modestamente, algunos años de euforia militante. Era todavía improbable la exhumación de los trágicos. Se produjo no obstante un fenómeno curioso: muchas de las agudas intuiciones historiográficas de Milcíades Peña irrumpieron en el univeso académico, sin que se las acompañara, en muchos casos, con el reconocimiento de su paternidad (como se sabe, Peña no es una fuente "citable" en el mundo académico local)¹⁴. Podría pensarse que, de todos modos este des-conocimiento es, en última instancia, una forma soterrada de póstumo re-conocimiento. Pero no es menos cierto que esta recuperación aislada de algunas de sus ideas o intuiciones no comporta todavía rescate de su pensamiento en tanto que tradición. Porque es la postura de Peña como intelectual revolucionario, su *ethos* trágico, lo que lo torna una figura poco asimilable, aún poco "citable", en relación a la nueva colocación de la nueva intelectualidad de los 80 frente a la política.

Es posible que los 90 permitan esa recuperación. Por un lado el agotamiento del imaginario populista puede favorecer la comprensión de aquellos autores que lograron una posición de distanciamiento crítico frente a la sociedad y la ideología populistas, que trataron de comprenderlas como momentos dentro de un proceso histórico más extenso. Y por otro, ya no hay espacio para euforia militante. Acaso la contundente evidencia de la derrota que se vive en estos desconsolados 90 permita un acercamiento más apropiado a esta tradición, pues como señaló alguna vez Lucien Goldmann, en los tiempos de derrota, en aquellos momentos en que los valores humanos parecen quedar subordinados a la lógica de la eficacia, en que se ahonda la ruptura entre la fuerza y la justicia, entre la esperanza y la condición humana, es cuando aparece un renovado interés por los pensadores y autores trágicos del pasado¹⁵.

3. La visión trágica en el pensamiento marxista argentino

De las biografías de Peña y Frondizi se desprende que se trata de dos figuras trágicas. Los acontecimientos de su vida participan de los rasgos característicos de la *visión trágica*: rechazo radical frente al carácter inauténtico del mundo (capitalista), repudio ante el compromiso y la conciliación, actitud de "todo o nada"... Pero también los de su muerte: Milcíades Peña se suicida a los 33 años de edad, en el apogeo de su producción intelectual; Silvio Frondizi, sin abandonar la defensa de presos políticos y gremiales a pesar de las amenazas de muerte recibidas, y desoyendo las voces amigas que le aconsejaban alejarse por un tiempo del país, es asesinado por

¹⁴ El reconocimiento es más explícito en investigadores extranjeros, que han admitido su deuda con Peña como David Rock en *El radicalismo argentino* o Peter Waldmann en *El Peronismo*. En el capítulo IV nos ocuparemos de la irradiación de algunas ideas y conceptos de Peña en la obra de Murmis-Portantiero, Jorge Schwarzer, Jorge Sabato, Tulio Halperín Donghi, Oscar Ozslak, Waldo Ansaldi, entre otros.

¹⁵ Goldmann, Lucien, *El hombre y lo absoluto*, Barcelona, Península, 1968, p. 79.

una banda terrorista —la Triple A— en 1974. Como Antígona, como Junia, Tito y otras figuras de la tragedia griega, Silvio Frondizi "obra de manera *consciente* y *voluntaria* negándose al compromiso y aceptando la muerte"¹⁶.

Pero entre Peña y Frondizi existe un vínculo no sólo biográfico, ni simplemente político, sino aún más profundo. Ambos comparten (o piensan la realidad desde) una misma *visión trágica* de la historia y la sociedad, la que a su vez los distingue radicalmente del resto de los intelectuales del campo cultural argentino.

Ambos autores poseen una relativa autoconciencia de su *visión trágica*. S. Frondizi emplea circunstancialmente la expresión, especialmente en su obra de juventud, elaborada al calor de las lecturas de los intelectuales alemanes de entreguerras, casi todos tributarios de dicha visión. Peña, en cambio, conoce el concepto de *tragedia* tal como ha sido expuesto por el Hegel de las *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*. Para la conceptualización que utilizamos aquí, nos hemos valido con ciertas libertades de la redefinición de *visión trágica* que llevó a cabo el joven Lukács, especialmente en el último ensayo de *El alma y las formas*, tal como ha sido reelaborado por Lucien Goldmann en *El Dios Oculto* primero, y luego por Michael Löwy en su ensayo de sociología de los intelectuales revolucionarios¹⁷.

La *Weltanschauung* trágica, en cualquiera de sus formas, clásicas o modernas —ha señalado Goldmann—, expresa una crisis profunda de las relaciones entre el hombre y el mundo social, la conciencia de que se hallan amenazados los valores supremos, la esencia misma del humanismo clásico, la unidad del hombre y su mundo. Para la tragedia, el mundo se ha hecho ambiguo y oscuro, los dioses no están ya unidos a los hombres en una misma totalidad cósmica, sometidos a las mismas fatalidades del destino. Se han separado del hombre y se han convertido en sus dueños. Este mundo equívoco se ha hecho insoportable para los hombres. Entre ellos, sólo aquellos a los que una enfermedad física ha apartado del mundo, pueden soportar la verdad —la ceguera de Tiresias o de Edipo—; a otros —Ajax, Creón, Antígona— el conocimiento de la verdad les lleva simplemente a la muerte.

El pensamiento trágico de los siglos XVII y XVIII —Pascal, Racine, Kant— denuncia los síntomas de una crisis profunda en las relaciones entre los hombres y el mundo. Expresa la lúcida conciencia de que un orden social y cósmico se ha roto irreversiblemente y advierte sobre los peligros en que se había desembocado —o en que se irá a desembocar— siguiendo un camino que parece rico y lleno de promesas.

¹⁶ *Ibid*, p. 60-61. V. tb. Lukács, G. *El alma y las formas. Teoría de la novela*, México, Grijalbo, 1985: "La entrega es el camino el místico, la lucha es el del hombre trágico; en aquel el final es una disolución, en éste es un choque aniquilador (...) La vida trágica es la más excluyentemente cismundana de todas las vidas. Por eso su límite vital siempre se confunde con la muerte (...). Para la tragedia, la muerte —el límite en sí— es una realidad siempre inmanente, indisolublemente unida con cada uno de sus acontecimientos" (pp. 254-5).

¹⁷ Lukács, op. cit., ensayo "Metafísica de la tragedia"; Goldmann, op. cit., esp. la Primera Parte ("La visión trágica"); Michael Löwy, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács*, México, Siglo XXI, 1978, esp. capítulo I y II. V. también de este último "Goldmann and Lukács: The tragic worldview", en *The Philosophical forum*, vol. XXIII, nº 1-2, Fall-Winter 1991-92.

Desde esta visión, la realidad está atravesada por contradicciones y la exigencia de síntesis, de unidad de los contrarios, constituye la esencia misma de la conciencia trágica. Sin embargo, la escisión entre Dios y el mundo, o bien entre los valores (auténticos) y el mundo (inauténtico), entre lo racional y lo sensible, el alma y el cuerpo, el individuo y la sociedad, la fuerza y la justicia, etc., es *irreductible*, y en ello consiste la tragedia humana. No hay "solución" posible al escoger entre una y otra opción: tanto la aceptación de la realidad mundana como el refugio en el universo trascendente de los valores, sólo son formas inauténticas de compromiso. La tragedia radical no cree tampoco en la posibilidad siquiera de transformar el mundo y actualizar en él los valores auténticos. Es al mismo tiempo una exigencia de síntesis lúcida de que semejante síntesis no es posible. Ahí reside el extremo rigor y la extrema coherencia de la conciencia trágica, con su exigencia radical de absoluto y de claridad.

Michael Löwy ha retomado las ideas de Goldmann sobre los avatares del pensamiento trágico de la modernidad y los ha proyectado sobre el pensamiento contemporáneo del siglo XX. El pensamiento trágico a comienzos de este siglo asumirá según Löwy la forma de un anticapitalismo romántico, cuyo *leit-motiv* será la oposición entre *Kultur* y *Zivilization*. Mientras *Kultur* define una esfera caracterizada por valores éticos, estéticos y políticos, un estilo de vida personal, un universo espiritual "interior", "natural", "orgánico"; *Zivilization*, en cambio, designa el progreso material, técnico-económico, "externo", "mecánico", "artificial". Esta contradicción adquiere el carácter de un conflicto trágico e insoluble, en la medida en que comprende la inevitabilidad de un retorno al pasado "orgánico".

Esta matriz de pensamiento es común a Max Weber y el círculo de eminentes pensadores que lo acompañó —Tönnies, Paul Ernst, E.Toller, E.Bloch, G.Landauer, M.Buber... Una modalidad más radicalizada es la que sostiene el joven Lukács —**El alma y las formas**—, cuyo anticapitalismo, aunque más extremado y virulento que el de los anteriores, no concibe ninguna fuerza social capaz de transformar el mundo y realizar los valores, y desemboca así en un sentimiento de rebeldía impotente.

Casi todos estos motivos aparecen en los ensayos políticos del joven Silvio Frondizi, que desde la Universidad de Tucumán prepara sus obras sobre John Locke primero, y sobre el Estado moderno después. Su universo de lecturas está constituido, en gran medida, por la corriente de autores mencionada arriba, a los que accede en las ediciones alemanas originales o en las pulcras traducciones de las casas editoriales españolas. Sus preocupaciones son las de un liberal lúcido, consciente del alcance estructural y multidimensional de la crisis contemporánea y del derrumbe definitivo del mundo liberal. Ya señalamos, siguiendo a L.Goldmann, la relación intrínseca entre *visión trágica* y conciencia de la *crisis*. Y si hay algo que recorre como un hilo rojo toda la obra de Silvio Frondizi es esta conciencia de la crisis, en tanto fenómeno global y multidimensional, que debe ser conceptualizado. Pero hay tragedia en la medida en que piensa a la crisis desde una concepción y una postura que también admite que están en crisis: la concepción liberal y la postura del intelectual liberal. Y si bien es tarea del liberal crítico "salvar de la profunda crisis en que se debate en estos momentos la burguesía liberal, a aquellos valores que se han incorporado defini-

tivamente a la cultura de la humanidad" (Frondizi, 1954: 14), no existe por el momento sujeto histórico capaz de realizar esta tarea que retome la "continuidad" y el "progreso" históricos. La burguesía ya no es el sujeto histórico revolucionario, ni está en condiciones de preservar sus conquistas históricas. Pero las masas, ajenas a este legado, no están en condiciones de reemplazarla.

Los interrogantes de esta visión trágica reiteran una y otra vez "¿qué se hizo de tanta grandeza, de tanto esplendor? ¿Es posible que el magnífico edificio de la cultura moderna, construido con tanto amor, se derrumbe? Pues enormes grietas amenazan su estabilidad y están a punto de derrumbarle, catástrofe que sepultaría a las más caras conquistas del espíritu humano" (Frondizi, 195: 125) ¹⁸.

Desde mediados de la década del 40 Silvio Frondizi abandonará la problemática del liberal crítico para convertirse en un socialista que entiende que ese sujeto histórico que rescata los valores amenazados por la realidad capitalista puede ser el proletariado, siempre y cuando logro constituirse en variable independiente y en fuerza hegemónica sobre el conjunto de los sectores oprimidos de la sociedad. Sin embargo, cierta matriz de *visión trágica* sobrevive bajo este nuevo corpus marxista. Ya no se trata, sin embargo, del *pesimismo trágico* del período del liberal crítico, el de la revuelta ética contra el capitalismo, el del anticapitalismo romántico y la rebeldía impotente. En este período su peculiar lectura del marxismo está atravesada por una dimensión *trágico-utópica*: Silvio Frondizi entiende que la práctica política puede contribuir a la constitución de ese sujeto revolucionario, cree que aquellas antinomias que antes se le aparecían como irreductibles, son *superables históricamente*. Aunque sólo en el límite de la utopía.

Las antinomias que atravesaban el corpus teórico liberal no se disuelven: aparecen resignificadas e historizadas en el corpus teórico marxista. Aparecen pues como contradicciones históricas entre realidad y utopía, entre política y cultura, entre el tiempo histórico y el tiempo existencial, entre la política como "arte de lo posible" y la política utópico-revolucionaria, entendida como arte de lo imposible", entre partido-instrumento (maquinaria para la toma del poder) y partido-anticipación (que ya prefigura en su seno los valores a que aspira)... A diferencia de la "dialéctica positiva", la concepción trágico-utópica mantiene las antítesis sin resolverlas dogmáticamente. Entiende que la historia es el resultado de esa negatividad, de esa tensión siempre irresoluble, o bien, cuyo límite de resolución es la utopía.

En Milciades Peña encontramos, en cambio, una *concepción trágica de la historia argentina*. También aquí la dinámica histórica es entendida como el resultado de la aguda contradicción de las fuerzas sociales, aunque en el contexto específico de nuestra formación social —una modalidad peculiar de capitalismo dependiente— condujo a una "combinatoria endiablada" que impidió la constitución de una gran nación. Peña parte de la tesis de la incapacidad estructural de las clases dominantes argentinas para impulsar un desarrollo nacional autónomo, desarrollo que implique

¹⁸ "La tragedia es expresión de unos instantes en que al encontrarse amenazados el valor supremo, la esencia misma del humanismo clásico, la unidad del hombre y el mundo, se experimenta su importancia con una agudeza raramente alcanzada en otros momentos", Goldmann, cit., p. 58 n.

simultáneamente las tareas de democratización política, de industrialización, de separación de la Iglesia y el Estado, así como el conjunto de las llamadas "tareas democrático-burguesas". Las opciones que se presentaron en cada encrucijada histórica que dividió al país, en que se confrontaron violentamente las fuerzas sociales existentes —colonialistas/independentistas, unitarios/federales, liberales/nacionalistas, yrigoyenistas/antiyrigoyenistas, peronistas/antiperonistas— no representaban en realidad auténticas opciones. Ninguna de ellas, triunfase quien triunfase, contenía las potencialidades para un gran proyecto de nación. De ahí pues, la tragedia histórica argentina (y latinoamericana) que tuvo su punto de partida en la propia "tragedia de España; tragedia en el sentido hegeliano: situación que no tiene ninguna salida hacia adelante" (Peña, **Antes de Mayo**: 32-33). La tragedia española era el resultado de su atraso estructural, de la ausencia de una clase burguesa interesada en una auténtica integración territorial y un desarrollo industrial, lo que relegó a la metrópoli a un lugar de mera intermediaria comercial entre América y las regiones industrializadas de Europa.

La situación de la sociedad argentina tras la independencia vuelve a plantear la opción trágica entre las fuerzas sociales interesadas en impulsar las industrias locales, notoriamente atrasadas y que sólo podían crecer a paso de tortuga, y las que sostenían la necesidad de abrirse a la civilización y el crecimiento de las políticas libre-cambistas, lo que implicaba entregar el mercado a la industria inglesa. "La historia —señala Peña— no brindaba ninguna salida para este círculo de hierro" (Peña, **El Paraíso Terrateniente**: 24). Si la victoria de Buenos Aires sobre el interior significaba aprovechar los beneficios secundarios de constituirse en una semicolonía en relación a Inglaterra, la victoria de la montonera no encerraba una alternativa superior: "Las montoneras no aportaban consigo un nuevo orden de producción. Se oponían a la oligarquía porteña, pero no podían contraponer ningún régimen de producción distinto a aquel en que se fundaba el poderío de la oligarquía porteña. Las montoneras no eran progresivas en el sentido hegeliano de la palabra, es decir, no significaban el tránsito a otro orden social. En este sentido —y en este sólo—, las montoneras argentinas se parecen a las insurrecciones cosacas de Pugachev y Stenka Razin contra el zarismo moscovita. Como éstos, si las montoneras hubieran aplastado a Buenos Aires poniéndose a la cabeza de la Nación, se hubieran visto forzadas a reconstruir lo destruido, porque no podían organizar la sociedad de ningún otro modo" (Peña: **El Paraíso Terrateniente**: 27).

Esta situación de la montonera hablaba de su "trágica impotencia histórica y su inevitable derrota a manos de la oligarquía metropolitana, el factor capitalista más poderoso y dinámico del país. Que, sin embargo, recordémoslo bien, no era democrático y era progresivo sólo en cuanto aportaba algunos escasos elementos de civilización industrial, con cuentagotas y para beneficiar en primer término al capital extranjero y en segundo término a la oligarquía porteña y sus socios menores del resto del país, con entera desidia por la creación de los cimientos de una gran nación" (Peña: **La Era de Mitre**: 45).

Aquí, en este nudo histórico, encontrará Peña la tragedia de la falta de desarrollo y de democracia en el siglo XX, explicando el fracaso de los grandes movimientos

populares de esta época —yrigoyenismo, peronismo— los cuales, a pesar de responder a profundas modificaciones sociales, no enfrentaron la estructura misma del capitalismo argentino, de la que se desprenden como momentos necesarios el subdesarrollo económico y la ausencia de democracia (Peña: **Masas, caudillos y élites**).

Finalmente, dos figuras históricas concentran el interés de Peña, cuyo relieve se destaca más en el contexto de un discurso historiográfico en que las grandes personalidades aparecen desdibujadas en función de que los actores históricos que ocupan el centro de la escena son las clases sociales. No es casual que esas dos personalidades resaltadas sean tratadas por Peña como dos figuras trágicas, dos figuras de la tragedia argentina: Sarmiento y Alberdi. Uno y otro aparecen como dos intelectuales burgueses desencantados con su clase, que diseñaban un proyecto de nación a la manera de las emergentes sociedades de la época, frente a una oligarquía argentina que no tenía el interés ni la capacidad históricos para llevarlos a cabo. Alberdi —escribe Peña— "expresaba muy bien en su drama personal, el gran drama argentino: la falta de clases reales en qué apoyar el programa alberdiano para la construcción de una gran argentina" (Peña: **Alberdi, Sarmiento, el 90**: 121). Alberdi y Sarmiento, pues, leídos por Peña en clave de figuras trágicas, le permiten replantear la problemática de la conflictiva relación entre el intelectual y las masas y, paralelo histórico mediante, pensar y racionalizar su propia situación de intelectual revolucionario desencantado con las masas que su discurso dice representar.

4. Para una sociología de los intelectuales revolucionarios en Argentina (Cuestiones de método)

Otra preocupación se sumó a las anteriores en la elaboración de este trabajo: la problemática de los intelectuales, y más específicamente, la de los intelectuales revolucionarios, para cuya comprensión sólo constituye una contribución limitada y circunscripta para una futura sociología de los intelectuales revolucionarios en Argentina.

Si aquí seguimos el itinerario de las ideas teórico-políticas de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, no lo hacemos en el marco tradicional de la historia de ideas, buscando establecer filiaciones, continuidades y rupturas, sino que fundamentalmente nos proponemos aprehender a través de su evolución ideológica dos casos particulares para la comprensión del problema de los intelectuales revolucionarios en Argentina (Löwy, cit., p.12). Es decir, no nos interesa sólo qué es lo que piensan, sino que buscamos entender *por qué piensan lo que piensan* a partir de una localización específica en el campo político y en el campo intelectual de la época.

Si aceptamos la tipología que propone Terán para la comprensión de los intelectuales de izquierda, distinguiendo entre la figura del "intelectual comprometido", que habla a sus pares y a la sociedad, y la del "intelectual orgánico", que intenta dirigirse al pueblo o a la clase obrera para apoyarse en ellos y desempeñar su misión (Terán, 1991: 14), advertimos que tanto Peña como Frondizi se resisten al encuadramiento en una u otra posición. Si el joven Silvio Frondizi responde tempranamente a la figura del primero, durante su madurez, así como Peña durante todo el tiempo de

su breve vida adulta intentaron instituirse como "intelectuales orgánicos" en el particular contexto de una izquierda partidaria que no los toleraba.

Y este hecho va a constituir una de las determinaciones centrales de la cultura política de izquierdas en nuestro país. En ella hay un campo claramente demarcado entre, por un lado, los dirigentes políticos de las organizaciones de izquierda que monopolizan el espacio de la "intelectualidad orgánica", imponiendo severas reglas a quienes acepten trabajar a su lado —desde Juan B. Justo hasta J.A.Ramos, pasando por V.Codovilla o Nahuel Moreno, ninguna corriente política escapó a esta situación—; por otro, los "intelectuales tradicionales" provenientes de la pequeñoburguesía universitaria que se radicalizaban al calor de los últimos 50 y que en los 60 constituirán la llamada nueva izquierda intelectual (Terán, 1991; Sigal, 1991).

El problema es que no había resquicios dentro de esta rígida demarcación. Es cierto, como observa Terán, que se producen líneas de pasaje y de préstamo entre un lado y otro, que algunos militantes orgánicos no soportan la rígida disciplina partidaria y buscan una reinserción en el campo intelectual, mientras que algunos intelectuales tradicionales buscan inscribirse como orgánicos en el espacio de algún partido. Pero lo cierto es que la demarcación era tajante, y no admitía situaciones intermedias. Así las cosas, Peña y Frondizi no estaban emplazados en alguno de estos precisos lugares, pues eran los intelectuales orgánicos de un partido inexistente.

Silvio Frondizi pertenece a una generación anterior a la de Peña —la misma que R.Puiggrós, J.J.Hernández Arregui o A. Jauretche—, y su proceso de acercamiento al marxismo será mucho más largo y sinuoso que el que vivirá la generación siguiente, pero también por eso mucho más fecundo para ser rastreado desde el presente. Lo que M.Löwy ha observado a propósito de Lukács, puede hacerse extensivo, salvando las obvias distancias, a Silvio Frondizi: "Habiéndose adherido al marxismo militante a una edad mucho más avanzada que la mayoría de los otros pensadores revolucionarios (que llegan al socialismo en su primera juventud), nos permite estudiar sistemáticamente todas las etapas de su evolución ideológica. En otros términos: el camino que Lukács ha recorrido en diez años, la mayoría de los intelectuales marxistas lo ha hecho en mucho menos tiempo, y frecuentemente antes de los dieciocho años de edad... De ahí la riqueza y el interés de esta 'larga marcha' hacia Marx y Lenin" (Löwy, cit., p.15-16).

Hacia mediados de los años 40 Frondizi abandona el pesimismo trágico de su juventud, para adscribir a un marxismo crítico que no tenía puntos de contacto con la izquierda partidaria existente. Como observa Terán, la generación de **Contorno** recién realizará "el pasaje desde este humanismo de signo trágico hacia otro confiadamente optimista" más de una década después (Terán, 1991: 22). En los 50 ensaya, junto a un grupo de jóvenes discípulos que viene reclutando de sus cursos de marxismo, su proyecto político-organizativo más ambicioso. Apunta a resolver las contradicciones entre política y cultura, entre militancia y vida cotidiana, en una organización política conforme a sus ideales, ajena a las prácticas burocráticas de la izquierda existente, que responda a la formación de un militante integral. Tras el fracaso de este intento, desde principios de los 60 hasta su muerte, se concentra en la actividad docente y en la defensa de presos políticos y gremiales.

Los singulares avatares de su vida, llevan en cambio a Milcíades Peña a un acercamiento muy temprano con el marxismo, tanto teórico como político, apenas comenzada su adolescencia. Si bien pertenece a la misma generación de **Contorno**, son pocos los puntos de contacto con la figura de intelectual que ésta representa. Autodidacta, su (auto)formación respondía más a la de un marxista clásico, con su especial versación en economía e historia, que la de otros marxistas de su época, más inclinados a la problemática filosófica o estética. Y a pesar de su siempre conflictiva relación con el partido trotskista (orientado por N.Moreno), del que va terminar de apartarse en los últimos años de su vida, Peña es un intelectual formado en la disciplina partidaria, acostumbrado al trabajo planificado, en equipo, orientado por motivaciones políticas, y en cuyo discurso vehemente se trasunta claramente el *pat-hos* por la polémica verdad de la política y la historia.

Ciertos zigzagueos teórico-políticos serían inexplicables si se buscara en estos autores una linealidad meramente conceptual, en lugar de leerlos en clave de esta tensión y desencuentro. El Silvio Frondizi de los últimos años ensayará así diversos acercamientos políticos poco congruentes con sus posturas teóricas (será candidato a senador por el FIP de Ramos en 1973 y unos meses después se convertirá en una de las figuras públicas del FAS, Frente Antimperialista por el Socialismo, confluencia de corrientes gremiales y políticas liderada por el PRT). Asimismo, no se comprendería que Peña haya escrito en 1958 la más sólida fundamentación de la táctica trotskista del "entrismo" en el peronismo ("Peronismo y revolución permanente", en **Estrategia** nº 3, 1958), poco después de concluir la redacción de sus críticos análisis sobre el fenómeno peronista —lo que luego va a ser su libro **Masas, caudillos y élites**—, y poco antes de editar la revista **Fichas**, desde cuyas páginas anticipará algunos de esos análisis sobre el peronismo y sostendrá la crítica más despiadada de las estrategias "entristas".

Si adscribimos a Frondizi y Peña a un mismo modelo de intelectual revolucionario, y señalamos que comparten una misma visión trágica de la política y la historia, no se debería pasar por alto que se trata de personalidades de idiosincrasia muy dispar. Las diferencias y aún los matices dentro de un mismo tipo, y el singular camino que cada uno ellos transitó hacia y en el marxismo, puede contribuir a una comprensión más abarcativa de la problemática. Ya señalamos que se trata de hombres de distintas generaciones (lo que en sus vínculos recíprocos no significó, sin embargo, que Peña adoptase ante Frondizi una actitud discipular). Pero los contrastes son aún mayores si se consideran ciertas vicisitudes personales: Silvio Frondizi era miembro de una gran familia —un verdadero clan familiar—, mientras Peña había sido educado como hijo único adoptivo por un matrimonio de edad mayor. Frondizi posee una amplia formación intelectual universitaria, mientras Peña es un autodidacta que ni siquiera concluye los estudios medios. Sin otra "profesión" definida que la de intelectual revolucionario —salvo en sus últimos años, que crea una agencia de investigaciones de mercado—, Peña es un marginal sin títulos terciarios, mientras Silvio Frondizi es "doctor", es "profesor"... Estas condiciones sociales, familiares y afectivas contribuyeron a la conformación de dos estructuras de carácter muy distintas, casi polares: Silvio Frondizi hace gala en sus grupos o en sus publicaciones de una fuerte personalización de su figura, donde su nombre y su fotografía aparecen destacados, donde sus compañeros de militancia son designados co-

mo "discípulos"... Peña responde más bien a la figura del militante revolucionario que le importa más el significado de la acción o la palabra que la figura de quien la ejerce o la pronuncia, que lleva a cabo una práctica política más despersonalizada, que esconde indefinidamente su identidad en un inacabable juego de seudónimos...

Fueron acaso estas idiosincrasias tan dispares, así como las dificultades estructurales para integrarse en un proyecto político colectivo en el marco de la cultura de izquierdas existente, las que puedan explicar las cambiantes vicisitudes en los vínculos personales entre uno y otro, con momentos de acuerdo, amistad conflictiva e influencias mutuas y otros de trágico desencuentro y de fuego cruzado entre ambos.

Lo que sigue es el desenvolvimiento del itinerario teórico-político de Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El capítulo I (1930-1945) presenta la *visión trágica* de la política en el joven Silvio Frondizi, dentro del marco de la crisis del modelo liberal que se vivía en los años 30. Si bien el ciclo de Frondizi como intelectual liberal (con una conciencia trágica de la crisis del liberalismo) se cierra hacia 1945, el capítulo se proyecta sobre los años subsiguientes, para dar un cierre a la problemática presentada de cómo se replantean en el Frondizi marxista los dilemas y antinomias del legado liberal.

El capítulo II (1945-1955) está centrado en la recomposición que sufren las izquierdas tras la irrupción del peronismo, en los efectos que estos procesos tendrán sobre el pensamiento de Frondizi y Peña —ambos asoman a la praxis política en los albores del peronismo—, y en el particular ajuste de cuentas que se ven obligados a llevar a cabo con la izquierda tradicional a partir de su conflictiva locación como intelectuales revolucionarios.

El capítulo III (1955-1974) se ocupa de la obra madura de ambos autores. Por una parte, el apogeo de Silvio Frondizi mientras edita su *opera magna* —**La Realidad Argentina**— y lidera su propio grupo político. Por otra, del Milcíades Peña que concibe una historia argentina desde su peculiar visión trágica, que va dando parcialmente a conocer a través de las revistas que impulsa, primero **Estrategia** y luego **Fichas**. En conjunto, el capítulo estudia cómo se va abriendo camino trabajosamente, en polémica con las corrientes comunista y populista que dominaban el campo político-cultural, una corriente de marxismo humanista, crítico y antidogmático.

Los períodos temporales abarcados por cada capítulo son apenas indicativos. El texto no adopta un curso temporal lineal, cronológico, sino que está articulado de acuerdo a la problemática teórica aquí esbozada. A diferencia de la historiografía historicista, cuyo procedimiento es la adición ("proporciona una masa de hechos para llenar el tiempo homogéneo y vacío"), escogimos aquí el método del materialismo histórico, tal como lo entendía Benjamin, que construye la historia a partir de una "estructura teórica". "Al pensamiento no pertenece sólo el movimiento de las ideas —agrega Benjamin—, sino también la detención de éstas. Cuando el pensamiento se detiene de golpe en una constelación cargada de tensiones, le imparte un golpe por el cual la constelación se cristaliza en una mónada. El materialista histórico afronta un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En dicha estructura reconoce el signo de una detención mesiánica del acaecer o, dicho de otra forma, de una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. La toma para hacer saltar una época determinada del curso de la historia, así como para hacer saltar una

determinada vida de la época o una determinada obra de la obra general. El resultado de su procedimiento reside en que en la obra se halla conservada y suprimida la obra general, en la obra general la época y en la época el entero curso de la historia"¹⁹.

Referencias Bibliográficas

Libros de Silvio Frondizi:

- **Introducción al pensamiento político de John Looke**, Tucumán, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, 1943.
- **El Estado Moderno. Ensayo de crítica constructiva**, Buenos Aires, Losada, 1945 (2a.ed., corregida: Buenos Aires, Depalma, 1954; 3a.ed.: Buenos Aires, Depalma, 1960, con nuevo prólogo). Las citas en el texto remiten a la 2ª edición.
- **La realidad argentina. Ensayo de interpretación sociológica**. Vol.I: El sistema capitalista; Vol.II: La revolución socialista, Buenos Aires, Praxis, 1955 y 1956 resp. (2a.ed.: 1960; 3a.ed. del vol.I: Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1973).
- **Doce años de política argentina**, Buenos Aires, Praxis, 1958.
- **La revolución cubana. Su significación histórica**, Montevideo, Ciencias Políticas, 1960.
- **Teorías políticas contemporáneas**, Buenos Aires, Machi, 1965.
- **Argentina. La autodeterminación de su pueblo**, Buenos Aires, Ciencias Políticas, 1973 (redactado en 1965 para la ed.colectiva **Los sistemas federales del continente americano**, México, FCE, 1972).

Libros de Milcíades Peña:

- **Antes de mayo**, Buenos Aires, Fichas, 1970.
- **El paraíso terrateniente**, Buenos Aires, Fichas, 1969.
- **La era de Mitre**, Buenos Aires, Fichas, 1968.
- **De Mitre a Roca**, Buenos Aires, Fichas, 1968.
- **Alberdi, Sarmiento, el 90**, Buenos Aires, Fichas, 1970.
- **Masas, caudillos y élites**, Buenos Aires, Fichas, 1973.
- **El Peronismo. Selección de documentos para la historia**, Buenos Aires, Fichas, 1972.
- **La clase dirigente argentina frente al imperialismo**, Buenos Aires, Fichas, 1973.
- **Industria, burguesía industrial y liberación nacional**, Buenos Aires, Fichas, 1974.
- **Industrialización y clases sociales en la Argentina**, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

Fuentes secundarias sobre el período:

- Aricó, José, **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Bs. As., Puntosur, 1988.
- Altamirano, Carlos, **Peronismo y cultura de izquierda**, Mimeo, 1992.
- Coggiola, Osvaldo, **El trotskismo argentino. 1929-1960**, Buenos Aires, CEAL, 1985.
- Coggiola, Osvaldo, **El trotskismo en la Argentina. 1960-1985**, Buenos Aires, CEAL, 1986, 2 vol..
- Sebrelli, Juan José, "Héctor Raurich: un desconocido", en **El riesgo de pensar**, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Sigal, Silvia, **Intelectuales y poder en la década del '60**, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.
- Sigal, Silvia y Terán, Oscar, "Los intelectuales frente a la política", en **Punto de Vista**, n° 42, abril, 1992.
- Terán, Oscar, **Nuestros años sesentas**, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.
- Terán, Oscar, **En busca de la ideología argentina**, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

¹⁹ Benjamin, Walter, "Tesis de filosofía de la historia", en **Ensayos escogidos**, Bs. As., Sur, 1967, pp.50-51.

HUNDAN AL BELGRANO

No mientas Margaret
Miguel Barrella

Conozca las verdaderas razones que llevaron a la persecución y al hundimiento del crucero General Belgrano fuera de la zona de exclusión. Un análisis documentado de las circunstancias que así lo determinaron.

EL MARXISMO ANTE EL SIGLO XXI

Mauricio Lebedinsky

Una visión desde la Argentina de los últimos acontecimientos mundiales.

EL VATICANO DICE NO

Mons. Jerónimo Podestá y su mujer Clelia

Un testimonio sobre la lucha de los sacerdotes casados y sus mujeres.

RECONVERSION EN LAS EMPRESAS

Su repercusión laboral
Daniel Ximénez
Oscar Martínez

Un informe actualizado en torno a la nueva tecnología aplicada por las empresas. Su incidencia en las tareas productivas y en la relación obrero-empresaria.

EL FUTURO DEL SOCIALISMO

Coloquio Internacional. La Sorbona 1991. Bajo la dirección de Jacques Bidet y Jacques Texier. En coedición con El Cielo por Asalto y Alberto Kohén.

CONSÍGALOS EN

LIBERARTE - Corrientes 1555

PROMETEO - Corrientes 1920

HERNANDEZ - Corrientes 1436

Y EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS



Ediciones Letra Buena - Santos Dumont 4459
Tel. 855-8086/9965 - FAX 541 856-2857

TEMAS

Alejandra Ciriza

Feminismo, política y crisis de la modernidad

Este trabajo procura establecer la articulación entre el feminismo, como discurso político y teórico, y la emergencia del sujeto mujer en dos encrucijadas que consideramos claves: la modernidad madura, y la crisis de esa forma de organización de las bases de la vida y de la racionalidad en lo que se ha dado en llamar posmodernidad.

La modernidad establece las condiciones para la cuestión femenina. Bajo el signo del capitalismo se producirían los desajustes que empujarían a las mujeres al campo de la política bajo la consigna de la emancipación femenina: se trataba de lograr igualdad de derechos y libertad.

La crisis de la modernidad y de los sujetos de la política moderna abrirían las puertas para la segunda gran oleada del feminismo. Nacido de la crisis de los sujetos políticos y de las rupturas de la racionalidad moderna, el nuevo feminismo daría lugar a un forma de discursividad marcada por lo que hemos llamado "antinomias". Es por eso que nuestro discurso traza un recorrido que pretende sostener una perspectiva de género, advirtiendo las irremediables fracturas que la crisis de la modernidad ha provocado sobre el feminismo. Tal vez, como afirma Lidia Campagnano: "Está el hecho de que la relación entre mujeres tiene para mí un carácter afectivo, ... que puede ser lacerante para mi vida, pero que también es el modo de sacar de mí cosas que sentía radicales y profundas, pero que no lograba elaborar y que, por consiguiente debía reprimir salvajemente... es la temática del inconsciente... y después otra cosa. la voluntad de destrucción, de rebelión, la rabia insólita. Estas historias (las de las mujeres) me hacen sentir que hay una parte de la humanidad a la que pertenezco y que puedo liberarme junto a ella. O todas o ninguna".

1. La modernidad. Bases para la determinación de la cuestión femenina

El feminismo emerge como posición en el campo de la política en el curso de esa época que ambiguamente llamamos la modernidad.

Nuestra delimitación de la problemática del feminismo se remitía a una doble coordenada: la de la constitución de los sujetos subalternos, y la de la crítica del dis-

curso dominante en el campo de la política y del saber.

La organización del feminismo como discurso político ligado a las demandas del sujeto mujer en función de la articulación de contenidos de clase y de género data de principios del siglo XIX. Sin embargo la condición de la mujer, esto es, la construcción de una perspectiva teórica acerca de la problemática, sería bastante más tardía. La irrupción de los estudios de la mujer, alrededor de la década del 60 de nuestro siglo, sólo sería posible a partir de lo que se ha dado en llamar la crisis de la razón moderna.

Podríamos, entonces, formular nuestra hipótesis en los siguientes términos: la organización de un discurso sistemático en torno del sujeto mujer se vincula fuertemente a los discursos acuñados en el espacio de la política. De allí la necesidad de ligar la cuestión del feminismo a una doble perspectiva: la de la constitución de los sujetos políticos subalternos; y la de las formas de racionalidad que estatuyen las condiciones generales de enunciación de los distintos discursos que en ellas se acuñan.

Esta perspectiva posibilitaría una lectura del discurso feminista en una clave que permita avanzar más allá del efecto de reconocimiento-desconocimiento, una lectura capaz de calar en sus vacíos teóricos.¹ En aquellos que son inherentes a sus condiciones históricas de enunciación, y en aquellos que son producidos a partir de la necesidad imaginaria de llenar, desde el feminismo, todas las brechas, haciendo de las mujeres el sujeto de un saber o de una *praxis* totalizadora.

La asunción, sin más, del feminismo, haría de él el lugar ilusorio de recomposición de la unidad entre teoría y praxis, el vínculo inmediato entre lo personal y lo político, el espacio de reconocimiento de cada sujeto en cuanto a persona en el mundo de la política, la modalidad bajo la cual se produciría, en fin, la humanización de la naturaleza y naturalización de la historia, pues... la contradicción de género, anterior a la sociedad y a la historia misma permitiría la inauguración de una nueva historia que no opusiera género humano y naturaleza.

Así como el marxismo se presenta como teorización de la emergencia y configuración de una nueva clase oprimida en el seno del modo de producción capitalista; el feminismo se liga a la emergencia de las mujeres, interpeladas como sujeto político a partir de su condición de género.

Muchas son las similitudes a pensar: tanto las mujeres como el proletariado constituyen un sector subalterno. Es decir, aquellos cuya historia es fragmentaria y discontinua, aquellos que, en cuanto sectores socialmente dominados no han logrado trazar de sí una imagen coherente y unitaria.²

Pareciera que las mujeres debiéramos caracterizar gramscianamente nuestra historia, sin embargo su carácter episódico y fragmentario, como la de todo grupo social subalterno, no habla de nuestra no-historicidad, sino simplemente de nuestra

¹ Es pertinente señalar aquí una deuda althusseriana. No se trataría de producir una lectura literal del feminismo, sino una lectura sintomal capaz de avanzar en la crítica de sus supuestos y de sus condiciones de enunciación. El feminismo no constituye un corpus de conocimientos y discursos unificados en torno de un sujeto subsistente y continuo, sino una instancia de interpelación constitutiva para esos sujetos. Cfr. Althusser, Louis, *Para Leer el Capital*, México, S. XXI, 1975.

² Gramsci afirma que lo propio de los sectores subalternos es la portación de una "... concepción del mundo (que) no es crítica ni coherente, sino ocasional y disgregada..." Cfr. Gramsci, A. "Introducción al estudio de la filosofía y del materialismo histórico", en *Introducción a la filosofía de la praxis*. Puebla, Premia, 1983, p.8.

ausencia en el control de mercado simbólico.³ No somos las mujeres quienes hemos escrito la historia y la historia nos ha olvidado, a través de la inevitable selección que toda memoria implica. Si la historia es la memoria codificada de lo acontecido en el pasado, el control del código de lo recordable y lo olvidable, ejercido por los varones, ha excluido a las mujeres, salvo, claro, a aquellas que por su excepcionalidad pudieron escapar a la suerte del género.

El asunto del feminismo como discurso acerca de las mujeres, desde una perspectiva de género se liga, entonces, por una parte a la crítica de la política masculina y burguesa que nos excluye.

En esta primera coyuntura el discurso feminista es, ante todo, discurso político de la reivindicación de ciertos derechos, articulados fundamentalmente en torno de la categoría de igualdad. Son precisamente los movimientos de otros sectores subalternos los que, en los albores de la modernidad permitirían la apertura de un espacio político para los reclamos femeninos.

La configuración del espacio discursivo en que se organiza el feminismo obedece a condiciones materiales e históricas. Se trata precisamente de la época de la que habla Marx en *El manifiesto...* El feminismo se constituye como movimiento político en la brecha que ofrece el discurso burgués de la igualdad abstracta de todos los hombres ante la ley. El momento en que la burguesía revolucionaria imprime un fuerte impulso al desarrollo de las fuerzas productivas haciendo estallar las costuras del antiguo régimen. El orden burgués se constituye sobre la conformación de un mercado de trabajo que contrata al individuo aislado destruyendo ilusiones y fantasmagorías: "... todo lo sagrado es profanado y los hombres se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas."⁴

Por doquier la burguesía construye su orden fracturando al antiguo, fraccionando al infinito el proceso de trabajo, destruyendo las viejas relaciones familiares, organizando a partir de las nuevas relaciones económicas, un orden mundial.

Las nuevas relaciones de producción impusieron la rígida separación entre el ámbito doméstico-reproductivo y el mercado de trabajo; entre una modalidad típicamente "masculina" de trabajo, la productiva, realizada a través de la venta de la fuerza de trabajo a cambio de un salario; y una modalidad "femenina", ligada a la reproducción de esa fuerza de trabajo. Bienes de uso que luego el mercado devoraría sin pagar.

El mercado de trabajo, sin embargo, incorporaría mano de obra femenina asalariada, las proletarias, que se verían sometidas a una doble explotación debido a su doble subordinación de clase y de género. A pesar de ello, la incorporación efectiva de las mujeres al mercado de trabajo quedaría invisibilizada respecto de su inscripción en el registro del imaginario social. Los códigos de la burguesía, en cuanto clase dominante, habían establecido el trabajo reproductivo como trabajo "natural" de las

³ Rossi-Landi caracteriza a las clases dominantes como aquellas que ejercen el control del código. Y, por lo tanto, aquellas que regulan las condiciones de producción, circulación y recepción de los mensajes en una sociedad. El control del código resulta fundamental por cuanto es en el lenguaje donde se disputa la construcción de hegemonía en una sociedad, es decir el lugar de consolidación de la clase dominante como clase dirigente, capaz de dirigir políticamente una formación social sin necesidad de recurrir a la represión. El control del código posibilita el logro del consenso. Cfr. Rossi-Landi, F. *Ideología*. Barcelona, Labor, 1981.

⁴ Marx, K. y Engels F., *Manifiesto del Partido Comunista*, Buenos Aires, Cartago, 1957, p.16.

mujeres. El trabajo femenino asalariado sería considerado como excepcional, y sellado por la inestabilidad.⁵

La separación entre una economía racional, ligada al espacio público y al cálculo de la ganancia, y una economía doméstico-familiar, estatuyó no sólo diferentes valoraciones para el trabajo masculino y femenino respectivamente, sino también diferentes modalidades de regulación de las relaciones contractuales entre dos sujetos formalmente libres. El contrato de trabajo definía los términos de intercambio entre capitalista y proletario.

Pero para que esto fuera posible era requisito indispensable el reconocimiento formal de la igualdad. La ideología jurídica establecía el espacio neutral y unificante de la negociación y el conflicto entre las partes.⁶

Si el mundo burgués se proclama unificado a través de un contrato político y social que liga entre sí individuos aislados, y si el interés sobre el que se funda la sociedad civil es el interés general; tal perspectiva del orden social en cuanto hegemónica producirá efecto de desconcierto respecto de aquellos espacios de la vida social que, por excluidos, han sido invisibilizados.

El trabajo femenino en cuanto ligado a la reproducción del sujeto particular, y en cuanto encerrado en los límites de la privacidad adquiere rasgos que serán definitivos para la delimitación de la posición de la mujer en la sociedad burguesa: el único trabajo es el trabajo del varón.⁷

El derecho regula las relaciones en la sociedad civil, a la cual la familia pertenece. Sin embargo como contrapartida de las relaciones públicas, abiertas, sometidas al imperio del derecho; la vida privada es aislamiento y reclusión, mundo construido en torno de un tiempo no sometido a la vorágine de la aceleración del tiempo histórico. Tiempo de ciclicidad, y si se quiere, del repetirse de lo mismo en el desgaste continuado de un trabajo que no produce excedentes, ni bienes de cambio, sino sólo aquello destinado a consumirse en el uso y la satisfacción de las necesidades de vida cotidiana, también por esto asimilable a la naturaleza, a la ilusión de ausencia de contrato en las relaciones familiares.⁸

Dos serán las coordenadas en torno de las cuales la sociedad burguesa delimite

⁵ Para un análisis sobre las condiciones de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo en el período de la primera revolución industrial. Cfr. Saraceno, Chiara, **A favor de la mujer**, Madrid, Zero, 1979, quien afirma: "El mercado de trabajo, abierto a los estratos inferiores, se cerraba herméticamente a los superiores (cuyas mujeres eran instruidas, pero en función de su vocación materna y de entretenimiento) con una forma de exclusión más radical que en los siglos precedentes...", p. 104.

⁶ Cfr. Pecheux, M. en "Delimitaciones, inversiones y desplazamientos", s/datos. Dice: "... la ideología jurídica introduce así, gracias a su universalismo una barrera política invisible... esta estrategia de la diferencia bajo la unidad formal culmina en el discurso del derecho...", p.107.

⁷ Utilizo la expresión "reproducción del sujeto particular" en un sentido muy preciso: como "conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, ... en cuanto sujetos concretos, es decir el hombre que en una determinada sociedad ocupa un lugar determinado en la división social del trabajo". En tal sentido la particularidad es lo opuesto a la genericidad en cuanto ligazón del sujeto con valores sociales objetivados y de mayor universalidad. Cfr. Heller, A. **Sociología de la vida cotidiana**, Barcelona, Península, 1970, p. 19.

⁸ Cfr. en Heller, A. *Ibidem*, la distinción entre *work* y *labour*; y las reflexiones de Lefebvre acerca del tiempo en la vida cotidiana en "Crítica de la vida cotidiana" en **Obras**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967.

la situación de la mujer: la fragmentación del mundo del trabajo en espacio de la producción y espacio de la reproducción; y la organización de la familia nuclear como lugar del ejercicio de la autoridad patriarcal.

La familia burguesa, espacio de lo privado, se liga al mundo público sólo a través del trabajo extradoméstico del varón. Esto justifica su lugar privilegiado al interior de la familia. El modo de producción capitalista y el orden patriarcal como específico ordenamiento de las relaciones familiares se refuerzan mutuamente constituyendo un círculo de aislamiento y subalternidad para la mujer.⁹

La burguesía emergente hará del derecho la forma de regulación por excelencia de las relaciones sociales. El derecho garantiza la unidad del mundo burgués, constituye el marco indispensable para el ejercicio de la diferencia. La forma de contrato articula —como forma general— la totalidad de las relaciones sociales funcionando a la vez como condición de unificación de la sociedad burguesa, una sociedad que liga tradicionalmente a individuos aislados entre sí. Indudablemente estos rasgos estructurales de la modernidad burguesa repercutirán sobre la modalidad bajo la cual se constituye el espacio político para aquellos sujetos sociales que, como las mujeres, no participan del intercambio universal. Los efectos estructurales de la modernidad, agudizados hasta el paroxismo, se harán sentir aún sobre sus tiempos de crisis, pues lo viejo —la familia nuclear y la propiedad privada— no ha terminado de morir.

En el espacio absoluto trazado por el derecho las fronteras devienen invisibles. La burguesía hablará, por ello, en nombre de la razón universal, una razón que, para mayor prestigio no será sólo política, sino, además y fundamentalmente, razón científica.

La razón moderna, espejo de la naturaleza será natural ella misma y por eso la modalidad única, universal y absoluta de la razón humana. Los sujetos que de ella no participen serán no-racionales, o bien no plenamente humanos. Tal será fundamentalmente la suerte de los otros y especialmente de la otra mitad de la especie humana.¹⁰

Sin embargo la razón normativizante de la burguesía será también una razón abstracta. Regulará el orden de los fenómenos calculables y separables en el mundo físico, y las relaciones de intercambio en el mundo social. Lo que se resiste al empeño analítico de la abstracción queda al margen, como residuo irracional, aún cuando ese residuo devendrá colonizable en el futuro, pues la razón moderna está ligada también, por su ambición totalizante, a la idea de progreso. Todo es potencialmente colonizable: lo diferente podrá ser transformado en lo mismo, o invisibilizado como no-relevante en cuanto no-incorporable; sino hoy al menos en una mañana luminoso, hacia el cual la razón avanza en su inexorable marcha ascendente y progresiva.

La razón burguesa todo puede ordenarlo, aún cuando sea a condición de quitarle

⁹ La burguesía en cuanto clase hegemónica extiende a toda la sociedad su forma de apropiación de los excedentes. Así como apropia privadamente el producto de la producción social, aísla a las mujeres haciendo del proceso de reproducción del sujeto particular un asunto privado. De allí la importancia de la ideología burguesa de la familia como lugar "necesario y natural" para las mujeres. Cfr. al respecto Saraceno, C. *Ibidem*.

¹⁰ Acerca del carácter universalizante y totalizador de la razón moderna señala Gargani, A., **Crisis de la razón**, México, S. XXI, 1983: "La razón ... se exhibía como el superorden, como la armonía absoluta del cosmos y al mismo tiempo como la norma disciplinaria natural de la mente". p. 10.

sus rasgos particulares por la vía de la abstracción. También es cierto que la voluntad unificadora oculta con empeño las fracturas que la sociedad burguesa genera. El mecanismo es pues, doble: universalizar y abstraer para incorporar; hacer invisible el límite de un mundo unificado.

La condición de la mujer se asienta, precisamente, sobre esas fracturas; fractura entre producción y reproducción, entre público y privado, entre la igualdad en el orden jurídico y la jerarquía en el orden familiar del patriarcado. El recorrido del discurso burgués se organizará sobre la expulsión de las mujeres del orden del contrato: no contratables en el espacio del trabajo, su trabajo es invisibilizado como no trabajo. Pertenece al orden de la naturaleza, pues está ligado a la biología femenina en cuanto la mujer es la reproductora de la especie. La familia, si bien asentada sobre el contrato matrimonial, pertenece también al orden de la naturaleza; el matrimonio no hace sino suplir por la vía legal algo que está inscripto en la naturaleza humana. Sin el contrato matrimonial, la mujer y el niño, débiles y dependientes, se verían indefensos.

Eternas menores, las mujeres actuarán como reforzadoras del orden social burgués: "En cuanto dependientes de la posición del esposo, ellas necesitan de la posición y el salario del esposo, ... necesitan que el jefe de la familia se someta a las circunstancias y de ningún modo se rebele contra el poder dominante...".¹¹

El oficio de las mujeres no pertenece al orden social, ni a la división social del trabajo, es anterior a toda historia y reposa en su naturaleza. El oficio de madre y esposa se fue convirtiendo en el único del que una mujer no podía prescindir. Y sin embargo, paradójicamente se trata exactamente de un oficio producido por el dispositivo familiar de la burguesía.

Las mujeres proceden de la frontera, del límite impreciso en que de la "naturaleza" emerge la cultura; del espacio doméstico, reino de lo particular, sometido al cíclico reproducirse de la necesidad eterna y sin tiempo; del mundo de las tradiciones y los prejuicios. De la diferencia ignorada por la razón moderna. Desde el margen, entonces, las mujeres irrumpirán en el espacio público. Sin embargo, inevitablemente, ese ingreso se cumplirá bajo ciertas condiciones. De allí los rasgos del primer feminismo.

2. Feminismo burgués - feminismo socialista

Los primeros pasos en el mundo de la política.

Es necesario formular una primera precisión respecto del recorte que operamos para abordar la cuestión del primer feminismo. No intentamos reconstruir la historia del feminismo, sino más bien mostrar las condiciones de los reclamos particulares de las mujeres sobre la base de la existencia de una lengua universal, el derecho, concebido como condición de posibilidad, horizonte de unificación y decibilidad de la diferencia.¹²

La burguesía, en cuanto clase dominante y dirigente establecería las condiciones bajo las cuales los sectores subalternos podrían formular sus reclamos.

¹¹ Horkheimer, M. "Autoridad y familia" (1963) en *Teoría crítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, p. 142.

¹² Para mayores precisiones historiográficas se puede ver Michel, A., *El feminismo*, México, F.C.E., 1979 y Rowbotham, Sh., *La mujer ignorada por la historia*, Madrid, Debate, 1980.

Para el proletariado, sujeto articulado en torno de las relaciones de producción-apropiación establecidas por el modo de producción capitalista, el asunto parecerá centrarse en torno de la visibilización de lo invisible: la brutalidad del antagonismo de clase, fractura ocultada bajo el principio de la igualdad de oportunidades para todos los sujetos en el mercado de trabajo libre. La igualdad proclamada por la burguesía no es tal, será necesario sobrepasar el límite de la abstracción y hacer de la igualdad un principio real de la organización social, desnudando el carácter histórico de las desigualdades sociales.

De todas maneras la contradicción burguesía/proletariado se juega claramente en torno de relaciones históricamente construidas, resultado de la praxis humana: el terreno de las relaciones de producción y de la conducción del Estado como espacio público ocupado por una clase social. El proletariado se propone cambiar el mundo denunciando lo invisible de la sociedad burguesa. La solución del conflicto —avizorada como el fin de una historia articulada en torno de una contradicción antagónica fundamental— es la sociedad comunista, construida por este nuevo sujeto que será visto e interpretado como sujeto puramente revolucionario, portador de una novedad radical.

Esto es: los sujetos subalternos se constituyen al interior de las condiciones establecidas por la clase hegemónica en cada formación social. Sin embargo, la complejidad del proceso de constitución de la identidad política no podía ser avizorada por los sujetos emergidos de las fracturas producidas por la revolución industrial y por las revoluciones burguesas. Los sujetos sociales se reconocerían en un discurso que formulaba su identidad aprisionada entre dos límites: o bien sujetos globalizantes, unificados a partir de una dicotomía fundamental; o bien se reconocerían en el discurso hegemónico como singularidades desconectadas, aglutinadas por una regla formal: el contrato social.¹³

La problemática de la constitución del proletariado hallará en la teoría de la vanguardia esclarecida su formulación ejemplar. Pero si los sujetos son reproducidos al interior de determinadas condiciones materiales, no pueden ser portadores de una radical alteridad. Irreducibles a sus condiciones sociales de producción, las vanguardias realizarán, desde la perspectiva construida al interior de la racionalidad de la modernidad madura "el cielo en la tierra" de forma absoluta y definitiva. La historia cortaría de un solo tajo todas las amarras. La inercia de la vida cotidiana, la dificultad para avizorar la multiplicidad de las posiciones de sujeto y la enorme complejidad que implica el proceso de constitución de los sujetos sociales tardarían largo tiempo en ser advertidas y teorizadas.¹⁴

¹³ Respecto de la problemática de la identidad Cfr. Levi-Strauss, C. *Seminario: La identidad*, Barcelona, Petrel, enero de 1981. Sólo observaremos brevemente que la identidad monolítica de la clase obrera en los albores del siglo se constituyó sobre la base del reduccionismo de clase, a partir de la identificación, sin más, entre situación y posición de clase. Desde el punto de vista individual del sujeto se constituía a partir de la afirmación de la plenitud de la presencia del sujeto para sí mismo.

¹⁴ Desde distintas experiencias políticas nacionales, el marxismo irá removiendo dolorosamente el reduccionismo de clase y el economicismo para advertir la multiplicidad de interpelaciones y posiciones de sujeto que confluyen en la constitución del sujeto popular. Desde Lenin y Trotsky a Mao y el Che; desde la crítica de la vida cotidiana a la noción gramsciana de hegemonía, pasando por la althusseriana interpelación, se irá trazando, entre polémicas y controversias, una nueva teoría política al interior del marxismo. Algunas cuestiones teóricas relevantes se pueden ver en Laclau, E., *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, S. XXI, 1986.

Tanto más dificultoso sería el problema para las feministas. El discurso feminista se articularía fundamentalmente en torno de la categoría de igualdad. Los movimientos feministas reivindicarían el derecho a la igualdad civil, política y laboral de las mujeres. Sin embargo, como señala Norma Stotz Chinchilla "...el feminismo (no) es en sí mismo una ideología única y coherente o una visión del mundo... es una ideología parcial que tiene que estar ligada, consciente o inconscientemente a otra ideología de clase como el liberalismo, el radicalismo o el marxismo".¹⁵

La modalidad bajo la cual las mujeres de diferentes clases sociales reivindicarían la igualdad estaría ligada a la forma articuladora más general de su ideología. Así, para las feministas liberales, la igualdad sería reivindicada en función de su posición como individuos plenos de derecho, según el modelo proporcionado por el varón burgués: igualdad de derechos civiles y políticos, igualdad de derechos en cuanto al acceso a la educación, vista como la clave de la subordinación femenina.

La incorporación de las mujeres al mundo político a través de la educación garantizaría su incorporación al proceso histórico que la burguesía había abierto. La subordinación de las mujeres no es atribuible a la naturaleza, sino que se debe a la vigencia de los prejuicios y "...la tiranía, cualquiera sea la parte de la sociedad hacia la que apunta su cañón, socava los fundamentos de la moral".¹⁶

La subordinación de la mujer se resolvería por la vía de la unificación de las diferencias. Sin embargo, el carácter invisible de los límites del mundo burgués desplaza las soluciones a la vez que genera la ilusión de su concreción por la vía del derecho. Las feministas liberales quedarían aprisionadas en el dispositivo del discurso jurídico reivindicando la equiparación abstracta de derechos. El feminismo liberal iría acotando su programa hasta reducirlo casi exclusivamente a la lucha por los derechos políticos. Tal reducción programática iría acompañada de una creciente reticencia ante el movimiento obrero. Retrocederían más de una vez ante las contradicciones de clase acotando su discurso al logro de igualdad para aquellas que, en la sociedad capitalista, eran "iguales", las burguesas.

Las condiciones para la constitución del sujeto mujer en el campo político parecerían más sencillas de articular en el caso del socialismo (marxista o no), dado que se trataba en ambos casos de sujetos subalternos. La ligazón entre socialismo y feminismo estaba —de alguna manera— establecida a partir de su carácter de discursos políticos de fractura respecto de la ideología burguesa dominante. Afirma Sheila Rowbotham: "... los revolucionarios de las décadas de 1880 y 1890 intentaron entroncar la subordinación sexual con la propiedad, descubriendo la relación entre la opresión de las mujeres y la explotación de los obreros".¹⁷

Sin embargo, la articulación del discurso feminista al discurso socialista tampoco escaparía a la lógica unificante de la racionalidad moderna. La contradicción de género se resolvería como corolario del triunfo del proletario sobre la burguesía.

La invisibilidad del mundo de la reproducción hacía pensar en la instancia de su disolución y en la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo como la solu-

ción para la subordinación femenina. Por otra parte la lógica de la jerarquización de las contradicciones tendería a unificar a los sujetos en torno de su situación de clase operando como factor de subordinación de la contradicción de género.

Así como la resolución de la contradicción entre burguesía y proletariado inauguraría una nueva era, la presencia de las mujeres, con su específica opresión era avizorada, en muchos casos, como una amenaza para la unidad del movimiento obrero. Los malentendidos entre feminismo y socialismo cuenta ya con una larga historia.

El malentendido se apoya sobre un sobreentendido: "... la contradicción burguesía/proletariado es más central para la reproducción social que la contradicción hombre/mujer".¹⁸ Supuesto que opera sobre la base del reconocimiento de la contradicción de clase como criterio de fractura de la sociedad, a la vez que desconoce la especificidad de la contradicción producción/reproducción; público/privado; varón/mujer.

El efecto de desconocimiento respecto de la especificidad de la condición femenina no es puramente ideológico, sino que arraiga en las condiciones materiales de la sociedad burguesa. El espacio público, hegemónico por el varón burgués es el espacio de decibilidad de la diferencia, el lugar de reconocimiento de la existencia de intereses particulares; por otra parte las relaciones de producción establecen la diferencialidad de las situaciones de los sujetos al interior de cada formación social. Las mujeres proceden de la frontera. ¿Cómo habrán de constituirse como sujetos sociales si su trabajo es definido socialmente como no-trabajo; si el espacio de lo privado es el lugar "natural" de las mujeres, el lugar de ejercicio de ese oficio que nos unifica más allá de las contradicciones de clase: maternaje y matrimonio? Las mujeres son, paradójicamente "una y la misma", ancladas en un sitio innominable para la política burguesa: la naturaleza. La capacidad procreadora de las mujeres sitúa la contradicción en el cuerpo, lugar renegado por la lógica de la universalidad, lugar en el que no puede anclar ni siquiera el interés particular. Por otra parte, si las relaciones de reproducción estatuyen la fractura, el eje divisorio fundamental de las sociedades capitalistas en dos clases antagónicas, las mujeres se alinean, inevitablemente, en función de su situación de clase.

De allí que la lucha contra el feminismo burgués constituyera uno de los ejes de la lucha para las feministas socialistas a principios de siglo. Es por esto que Alexandra Kollontai, feminista y socialista, reniega expresamente de su condición de tal. "El movimiento femenino fue, por lo tanto, el resultado de una contradicción típica del capitalismo... No existe ningún "problema de la mujer" especial... desde el principio ese movimiento se divide en dos fracciones diametralmente opuestas entre sí: una fracción se organiza bajo las banderas del movimiento femenino burgués, mientras la otra fracción es parte del movimiento obrero".¹⁹

La subalternidad de la clase obrera hace de su historia una historia disgregada. La opresión de la mujer es, a la vez, universal y fragmentaria por las contradicciones de clase que la atraviesan. Su historia doblemente dispersa.

El desplazamiento de la contradicción de género a la naturaleza, esto es, la semiotización inadvertida de la capacidad reproductiva de las mujeres como subor-

¹⁵ Stotz Chinchilla, N. "Ideologías del feminismo liberal, radical y marxista", s/datos, p. 215.

¹⁶ Wollstonecraft, Mary. *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Debate, 1977, p.24.

¹⁷ Rowbotham, Sh. *Ibidem*, p.91.

¹⁸ Paramio, Ludolfo. "Feminismo y socialismo: raíces de una relación infeliz". s/datos, p. 171.

¹⁹ Kollontai, A. *La mujer en el desarrollo social*, Barcelona, Labor, 1976, p.143.

dinación respecto del varón, y como subordinación universal e invisible, hizo de la cuestión de la identidad diferencial de la mujer la "roca viva" del feminismo. De allí la dificultad de articulación del feminismo a los grandes discursos revolucionarios que jalonaron la modernidad: liberalismo y marxismo. Centrados básicamente en torno de la categoría de igualdad obliterarían la diferencia. Igualdad formal de derechos, o igualdad sobre la base de la incorporación de la mujer al mundo de la producción, una vez suprimido al antagonismo de clase.²⁰

El primer feminismo fue inevitablemente ilustrado, organizado en torno de la lógica identitaria de afirmación positivizante de lo mismo insistiría en la incorporación de la diferencia.²¹ La alteridad sólo podía pensarse bajo el modelo de lo mismo. Los residuos no incorporables al ineluctable y lineal avance del progreso son olvidados, o bien gradualmente reducidos. Y es que de eso se trataba: de reducir la diferencia a través del logro de la emancipación. Afirma Rossana Rossanda: "El primer feminismo, al restituir la diferencia a la historia del poder, pero separando ésta de la sexualidad podía pedir imperiosamente el acceso de las mujeres a la igualdad de derechos, a una cultura que era *la cultura*, a un trabajo que era *el trabajo*... La separación no era irremediable, semejava la de otros sectores, clases o razas que se habían escindido inicialmente para después identificarse y reivindicar casi plenamente la igualdad".²²

La crisis de la modernidad y de los sujetos políticos marcaría un segundo feminismo. La segunda oleada, la de los años 60 de este siglo presentaría una nueva problemática. Esta vez las mujeres no sólo treparían a los estrados vociferando por sus derechos. El retorno de las brujas se haría esta vez de la mano de la llamada "revolución sexual", e implicaría la visibilidad de otros sujetos cuyos reclamos también se anudaban al cuerpo. Jóvenes, homosexuales, mujeres en Europa, ... mujeres, jóvenes, derechos humanos, subsistencia en Nuestra América.

3. La crisis de los sujetos políticos. El nuevo feminismo

El mayo francés marcaría un hito fundamental en la historia de los sujetos subalternos. El 68 francés no sólo fue un fenómeno relevante por su repercusión mundial, sino por lo que implicó respecto de la crisis de las modalidades típicamente modernas de la política.

²⁰ Una observación habría que formular respecto de la relación entre socialismo y feminismo. La defensa corporativa de los intereses del proletariado como clase muchas veces operó no sólo como factor de subordinación de la problemática femenina, en el mejor de los casos; sino que generó contradicciones en el interior del socialismo mismo. O bien incorporación; o bien marginación de las mujeres del mundo del trabajo. La identificación sin más entre maternidad y femineidad promoverían la reclusión de las mujeres en el hogar, último refugio para el proletariado.

²¹ El uso de la categoría "ilustración" es deudora de la posición acuñada por M. Horkheimer y T. Adorno en su *Dialéctica del Iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1969, quienes señalaban la ambivalencia de la forma de racionalidad que signaría el doble carácter de la modernidad. Por una parte razón de dominación, destinada a hacer de la razón —por vía de la técnica— la dueña de la naturaleza desencantada; a la vez que se perfilaba como razón libertaria, crítica de su tiempo bajo sus propios términos, como magistralmente indicara Kant en su "Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?" en *Filosofía de la Historia*, Buenos Aires, Nova, 1968.

²² Rossanda, R. *Las otras*. Barcelona, Gedisa, 1982, p. 41.

Las nuevas formas de la política, al plantear la no-exclusividad del estado como terreno privilegiado de la lucha por el poder, ponen en cuestión las identidades totalizantes constituidas sobre la base de la afirmación iterativa de lo mismo. La lucha política ya no sólo es enfrentamiento en torno al Estado para la toma del poder político, sino lucha en los intersticios de la sociedad civil, no ya guerra de maniobras, sino guerra de posiciones.²³

La política moderna había estatuido el espacio público como lugar privilegiado de la lucha por el poder. Tanto el mundo capitalista como el socialista se asientan sobre una fuerte lógica de la identidad: unidad formal del mundo burgués— donde todos los sujetos son iguales ante la ley—; unidad real del mundo socialista —donde todos los sujetos están realmente unificados por la desaparición de la lucha de clase.

En el ámbito de la política, la constitución de los sujetos se articulaba en discursos y prácticas que hacían hincapié en la homogeneidad, en los rasgos comunes que permitían la organización de partidos capaces de sintetizar los intereses particulares para volcarlos en el espacio homogéneo de lo público. Precisamente en torno de la crítica de esta lógica se constituyen los nuevos sujetos sociales.

Si el mundo burgués había dividido lo público y lo privado; lo personal y lo político; la producción y la reproducción; y si los sujetos subalternos se habían constituido en torno del intento e incorporación al mundo dominante suprimiendo sus diferencias en aras de la identidad con una historia —la única verdadera historia de la humanidad—; los nuevos sujetos sociales organizarán su discurso haciendo hincapié en lo periférico, no-codificado, olvidable para la lógica uniformante de la razón moderna. Lo reproductivo, lo privado, la sociedad civil devendrán los nuevos espacios de lucha, sus lugares específicamente nombrados.

Esto no significa, obviamente, que estos lugares de constitución de las nuevas identidades sean lo otro radical respecto de la cultura dominante, sino los espacios de lo periférico, no totalmente codificado por los principios unificantes de la cultura de la clase hegemónica. La ideología de los sectores subalternos desplaza el principio de codificación de lo central a lo periférico.²⁴ Tampoco significa que esos contenidos periféricos prefiguren íntegramente la ideología alternativa, vista como un germen soterrado y reprimido, mantenido incólume a lo largo de la historia. Explica M. Pêcheux: "Concebir de esta manera las ideologías dominadas... es exponerse a atribuir a cada grupo sociohistórico «su» ideología en cuanto transmundo sometido a la sola dominación externa, y cegarse ante el hecho de que es antes que nada dominación interna, es decir, una dominación que se ejerce primordialmente en la organización de las mismas ideologías dominadas".²⁵

²³ Pensando en términos gramscianos, podríamos decir que el enfrentamiento abierto de la clase obrera contra el Estado burgués debía ceder posiciones ante la necesidad de construir hegemonía sobre los sectores subalternos. Cfr. al respecto Portantiero, J. C. *Los usos de Gramsci*, México, Folios, 1982.

²⁴ Esta observación tiene en cuenta la teoría de la cultura de la Escuela de Tartu. Si la cultura supone la estructuración de un mundo de *nomina* como particular recorte del mundo abierto de los *realia*; el cambio en una cultura ha de estar sujeto a la reorganización del sistema codificante, en función del cual los elementos periféricos pasan a constituirse en el eje articulador de nuevas concepciones del mundo. Cfr. Lotman, J. *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1979.

²⁵ Pêcheux, M. *Ibidem*, p. 111.

La ideología de los sectores subalternos es paradójica y fragmentaria, débilmente articulada, dado que su historia ha sido sometida al olvido y la dispersión. De la multiplicidad de fragmentos no ha de emerger una ideología totalmente armada y sistemática, como Atenea de la cabeza de Zeus. Es por esto que, inevitablemente, como señala Rossanda, "... la óptica femenina es también embrionaria, y por consiguiente de «secta»; tal vez siendo como es, no se pueda generalizar. Pero es el síntoma de una necesidad generalizada. Las feministas son la señal de una crisis general de las relaciones en nuestra sociedad".²⁶

La nueva oleada feminista avanza sobre la política a partir de la crisis de los sujetos políticos, en una marea crítica a lo público como lugar privilegiado para la reformulación de reclamos. De allí el carácter paradójico de la expresión que las identifica: "Lo personal es político". Esto es, lo privado, lo separado de la esfera de lo decible en términos generales es también generalizable; el problema de la organización de las bases materiales de la sociedad no sólo reside en las relaciones de producción, sino en las modalidades de reproducción de los sujetos mismos.

Emerge una nueva forma de la política: "... el segundo feminismo debía buscar un principio distinto de identidad femenina. Y ahí sufre una oscilación: la de identificarse en la esfera separada que les ha sido impuesta a las mujeres... o sea el sector de la afectividad, de la corporeidad, de los sentidos, de la no-violencia... o si no, la de rechazar esta identificación porque... nace de alguna manera como proyección de la identidad del otro, fantasma complementario de la sexualidad masculina".²⁷

El feminismo es síntoma y paradoja; nacido de y con la modernidad, el primer feminismo había apelado a la igualdad, categoría unificadora de la razón ilustrada. En estos tiempos de crisis de la modernidad, el segundo feminismo se configura bajo el signo de la dispersión y la diferencia. De allí su carácter de síntoma, suspendido sobre los vacíos que ligaban la tradicional organización de la política.

La política moderna había supuesto la centralidad de las categorías de producción, historia progresiva y lineal, vida pública organizada en torno de la ley abstracta y del ejercicio de la representación. De ahí la centralidad del Estado y del Partido.

El nuevo feminismo, ligado a la emergencia de nuevos sujetos sociales, situado en la crisis de una forma de racionalidad, se ve en la necesidad de reformular teóricamente una serie de categorías, las que habitaban en la periferia de la política moderna. Por eso el nuevo feminismo es una crítica frontal e incisiva de la política tal como la modernidad la había entendido; pero, a la vez, su discurso se perfila sobre las determinaciones positivas que esa misma política había objetivado.

La intuición fundamental del nuevo feminismo se centra en torno de la interpretación de "... la dominación masculina sobre las mujeres como un fenómeno político...".²⁸ Esto es, sobre las relaciones de explotación y la línea de clases que fractura en dos la sociedad burguesa, es necesario dibujar una trama más compleja cuyo nudo se sitúa en el entrecruzamiento entre organización social y organización familiar. El nuevo nudo articula las relaciones de explotación en el mundo de la producción y

²⁶ Rossanda, R. *Ibidem*, p. 128.

²⁷ Rossanda, R. *Ibidem*, p. 42.

²⁸ Delphy, C. "Patriarcat et féminisme". *Journadas d'étude sur le patriarcat*, Barcelona, UAB, 1980. La traducción es nuestra.

las relaciones de opresión en el proceso de reproducción de la vida; indica el cruce entre lo social-común y lo personal-subjetivo.

De la complejidad de este cruce y sus bifurcaciones surgirá la riqueza, y a la vez la dificultad del nuevo feminismo. Si las relaciones determinantes fueran las de producción, el socialismo real habría provocado la extinción de la cuestión femenina. Si la paulatina incorporación de las mujeres al mundo público —trabajo y política— fueran lo determinante, la familia nuclear, como espacio separado de la reproducción de la vida, se habría esfumado en las sociedades industriales avanzadas. Sin embargo, la humanidad no avanza inexorablemente en el espacio moderno de la historia progresiva/lineal.

El feminismo ha caracterizado la subalternidad femenina bajo la categoría de patriarcado, en cuanto conjunto de relaciones ligadas al control del proceso de la reproducción humana por parte del género masculino. El patriarcado se vincula, por una parte, con la regulación de la sexualidad a través del conjunto de permisiones-prohibiciones que organizan el sistema de parentesco en cada sociedad; y por otra con el proceso global de la reproducción social. La organización familiar garantiza la continuidad de la sociedad pues genera, mantiene y educa a cada sujeto particular hasta su ingreso al mercado de trabajo. El patriarcado menta, por una parte, la relación con la sexualidad, lo personal, la constitución del sujeto en la relación parental, y por otra se liga al conjunto de las relaciones sociales propias del modo de producción de una sociedad dada. Es a la vez un dispositivo material y simbólico; ligado al orden público y al privado; personal y político. De ahí que, aunque sumamente equívoca, constituya una categoría sobre la cual es preciso detenerse, dado su carácter de síntoma.²⁹

Las dificultades teóricas derivan del resquebrajamiento de la unidad de la razón teórica. Si el discurso racional permite completar los intervalos, construye puentes y franquea cortes, es porque opera sobre un espacio unitario que posibilita el transporte. Producida la crisis de la razón, el discurso será sutura, esto es, unión precaria por donde se cuele la excedencia, intento de producir una nueva forma de ligadura entre lo que se ha resquebrajado, mostrando la posibilidad de reorganización y desplazamiento de otras categorías, la centralidad de lo periférico, o el descentramiento de lo que antes era, indudablemente, central.³⁰

La interpretación que los distintos sectores del feminismo han hecho del patriarcado constituye un síntoma de la imposibilidad de unificación de los sujetos a partir de interpelaciones de género.

²⁹ Las dificultades están dadas por la inscripción de la categoría en dos tradiciones diferentes: la marxista y la radical. Para Engels el patriarcado es la modalidad de organización de las relaciones familiares en las sociedades con producción de excedentes. Es por lo tanto una categoría subordinada a la de modo de producción. Para S. Firestone, en cambio, el patriarcado fractura la sociedad en dos clases sexuales y constituye su categoría central de análisis. La problemática del patriarcado es retomada, desde una perspectiva que intenta ser superadora por Z. Eisenstein "Hacia una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista" (versión castellana del artículo, aparecido en *The insurgent sociologist*, 7, Nº 3, primavera de 1977). Se puede ver además la perspectiva de C. Delphy, *Op. cit.*; y un artículo sobre la relación entre patriarcado y estado desde una perspectiva política feminista: Astelarra, J. "Patriarcado, Estado, ideología y política", en *Jornadas sobre el patriarcado*. Barcelona, UAB, 1980.

³⁰ Serres, M. "Discurso y Recorrido" en Levi-Strauss, *Ibidem*, pp. 23-51.

Si el patriarcado, como sistema de subordinación genérica es ligado al capitalismo como sistema de subordinación de clases, la opción política será el feminismo socialista, conflictivo heredero de las igualitaristas de la modernidad; si el patriarcado es considerado como categoría central, la posición derivará en el sentido de lo que se ha dado en llamar feminismo radical.

La absolutización de la categoría conducirá, por una parte, a las anglosajonas, a considerar que el patriarcado se asienta sobre el control masculino de la capacidad reproductiva de las mujeres. Para Firestone "... la opresión de las mujeres está relacionada de manera directa con su biología".³¹ La desigualdad, remitida a la biología, hallará para Firestone la solución en la "liberación" de la mujer de los embarazos por la vía de la tecnología. Si el patriarcado constituye el eje, la historia es historia de la guerra entre los sexos.

Delphy lleva, también, la lógica del antagonismo entre los sexos al extremo. Cualquier "concesión" a la ideología patriarcal conduce a secundarizar el conflicto de género. Es por eso que su feminismo parte del —paráfraseo— rechazo de todos los presupuestos de la ideología patriarcal. Desde la radical alteridad de las mujeres, el enfrentamiento con el patriarcado suelta todas las divisiones por él generadas. Se trataría, entonces, de sentar un nuevo principio de realidad.

Categoría de articulación y desarticulación, la de patriarcado nombra de alguna manera la fragmentariedad de ese universo del discurso que apelamos feminismo. Universo atravesado por múltiples contradicciones, discurso de uniforme a partir del cual ligar lo disperso. Y esto no simplemente por la diferente procedencia disciplinar de sus teóricas; o por la constante voluntad de ruptura que parece habitar los grupos de mujeres en el campo e la política. Más bien —es nuestra hipótesis— porque el feminismo se constituye sobre las rupturas de un forma de racionalidad, a la vez que, paradójicamente, ostenta signos indelebles de la modernidad.

Pareciera que, hoy por hoy, la razón se ha pulverizado en una multiplicidad de juegos de lenguaje. La posmodernidad ¿o más bien habríamos de hablar de crisis de la modernidad? se muestra como espacio de dispersión en el que se apuesta al fin de la política, de la utopía y de la historia, muerte de las ideologías y fin de la función de los intelectuales.

Pareciera que vivimos en el mundo de lo heteróclito, donde todo principio de codificación fracasa dejando tras de sí las huellas, los vacíos, los espacios incommensurables. Sin embargo, como afirma Rossana Rossanda "... Para mí el viejo Marx todavía sirve, la historia corre, no se precipita en indescifrables esquirlas, y con esto continuo...".³²

4. Las antinomias de la política feminista. "Lo personal es político"

El feminismo liga dos espacios incommunicables en el orden del discurso político. "Lo personal es político" es la afirmación que recorre tumultuosamente las distintas corrientes del feminismo. Afirmación de la política desde un espacio externo a la política; afirmación que sutura dos espacios diferenciados por la historia.

³¹ Cfr. Eisenstein, Z. *Ibidem*, p. 29.

³² Rossanda, R. *Ibidem*, p. 12.

La dominación ejercida sobre las mujeres es política, por cuanto nombra el ejercicio del poder en la organización parental y afecta, exactamente, a la mitad del género humano. Nuestra opresión no nos es propia en cuanto individuos aislados, sino común, generalizable. Sin embargo se ejecuta en un espacio separado, remite a lo más personal del sujeto, su sexualidad, su cuerpo. De allí la modalidad organizativa del feminismo y sus efectos revulsivos sobre la vida de los sujetos, no sólo en cuanto a sus identidades individuales. Afirma Carla Pasquinelli: "... lo femenino es el lugar de remoción de lo humano, el fin de esta remoción, sellado por el acceso a la historia del sujeto-mujer, no puede dejar de poner en discusión la totalidad de la existencia, que hoy aparece como el producto de una mitad de la humanidad".³³

La despolitización moderna del mundo de la reproducción —lo privado— produjo como efecto complementario la ilusión de inmediatez y naturalidad de las relaciones intergeneracionales e intersexuales de poder y subordinación. La familia, considerada como unidad natural de la reproducción biológica de la especie, refuerza la identificación entre mujer-naturaleza-inmediatez. La mayor parte de las críticas feministas —desde Delphy a Amorós— producen una perspectiva corrosiva respecto de la posibilidad de identificar, sin más, mujer a naturaleza y división sexual del trabajo a división natural del trabajo. Es precisamente la regla simbólica de prohibiciones y permisiones, el sistema clasificatorio de la cultura, el que tiende a oponer "mujer-naturaleza" a "varón-cultura".³⁴

Las relaciones de parentesco están inscriptas en el orden simbólico. Ahora bien, la dificultad consiste en que... la regla, el orden simbólico es identificado sin más con el orden masculino que, por la vía de la prohibición del incesto, constituye el lenguaje como orden del intercambio de las palabras, y la cultura como orden del intercambio de las mujeres. Los procesos semióticos pulsionales estatuyen un orden específicamente femenino.

La familia, inscripta en el orden simbólico del intercambio, es objeto de una crítica que la desenmascara como sujeta al orden masculino de la dominación. Las mujeres, al rescatar el cuerpo pueden inscribirse en una lógica diferente: la de lo semiótico-pulsional. Sin embargo, he aquí la dificultad en la que naufragarán muchas teorías feministas: lo simbólico muestra una distancia diferencial, un descentramiento que constituye la condición de posibilidad de inscripción del sujeto en el orden del lenguaje. Llevar al extremo la lógica de la diferencia conduce a lo que Benoit ha calificado de ... "monadismo de lo incommunicable".³⁵

Tal es el efecto de inversión producido por la crítica feminista de la economía doméstica y de la política masculina. La expulsión de la inmediatez y la transparencia del mundo privado de la familia retorna bajo la forma de organización política a través de un nueva inmediatez: la del fraternalismo feminista.

Esto es: la crítica política de la economía doméstica produce la despolitización de la política. Lo inmediato-familiar muestra la trama simbólica que lo atraviesa; lo mediato-político deviene, por efecto de inversión, instancia de hallazgo de una nue-

³³ Pasquinelli, C. "Movimiento feminista, nuevos sujetos y crisis de marxismo". S/ datos, p. 143.

³⁴ Véase al respecto Delphy, C. *Op. Cit.* y Amorós, C. "Sobre la ideología de la división sexual del trabajo" en *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos, 1985.

³⁵ Lévi-Strauss, C. *Ibidem*, p. 367.

va inmediatez: "... la hermandad (entre hermana y hermana) fue descubierta en los inicios del feminismo, en la búsqueda de puntos de igualdad específica entre mujeres. Todo aquello que nos ligaba y nos volvía iguales. También contraponernos a lo que nos dividía...".³⁶ La acentuación de la diferencia generaría un nuevo principio identificador entre las mujeres frente al mundo del varón.

La "pequeña diferencia" nos iguala y nos excluye; nos iguala por encima de los fraccionamientos de la cultura masculina y nos excluye a un tiempo anterior a la historia. Resulta ejemplificadora la afirmación de Franca Basaglia: "La hembra del hombre no tiene más historia sino aquello que es siempre idéntica a su subordinación... su historia se inicia cuando la mujer comienza a luchar por conquistar una humanidad más completa y jamás poseída...".³⁷

La diferencia traza una nueva frontera de aislamiento en torno de la supresión de la mediación, de la historicidad y de la cultura. Igualadas, paradójicamente, en el espejo transparente de la naturaleza sin distancia.

La diferencia se resuelve en la identificación imaginaria con una historia diferente acontecida al margen, en un margen gracias al cual carecemos de historia e ideología, un límite por el cual "quizás hay que ser mujer"... Última garantía de humanidad, guardianas celosas del principio de la vida frente al mundo abstracto y masculino del poder y de la muerte.³⁸

A partir de la interpelación de las mujeres en función de su condición de género, el feminismo se presenta como portador de una nueva utopía totalizante de transparencia. La política masculina, basada en la representación estatuye el orden de la subordinación y del dominio. La nueva política feminista diluye la representación en la identidad entre sujeto y objeto de la revolución.

"Una de las numerosas cosas que distinguieron desde el principio a las feministas de la extrema izquierda es la relación entre el sujeto y el objeto del discurso y la práctica revolucionaria. Los grupos de extrema izquierda luchan por la práctica revolucionaria. Los grupos de extrema izquierda luchan por la liberación de un proletariado del cual no forman parte... Nosotras las feministas no luchamos por otros, ... cuando hablamos no es en nombre de... ni en lugar de otros, sino en nuestro nombre y nuestro lugar".³⁹

Desde otro ángulo del conflicto intergenérico, el de la sexualidad, la solución se realiza a partir de la identificación narcisística con otras mujeres expulsando la diferencia a un mundo-otro. Nuestra diferencia es tal, nuestra alteridad tan absoluta e incommunicable que la única relación posible es con la otra que soy yo misma, mi hermana.

Propuesta de retorno a la unidad, el lesbianismo puede enunciarse como respuesta personal, sin lugar a dudas, pero no puede pretenderse como posición política. Abstencionismo o lesbianismo como formas de exclusión del varón nos colocan en el círculo cerrado de la diferencia irreductible desde la cual es imposible el acceso a la totalidad, e incluso a la política.

³⁶ Testimonio de Lidia Campagnano en Rossanda, R. *Ibidem*, p. 116.

³⁷ Basaglia, F. *Una voz; reflexiones sobre la mujer*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1986.

³⁸ Parfraseo el título del libro de Carmen de Eleiabeitia *Quizá hay que ser mujer*, Madrid, Zero, 1980.

³⁹ Delphy, C. *Ibidem*, p. 311.

El feminismo muestra, por vía de sus fragmentaciones y paradojas, la imposibilidad de anudar, sin más, lo personal y lo político.

La escisión —reconocida por las feministas socialistas— entre público y privado, entre producción y reproducción es efecto de la praxis histórica de los sujetos, condición siempre ya dada de su constitución. Los sujetos se encuentran ante condiciones históricas que no han elegido. De allí el carácter imaginario de la apelación a este nuevo sujeto revolucionario para encarar la resolución de todas las contradicciones.

Escindidas en múltiples posiciones de sujeto, las mujeres sólo pueden unificarse por la vía del incesante desplazamiento de la contradicción a otros espacios. A saber: por el desplazamiento de la transparencia de las relaciones personales a la política a través de la organización fraternal de las mujeres, o por la identificación entre sujeto y objeto del discurso y la praxis revolucionaria.

Para nosotras la unidad ilusoria ha de ser reemplazada por el reconocimiento de los límites históricos que estatuyen las condiciones de posibilidad para la práctica política. La inconmensurabilidad de la diferencia induce a la búsqueda de un comienzo que posibilite la creación de un nuevo espacio de transporte. Solución imposible que coloca al feminismo ante el desafío de reconocerse en el fragmento impugnatorio o bien sumergirse en el imaginario de una totalidad recuperada fantasmáticamente. La unidad de las mujeres se inaugura en este origen que nos instala en la inmediatez de lo concreto, ante una palabra femenina ajena a la palabra hipercodificada del varón, extraña a su cultura y a su historia.

El rechazo toma forma política bajo la consigna de separatismo. Primera forma de la política feminista, la separación equivale a la construcción de una frontera entre la historia masculina de la dominación que unifica nuestros cuerpos y nos sitúa en la naturaleza, ante la posibilidad de recuperar la inmediatez, lo concreto, una nueva subjetividad, dado que para esa otra historia sólo habríamos sido objetos. Pensamiento y práctica de ruptura, el feminismo de la diferencia remueve, pero queda preso en la utopía de la unidad especular de las mujeres consigo mismas.

Es precisamente esa dificultad para pensar la identidad de las mujeres como sujetas sujetadas, no unarias ni transparentes, sino exactamente subordinadas; no sometidas a una dominación externa, sino atravesadas por la ideología dominante, no sólo reproducidas en... sino reproductoras de la subordinación genérica, lo que ha hecho de la protesta feminista una protesta subalterna.

5. La utopía feminista y el feminismo posible

El feminismo es extremo, unilateral, síntoma, corte. Y lo es inevitable, irrecuperablemente. Pone de manifiesto una contradicción que no puede ser resuelta ni subsumida. Un acontecimiento que muestra la imposibilidad de la recuperación y de la síntesis. Las mujeres no somos "absorbibles" en la identidad, tampoco podemos unificarnos en la diferencia.

De la irreductibilidad de la contradicción de género emerge su unilateralidad, persecución obstinada de "... una autoconciencia... en la que se lograría hacer *tabula rasa* de los valores patriarcales y llegar a algo así como el momento autoconstitu-

yente de la conciencia feminista... (Sin embargo) no hay más remedio que aceptar que la autoconciencia feminista pasa... por la *praxis*... y ésta está configurada por el predominio masculino... la autoconciencia sólo se logra a través de múltiples mediaciones".⁴⁰

De la crítica de la política burguesa, jerarquizada y autoritaria, formalizada en sus estructuras organizativas emergieron los grupos de concientización como su inversión ilusoria. La horizontalidad de los lazos en los grupos de concientización produjo una nueva modalidad de jerarquía: los liderazgos informales, que, al operar desde el lugar imaginario de la horizontalidad generaron prácticas arbitrarias —y por eso aún más autoritarias— de ejercicio de la autoridad. Astelarra y Ana Sojo han sabido advertir este problema señalando la necesidad de reconocer la mediación a través de la formalización del ejercicio de la autoridad, y la distribución democrática de funciones.⁴¹

Formalización democrática y organización dual permiten no renunciar a los reclamos más específicamente políticos —en el sentido tradicional del término— de articular las demandas femeninas de cara al Estado. El paso del separatismo a la autonomía permite recurrir a formas organizativas que, sin renunciar a los aportes de los grupos de concientización, pongan de manifiesto sus límites a través del establecimiento de vínculos con partidos políticos y otros grupos sociales que permitan marcos más globales de acción.

Las mujeres hemos de recuperar la dimensión política, pues, como afirma Prieto Ingraio, nuestra alternativa es la generalización de la contradicción de género con su inevitable lastre de abstracción y renuncia, de conceción y condicionamiento o "... seguir siendo una forma de protesta subalterna".⁴²

Como dice Celia Amorós "... en una sociedad igualitaria busquemos primero la igualdad y su justicia, y si alguna diferencia queda se nos dará por añadidura".⁴³

Tal vez la renuncia a la política, la irreductibilidad de algunas posiciones que hacen del feminismo un reclamo personal y ético sea posible en otras latitudes. En América Latina los movimientos de mujeres no se han reconocido expresamente en el discurso feminista, aun cuando sí en interpelaciones que articulan contenidos de género a otros contenidos ideológicos.

Nuestra alternativa hoy se ubica en el entrecruzamiento de las coordenadas que la historia específica de las formaciones sociales americanas marca. En los últimos años, en la Argentina, la emergencia de los nuevos movimientos sociales ha establecido lo cotidiano como espacio de articulación de reclamos políticos, ligados al de-

⁴⁰ Amorós, C. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, ed. cit., p. 312.

⁴¹ Sojo, Ana, *Mujer y política. Ensayo sobre feminismo y el sujeto popular*, S. José de Costa Rica, DEI, 1985, se puede ver un capítulo acerca de la especificidad de los problemas de la organización feminista en relación con las articulaciones de las contradicciones de clase y género. Las dificultades de las mujeres para encarar la problemática de la articulación de demandas más generales —procedentes de lo estrictamente público—, así como para encarar la problemática del poder, tal como éste ha sido ejercido desde los partidos o el estado, en Kirkwood, J. "Feministas y políticas", *Nueva sociedad*, Caracas, Nº 78, jul-ago 1987.

⁴² Testimonio de Pietro, Ingraio en Rossanda, R. *Ibidem*, p. 198.

⁴³ Amorós, C. *Ibidem*, p. 317.

terio de las condiciones materiales de existencia de los sectores populares, y al terrorismo de Estado como modo de represión política. Los nuevos movimientos sociales se constituyeron como la forma de canalización de los reclamos ante la disolución del espacio público a partir del golpe militar del 24 de marzo de 1976.⁴⁴

Muchas mujeres se volcaron a la política portando reclamos procedentes de la vida personal. Lo personal —detención-desaparición del hijo, reproducción de la vida cotidiana— se transformó en político. Pero no hubo inmediatez alguna. Esos contenidos se ligaron a otros, procedentes de distintas ideologías, adquiriendo formas articuladoras específicas; dividiéndose según el eje de las contradicciones de clase, y de las luchas por la hegemonía en la sociedad civil y en la sociedad política.

El retorno a la democracia volvió a poner en el centro la cuestión de la representación y del control del aparato del Estado. A pesar de que el proceso de retorno a la democracia puso en evidencia la visibilidad de ciertas contradicciones específicas del género en el campo político; también mostró la recurrencia de viejos estereotipos: alto nivel de participación femenina y bajo porcentaje en el ejercicio de la representación.

En el campo de los derechos civiles... todavía es demasiado lo que queda por conquistar. Hace casi dos décadas las italianas conquistaron el derecho al aborto. En Argentina la polémica ni siquiera ha comenzado. Es por esto que para nosotras el feminismo no puede ni debe renunciar a la lucha política.

Para ello habrá que tener presente el carácter no-unificante de las interpelaciones de género. La recuperación de la unidad entre la teoría y la práctica, entre lo productivo y lo reproductivo, entre lo personal y lo político ha de mantenerse como idea reguladora, como utopía, en el sentido que Hinkelammert atribuye al término, no como posibilidad de efectiva realización en el mundo de la *praxis*.⁴⁵

El sujeto-mujer se constituye a partir de su condición de subalterna. Las pretensiones totalizantes, la no aceptación de la fragmentariedad de nuestra historia como sujetos subalternos conduce a la paradoja de la inauguración de la historia desde un nuevo retorno a la naturaleza. Al lugar imposible de los orígenes matriarcales, o a la unidad especular del lesbianismo.

Dada la irreductibilidad del antagonismo que el discurso feminista formula, habremos de partir de la asunción de su carácter de interpelación fragmentaria que propone una nueva codificación de la política y de la cultura, pero no desde la *tabula rasa* de un nuevo comienzo de la historia, sino desde estas precisas condiciones históricas. Nuestra negación ha de ser negación determinada, no alteridad radical

⁴⁴ La bibliografía acerca de la participación femenina en los nuevos movimientos sociales y en la política en épocas recientes es vasta. Se puede ver al respecto: Bousquets, P. *Las locas de Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid, 1982; Calvera, L. *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, GEL, 1990; Casas, Nelly, "Los partidos políticos y la mujer", en *Formación política para la democracia*, Vol. 2, Buenos Aires, Redacción, 1983, pp.529-538; Jelin, E. y Calderón, F. *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*, Buenos Aires, CEDES, 1987; Feijoo, M. del C. y otras. "La mujer en la política", en *Formación política para la democracia*, Vol. 1, Buenos Aires, Redacción, 1983; Feijoo y Cogna, M. *Las mujeres en la transición a la democracia*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Feijoo, M. del C. *Mujer y política en América Latina: el estado del arte*, Buenos Aires, octubre de 1987.

⁴⁵ Hinkelammert, F. *Crítica de la razón utópica*, S. José de Costa Rica, DEI, 1985.

que nos coloque —una vez más— ante la alternativa de la supra o infrahistoricidad. Diosas o naturaleza. Viejo oficio de mujeres. De ahí que la vieja lucha por la igualdad siga teniendo para nosotras, un sentido. Y también la lucha en el espacio simbólico, el único desde el cual es posible decir la diferencia.

Para nosotras, para mí, el combate se juega en el campo político, pero también en la testaruda negativa a aceptar nuestra exclusión del orden de lo simbólico; aún cuando esa exclusión se niegue como tal y nos seduzca desde la crítica a la lógica bipolar de la razón moderna, desde una lógica "femenina de la seducción".

Nuestro privilegio —el de las mujeres— sería el de la seducción y la regla. Ausentes de la ley, las mujeres carecemos de profundidad. Sólo máscara, lo femenino goza del privilegio inexplicable y pródigo de la fecundidad. "La ironía —dice Baudrillard— se pierde cuando lo femenino se instituye como sexo, incluso y sobre todo cuando es para denunciar su opresión."⁴⁶

Tal vez la modernidad haya generado la dialéctica antagónica entre libertad y opresión al instaurar un espacio formal de igualdad y ejercicio de las libertades burguesas bajo la forma del contrato. Tal vez, por eso, legalidad y transgresión no sean sino dos caras de la misma moneda, pero la ley instaura, al menos, un orden previsible de relaciones, un espacio de restricción de la pura arbitrariedad.

Tal vez sea posible la regla en el plano del goce estético, o de las relaciones amorosas. Pero el imperio de la regla en el campo político es, para nosotras, latinoamericanas, una experiencia desgarrante y demasiado próxima.

Cuando el juego de la política se juega bajo el signo de la arbitrariedad, el "cambio instantáneo de los destinos" no es efecto de luces, sino violencia; cuando la desaparición no es mascarada estética, sino figura política que dispone "aleatoriamente" de las suertes individuales y de la vida, la legalidad burguesa deviene... tal vez menos profunda, pero irrenunciable.

El orden de la ley, la racionalidad y lo simbólico son aquello a lo que no podemos renunciar. Es espacio de la igualdad para formular nuestra diferencia.

Tal vez lo "femenino" se pierda y advenga sexo, tal vez sea una actitud ilustrada —como señala Baudrillard— suponer que el poder se ejerce y genera antagonismos y subordinación, pero incita a no renunciar a la utopía emancipatoria de las mujeres, al menos como idea reguladora.

⁴⁶ Baudrillard, Jean. *La seducción*, Buenos Aires, REI, 1989. p. 23.

MASTER EN CIENCIA POLITICA

Programa de 2 años de duración, abierto a quienes hayan completado sus estudios universitarios de grado en cualquiera de las carreras de ciencias sociales y afines. Cursos, seminarios y talleres a cargo de especialistas de nivel internacional.

Director General: JOSE NUN

Coordinadores de áreas: MIGUEL MURMIS, ARTURO O'CONNELL, ENRIQUE TANDETER

Consejo Académico: ALBERTO SPÓLSKI (Fundación Banco Patricios), NATALIO BOTANA (Inst. D. Tella),

EDGARDO CATTERBERG (Univ. San Andrés),

JOHN COATSWORTH (Univ. Harvard),

MARCELO DE CECCO (Univers. Roma),

NORBERT LEHNER (Fiacco Chile), ALAIN

LIPIETZ (Univ. Paris), GUILLERMO O' DONNELL

(Univ. Notre Dame), CLÁUS OFFE (Univ. Bremen),

LUDOLFO PARAMIO (Univ. Madrid), ADAM PRZEWORSKI

(Univ. Chicago), JORGE SAENZ (Univ. Bs. As.), PHILIPPE

SCHMITTER (Univ. Stanford), PETER SMITH

(Univ. California),

FRANCISCO WEFFORT (Univ. Sao Paulo)

Informes e inscripciones de 14 a 20 hs.

VACANTES LIMITADAS

ESCUELA DE ALTOS ESTUDIOS EN CIENCIAS SOCIALES



FUNDACION BANCO PATRICIOS

Callao 312 2º piso. Buenos Aires. Tel: 372-5651/9197

EL GLOBO POR ASALTO

EDITORIAL

DOSSIER "CRISIS, REESTRUCTURACION CAPITALISTA Y AJUSTE NEOLIBERAL":

Ernest Mandel/Globalización y
regionalización del capitalismo actual

Bresser Pereira, Maravall, Przeworski/
Ajuste y democracia

ESTADO Y CAPITALISMO EN LA ARGENTINA:

Jorge Schvarzer / Iniciativa estatal y capital
privado en la Argentina moderna

W. Smith / Estado, mercado y
neoliberalismo en el experimento de
Menem

TEMAS

Diálogo Pierre Bourdieu/Terry Eagleton
sobre lenguaje, poder e ideología

Maurice Godelier / Incesto, parentesco,
poder

Horacio Tarcus / El marxismo olvidado en
la Argentina: S. Frondizi y M. Peña

Alejandra Ciriza / Feminismo y modernidad